

ERNESTO PSICHARI

VOCES
EN EL
DESIERTO



SCYLLINA

1905

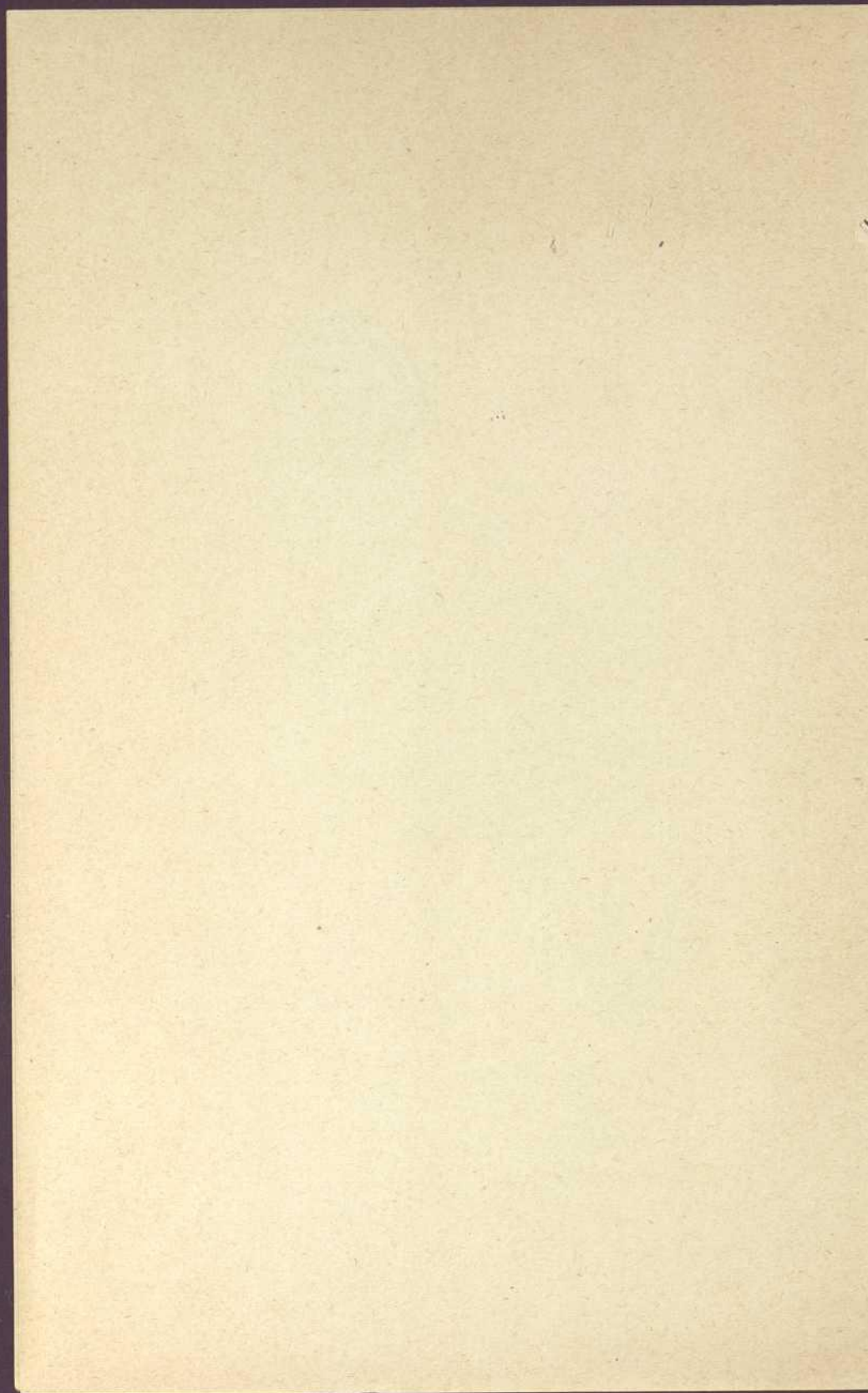
TURA

F.A. 4562



25





VOCES EN EL DESIERTO

Colección
S O L Y L U N A

Director:
JUAN CARLOS GOYENECHÉ

Título del original francés:
LES VOIX QUI CRIENT DANS LE DÉSERT
Traducción de
SANTIAGO MAGARIÑOS

EDICIONES Y PUBLICACIONES ESPAÑOLAS, S. A.

FA 4562

ERNESTO PSICHARI



VOCES EN EL DESIERTO



SOL Y LUNA
E. P. E. S. A.

R-14650
UR-2047

Imp. J. BENZAL. HARTZENBUSCH, 9. Teléfono 42105. Madrid.

BRACKNA - TAGANT - GORGOL

I

DESPUÉS de haber bordeado la orilla del Senegal, desde Podor a Boghi, el Comisario del Gobierno en Mauritania, al que me honraba acompañando, se preparó para abandonar las orillas del río y hundirse en los inmensos territorios sobre los que tenía mando. El 17 de febrero de 1910, al despuntar el día, poníase en camino una exígua caravana tras de decir adiós a las apacibles olas del Senegal. A la cabeza, marchaba la vanguardia, compuesta de seis tiradores senegaleses al mando de un sargento indígena. Después iba el coronel, seguido de su intérprete, el tuculú Baila Biram, y algunos jinetes negros. Finalmente, una sección de tiradores precedía al convoy, formado por dieciséis coches Lefèvre arrastrados por mulas. Detrás marchaba el lacayo del coronel, arrogantemente montado sobre un buey, disfrazado a causa de una silla inglesa; luego, el extenso séquito de los criados, cocineros y marmitones, y, finalmente, la retaguardia, compuesta de un sargento europeo y de doce tiradores senegaleses. A los flancos, la caravana iba

guardada por una docena de guerrilleros moros pertenecientes a la tribu de los Uled Biri, todos montados en magníficos camellos que les mecían indolentemente.

Nuestra primera etapa era el puesto de Aleg. Una especie de avenida bordeada de árboles conducía a él; pero sabemos que al final de esa alameda rectilínea se halla el desierto, y tal pensamiento nos hace estremecer de impaciencia. El 18, a las diez, llegamos al puesto; es un pequeño fortín almenado, que corona una suave altura rocosa. La bandera francesa flota sobre el techo más alto. Ante los muros del recinto se han colocado los tiradores para rendir honores: cuadro magnífico en su pura sencillez, que, desde el principio, nos da la clave de Africa. Nos enseña que a quien hablará será a nuestra alma, más que a nuestros sentidos, y henos aquí apresados por el símbolo puro de cuanto hay de más noble bajo el cielo, de más noble en la vida espiritual.

Abandonamos Aleg el 19, después de reforzar la escolta con una treintena de fusiles. A las nueve de la noche pasamos a la altura del pozo de Tankassas; pero la luna alumbra nuestra ruta, y sólo nos detenemos en medio de la noche, en una parte cualquiera, en la soledad silenciosa. Mientras los tiradores se tienden sobre la arena, envueltos en sus mantas, me paseo de arriba a abajo, por estar de puesto, en el cuadrado que forma nuestro campamento de una noche. Frescos hálitos circulan entre las espinosas mimosas. Todo reposa en la pureza exquisita de la luna clara, y sobre el blanco

cielo, los centinelas con la bayoneta calada, semejan recortes vivos e inmóviles...

¡Ah, bien reconozco en esta noche ese olor de Africa que tanto he amado! Reconozco esa brisa vivificadora que exalta lo que hay de mejor en nosotros y me reconozco a mí mismo, tal como era en mis años adolescentes, cuando atravesaba otras soledades, tan lejos de aquí y tan cercanas.

He vivido muchas noches semejantes a ésta. ¿Cuántas viviré aún? ¿Cuántos años caminaré bajo el sol de la fuerza y bajo la luna de la dulzura? Lo ignoro, pero lo que es menester —y muy necesariamente— es que el Africa, que he hallado de nuevo, me dé consejos útiles. Por mucho tiempo que tengamos que viajar, no viajaremos como turistas. Convendrá —y muy necesariamente— que cada etapa sea útil para nuestros corazones. No hay en mí voluntad más decidida, ni propósito más firme, que marchar ahora a través del mundo, tenso y violentándome, decidido a conquistarme a mí mismo por la violencia. No atravesaré la tierra de todas las virtudes como un aficionado, sino que a cada momento le pediré la fuerza, la rectitud, la pureza de corazón, la nobleza y el candor. Y pues sé que por Africa se hacen grandes cosas, puedo exigir todo de ella, y puedo, por ella, exigir todo de mí. Porque ella es la figuración de la eternidad; y exijo que me dé lo verdadero, el bien, lo bello y nada menos que todo eso...

Once días después de nuestra salida de Boghé, aquí estamos, al pie del elevado acantilado del Tagent. Aquella pared vertical nos aplasta. El terri-

ble viento del Este causa estragos, y nos envuelve en una nube de arena. Empuja, como olas espumosas, blancas dunas que se atreven a sumergir las cabañas del puesto de la Muxeria. Durante tres días gozamos casi de una visión del infierno, y experimentamos un sentimiento de liberación cuando, contorneando el acantilado, entramos con pie firme por la garganta del Tum el Baza, en el montañoso Tagant. Allí, los herbosos *uads* del fondo vienen a variar la monotonía de los cantos y de las peñas. Unas mesetas, donde brotan diminutas gramineas, ofrecen escaso pasto a los corderos de las tribus. A veces, entre las rocas, percíbese un *bao-bab* monstruoso o se divisa algún campo de sandías, que es lo único que atestigua la vida humana en aquellos desolados parajes.

Desde Muxeria a Tijikja, durante la travesía del Tagant, encuéntrase agua en todas las etapas. En Tin Uadin y en Taorta nos hemos detenido junto a las fuentes que brotan de la roca y que en moro se llaman "guelta". Aun cuando el agua era mala, a causa de los rebaños de camellos que nos habían precedido, nos sentíamos felices porque algo pintoresco viniera a romper la monotonía de las etapas. Los rocosos pilones tienen un gran sabor hebraico. No hay duda de que son semejantes a esas fuentes de agua viva que la vara de Moisés hizo brotar del suelo, en otra Tebaida.

En Niemelane, en pleno Tagant, nos hemos detenido cerca de la estela de piedras elevada en memoria de los tenientes Andrieux y Frausser. Levántase no lejos del espolón rocoso en donde ambos

oficiales encontraron la muerte en octubre de 1906. Estábamos entonces en los comienzos de la conquista. Quince meses antes, Coppolani, que fué el primero que había avanzado por las regiones altas, había sido asesinado en Tijikja. Inquietos por nuestras empresas, los enemigos de la paz francesa habían resuelto intentar un gran esfuerzo. El viejo jeque Ma el Ainin, el jefe espiritual de todo el Adrar hasta el sur de Marruecos, se había trasladado a Fez, solicitando contra nosotros el apoyo del sultán Abdel Aziz, a quien el jeque había dado su "baraka". El sultán respondió enviándole, para ayudar a los moros, a su primo Muley Idriss. En octubre de 1906, este fanático invadía el Tagant a la cabeza de una partida de 600 fusiles, reclutados la mayor parte en el Adrar. Encontróse en el árido circo de Niemelane al destacamento de Andrieux y Frausser, que se dejó aplastar ante el número.

De aquella jornada sangrienta queda el humilde monumento que muy pocos viandantes se acercan a saludar. Pero esos, por lo menos, acuden allí en demanda de un socorro. A esos peregrinos les tiemblan las almas ante esa Francia. Abrumados de amor, y recordando la patria, murmuran: "¡Oh! ¡Ser dignos de ella!" Y tal es la ardiente súplica que eternamente arrastran tras de sí.

9 de marzo, Tijikja.—Aquí nos acoge un algo de vida. Los palmerales murmuran suavemente, y su indecible dulzura convida al reposo y al apaciguamiento. Mas conviene que el puesto, rectangular, macizo, venga también, con sus aristas rectas, a

poner austeridad donde se temía demasiada travesura. El teniente F. nos acoge, e inmediatamente nos lleva a la tumba de Coppolani, que se yergue en el extremo del campamento de los tiradores. Las conmovedora inscripción, en árabe, recuerda que Coppolani fué el "amigo de los musulmanes". Hemos, pues, transportados a aquel año de 1905, en que el gran hombre resolvió avanzar por las arenas de la Mauritania. ¡Qué aventura tan grande! Durante dos años, Coppolani permanece impotente en las orillas del Senegal, con los ojos fijos en los inmensos territorios del Norte, cuya posesión debía asegurar la paz del Senegal. El representante de Francia no tiene equipajes; su escolta se compone de un puñado de hombres; el dinero falta. Pero, a pesar de ello, se trabaja. Coppolani pide refuerzos. Se gana la amistad del jeque Sidia, el señor espiritual de la parte más grande del Sahara meridional. Finalmente, 1905, toma el camino del Tagant. En la ruta, muestra a los moros lo que es nuestra patria. "Nadie como él —me decía más tarde el capitán A., que fué su compañero— conocía el alma de los musulmanes. Con una hora de conversación, volvía completamente a los moros peor dispuestos hacia nuestra causa. Por ello poseía en el país una reputación extraordinaria. He visto hombres que caminaban leguas para traerle un cordero, cebado para él, que transportaban a lomos de camello para que la carne fuera mejor. He visto a marabús conducir para él rebaños enteros de vacas para que no le faltara nunca la leche."

Coppolani continúa su camino hasta Tijikja que todavía es hoy el centinela avanzado del desierto.

Pero allí le asesina el fanático Muley Idriss, en el momento mismo en que piensa partir para el Adrar, y juntarse, más allá de las soledades, con nuestras posesiones del sur de Argel.

Me parece que aún queda algo de los combates de aquellos otros tiempos, y creo percibirlo en la gravedad serena de esta primera noche, en que volvemos al puesto, después de haber tomado el té en la casa del viejo médico moro Mohamed el Brahim. Durante dos horas hemos permanecido en una habitación oscura, donde se amontonan pieles de cabra, llenas de libros y de manuscritos. El dueño de la casa, sentado sobre una especie de lecho de piedras, cabalgándole en la nariz grandes antiparras, hablaba del pasado, de su país, de Francia. Cuando hubimos de abandonar el camaranchón, y después de atravesar otra vez el amplio patio y el vestíbulo desierto con macizos pilares cuadrados, aspiramos con enorme alegría el prolongado aliento de la noche. Unos niños desnudos bordeaban los muros de las estrechas calles. Ante el Ksar, nos detuvimos junto al cementerio, sobre el que se curba un gran árbol. Delante de nosotros teníamos el arenoso lecho del Uad, y sobre la colina, el puesto dedicado a la memoria de Coppolani. Sentí adolorido, la seriedad de este paisaje crepuscular. Allí nos asediaban austeros recuerdos. Comprendíamos que no hay lugar para la ironía en una reunión tal, y que no hay sitio para la sonrisa. ¡Ah, no; no nos reímos en Africa! Yo bien sé que allí no seremos jamás escépticos, que *elegiremos*, que siempre querramos elegir. No somos de aquellos que quieren conciliarlo todo, amarlo todo. ¡Que se aparten, pues, los delicados! ¡Que aquellos a quienes espan-

tan los sentimientos un poco rudos, aquellos a quienes hiere una sencillez de corazón demasiado grande, abandonen para siempre la tierra de la fuerza y de la virtud! ¡Que todos aquellos que dudan, todos los que temblarían ante una verdad demasiado fuerte, no vengan a tomar este rudo alimento de Africa! Aquí es menester una mirada firme sobre la vida, una mirada pura, marchando recto delante de sí; una mirada joven, franquísima, llena de claridad.

Hemos vuelto a Muxeria por el camino del Norte, es decir, bordeando el Uad el Abiod, depresión poblada de árboles donde las tribus acuden para buscar un poco de sombra. Sobre esta ruta es donde se encuentra la vieja ciudad de Ksar el Barka, hoy en ruinas. Vistos desde los árboles del Uad, donde se descansa a gusto, esos muros rectos de secas piedras, a los que no corona techo alguno, poseen aún excelente aspecto de antigüedad. Estábamos allí, bajo las palmeras, en una estufa cálida, luminosa y brillante, muy lejos de la vida, muy cerca de las cosas... Llegaron unos moros, primero un viejo con barba blanca, luego unos hombres con hermosos ojos, finalmente unos niños. Venían de ver al coronel. El ruido de la máquina de escribir, bajo una tienda, turbaba el silencio; me recordaba que estábamos aquí para una gran obra práctica y que el *impresionismo*, en el estado en que estábamos, hubiera sido insoportable. Era éste un momento de sinceridad.

Desde Tagant, debíamos alcanzar el río por el puesto de M'But, que se encuentra a 200 kilómetros al sur de Muxeria. Partimos de este último punto el 24 de marzo. Los dos días siguientes, bordeamos por el exterior la elevada pared del Tagant, del que al fin habíamos salido. El 26 estábamos en Tuizichyiguit, un pocito en la roca, al que se llega después de haber franqueado una cuesta bastante dura. Desde allí podíamos ver la llanura del Gorgol, en la que íbamos a hundirnos. Nos pusimos en ruta a las tres de la tarde y comenzamos a caminar lentamente en el espacio indefinido que se abría ante nosotros. Por la noche, bordeamos algunas escuetas alturas rocosas, y luego todo se volvió impreciso, infinitamente pálido y desteñido. Entramos en la claridad lunar, aturdidos todavía por el día demasiado largo que acababa de morir. A las tres de la mañana, nos detuvimos, esperando la salida del sol.

Las etapas siguientes nos acercaron muy visiblemente al río. La llanura se cubría de hierbas altas, de espinosos arbustos, cada vez más densos. El país se iba haciendo más acogedor y amable. El 1 de abril, antes del alba, atravesamos el lecho del Gorgol. Está bordeado de magníficos árboles, a cuya sombra nos acogieron nubes de saltamontes. Cuando apareció el día, divisamos en el horizonte una débil elevación que coronaba una especie de torre bastante elevada. Era el puesto de M'But. Ibamos a alcanzarle cuando vimos precipitarse sobre nosotros una horda de moros montados en camellos. Pasaron ante nosotros profiriendo gritos; luego aminoraron su paso, tras habernos alcanzado. Seguíanles unos jinetes, corriendo a galope

tendido, mientras descargaban en el aire sus largos fusiles de chispa. Vimos, finalmente, un centenar de mujeres que avanzaban hacia nosotros batiendo palmas y gritando. Cuando llegaron a nuestra altura, partieron otra vez, delante de nuestros caballos, y con este extraño aparato alcanzamos los muros del puesto, al pie de los cuales nos esperaban los tiradores senegaleses, correctamente alineados.

No deseaba regresar a Saint-Louis. Por ello, recibí con gran alegría la orden de volver a tomar de nuevo el camino del Tagant, en calidad de oficial-ayudante del comandante F. Partimos de B'But, el comandante y yo, el 6 de abril, y, picando espuelas hacia el Nordeste, marchamos para alcanzar de nuevo la cadena de la Assaba. Es ésta un pequeño macizo montañoso, alargado de Sur a Norte, que separa con sus abruptas alturas las llanuras del Fgeiba y del Gorgol. Seguimosle por su pie hasta la fuente de Ain el Raira, que marca el extremo Norte. Hemos encontrado a lo largo de aquel acantilado encantadoras fuentes, cuyo murmullo inesperado nos extasiaba.

El 15 de abril descansamos en Garavuel. Estábamos de nuevo en el límite del Tagant. En un repliegue de la montaña, en el fondo de una estrecha garganta, se encuentran una serie de pilones. Unos árboles se inclinan pesadamente sobre el negro espejo de las aguas. Sobre la pared se abren profundas grutas. Cantan los pájaros invitando al reposo. Me tumbé en una de aquellas. Desde allí no veía más que una vasta copa llena de agua, una

enorme higuera que brotaba de la roca y se inclinaba graciosamente. Dulce hora, hora de renunciamiento total, de abandono. Hora de sumisión y no de tumulto. Hora de obediencia, de confianza, no se sabe a quién ni en qué, pero, sencillamente, de obediencia.

El 16, realizamos la ascensión a la montaña, 120 metros de altura, cayendo a pico sobre la negra llanura, que se llenaba ya con las brumas de la noche. Marchábamos a través de una decoración extraña de rocas entremezcladas. Nos vimos forzados a jalonar nuestra ruta mediante grandes hogueras, que en esta decoración de Walkiria producen un magnífico efecto. Por detrás de los promontorios de las rocas, en la noche fría, serena, la tierra parece como abrazada hasta los estratos inferiores de la montaña.

Dos días después nos detuvimos en Fum Hajar, con intención de organizar allí un poco la horda de guerrilleros que nos servía de escolta desde M'But. Pero, al día siguiente de nuestra llegada, hubimos de ponernos a buscar un campamento de Torch, del que nos habían anunciado su marcha hacia el norte del Tagant. Estos guerreros, bastante rudos y muy independientes, se negaban desde hacía tiempo a dejar que empadronáramos sus camellos. El 20, a la una de la mañana, partimos a buen paso y bordeamos la gran depresión del Tamurt en Naja. Al alba, un niño nos indicó sin dificultad el emplazamiento del campamento. Hacia las ocho, divisamos, en efecto, las tiendas, diseminadas en unos bosquecillos de acacias. Las rodeamos rápidamente.

te, recogimos los fusiles, mientras los guerrilleros partían en busca de los rebaños. Cuando los hubieron encontrado, hicimos el censo, y, dos horas después, volvíamos a tomar la ruta de Fum Hajar.

El 22 de abril, el comandante F. abandonaba este lugar para alcanzar Muxeria, donde le llamaban asuntos políticos importantes, y me confiaba el mando de nuestra escolta, cuyos efectivos habían subido a 40 fusiles. Conmigo no había más que moros, reclutados sí, pero todavía muy indisciplinados y en modo alguno al corriente de nuestras costumbres militares. Todos iban montados en camellos.

El 24 recibí la orden de irme a instalar al este del "guelta" de la Muxeria, en una posición militar excelente. La orden se ejecutó el mismo día. Me trasladé al borde del acantilado que domina el puesto de la Muxeria, y, después de haber elegido un emplazamiento conveniente, mandé levantar, sobre un cuadrado de casi 30 metros, un fuerte cercado con ramas espinosas, de esas que comunmente se denominan "zeriba" entre nuestras tropas de Africa. Allí había de permanecer hasta el 12 de junio.

Y allí es donde he conocido mis primeras horas de verdadera soledad, allí donde por vez primera he escuchado piadosamente caer las horas en el eterno silencio del desierto. En esta tierra muerta, donde jamás el hombre fijó su morada, me parece salir de los límites ordinarios de la vida, avanzar, temblando de vértigo, sobre el borde de la eternidad. Durante el calor aplastante de los días, mientras los guerrilleros dormían bajo su sol familiar,

permanecía en mi tienda, con las rodillas en la barbilla, experimentando, con el palpitar del corazón, como el sentimiento de una espera misteriosa.

Por la noche subía generalmente a lo alto de las abruptas rocas que dominaban el campamento hacia el Este. Hasta donde podía extenderse la mirada, no veía más que arbustos achaparrados en las mezquinas frondas, dispersos en áreas desoladas. A lo lejos, colinas en donde abundaban las granizadas, formaban círculo en el horizonte, pero mi mirada dejábala mejor descansar sobre la playuela de arena en la que se levantaban nuestras tiendas de piel de camello. Solas, representaban un poco de vida en la melancólica serenidad de las cosas, como un débil batir de alas en el éter.

Después del calor abrumador del día, el fresco crepúsculo ponía en mí un no sé qué de ligereza, y me parecía percibir como la ascensión de mi alma en el espacio. Entonces, perdido sobre la tierra, me abismaba en el misterio del mundo, los ojos fijos en Orión, que, solitario, surgía de entre los secretos velos del horizonte.

MUXERIA

12 de junio de 1910 - 16 de febrero de 1946

II





EL 12 de junio de 1910 descendí de la montaña y comencé a instalarme en Muxeria. Allí había de permanecer durante ocho meses. Nada más monótono que la vida en estos puestos que son como los centinelas avanzados del desierto. Sin embargo, fué en Muxeria, y durante mis paseos por el Tagant, cómo aprendí a conocer a los moros. Tal estudio me ha proporcionado horas encantadoras. Pero no me ha llevado a gran cosa, y no creo que haya servido mucho para mejorarme. Lo más hermoso que vi en el Tagant fueron las huellas de nuestra conquista: el mausoleo de Andrieux y de Frausser en Niemelane, la tumba de Coppolani en Tijikja, y también algunos postes que señalan en la cima de la duna de El Beyyedh el emplazamiento del campamento de Rey.

Podría escribirse un hermoso libro sobre los comienzos de la Mauritania francesa. Y se abriría con una bellísima página: Coppolani paseándose en 1903 por la orilla izquierda del Senegal, con el aparato más modesto que jamás haya ostentado la representación de una gran potencia, y con la vista

vuelta hacia el Norte, donde mil dificultades le impiden aventurarse.

El capitán A. me decía también: "He visto asambleas de notables que acudían a Coppolani con intenciones poco amistosas, y a los cuales, unas cuantas horas de paciente conversación, transformaban por completo. Los nómadas del Aftuth estaban absolutamente en sus manos. Por eso, pronto se estableció la leyenda, entre las tribus hostiles, de que Coppolani debía sus éxitos a ciertos poderes misteriosos que poseía..." No era menester más para desencadenar el fanatismo y provocar el drama de julio de 1905.

Esa es la gran figura en la que pensamos en Muxeria. Pero con ese pensamiento se mezcla una especie de malestar. Me parece que siento todavía la ofensa hecha a mi nombre. ¿Pues qué? ¿Olvidamos tan fácilmente que somos una potencia cristiana? ¿No vamos a dejar algo de nosotros mismos en estos parajes? Cuando pienso de nuevo en la inscripción árabe de Tijikja: "Aquí yace Coppolani, el amigo de los musulmanes", vuelvo a sentir un respeto mezclado de inquietud. Y me mueve entonces el deseo de releer las historias del señor de Joinville y aprender otra vez cómo se comportaba "en la aventura del peregrinar de la cruz". He ahí, tal vez, la droga que convendría tomar en Mauritania.

Para muchos franceses que no tienen fe, pero que alardean del sentimiento de no tenerla, el Islam ejerce una poderosa atracción. No hay que quejarse demasiado de ello. Ese gusto nos ha proporcionado una habilidad extraordinaria en la conducta y manejo de los musulmanes. Pero, ¿con cuán-

tas inquietudes y con cuántos tristes exámenes de conducta pagamos este resultado!

Todas las mañanas daba un gran paseo a caballo. Lo más frecuente era bordear hacia el Sur la elevada pared rocosa del Tagant hasta el amplio boquete de Fum el Batha. Sentía un placer enorme galopando por la arena fina, a la sombra que proyectaba la montaña, hasta una hora bastante avanzada. Al regreso, todo estaba bañado de sol; pero el paisaje, protegido por los fuertes cimientos del Tagant, conservaba, con sus acacias enanas y su blanco sol, un aire de noble delicadeza. Tenía una exquisita ligereza, la de una miniatura hecha con tonos delicados, al mismo tiempo que la majestad enojosa de las cosas inútiles. Tierra metálica, con trasparencias y reflejos de cristales...

Al volver al puesto, encontraba generalmente muchos moros que me esperaban. Viejos de rasgos duros, de miradas agudas, cuya actitud, y hasta el vestido, hacían pensar en los hebreos de la Escritura. También había muchachos de enormes ojos soberbios, con hermosas cabelleras, largas y onduladas. Puede decirse que la sangre árabe ha predominado en ellos. En cuanto a mí, se me figuran mucho mejor los verdaderos descendientes de los primeros Zenetes: la dulzura berebere con la arrogancia yugurtina. Al lado de algunos tipos semíticos, he encontrado verdaderos arios. A veces me parecía reconocer a algunos franceses conocidos míos.

En una sociedad tan jerarquizada como la sociedad mora, no puede asombrarnos que las dife-

rencias de casta aparezcan netamente en la actitud, en los gestos, en el modo de andar, hasta en las miradas. Veíamos a menudo llegar guerreros jóvenes, arrogantes, como pordioseros, cuyo sereno continente, las armoniosas posturas, los rasgos finos anuncian verdaderos aristócratas. Y quedábase uno asombrado cuando abrían la boca para mendigar un terrón de azúcar, y algunos puñados de té o de arroz.

Aquí, el jefe más importante va vestido como el último de sus esclavos. Tal es, también, un rasgo que prueba que estos bereberes no son árabes. La sencillez de las costumbres es grande, exactamente como nos la describe el viejo Aben Jaldun cuando nos muestra el cuadro de la vida berebere. La vida ruda de los corredores de la maleza, la vida austera de los contemplativos, son los dos aspectos del alma mora. No nos alejan tanto de nosotros como uno estaría tentado de pensar.

Una mañana de dicho mes de junio, fuí al Af-tuth, al otro lado de la duna. Cuando trotaba por el blando terreno tapizado de pálidas hierbas, oí grandes gritos, sollozos apasionados, en los que distinguía la llamada de los "muecines": "*La illallah!*". Me acerqué y vi tiendas y hombres agrupados que gesticulaban. En cuanto me divisaron cesaron los gritos. Bajé del caballo junto a las tiendas. Los hombres me recibieron bien y me ofrecieron leche de cabra con el aire más natural del mundo. Era Ghudzf, discípulo del Jeque el Ghazwani, el gran sabio chadelya.

Estos chadelyas forman una vasta cofradía re-

ligiosa que tiene pocos adeptos en Mauritania. Nacida en el siglo x, de la escuela filosófica del jeque Yasúli, distínguese hoy por un misticismo exaltado, cuyas prácticas rozan muy de cerca el histerismo. Acababa de interrumpir los ejercicios espirituales de estos ascetas, que buscaban el *fena*, la unión mística soñada. A la mañana siguiente quise volver a verlos. Pero las tiendas habían desaparecido y se habían hundido en el desierto, lejos de nuestras indiscretas miradas.

Tales prácticas no son frecuentes entre los moros. Todos están apegados a la gran escuela, más bien teológica, de los Qadryya, o de los Tiyania, que siempre nos ha sido favorable, ya que uno de los grandes *moqaddem* de la secta, Abd-el-Kader ben Hamida, acompañaba al coronel Flatters en 1880. Coppolani, en su obra sobre las cofradías religiosas del Islam, nos habla admirablemente sobre estas sectas algo cerradas para los profanos. La de los Qadryya, extendida por todo el Sahara, fué fundada por Sidi Abd-el-Kader el Yeilani, originario de Bagdad, el santo más grande del Islam y el más popular. Coppolani nos cuenta que los adeptos deben recitar hasta la congestión cerebroespinal el "*dikr el hadra*": "*¡Allah! ¡Allahu! ¡Allahi!*", inclinando la cabeza hacia adelante, a derecha y a izquierda. Jamás he visto semejantes locuras en el país moro. Pero los principios de Abd-el-Kader están siempre vivos en el Islam, y sus virtudes morales, que fueron grandes, jamás han cesado de ser honradas.

Coppolani nos cita el dicho del Santo Ali ben

Abú Taleb: "Yo soy el puntito colocado sobre la letra ba." Conviene saber que la letra *ba* es la primera de la *fatiha*, el capítulo inicial del Koran, que, al propio tiempo, constituye la oración por excelencia de los musulmanes. El tal Ali había alcanzado seguramente la última hipostasis. Nada hay más interesante que seguir en Coppolani los diferentes grados que conducen a esta perfección mística, desde la pobreza, que es el estado inicial, hasta el "Mayma el Baharim", la "confluencia de los dos mares", donde el creyente está tan cerca de Dios que para confundirse con El no le falta más que la longitud de dos arcos. Creen reconocer aquí los diferentes momentos del éxtasis neoplatónico, tal como nos los describen los Enneades.

Aquí es donde Coppolani nos abre horizontes sorprendentes. Nos muestra la influencia profunda del alejandrismo, de Porfirio, de Jamblico, de Plotino, sobre la teología islámica. Y, por otra parte, nos explica cómo los *fakih*, los letrados de Andalucía, discípulos de Avicena y de Averroes, se unieron a los moros que volvían de España, después de la conquista, que iban a derramar su ciencia por el mundo berebere. Nos sitúa así en el punto de unión de dos grandes corrientes místicas que nos rozan las dos muy de cerca.

Es menester leer esos hermosos estudios en el decorado de una duna de Mauritania. Allí conservan una actualidad sorprendente. Y es que desde Abd-el-Kader el Yeilani no ha cambiado nada en en Sáhara meridional. Habiendo escapado hasta estos últimos años de la influencia europea, y por su natural, tan apegados a sus tradiciones, los moros no se han movido. Aquí sentimos la impresión del

viajero que descende a los mausoleos de Egipto y contempla la momia, todavía sonriente, tras de las vendas de hace dos mil años.

Tantos sueños sublimes, tanto misticismo floreciente en pleno siglo veinte, sobre el suelo más inhospitalario del mundo, claro es que pueden emocionarnos. Poseemos la sensación fortificadora de llegar a tales excesos, a elevarnos por encima de la mediocridad cotidiana. Estamos sobre una torre alta, donde los ruidos de los jardines y los perfumes de las rosas no llegan ya, como imaginamos estaría Asuero en la más alejada de las terrazas de Susa, completamente solo en medio de las estrellas.

Pero en el último análisis, a quien nos encontramos, es a nosotros mismos. Por eso tendemos el oído cuando Coppolani nos cita la respuesta de un sufi al rico que le ofrecía dinero: "¿Quieres hacer que desaparezca mi nombre del número de los pobres mediante mil dracmas?", y que recuerda las palabras de Santa Teresa: "Nos arrebataron la pobreza que era nuestro tesoro."

Aquí estamos en una tierra conocida. Estamos en nuestra casa. En otros tiempos me divertía anotando las costumbres extrañas de los pueblos que visitaba. Pero esta fruslería sólo me ha dejado una penosa sensación de aburrimiento. Aquí no nos dedicaremos a la arqueología. No recogeremos cacharros viejos. Sacaremos algunos restos de nuestro corazón que veinte siglos de intensa civilización han esterilizado.

Hacia mediados de julio regresé a Ksar el Barca. El día de mi partida y al siguiente cayeron algunos buenos aguaceros. Al tercer día, cuando llegué al "tamur de los rebaños", me pareció que entraba en una calurosa estufa. Un olor de tierra mojada subía hacia nosotros, y oí a los pájaros cantar en las acacias sus amorcillos. ¡Horas raras, en este país de los moros, aquellas en las que recibimos de las cosas algunos perfumes y canciones! Pasé en aquel tamur horas ligeras, algo enervantes, como las que se pasan en los tocadores demasiado cálidos, junto a las damas. Esa ancha estela de verdor, lisa y solitaria, demasiado ancha, donde veíamos a lo lejos redondearse unos estanques secos, secos de siempre, y las líneas bajas de su horizonte pétreo, me parecía en definitiva un paraíso mediocre, como un desdichado ensayo de la gracia francesa. No me decía nada. ¡Qué gusto había de tomarle más tarde a la austeridad sahariana del Tiris, a los grandes horizontes devastados del Norte!

Conmigo estaba el hijo del jefe de los Kunta del Tagant, un mozallón llamado Ahmed, que había venido con frecuencia a beber el té sobre mi estera. Cuando llegábamos a Ksar el Barca, me señaló con el dedo las ruinas de la ciudad mora.

—He ahí el Ksar —me dijo—, donde ha muerto mi abuelo y donde han vivido mis antepasados.

—Sí—le dije—, ya sé que el Ksar ha sido destruido en el transcurso de la guerra que las gentes de tu tribu sostuvieron en otro tiempo contra los Itonaix. Me agradará mucho visitarle contigo.

Y nos dirigimos hacia las ruinas que tiemblan bajo el sol, hacia las anchas y bajas cercas de piedras secas o adobes, que sí parecen piedras, pero

piedras preciosas. Entramos en unos grandes patios; luego en salas estrechas cuyos techos han desaparecido. Por todas partes el silencio, esa vaga opresión de las cosas viejísimas que no son más que historia.

Regresamos hacia la calle y marchamos callados entre las paredes apretadas de las murallas. Ahmed se detiene:

—He aquí—de dijo—la casa en que habitaba mi padre.

Entramos en un patio semejante a los otros. En un rincón, un terraplén poco elevado.

—Aquí es—continuó Ahmed—donde el gran jeque Sidi Mohammed acostumbraba a hacer su *salam*. Y estos muros que ves a la derecha, es la casa de mi abuelo, Sidi Mohammed el Kunti.

Sidi Mohammed el Kunti, el jeque Sidi Mohammed, he ahí todavía algunos grandes nombres del Islam. Evocan ellos la gloriosa familia de los Bekkaia, que son, como dice Arnaud, los verdaderos directores de conciencia del Sahara. La dispersión de estos Bekkaia me deja soñador. Se les encuentra en el Tuat, en el Azauad en el norte de Tombuctú, en Ualata, en el Hodn, en la Haribiuda, en Mauritania. Y estas distancias prodigiosas no parecen asombrarles. Ahmed me habla de la Haribiuda, como un parisino habla de Bruselas.

He visto en un campamento del Tagant a un sobrino del famoso Abiddin el Kunti, el guerrero fanático que desde hace cincuenta años surca con sus *rezzons* el Sahara central. Este viejo es un hijo de Sidi Mohammed el Kunti, cuya casa visito en este momento. Así ocurre con frecuencia, que, en mis paseos con los moros, mi imaginación se trans-

porta hacia otros horizontes más lejanos que, sin duda, jamás veré: el Azuad, el Tafilalet, el Macina, el Iguidi, que están allá lejos, en las profundidades rosas del desierto, y cuyos nombres cantan tan febrilmente en mi oído.

Mi guía me arrastra hacia la mezquita que se encuentra completamente al oeste del Ksar. Franqueamos bloques de piedras a contralecho, y hétenos aquí en una especie de columnata a cielo abierto, desnudísima, sin sombra de adornos... ¡Sorpresa! Los pilares son redondos, y detrás, en la pared del fondo, diviso un ensayo de ojivas. En este país de nómadas, donde la morada de piedra es tan rara, y donde no existe arquitectura, es cosa muy curiosa ver aparecer la ojiva. Nunca he visto otro ensayo del mismo género en Mauritania.

Finalmente, he aquí un cuadro armonioso, un gozo preciso. Los anchos cimientos de la mezquita dan una impresión de solidez. Y también las líneas claras como hilos de acero que no dan sombra. Veo la luz que se extiende en el desorden de los pesados pilares, pero no juega sobre muchos planos.

Observo a mi cicerone. Sonríe finalmente y parece decirme: "¡Ya ves, aquí tienes lo que eran capaces de hacer mis antepasados!"

En mi viaje de regreso a Muxeria, este encantador Ahmed¹ ha conquistado definitivamente mi simpatía. Muy cerca de Ksar el Barca, en Tamra, nos dieron la noticia de que un pequeño *mexbur*, entorpecido por numerosas presas y botines, subía hacia el Norte y pasaría, sin duda, no lejos de nosotros. B., que acababa de llegar del Adra con sus

meharies, se lanzó tras ellos con algunos hombres. Al cabo de una hora, oí tiros. Hice ensillar mi caballo. Ahmed y algunos Kunta que le acompañan, están ya dispuestos, impacientes por saltar sobre sus camellos. Partimos, y es una carrera desenfrenada en pos de las huellas de B. Siento detrás de mí los grandes pasos elásticos de los dromedarios; siento a mi tropilla recogida en un apretado movimiento lanzado hacia adelante, movimiento uniforme de gran impulso hacia adelante, y los cuellos tendidos. ¡Hora deliciosa! Mil figuraciones guerreras nos deslumbran. Presiento un estremecimiento de gozo, esa embriaguez que pronto sacude a los moros cuando el viento de la llanura les corta el rostro y huelen la pólvora.

De repente percibimos un gran desorden: camellos, hombres apeados, sobre el suelo fardos de telas, y en medio de todo ello, B. dando órdenes. Los razziadores, sorprendidos durante la siesta, han huído, abandonando su botín: un centenar de camellos, telas, té y pilones de azúcar.

El movimiento humano es el que da aquí todo su valor a los tonos lisos, amiánticos, de la tierra. Nos hallamos sobre un altozano venteado. La llanura sin accidentes se despliega hasta los hilos sutiles, entremezclados, del horizonte. Nuestro claro atardecer se envuelve en el más sombrío de los decorados, y así gozo mucho más del valor de este cuadro: los movimientos de los camellos que los moros agrupan, los fardos que envuelven unos negros y B, guerrero joven, francés, que grita en medio de esa confusión. Una alegría sana y sencilla de conquistadores ante el botín alcanzado resueltamente.

Volví a Muxeria sin gran alegría. ¡Qué abandono! ¡Qué tristeza! La arena invade el fortincillo batido por los vientos y trepa al asalto de las murallas. Al Sur, la duna; hacia el Norte, la inmensa pared vertical del Tagant. Entre la duna y la roca, sólo, el enorme pasillo triste en donde duerme el puesto. Nada que sirva de alegría a los ojos y de descanso al corazón. Se encuentra uno embotellado en una desolación inmensa...

La invernada avanzaba, atravesada por inmensas ráfagas de viento que arrojaban las nubes antes de que tuvieran tiempo de reventar. A veces, veíamos elevarse hacia el Este una espesa bruma, tan roja, que hubiera podido jurarse que detrás de ella, el Tagan ardía. Era el comienzo de aquellos grandes tornados secos de julio. ¡Cuántas veces los he visto elevarse retorcidos hacia el cielo con esfuerzos desesperados, silvar, lúgubres, como la serpiente se yergue verticalmente y escupe al cielo su impotencia! En ciertos momentos, la inmensa cabalgata parece vacilar. Llegada desde tan lejos, desde el fondo del Sáhara, creeríase que buscaba su camino en la llanura sin límites. Un gran remolino se producía después, y, al momento, comenzaba de nueva la loca carrera, con súbitos arranques, con bamboleos hacia el cielo bajo donde rodaban inmensos copos.

Pero las sensaciones que en nosotros despertaba todo ese ruido no valían en intensidad el pesado abatimiento de las siestas. Entonces, un silencio plumbeo nos entumecía. Tumbado sobre la esterilla, a la sombra de la cabaña, cuya puerta asegura-



ba un gran rayo de luz, cogía y dejaba el libro, suavemente oprimido, despreocupado, de vuelta de toda curiosidad.

Ahora me parece que esas horas me han ayudado a comprender algunos aspectos del alma mora. Tal vez hubiera podido utilizarlos en provecho mío. Pero la corriente que deseaba remontar era tan fuerte, que no me sentía capaz de luchar. En esa época, me decía únicamente: "Esas facilidades de meditación que nos consiente esta tierra espiritual, las utilizan los moros y hacen con ellas, en esta aridez, admirables adornos. ¿Por qué transformando en lo que esté de nuestra parte semejantes fuerzas y empleándolas para nuestro propio bien, no tratamos también de enriquecernos, o mejor aún, de reconquistar nuestras perdidas riquezas?"

...Hacia fines de septiembre me pareció que el aire se aligeraba y adquiriría de nuevo su fluidez. Los negros milanos volaban más alto. Es la señal de que la invernada va a acabar.

He vuelto a ver en el puesto un rostro singular: el del viejo Alsman, el hijo mayor de Bakar, que vino a someterse hace algunos meses, en el momento de mi llegada a Muxeria. El gran Bakar había conseguido agrupar y mantener bajo su autoridad a todos los Iduaix, que son hoy, con los Reian, los únicos guerreros del Tagant. Durante su largo reinado batió a los Mexduf y a los Kunta; lanzó hacia el Adrar una cuña audaz, y tuvo en jaque hasta al mismo Faidherbe. Cuando era casi centenario fué muerto en 1906 por el comandante Frèrejean, en el combate de Bu Gadum. Dejaba innumerables

hijos, los cuales pronto vinieron a someterse, salvo el mayor, Alsman, que consiguió mantenerse en el país alto, hasta comienzos de aquel año, donde por los muchos que tenía y la defección de los suyos, le obligaron a su vez a venir a pedirnos el aman. Siento una gran curiosidad al contemplar este viejo de cabellos blancos como la nieve, de mirada penetrante, de verbo extraño y arrogante. ¿Cuáles pueden ser sus pensamientos, mientras nos mira a nosotros, los enemigos de toda su vida, que hemos matado a su padre y vencido a los suyos? Parece decirnos: "Poseéis la fuerza, y bien sé que hay que plegarse tarde o temprano, pero no tendréis mi corazón. Hasta mi muerte yo seguiré siendo Alsman, el hijo de Bakar, que era hijo de Sueid Ahmed."

¿Fanatismo? No. La idea de la guerra santa contra el infiel aparece muy raramente en el Islam. ¿Odio al "Rumí"? No. Si no amor a la libertad, a las grandes *razzias* llenas de sol. Y también orgullo de una gran raza que oscuramente recuerda que conquistó España y el Mogreb. Aun siguen soñando. ¿Son, pues, fanáticos? No, son soñadores.

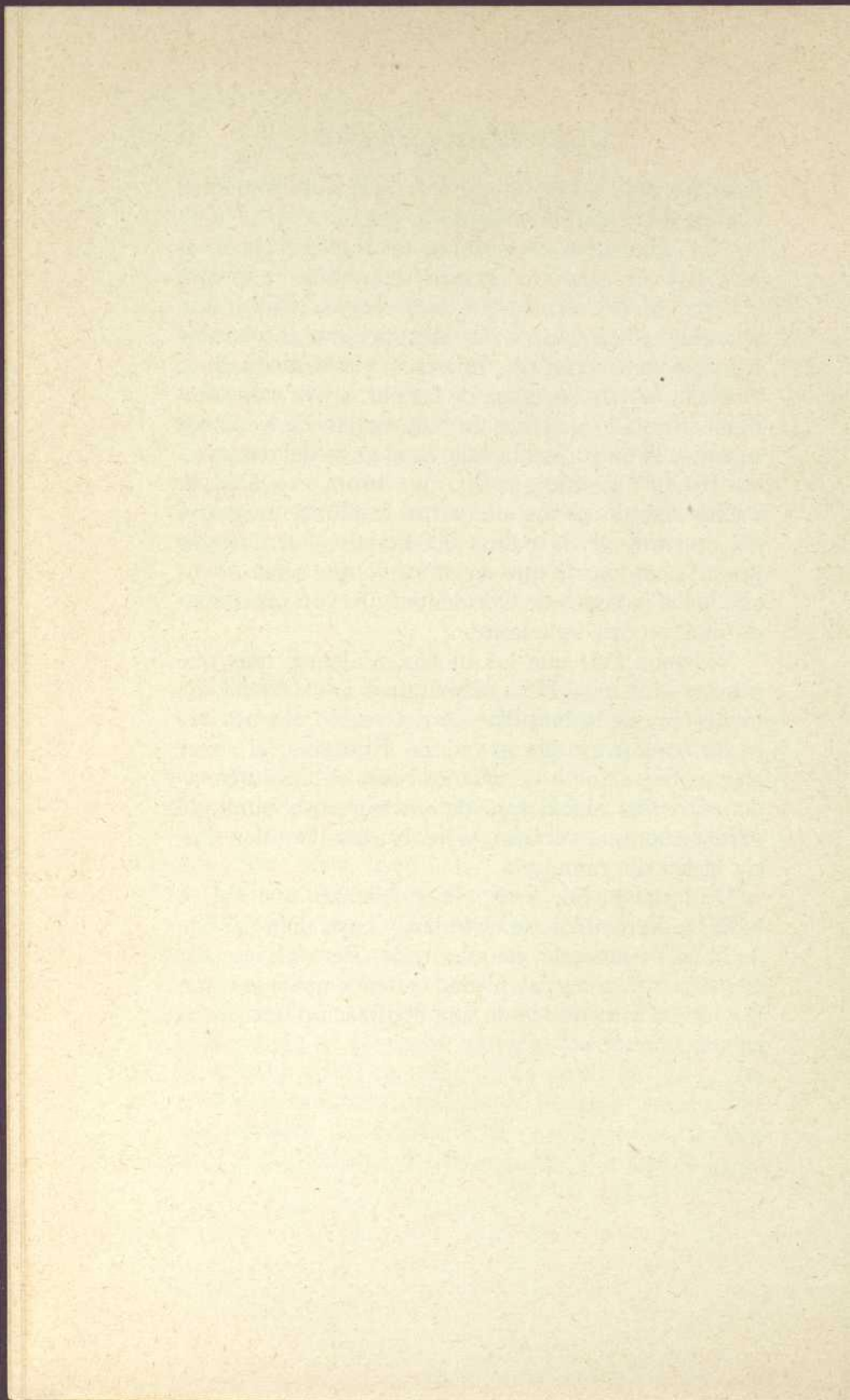
Gobineau nos recuerda uno de los refranes esenciales del Islam: "La tinta de los sabios es más preciosa que la sangre de los mártires." Y nos muestra hasta qué punto el Islam es una región de intelectuales. ¡La tinta de los sabios! Pensaba en esto viendo en el puesto al viejo jeque El Gazwani, cabalgándole en sus narices unas gafas y en trance de salmodiar un tratado de la predestinación que acababa de prestarle el capitán G. Rozamos aquí el punto débil del Islamismo, y, sobre todo, el

más puro de ellos, el de los moros. Nos damos cuenta del embotamiento de la punta.

¿Es admirable esta fiebre de inteligencia divina? Tal vez, pero un francés siempre se revolverá contra ese proverbio que nos cuenta Gobineau. Cuando los jóvenes de hoy denuncian el intolerable dominio intelectual de nuestros modernos sabios, realizan la más hermosa de las obras y la más saludable. Pero lo que nos impide dudar de nosotros mismos, lo que nos consuela, es el grito del corazón: ese "¡Oh!" de indignación que brota espontáneamente cuando oímos comparar la pluma de ganso del escritor con la palma del mártir. Estremécese uno al imaginar lo que seríamos, lo que sería Francia, si los teólogos de Occidente hubieran proclamado una verdad semejante.

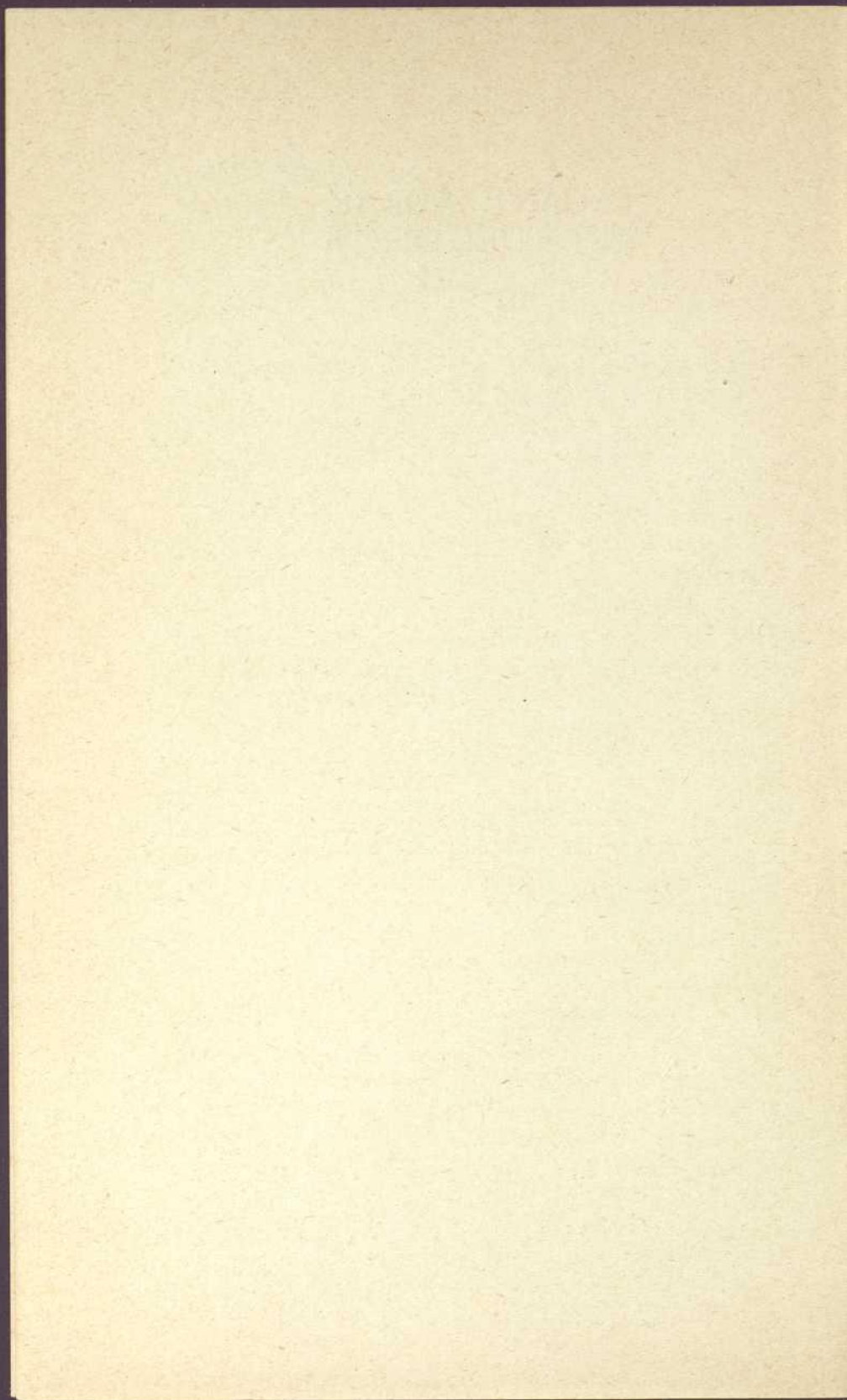
Valemos más que los moros. Valemos más que nosotros mismos. Pero necesitamos advertencia. Es menester que la humillación del vecino nos advierta de nuestra propia grandeza. Entonces, al rozar ciertos bajos fondos, hacemos como el buzo apresado entre las algas, que da un vigoroso puntapié para remontar, vertical, y los brazos tendidos, hacia la luz del mundo.

De igual modo, este viejo Alsman que ahí se halla, todo tembloroso de vejez, y cuya vida salvaje de bandido acosado, he admirado. Pero ahora sólo siento por él una gran piedad, y se me aparece como la víctima lamentable de una civilización que no ha sabido orientarse.



TAGANT. ADRAR.
RUTA DEL OESTE

III



I. EL VESTIBULO DEL ADRAR

TUMBADO sobre mi esterilla y fumando en silencio mi pipa, gustaba de lleno el vértigo estremecedor de la noche. Los tiradores, colocados en cuadro, dormían ya. Algunos moros charlaban, sentados alrededor de una hoguera, y el centinela, en la llanura inmensa, se perfilaba por completo sobre el cielo, como un cromo militar. Cerca de mí oía el ruido de los camellos que rumiaban, y, a veces, en un movimiento de laxitud, les veía extender sobre el suelo sus largos cuellos. Verdaderamente aquello era un cuadro corriente y familiar, puesto delante de mí. Y, sin embargo, aquella noche me entregaba por entero a su conocido encanto.

Tenía veintidós años cuando supe por vez primera de la dulzura de estos efímeros campamentos, perdidos en el silencio de los bosques o de las llanuras. Desde entonces, su replegado hechizo siempre me obsesiona, y me apesadumbran los gratos recuerdos... Esta noche todo me parecía encantador, y me llenaba de unción. Acariciaba a mi perra, que se estiraba frioleramente bajo la manta. Mi mirada se fijaba con amor en el hermoso Escorpión que

allá, en lo alto, comenzaba su inmenso ciclo. Mañana por la mañana, me decía yo, ante este ejército celeste, el ala en marcha habrá franqueado los tres cuartos del cielo. Y me parecía que la tierra también rodaba, joven y ligera, y saltaba en su lugar exacto, por las rutas libres del firmamento.

Unos días antes, el 16 de febrero, había recibido la orden de partir para el Adrar, y al día siguiente, con un pesado convoy organizado muy deprisa, me puse en camino hacia la reciente provincia francesa, con la que soñaba desde hacía un año. Ahora había llegado a los confines del Tagant. Desde lo alto de sus últimas piedras había divisado la inmensa llanura, sembrada de escollos rocosos, que conduce a Adrar. En el umbral de las nuevas tierras me sentía como un corazón repleto de aurora, y como el choque de un enorme aletazo, oía todo el vuelo de la vida.

He llevado conmigo, durante el largo camino, un compañero encantador, un moro joven, de unos treinta años, flexible y delgado como una palmera, que tiene uno de los nombres más hermosos del Islam: Mohamed Fadel Uad Mohamed Rulam. ¡Ah, del ingenio encantador, cultivado y ávido de cultura, amable y refinado, flor de una civilización viejísima que se torna por completo hacia la inteligencia pura! Pero Mohamed Fadel es más moderno. Durante nuestras largas conversaciones se informa de los acontecimientos de Marruecos, sobre los cuales está mejor enterado que yo. Me pregunta sobre Turquía, Inglaterra y hasta de América. Rozamos temas mil, pero la conversación con un hom-



bre como Mohamed Fadel siempre revierte a la religión. La nuestra le preocupaba vivamente. Estimaba —como otros muchos moros ilustres— que los “Nazarenos” han tenido un gran profeta, inferior, sin duda, a Mahoma, pero al que colocan inmediatamente después de él y al que estiman digno de todo el respeto de los musulmanes. Sin embargo, algunos extremos le conturbaban. Así ocurrió que un día me preguntó con verdadera ansiedad si los franceses “creían en un solo Dios o en tres”.

Es el sobrino de Ma el Ainin, y de Taqiallah, el actual *moqaddem* de los Fadelya del Adrar. Cuando le vi en Muxeria dirigía sencillamente un convoy del que le había encargado el Residente de Xingueti. He sabido después que los jefes de tribu, y especialmente Taqiallah, habían encontrado indigno que un jeque de los Fadelya llevara un convoy para los cristianos. Mohamed Fadel, más libre de prejuicios, no había dudado en acudir a ofrecernos sus servicios.

Todas estas gentes tienen, además, muchas razones para sernos afectas. Cuando nuestras tropas cazaron a Ma el Ainin del Adrar, los Ahel Jeque Mohamed Fadel han recogido toda la clientela religiosa del viejo taumaturgo. Nos deben, pues, a nosotros la floreciente situación que hoy tienen. He visto a bastantes representantes de esta gran familia, muchos de cuyos miembros han muerto, dejar más de 60 u 80 hijos, sin incluir las hijas, que no se cuentan. Los Fadelya que he conocido poseían todos una gran cultura islámica, pero ninguno tenía el encanto, la amable sencillez y la gracia completamente aria de mi amigo.

Pasamos juntos muchas veladas. Una vez nos demoramos algún tiempo contemplando las estrellas. Yo le decía el nombre de las constelaciones, mientras que él les daba sus apelativos árabes. Otras veces, cogiendo un libro, me hacía deletrear su lengua, tal vez la más bella de todas, la más rica y flexible, aún más matizada que el griego. Me gustaba oírle leer las líneas misteriosas, y me acuerdo de la alegría que había en su cálida voz, que modulaba las frases y casi las cantaba.

La compañía de este hombre honrado me inclinó hacia determinados pensamientos que me eran ya familiares. El valor de nuestras conversaciones radicaba en que no nos hacíamos ninguna concesión. El permanecía moro y yo francés.

Ambos tomábamos posiciones. Pero yo admiraba la manera de mantenerse fácilmente sobre una cierta base, y el modo cómo seguía su línea con firmeza. No había huella en él de "diletantismo". Por eso sucedía que coincidíamos a veces. Además, ¿cómo sonreír en este país?

Nuestras etapas iban preparándonos poco a poco para el Adrar. El 24, en Hassi el Argub, encontré algunas tiendas de Uled Selmum. Hasta el Ksar de Uxeff, cerca de Atar, no debíamos descubrir un rostro humano. En el Argub la tierra se hace tan áspera y dura que no sabría conciliarse con la figura humana. Allí no surgen más que pensamientos elevados, los de la gloria, la virtud y el orgullo. Y hasta no se hallan lo suficientemente purificados. Sería menester una música y aun mejor si viniera del cielo que de la tierra.

En Auinet el Sbel, hemos acampado en plenas rocas. Hacia el Este, nos veíamos dominados por

una oscura cadena, y, a nuestros pies, se extendía una inmensa llanura desnuda, sin una hierba y sin un árbol. El viento la barría y su música fué la única que llegó a nosotros en aquel imperio del silencio. Pero ya me invadía una opresión singular. Hubiera soñado con franquear todos los círculos de este infierno, con ser el prisionero de tales abismos. Caminaba en el vértigo de estos horizontes singulares, más turbado cada día, con algo de sudor en las sienes, y latidos de impaciencia.

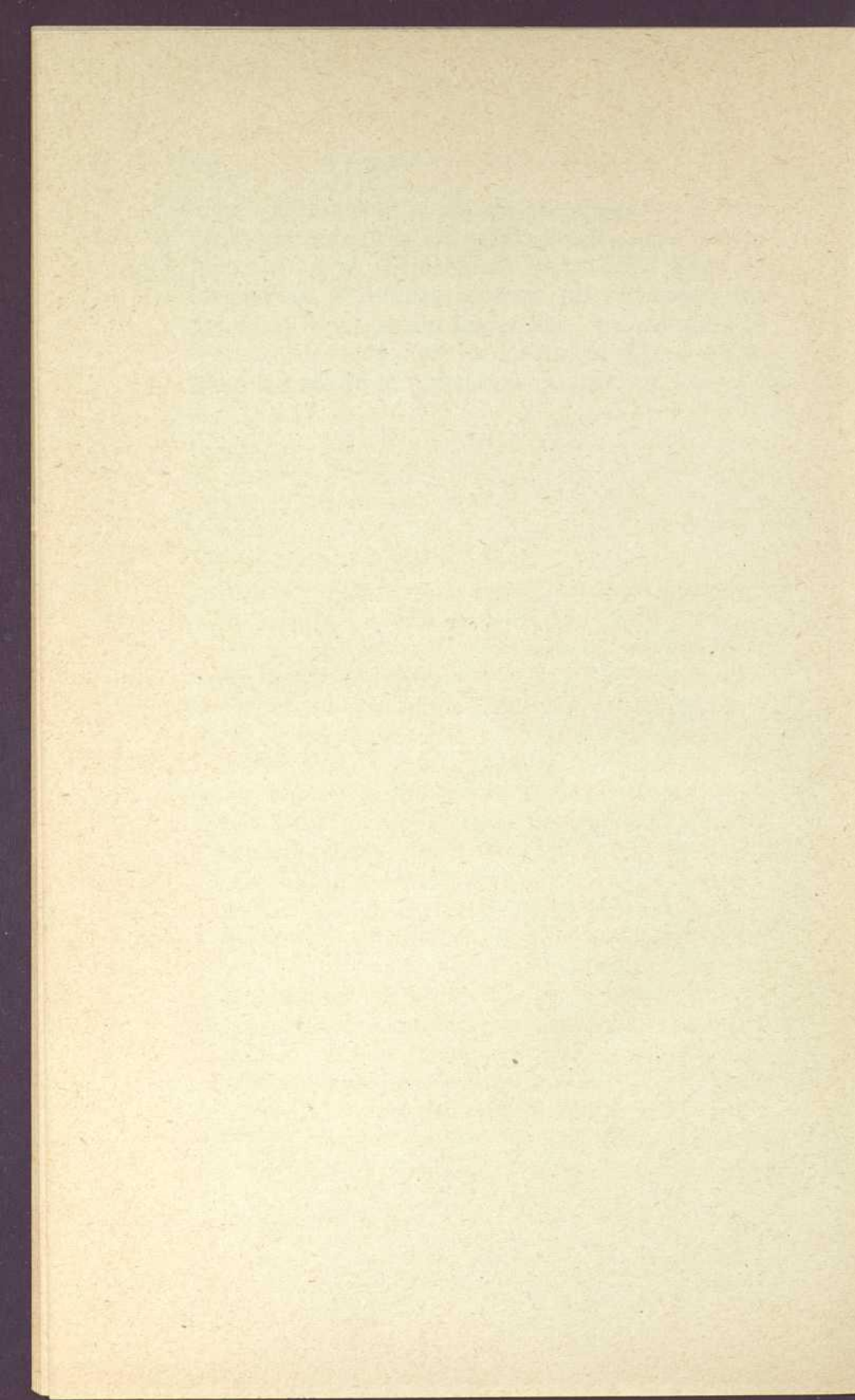
Noches sin amor, pero más grandes que el amor. Días sin prisa, pero en los que se pone una mayor atención en el vivir. Una vida cercenada del mundo, atrincherada en el mundo. ¡Y qué atrincherramientos! ¡Qué fortalezas! ¡Qué *oppida*!

Es el país del egoísmo. Esta peregrinación bien vale otras, más clásicas: Atenas, Roma o Bayreuth. Aquí sólo nos buscamos a nosotros mismos. ¿Encontraremos algo?

En Hassi el Motleh, antes de llegar a los pozos, se encuentran dunas aisladas que el viento del Este divirtiéndose en modelar en forma de enseada. Además, desde nuestra llegada, sobre el mediodía y por la tarde, nos hemos visto envueltos en una tormenta de arena que, definitivamente, nos ha separado del mundo. Nada tan desagradable ni nada tan hermoso como esos golpes de morueco rabioso del viento, que parece excitarse a sí mismo, y quiere batir su propio impulso. No es tampoco una imagen de dulzura. Pero ¿dónde se encontrarían si no es aquí, las imágenes de la fuerza? Henos, pues, preparados para franquear el umbral de ese cantón de la grandeza pura que es el Adrar. Era necesaria esa tormenta de arena para lavarnos. El

viento arranca el humus de las montañas y todo cuanto es accesorio. No queda de ellas más que su forma mineral. También el viento hace aparecer los ángulos de nuestro corazón, sus salientes y entrantes. De un jardín inglés hace un bastión a lo Vaubán, desnudo como la piedra, rectilíneo y rectangular, según la ordenanza geométrica.





EL 27, por la mañana, subíamos insensiblemente por las confusas dunas blancas donde unos mezquinos *titariks* han conseguido poner pie. Dos horas después de la partida, cesa la arena y, al mismo tiempo, toda clase de vegetación. Franqueamos una garganta mal dibujada. Por todas partes nos envuelve la piedra, la piedra negra, rugosa, la piedra muerta del Adrar. Entramos ya en el macizo del Adrar propiamente dicho, en el mismo corazón de este extraño levantamiento granítico, donde reinan como dueños el silencio y la muerte. En los circos sombríos que franqueamos, no existe ni un árbol ni brota una brizna de hierba. En este exceso de miseria, nada acude a alegrar la mirada o a suavizarla.

Zli, donde levantamos nuestras tiendas a eso de las diez, es el punto culminante de este viaje. En ninguna parte la piedra puede ser más trágica que aquí. El corazón se oprime, se ahoga de tristeza ante estas masas brutales donde la vida ha huído para siempre. Por todos lados limitan nuestro horizonte inmensas murallas con pliegues y recodos

vírgenes. A veces una gran muralla aislada, semejante a esos montones de carbón pulverizado que se ven en las cercanías de las estaciones o de las fábricas... Y todo callado, si no es el viento que aquí sopla de un extremo a otro del año.

Cerca del campo, un pasillo estrecho entre las piedras blandas, conduce a una especie de gruta. Allí, en el seno de las rocas, duerme un agua profunda, como en un pilón. Hay que bordear también las orillas de este oscuro espejo. Y entonces, desde lo alto de un último piso de rocas, aparece un espectáculo sorprendente. La muralla cae vertical sobre una altura de unos 20 metros, y en la base un lago, un verdadero lago de un centenar de metros de diámetro, duerme su sueño eterno, que jamás viene a turbar nadie. Hacia el Este y el Sur, la pared baja hasta aquella agua profunda. Hacia el Norte, por el contrario, la orilla ofrece una suave pendiente, y algunas hierbas y un árbol han brotado allí. Por la tarde nos hemos ido F. y yo a nadar en ese lago, único en todo el Adrar. El agua está helada. Hemos regresado al campamento por un atajo que acorta, enganchándonos de roca en roca, y dicha escalada nos ha calentado.

En el campamento todo descansaba. Los hombres, sentados junto a las hogueras, cantaban dulcemente. Hemos comido en silencio nuestro arroz, en la tranquilidad de la noche. Poco a poco los pliegues de la montaña se han sumido en la sombra. El cerrado horizonte ha retrocedido, dejando más soledad aún y más desolación entre él y nosotros. Y después, las estrellas han punteado el cielo, esas estrellas temblorosas en la fría noche del invierno. Hora exquisita, antes de que la fatiga del día nos

abata, la de dejarse tentar por el incognoscible desconocido de estas cerradas lejanías. Pero, a pesar de esa hora que declina, nuestros músculos juegan y sentimos nuestra fuerza. Esta tierra miserable, donde nosotros mismos somos tan miserables, posee una singular virtud de excitación. Siente uno que allí se eleva por encima de sí mismo.

La tierra está batida por todos los vientos, barrida con hálitos mortales. Vedla; es un perpetuo gemido, una lamentación. Está pelada, limpia, lavada y relavada, arañada hasta los huesos por el viento, los ciclópeos vientos que resbalan lamen su piel como lenguas de fuego, matan la planta, la misma piedra y todo el orden de la naturaleza. Es la tierra del *aura* mística que nos hace temblar un poco, pues viene de tan lejos, que no se sabe de dónde...

Y, sin embargo, es nuestra tierra, esa miserable corteza desnuda, y es nuestra amiga, y sonríe para nosotros, esta oscura corteza pelada, rugosa de vejez y de miseria. Y es que aquí no ha cambiado nada, ni los hombres ni las cosas. Hoy es como hace dos mil años, y mañana será también cual hoy.

Como marchamos hacia tierras que no conocemos, he aquí que en nuestro corazón descubrimos grandes espacios inexplorados. Toda esta miseria, la de la tierra y la propia nuestra, se siente tan a su gusto allí, ¡que parece nos encontramos como en nuestra casa! Al principio nos asombran y extrañan algunas singularidades. Y luego, nos vemos obligados a reconocer que toda aquella miseria es naturalmente muy nuestra y que, por el contrario,

la que no es nuestra es la ciudad moderna donde nos sentimos extraños. Esta pura sencillez de la vida nómada, esta pura dureza son las virtudes que amamos y en las que queremos movernos. ¡Oh, cuán nuestra es esta tierra sin nombre que nuestros Foncins colorean, al desgairé, de azul! ¡Lejos de las fábricas y de las tiendas y de las estaciones, cómo nos reconocemos unos a otros, nosotros, los soldados, con toda la alegría de la liberación en el alma!

Tan alejados del progreso, sentimos que somos hombres de fidelidad y que, en el fondo, el progreso nos es igual. No somos unos sublevados; hasta amamos esas dulces cadenas habituales que nos vinculan con las grandezas del mundo.

Pero un pensamiento acude a nosotros: ¿Por qué tantos abandonos como hemos consentido, tantos reniegos de que somos culpables, tantos desarreglos como son los nuestros? ¿Por qué entre esas fuerzas que se oponen al progreso aborrecido conservar el ejército y rechazar la Iglesia?

Cuando hablaba con Mohamed Fadel, tenía que permanecer "francés". Pero también de una manera natural, con idéntico movimiento, le hablaba de Cristo como cristiano, y hubiese experimentado la mayor vergüenza si no lo hubiese hecho.

Recuerdo aquellas conversaciones como la cosa más extraña del mundo. No tenía fe y hablaba como creyente, y, sin embargo, no experimentaba la sensación de faltar a la sinceridad. Por primera vez entonces comprendí cuán vinculado me hallaba yo con Cristo, cual si fuera a pesar mío y sin yo saberlo.

Pero, ¿qué son estos rodeos, estos caminos tras-

versales? ¿Cuáles son esos compromisos? Sin embargo, es menester escoger; si rechazamos la autoridad, abandónese el ejército, del que es fundamento místico; si se la acepta, acéptese toda autoridad, la humana como la divina. Somos hombres fieles, y, sin embargo, nunca estamos aquí fuera de la fidelidad. No somos hombres de renegaciones, y, sin embargo, renegamos. No somos hombres de blasfemias, y de la noche a la mañana, desde la mañana a la noche, arrojam al cielo nuestras blasfemias.

¿Qué nos queda, pues? Nos queda nuestra soledad, nuestra arrogancia ante los hombres, y, ante nosotros, esa vergüencilla, esa pena, esa inquietud. Nos queda el que arrastramos hasta el seno mismo de la infidelidad el gusto ardiente de la fidelidad.

Aquí se sabe que el puesto del soldado está en la soledad, en mirar cómo pasan las nubes y las estrellas. Nos encontramos, efectivamente, solos en este mundo horrible, mirando las estrellas.

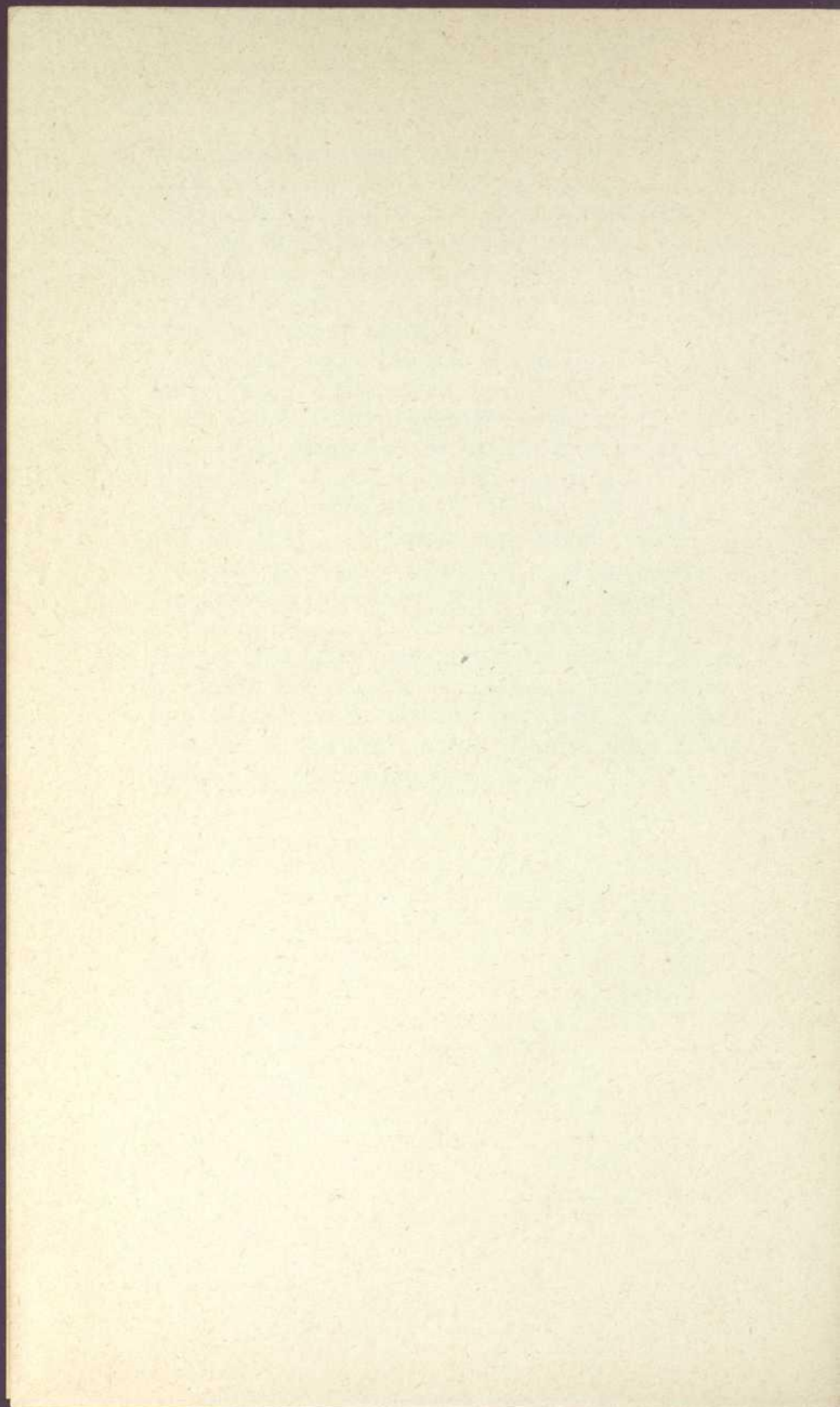
Una hora después de la marcha de Zli, el 1 de marzo, hemos encontrado una tumba aislada en la llanura. Debe pertenecer a algún *marabut* venerado, pues los Fadelya se han detenido y han rezado durante algún tiempo. Después, se emprendió de nuevo la marcha, al paso regular de los camellos. Hubo un momento, cuando caminábamos desde hacía tiempo por un *rag*, en que nos hemos encontrado delante de una ondulación muy fuerte y rocosa que presentaba una abrupta pendiente. Nuestros camellos la han trepado lentamente, sin asombrarse y flemáticos siempre. Desde lo alto de la bajada el horizonte es inmenso. Negras colinas ondulan

hasta la lejanía donde duerme la bruma solar, rayada a veces por líneas blancas, que son la arena. Muy cerca de nosotros, una mancha verde. Es Dai el Tofle, donde debemos detenernos hoy. Lo que decididamente caracteriza este país es que no tiene matices. Y apenas color: el negro, el blanco. Así es como yo quisiera escribir.

“El color ,no... Tan sólo el matiz...”, dijo Verlaine. Pero Verlaine, aquí, nos produce horror.

En Dai el Tofle, el paisaje se suaviza. Acampamos en la arena fina de un río muerto, el Uad N'Beika. El horizonte se ha ensanchado. Ya no es la rugosa corteza de Zli. Pronto van a acogernos los suaves palmerales del Adrar. ¡Dichosos fondeaderos, caros a los moros, en el calor azul de las palmas y la pesadez de las largas siestas!...

Uajchedda, día 3.—La luz juega entre las palmeras. Una brisa suave agita sus crestas, allá en la altura. Los troncos escamosos, gráciles columnas, dejan circular abiertas claridades. Las manchas del sol tiemblan sobre el suelo duro donde chascan las palmas muertas.





SEGUIMOS con verdadero amor la ruta sobre la que avanzó, hace justamente dos años, un soldado magnífico. Preparados, purificados por el Zli, lavados por las grandes corrientes de aire del Adrar, podemos entregar todo nuestro corazón a esos cuadros militares que van marcando, de tarde en tarde, el sendero de la conquista. Ahí están Yuali, Xummat, Tifujar, marcados con algunas gotas de sangre francesa.

Al fin, el 4 de marzo, nos detenemos durante algún tiempo en las dunas de Amatil. Allí fué donde en los días 30 y 31 de diciembre de 1908, los discípulos de Ma el Ainin realizaron contra nuestras tropas su primer esfuerzo. Levanto mi tienda cerca de dos improvisados bastiones que había mandado erigir en el este de su campamento el capitán Bablon, y en uno de los cuales había colocado sus ametralladoras. Aún quedan de tales bastiones algunos anchos setos de ramas espinosas, que pronto se verán invadidos por las arenas.

Mi cicerone es un joven *samoko* que, al día siguiente del combate, se le nombró tirador de pri-

mera, por haber enterrado nuestros muertos bajo el fuego del enemigo. Su relato es algo confuso. Lo que más le ha chocado son los gritos de las mujeres moras, que, encaramadas sobre un repecho de la montaña, excitaban a la pelea a sus maridos. ¡Detalle digno de la antigüedad! Aquellos combates africanos, llenos de gritos, de sol y de tumulto, no pueden compararse, evidentemente, con esas enormes carnicerías que constituyen los campos de batalla de las grandes guerras modernas. Pero conservan una apostura, un elevado colorido militar, y hasta en los más pequeños empeños, algo verdaderamente épico. A cada lado de la línea de fuego, se grita, se interpela, se cruzan los insultos, mientras a lo lejos las mujeres mezclan su salvaje "yu yu" con los silbidos de las balas. De igual modo aullaba de rabia Aquiles antes de la lucha: "¡Hijos de perro! ¡Corazones de ciervos!"

El 30 de diciembre, en Amatil, el choque fué rudo. Fué tal el ardor del enemigo que consiguió penetrar en uno de los bastiones, y el sargento Jéhin salvó su ametralladora llevándosela sobre la espalda. La jornada fué muy mortífera. En este campo silencioso, que hoy es Amatil, me he detenido junto a nuestras tumbas: ahí están el ayudante Vix, el sargento Moricard, y otras anónimas, de los tiradores que enterró el mismo día mi valiente *samoko*. ¡Provechosa parada! En todas partes donde la sangre se ha vertido por Francia, ya sea Champaubert o Amatil, nos detendremos con idéntica piedad. Entre Champaubert y Amatil la diferencia es de cantidad, no de calidad.

El 10 de diciembre de 1908, en Muxeria, decían los moros: "¡Nunca podrán penetrar los franceses

en el Adrar!" El 5 de enero siguiente, un puñado de franceses, a los que seguían 500 senegaleses, entraba en Atar, después de una marcha de 400 kilómetros, en un país nuevo, donde el sol, a cada paso, se yergue contra el hombre. No digo que sea la alocada cabalgata de Murat desde Iena hasta el Báltico. Sin embargo, eran los mismos hombres, los mismos móviles en idénticos hombres.

En ese orden, todas nuestras paradas serán provechosas. Por todas partes buscaremos los lugares donde podemos establecer una continuidad, encontrar de nuevo el vínculo del pasado con el presente, reanudar los anillos de la cadena. Tal será nuestra inquietud. Haremos comparaciones —que serán razones—, tanteos, aproximaciones. En Amatil colocamos un jalón. Nuestros modernos caminos carecen de jalones. Los restableceremos en todos los lugares donde se pueda. Utilizaremos el recuerdo más pequeño, la menos asociación de ideas. Pondremos, finalmente, "jalones con todas las maderas".

Al día siguiente de Amatil, Hamdum. Nos hallamos en el largo desfiladero que, por el cauce mismo del Senegal, nos lleva hasta Atar. Allí, en 1909, la acción fué breve, pero decisiva. Dos columnas paralelas. En el centro, desde lo alto de las rocas que dominan el Uad, un cañoneo, sencillamente como en Valmy. Esto nos entregaba la ruta de Atar, donde nuestra dominación iba a establecerse paciente y metódicamente.

¡Magnífica historia, demasiado poco conocida! Pero Francia es tan rica en gloria que descuida esa moneda. Volando nuestras columnas por los cuatro rincones del desierto, acudiendo las tribus a

arrojar sus armas a los pies de nuestro jefe en Atar, millares de acciones que prueban el cuidado que teníamos de exhibir nuestra justicia, después de haber mostrado nuestra fuerza, son páginas romanas que será menester escribir, "comentarios" tan hermosos y severos como los de César.

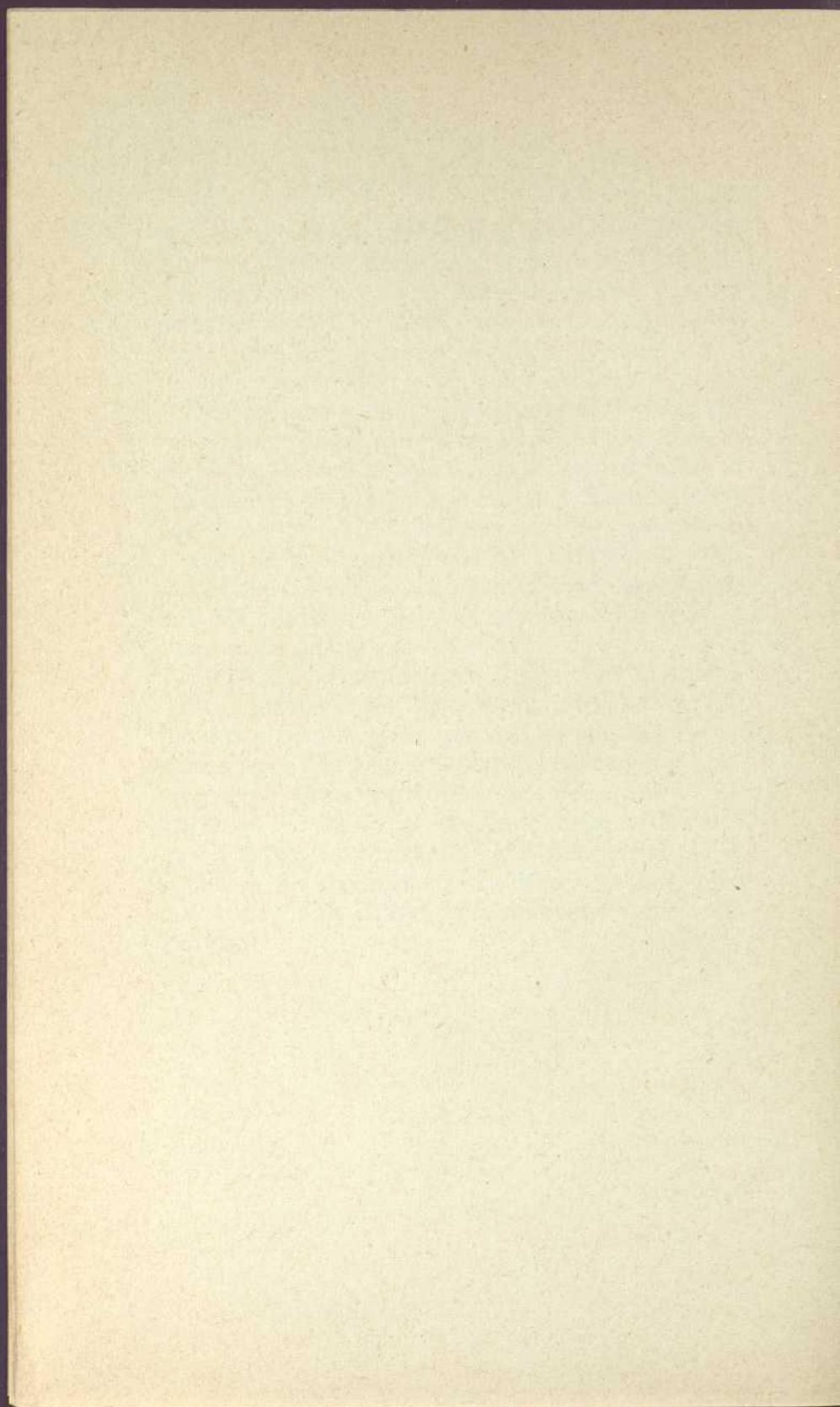
Hasta llegar a Atar, volviéronse a vivir las horas de aquella enorme baraúnda de 1909. Mas si el camino se hace al lado de un Mohamed Fadel, lo que también os asedian son los ensueños religiosos. Me parece que desde Zli hasta Atar he visto los dos rostros de la Mauritania. En el desierto, son las imaginaciones religiosas o los sueños guerreros los que nos asedian. Pero, ¿no son ellos el reverso y anverso de una misma medalla?

Zli me ha preparado para comprender a Amatil, como Amatil me ha ayudado para gustar de Zli. En una y otra de estas paradas, permanecemos en el pasado... Pero para nosotros constituye el presente vivo. Poco importa que nos refugiemos aquí o allá. No nos basta con poseer un refugio. Dejaremos a los positivistas que digan que el Sahara es el país de los espejismos; espejismos, tal vez, pero que nos ayudan a vivir y a aprehender mejor la realidad.

ALTAR

IV





Mujeres en el palmeral!... Desde lejos, viendo sus largos peplos, su lento y ondulado paso, casi se imaginaria uno a las coeforas y desearia ver sobre sus hombros alguna cratera. ¡Pero, no! Viéndolas mejor, son Rebecas desfallecientes bajo sus velos, que ocultan en sus pliegues toda la languidez del Oriente. Está en aquellos ojos ardientes, sombreados de kohl, que parecen prometer algún placer. Algunas ensayan un gesto como para cubrirse. ¡Ay de mí! Continúan mirándome disimuladamente, y hasta las hay que me dirigen la palabra, demasiado poco salvajes. Y, sin embargo, les agradezco que no sean esas bellezas de bazar, esas bayaderas de exposición universal que envenenan con su olor insípido, el Africa del Norte. Y luego, todas esas palmeras, blandas y gráciles, forman un decorado placentero donde el corazón languidece y se abandona pronto... ¿Voy a encontrar acaso, después de los círculos de Dante, las terrazas de Persia, y las rosas de Chiraz, después de la Arabia pétrea?

Esas hermosas esclavas me han acogido en Atar. Las encontraba por todas partes, en la cálida ciudad, pequeñas y ya coquetas, frágiles adolescentes,

envueltas matronas, como las musas de Puvis, ardientes todas, como los frutos de las islas y hechas para verter el olvido. Esta villa parece haber sido abandonada por los hombres, que partieron para alguna aventura, y entregada por entero a los chillidos de los ginéceos. ¡Qué diferencia con el austero Xingueti que pronto habrá de acogerme, la ciudad de los viejos doctores, donde sus únicos ruidos son los del muezin, y sus únicos murmullos, las plegarias! Sometámonos a la influencia del lugar y entremos, como conquistadores, en estos sórdidos palacios...

Y, sin embargo, ¿vale que retarde uno esas horas de olvido? La voluptuosidad es el accidente, y en cuanto al amor, ¿qué tiene que hacer con los soldados?

Comprendemos siempre el amor a la manera de Napoleón: "Una noche de París reparará todo esto", decía después de Friedland. Y, efectivamente, de ese modo es como el amor constituye el alma del mundo.

El amor no sabría ser más que una máquina de fabricar soldados. Es un servicio militar, como la intendencia o el genio. Pero ahí, todo reglamento es inútil. Y, sin embargo, ¡cuántas glosas, cuántos comentarios sobre sujeto tan vanal desde que los hombres escriben!

Es un hecho digno de notar que ningún soldado ha hablado del amor con suerte. Jenofonte y César permanecen mudos sobre esta cuestión. Courier no dice nada aun cuando haya traducido a Longo. Vigny no tiene siquiera para la mujer la galantería

tradicional del oficial francés. Nos queda "*Amor*", de Stendhal. Pero, ¿existe un libro más desprovisto de amor, más cruel para el amor?

Posible es que estos *lindos tenientes* tengan el bigote retorcido. En el fondo los creo ineptos para el amor y poco hábiles en la diversión. He ahí el signo de la grandeza, lo que prueba que el soldado por su vocación está reservado para destinos superiores a los de la humanidad media.

... Lo que aquí falta es la música. Y esta nostalgia nos lleva a veces hasta el dolor. Y es que la música es un orden sobrenatural que, dentro del orden natural, nada puede reemplazarla. Este país nos enseña el desprecio por las formas sensibles, y en eso estriba su mayor lección. Solamente no nos libra de tales paraísos artificiales, sin los cuales no pueden pasarse nuestros nervios de civilizados. Es cierto que nos libera del papel impreso. Pero, ¿cómo acostumbrarse a este silencio? Cuando se quedó sordo Beethoven fué cuando escuchó sus más hermosos acordes. Pero él era el genio.

Nada hay en el orden de la naturaleza que pueda sustituir a la novena sinfonía, mientras que el más bello de los Partenones no vale el aborregamiento de las dunas doradas por el sol. La pintura, hasta los cánticos de los poetas, pertenecen al orden natural, mientras la música es de un orden distinto, y de un orden que sobrepasa a todos los demás, como, por ejemplo, la distancia que nos separa de las estrellas.

El arte y la naturaleza constituyen un orden, y la música otro. El arte y la naturaleza son un mundo; pero, por ejemplo, la pintura, no lo es, mientras que la música sí lo es y además un orden por

sí sola. El arte y la naturaleza son *nuestro* mundo. La música, sólo ella, es el otro mundo. ¿Cómo negarlo entre esas bellezas tan depuradas, tan trascendentes del Sahara? Y, sin embargo, el horrible silencio de la muerte reina allí como dueño. Sí, pero aquí comenzamos a elevarnos ya por encima del orden de la naturaleza. Y a causa de ello nos acercamos al orden de la música. Por eso, el desierto es casi una música...

Cuando me paseaba por el Ksar y oía los murmullos de las voces en la mezquita, imaginaba con cierta alegría a Antiscio en Atar. A este sacerdote modernista pronto le hubieran puesto en razón. Y, sin embargo, ¿debemos censurarle por no haberse conformado con la tradición y no haber manchado con sangre sus manos sacerdotales? ¿O decir mejor que se ha equivocado en su grandeza, porque "la religión es buena para el pueblo"? ¡Espantosa tristeza! Ese Antiscio que quiere aparentar aspecto de gran intelectual, nos produce horror. ¿Acaso va a zapar el templo con algunas quimeras metafísicas, quien había sabido crear la unión de los pueblos del Lacio? ¿Está tan seguro de la verdad? ¡Que le den como al abate Loisy una cátedra en el Colegio de Francia, pero que le prohiban el Foro!

¡Ay de mí! Antiscio ha triunfado. Sus disertaciones, que hubiesen sido excelentes en la Academia, se han convertido en norma del mundo y su sonrisa ha perdido a Francia, que, sin embargo, ha conseguido su grandeza en la sangre y en las lágrimas.

¡Valiente pedagogo! ¡Honrado profesor de filosofía que nos prepara el progreso en fórmulas! Habla de la Razón como Robespierre hablaría de ella, y se cree su sacerdote infalible. No obstante, cuando mide el mal que ha hecho a su pueblo, nos da una gran lección. Sabemos entonces que la suerte de la patria está vinculada a la de los ritos. Sonríe: los ritos, la patria, ¡ilusiones necesarias que no conviene arrebatarse al pueblo! El ve más allá de los ritos y de la patria. ¡A fe que sí! ¡Tanto mejor para él! Basta con que nos haya demostrado nuestra unión.

¡Toda tradición es, pues, forzosamente hermosa?, dirá Liberalis. ¡Es una de las formas de lo divino, Liberalis! Escapa a nuestra razón. Se hunde tan lejos, tan lejos, que, ante ella, nos vemos presa del vértigo y nos callamos, como lo hacemos ahora ante las voces que salen de los espesos muros de esta mezquita. La tradición se va formando todos los días. Ramas nuevas brotan del árbol viejo. Pero ese misterioso movimiento de la savia que sube y baja y vuelve a ascender, se escapa a nuestras miradas y, sin embargo, hace vivir al árbol. De ese modo, el pasado desconocido nos va llegando, y vivimos en el presente conocido. ¡Terrible antinomia que los filósofos no resolverán!

... ¡*Suratul el Kufar*! Aquellos moros recitaban la "Sura de los Infeles": "Decid, ¡oh, infieles!, yo no adoraré lo que adoráis vosotros. No adoraréis lo que yo adoro. Aborrezco vuestro culto. Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía."

Así habla el Corán y así cantan ellos prisioneros

aun en su mezquita. Admirable salmodia que los sitúa en seguida en el orgullo y en la nobleza. En la ciudad ruínosa y desnuda, sólo queda ese grito de orgullo y soledad.

Todos los días recitan esa "Sura de los infieles". Y nosotros, ¿podemos decir como ellos: "Aborrezco vuestro culto. Tenéis vuestra religión y yo la mía"? A nosotros solos correspondería decirlo —¿acaso no lo decían los Cruzados?—.

En el Sahara, en todas las tierras que huelen a Oriente, se piensa en las Cruzadas. Es uno de los polos de nuestra meditación.

Siente uno no poseer más detalles sobre los emires del Adrar. Las tradiciones locales dejan entrever, sin embargo, historias dignas de las épocas merovingias. Si poseyéramos materia suficiente, sería menester la pluma de Agustín Thierry para escribirlas.

En los siglos xvii y xviii, mientras los hijos del conquistador Maghfar, Terruz y Barkani se repartían las regiones que luego han llegado a ser Trarza y Brackna, el Adrar estaba habitado solamente por los Ideichili guerreros y por diversas tribus marabúes: Smassidas de Atar, Idauali de Xingueti, Amgarix de Uadan. Hacia fines del xviii, uno de los nietos de Barkani, Bubba ben Ammoni ben Akchar, emprendió la conquista del Adrar. Los Ideichili, al acercarse él, se habían retirado a la cima de los montes Tegguel, que forman, hacia el oeste de Atar, la linde del Adrar. Allí fué donde los Uled Jaffria, conducidos por Bubba, los encontraron e inflingieron una sangrienta derrota. El hijo

de Bubba, Cheunan, y su nieto, Lefsdil, se instalaron definitivamente en el país, donde sus gentes fundaron las actuales agrupaciones de los Uled Ammoni, Uled Akchar, Uled el Lobd. A las tribus autóctonas de Ideichili y Marabuts, las hacían sus vasallos. Y, sin embargo, en 1859 es cuando el hijo de Lefsdil, Lasra, impuso su dominio a todo el Adrar y se adjudicó el título de emir del país. Reinó siete años, y fué muerto por los Uled Bu Sba, llegados del Uad Nun para saquear los palmerales de esta comarca favorecida. Su sucesor Azman, segundo hijo de Lefsdil, conservó el emirato por once años; pero su hijo Sidi, que le sucedió hacia 1878, fué destituido al cabo de dos años, y hubo de retirarse entre los sabios varones de Xingueti. Las gentes del Adrar pusieron en lugar suyo a su sobrino Mohamed ben Ahmed Aida. Al cabo de diez años, este joven se hizo matar por los Uled Gheilan, tribu que dependía de su emirato. Su sucesor, Xaudzora, fué arrojado por las gentes del Adrar, pasados dos años, y, según cuentan, murió de rabia. Le sucedió su sobrino Ahmed ben Mohamed, nieto de Ahmed Aida, hacia 1890. Después de un corto reinado, fué asesinado por uno de sus vasallos, Salem Ued Buchama, de los Ideichili Ulad Heunun. Ahmed, hijo de Sidi Ahmed, otro de los hijos de Ahmed Aida, fué emir hasta la llegada al Adrar de la misión Blanchet, en 1900. En esta época murió de accidente, a causa de la caída de una viga de su casa. Ahmed ben Mojtar, hijo de un tercer varón de Ahmed Aida, se comportó bien en relación con la misión Blanchet.

Los Ulad Bu Sba le mataron en 1901. Desde esta época, hasta nuestra llegada en 1909, Sidi

Ahmed, hijo de Mojtar, hijo segundo de Ahmed Aida, fué el emir nominal, pero no poseía autoridad ninguna. El heredero del emirato, Sidi Ahmed, hijo del emir muerto en 1900 y biznieto de Ahmed Aida, se había desembarazado, a pesar de su edad temprana, de su hermano mayor, Mohamed, e iba a apoderarse del poder cuando los franceses llegaron al Adrar. Antes que someterse prefirió partir a la región de Tixitt. Allí es donde cayó en nuestras manos, el 16 de enero de 1912.

Escuchaba con avidez a mi fiel compañero Sidia, hijo de Aleia, cuando me contaba, bajo la tienda, tan terribles historias. Me parece que ellas precisan el carácter de Atar y la residencia de los emires. Es la ciudad del movimiento, del odio y del amor, la ciudad terrestre donde se agitan las pasiones, bañada toda por la luz de la vida. Mientras Xingueti, la vieja ciudad, reposa acurrucada sobre la duna y mira al cielo como rogando.

Los moros dicen que hay que remontarse para la construcción de Xingueti a antes de la Hégira, mientras que Atar es de fecha relativamente reciente. Tal vez deba a su antigüedad el que la ciudad tranquila tenga ese adorno de meditaciones monacales. Mientras que Atar, más reciente, se estremece aún al soplo de las pasiones humanas y prefiera la sangre a la tinta.

Menester es que vuelva otra vez a esas lindas muchachas que un día me sonrieron. Están allí para solaz de los guerreros. Su valor radica en que ellas se dan cuenta exacta del papel que se les ha asignado en la sociedad humana. Están habituadas a

recibir a aquellos que han corrido durante mucho tiempo por el desierto y regresan a la ciudad, fatigados, cubiertos de polvo, con la frente ardiendo. Saben los remedios que necesitan y tienen para ellos besos más frescos que el agua de los manantiales. Eran éstas las que, hará dos años, iban a Amatil, a la hora del combate y excitaban a sus hombres con la voz. Imagino que eran gritos apasionados los que prorrumpían, y que pensarían en los amorosos enlaces que siguen a la victoria. Pero en el fondo, poco les importa el vencedor. Basta con que posea la fuerza y hable como amo. Por eso están riendo y sin velos.

No deslucen ese círculo de sombra azul perdido en el fuego del cielo, pero ciñéndole con sus gritos, convierten el frescor en irritante. Su olor es el del musgo, el del benjuí, pero este asco procura un bienestar salvaje y oriental. Y también es Oriente lo que recuerdan sus complicados peinados, sus negras trenzas, que tornan pesadas con pedrerías, ámbar, nácar y peridotos, las joyas salvajes de Salomé.

Y es cierto; nosotros somos los amos. Lo somos y no nos hallamos. Embriaguez nueva que nos arroja dentro de nosotros y nos ordena bastarnos a sí mismos. Nadie resistiría a ello a no ser el soldado. Es menester la fría lógica de los conquistadores para soportar ese abandono. Tienen éstos un sistema de vida, de principios y de fórmulas de aplicación que valen para todos los casos. Por eso es por lo que el arte horroriza a los soldados. No sirve para la fuerza, y los signos algebraicos no

operan allí. Al contrario, los soldados están armados para la vida y para la soledad.

Poseen un sistema que valdrá lo que valga, pero a él se atienen. ¡Ah!, y saben muy bien para lo que viven. Por eso pueden arrojar a los amos y ser los amos. ¿Puede decirse que tienen el alma indigente y que su matemática ha matado el libre genio, la fluidez? Es creer que la riqueza de la vida se halla en la extensión, en lugar de estarlo en la profundidad. El *diletante* que hace botín de todas las flores, no es más rico que el conquistador con sus dos o tres principios asegurados. El capital más pequeño vale más que mil posibilidades de fortuna; pues mil posibilidades equivalen aquí a la imposibilidad...

He ahí por qué se alejan del romanticismo que es una vuelta hacia la vida, un esfuerzo hacia su movilidad. La ordenanza clásica, por muy alejada que parezca de la realidad, les sirve más.

Decididamente, arrojamus a Antiscio. Este, demasiado rico, pero desordenado, era un romántico. ¿Qué haría en este reducto de ángulos rígidos, con el doble cinturón de muros que han construído los soldados?

En el umbral os acogen los movimientos secos del centinela, que hace los honores. Un ancho camino entre dos muros almenados. Allí se amontonan cajas de arroz y harina. Franqueada la segunda puerta, os encontráis en un patio cuadrado ocupado por todas partes con severas construcciones, de las cuales dos, frente a frente, están en alto. Dos escaleras de piedra conducen a la terraza superior, flanqueada de bastiones y almenada en todo su con-

torno. Dos grandes miradores dispensan una sombra cálida y espesa. Aquí todo respira orden, medida en la fuerza y norma armoniosa. Cada piedra tiene su razón de ser y nada hay inútil.

Nos encontramos en los límites septentrionales de nuestro imperio. Pero, ¿cómo detener este amplio movimiento al que sólo el océano puede poner término? La fuerza que nos empuja es invencible, porque es ordenada, como estos mismos reductos en que nos hallamos y que tienen, sin quererlo, todo el significado de nuestra acción. ¿Qué hacer contra la fuerza unida a la razón? Es una ola disciplinada que rueda de un extremo al otro del Sahara, y no la masa brutal a la que ningún pensamiento anima. Nuestros amos —los amos de Francia— se inquietan: “¡Deteneos! ¡No id más lejos!” Pero ellos no son tan fuertes como esa fuerza.

Desde lo alto del mirador del Norte, casi parece estar uno mecido por las palmas. Al pie de sus gráciles tallos, piafan los caballos. Hombres y niños pasan. Y tras este juego de sombras que tiemblan está el enorme centelleo inmóvil de arenas, el lecho siempre seco del *Uad* que acota sobre la otra orilla un paisaje indefinido de guijarros y blandas ondulaciones.

He descendido hacia el huerto. Sobre la ingrata tierra, veo, sin embargo, estallantes tomates, nabos, zanahorias y remolachas. Parece que el calor sube de esta tierra removida y se mezcla a los rayos verticales del sol que caen desde lo alto. Cierro los ojos, deslumbrado. No se mueven más que las pesadas flechas de las palmeras. Producen, aproximadamente, aquel ruido con el que se divierte el

viento de mar adentro cuando agita, en las orillas playeras del Norte, las cimas de los pinos. Veo otro jardín, con rectas avenidas plantadas de perales, un viejo jardín cercado de salvaje vegetación, y esas largas siestas del verano, donde, como aquí, el menor ruido repercute y estremece el alma. También había álamos de Italia, que producían idéntica música.

Menester será dar la vuelta al puesto y detenerse en la linde de las palmeras para volver a hallar el curso ordinario de nuestras impresiones. Allá lejos se extiende una llanura oscura donde a veces se levantan torbellinos de blancas columnas que ascienden al cielo, retorcidas, arrancadas, y luego desaparecen. Grandes masas dominan la llanura; es la muralla del Adrar, abrupta y vertical, fuertemente asentada, expuesta al sol, lisa también, pero con amplios pliegues, que se esfuma hacia el Nordeste en lejanas grisallas. ¡Bien conocemos esta aridez! Pero aquí presta todo su valor a las líneas rectas y sencillas del puesto, más que la gracilidad de las palmeras o la dulce exhalación de los jardines.

La música es el único arte que puede retener al soldado, ya que justamente se deriva de las matemáticas.

Pero apenas si es un arte y representa mucho más. Las combinaciones armoniosas del número son lo que más complace a la inteligencia enamorada de la lógica. También una partitura orquestal es un sistema, construido tan apretadamente, que uno se pregunta por qué mallas deja filtrar el ensueño. Nos hace soñar del mismo modo que lo realizan las famosas propiedades de la asíntota. Y los

únicos ensueños que valen proceden de los números. Platón es quien ha sentado la teoría de la música...

No hay música romántica, a pesar de las apariencias. Por extensión, dicen que Berlioz es romántico. Simple asociación de ideas, a menos que un chaleco rojo sea lo que constituya el romanticismo. Las reglas de la música son inmutables. Nadie sabría moverlas. Mientras que las demás artes son libres con exceso y, en ellas, todas las locuras están permitidas. La historia de la música no ofrece ese desorden que señala la historia de las demás artes. Es, si me atrevo a decirlo sin reír, el arte de la medida.

La música encuentra su menester en una vida basada sobre algunas abstracciones. El ritmo es, pues, todo. Si permanecemos en la diversidad de la vida terrena, hay que condenarse a una serie de imágenes cuya profunda unidad está ausente. En la música es donde el esfuerzo hacia la unidad se lleva a su más alto grado. De ahí que sea la patria de los místicos, que se esfuerzan en sus desesperos por la unidad, y de los conquistadores, esos místicos de la acción. También existe en la naturaleza una unidad profunda; pero el arte es quien la rompe y la fragmenta. Del mismo modo, el ala de una mariposa cae convertida en polvo en cuanto se toca.

Las viejas piedras del Ksar, de la Alcazaba, removidas con el tiempo, aún conservan su grandeza. Todas las tardes acudía allí para perderme, esperando la hora en que tornan los corderos, en apretado rebaño, mientras que nubes de chicos, valientes y encantadores, se divierten gritando. Me gustaba sobre todo bordear estas murallas ruino-

sas que ciñen a la ciudad un cinturón de miseria y abandono. Veía así los últimos reflejos del sol poniente sobre el elevado muro granítico del Adrar. A veces, estas rocas oscuras coloreábanse de rojiza rubia y parecía entonces como si todos los colores se volvieran más intensos. Las palmeras, de un verde crudo, se destacaban sobre las ocre arenas de la *batha*. Solamente permanecían entre la grisalla las piedras de la Alcazaba, cargadas de polvo y de siglos.

Las terrazas aparecen coronadas de espinos. Ninguna aventaja a las otras. De este modo quedan aisladas, y ninguna pretende imponerse. No es mediante una simple obra de albañilería por la que afirma la raza su orgullo. Además, los habitantes de Atar, Smassidas la mayor parte, o simples cautivos, son lo más bajo de los moros. Los que son verdaderos no habitan en las casas de piedra, sino en tiendas de piel de camello, perdidos en los repliegues del desierto. Así es como entienden ellos el orgullo.

Por la noche, cuenta cada minuto, cada segundo produce un sonido que uno quisiera eternizar y hace vibrar nuestra sensibilidad centuplicada. Somos como un gongo golpeado por el tiempo; los golpecillos y las ondas del metal se ensanchan, cabalgan, se amplifican, pero según un determinado orden matemático. Yo regresaba, embriagado de ruidos y colores, por el palmeral que descansaba en el silencio.

Allí hay que franquear recintos de palmas secas, seguir estrechos senderos entre los cuadros de trigo o de maíz. Mil canalillos se entrecruzan y, cerca de los pozos, brillan unos estanques circulares

con los últimos resplandores del día. Pero aquí asombra el trabajo de los hombres. No quisiera uno más que la pereza, el abandono de la noche, el misterio que produce la sombra.

Contemplada a la luz del mediodía, la Alcazaba es un verdadero Ghetto. Nada hay más sórdido que estas estrechas callejas, donde un olor acre se os agarra a la garganta, donde desde hace siglos se acumula la suciedad. A veces, el paso de una lenta beldad, semivelada, produce esa ilusión; decididamente nos hallamos en una judería. Para volver a la realidad hay que ver a los hombres; en sus rasgos fieros y suaves se encuentra la antigua sangre berebere, tan cercana a la nuestra...

He penetrado en algunos zaquizamís de ese miserable burgo. En cuanto se entra se ve uno asaltado por nubes de moscas. En el centro del cuchitril, en un patio estrecho, cantan las mujeres o mecen a niños mugrientos, mientras que mil olores violentos se mezclan en el aire y hacen zozobrar el corazón.

En la casa del padre del emir, viejo sonriente y amable, existe la misma miseria, idéntico abandono. Sin embargo, los patios son más amplios y mejor arreglados. He pasado horas sobre la terraza donde brotan plantas de alheña; pero mis miradas tórnanse siempre hacia las paredes de ladrillo y a esa pesada mole cuadrangular, cuya masa rosada se elevaba entre los suaves plegados de las palmeras. De este modo, el orden latino hacía descansar mi vista, a la que ofendían los recodos malolientes de ese laberinto de Oriente.

Las palmeras semejan enormes mozos, encorvados y gráciles, de frentes demasiado pesadas. Al ver su compañía armoniosamente apretada alrededor de nuestros bastiones, invadidos por el sol, experimenté no sé qué sentimiento de plenitud, una gran alegría sería donde se anega uno...

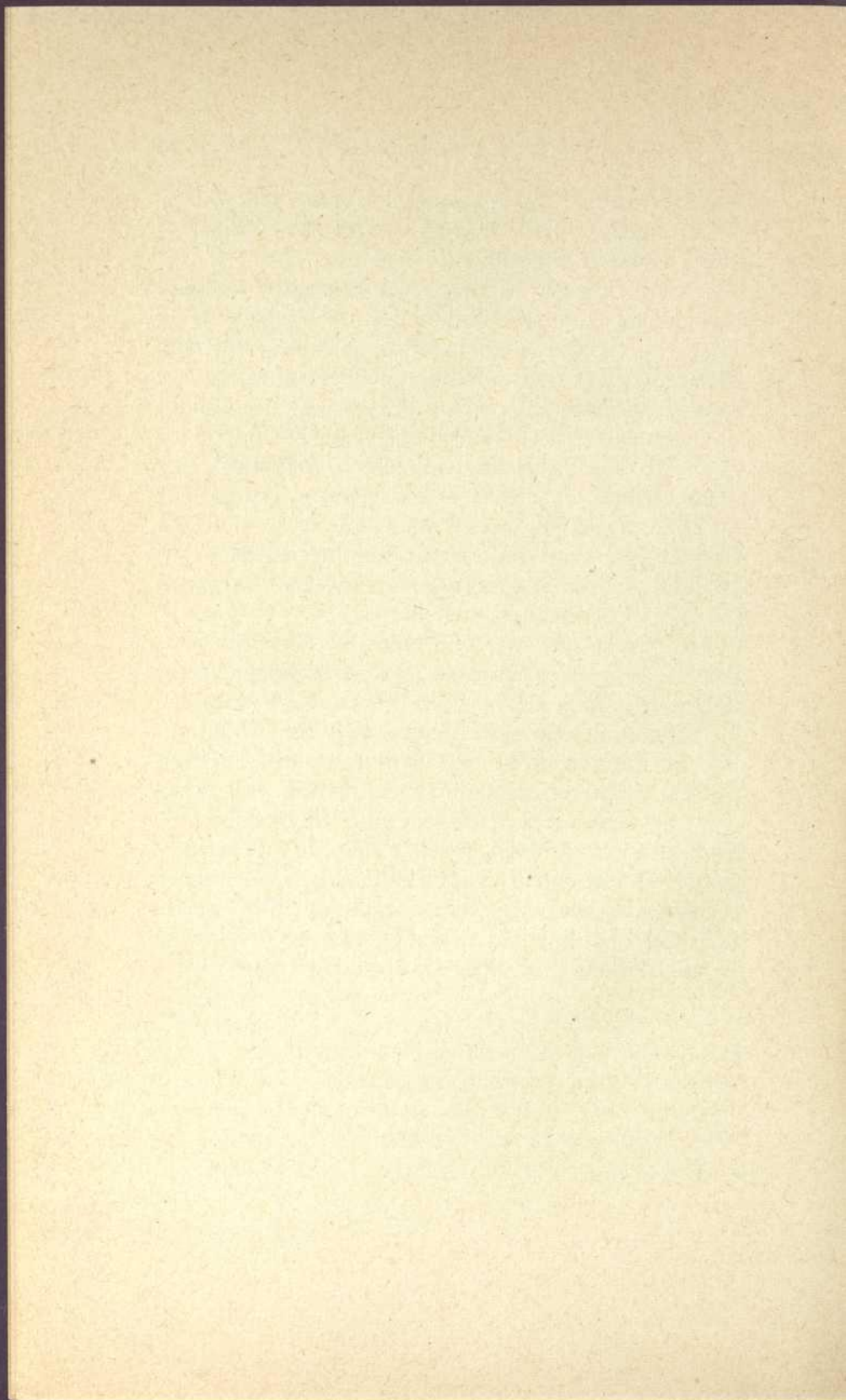
Aquí nos sentimos muchos más latinos que en otra parte; quiero decir que, mejor que en ningún sitio, conocemos nuestra dignidad latina.

"Habiendo establecido su campamento hacia este lado del *oppidum* que, separado por el río y los pantanos, ofrecía un estrecho paso, César emprendió la preparación de los materiales necesarios para la construcción de la terraza —*aggerem apparare*—, y levantar barracas —*vineas agere*—, a fin de erigir dos torres —*turres duas constituere*—. Pues la naturaleza del lugar impedía realizar circunvalaciones —*prohibebat circumvallare*—. Por lo que se refiere al abastecimiento de trigo —*de re frumentaria*—, no dejaba de presionar a los Boienses y a los Eduenses. Estos últimos, que no poseían ningún celo, no nos eran útiles para nada. Los primeros no ofrecían grandes recursos, y los pocos que tenían servían para su propia alimentación. El ejército no dejaba de sufrir con la extrema dificultad del avituallamiento, debido a la pobreza de los Boienses, a la indigencia de los Eduenses y al incendio de los almacenes. Hasta tal punto ocurrió esto —*usque eo ut*—, que muchos días los soldados carecieron de granos y los rebaños que llegaban de pueblos muy lejanos, sufrieron un hambre enorme —*extreman famen sustentarent*—. Sin embargo, ni una sola palabra se oyó por su parte que fuera indigna de la majestad del pueblo romano y de la

superioridad de los vencedores —*nulla tamen vox ab iis audita, populi Romani majestate et superioribus victoriis indigna...*”

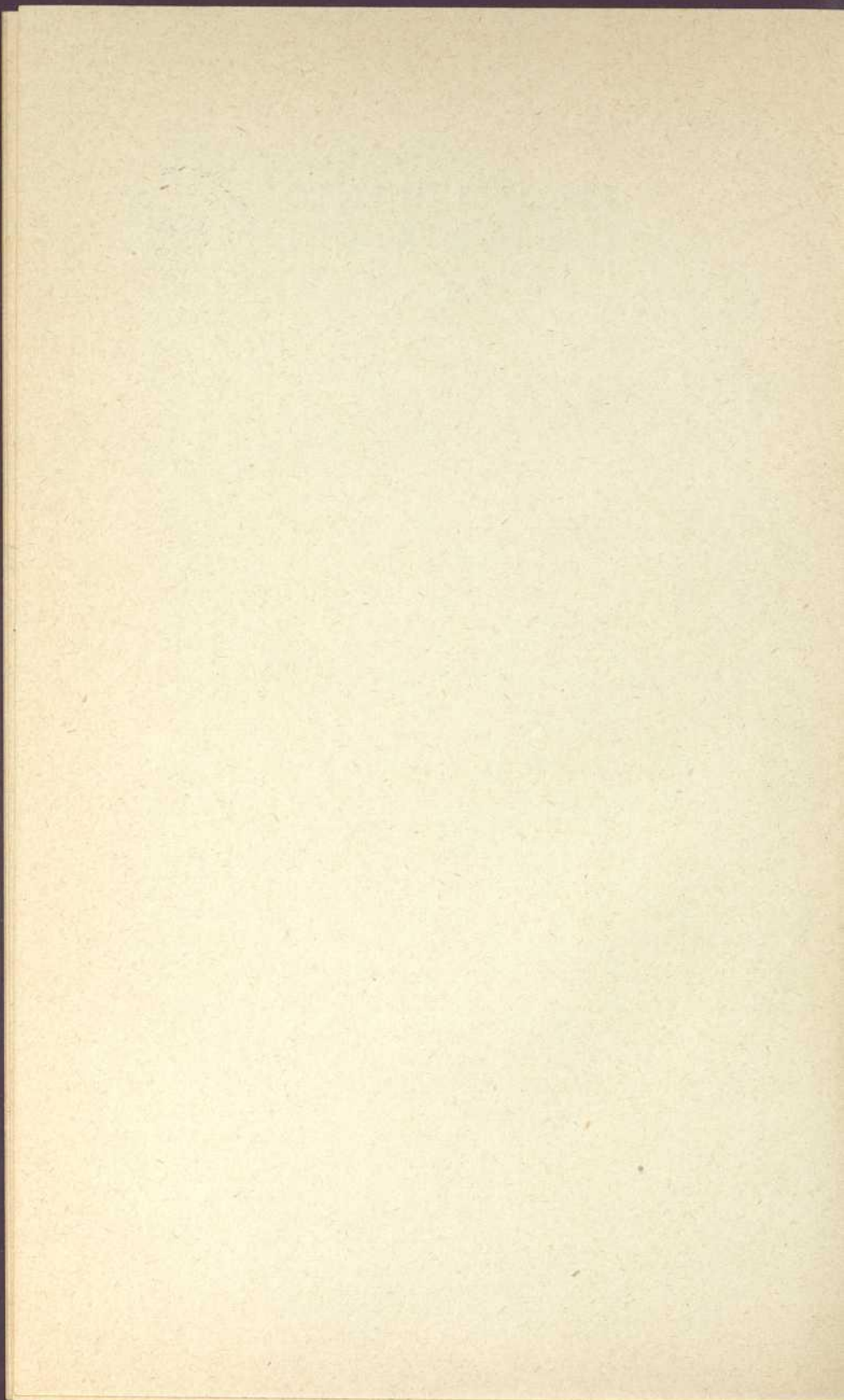
— Esto ocurría en una ruda colonia y durante una de las campañas coloniales más duras de la Historia. Se chapoteaba en los pantanos. Sufrían de hambre y de frío y había que enfrentárselas con mozos valientes que no os dejaban ni un minuto de descanso. Era en el sitio de Avaricum donde los galos de hoy fabrican cañones y cartuchos. Por aquel tiempo, el Yevre, el Yevrette, el Auron, los apacibles ríos que ponen un collar a la moderna Bourges, no eran más que un amplio pantano. Allí es donde César se puso a construir sus torres, sus murallas fortificadas, sus jinetes.

Me parece que los conocemos, esos muros cuadrados, los nobles trazados, las puras líneas rectas de los *oppida* y de las vías romanas. Y también las dificultades de avituallamiento y esas inquietudes con motivo de la “*res frumentaria*”. Preguntádselo a los conquistadores del Adrar, mil novecientos sesenta y tres años después de la guerra de las Galias. Y también, y sobre todo, lo que reconocemos, es esa *populi romani majestas*, esa serena y rectilínea soberanía, ese tranquilo orgullo que al lado del orgullo galo debía parecer mejor que la *populi romani majestas*: la dignidad francesa.



RECONOCIMIENTO
HACIA BIR IGNI

V





VUELVO a encontrarme en mi desierto, entregado por entero a él, tan lejos de las moradas de los hombres. A los lugares sin nombre a donde voy, la inmensidad se halla traspasada por hálitos iguales. Todos quieren enseñarme aquello que en la tierra puede saberse sobre el infinito. "*El espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.*" He aquí las palabras que, sin cesar, recordaba mientras atravesaba el Ak-char, balanceado monótonamente sobre mi camello, durante las largas horas del día. El paisaje elemental nos lleva a la nebulosa primitiva.

Tratemos de representarnos, según el *Génesis*, al Espíritu Santo, la Tercera Persona, cerniéndose sobre las aguas que animan los grandes remolinos apacibles, cuando los ejércitos innumerables de Angeles acababan de ser creados en el cielo... Se tendrá entonces una idea del vértigo que se apodera de nosotros delante de esos huracanes de arena que dominamos desde la cima del pensamiento humano. El espíritu de Dios flota sobre las arenas...

A veces, sobre todo en las horas apacibles de la madrugada, y cuando se tiene ante sí la perspectiva de una mañana de camino, se siente un bienestar indecible. Mis hombres marchan tras de mí. Los conozco y me conocen. Lo que nos une es que ambos constituimos la vida de este desierto.

En Atar pensaba en el orden latino. Mas, ¿no es este orden la figura de otro orden, la piedra angular de otro?

Sobre estos caminos de Tixirit pienso en aquel centurión romano que conocemos tanto, aquel a quien *admiró* Jesucristo, el mismo día que entró en Cafarnaum. ¡Favor único! Podemos decir, después de esto, que el ejército tiene un lugar eminente en el orden cristiano, puesto que un soldado fué proclamado el primero en la fe. *Nec in Israel tantam fidem inveni*. ¡Un humilde teniente de las cohortes romanas ha sobrepasado en amor a los mismos de la raza elegida, a la raza escogida entre todas! ¡Un humilde oficial subalterno, como somos todos, fué juzgado más digno que todos los doctores de Israel!

También nosotros somos centuriones. Tenemos cien hombres a nuestras órdenes, y le decimos a uno de ellos: "Vete", y se va; y al otro: "Ven", y viene. También mandamos y obedecemos. No ha cambiado nada, si no es la sumisión verdadera, que no tenemos, la modestia y el amor.

Los centuriones del Evangelio son como nosotros, gentes valientes, honrados soldados que no piden más que saber, y obedecer a gentes sencillas como nosotros, hombres de buena voluntad. Pues los soldados de todos los tiempos son parecidos. Los

centuriones del Evangelio, cuando han *visto*, no se cubren el rostro, pero dicen: "*Verdaderamente este hombre era el hijo de Dios.*"

Porque la honradez de los soldados es algo sorprendente. No es la honradez de todo el mundo; es una buena fe cándida, una sinceridad sencilla, una sencillez infantil. Es una honradez animosa como la del niño, atrevida con placidez. Una honradez que no tiene miedo de nada ni siquiera de la verdad.

Quizá no conoceremos nunca la dicha del centurión de Cafarnaum. Pero sabemos que no resistiremos y que Dios entrará bajo nuestro techo cuando le plazca. Ese es el fundamento: no resistir a la verdad, sea cual sea; esperar, esperar pacientemente, sin nerviosismo, sin inquietud; esperar al huésped que se desea, y del que, sin embargo, nada se sabe.

Yo estaba en Cafarnaum con el centurión... Cuando salí de mi tienda, a eso de las seis, me sentí presa de un vértigo. La inmensa extensión horizontal del Tixirit parecía de terciopelo negro: pero el cielo, hasta el cenit, todavía era de una claridad maravillosa. La víspera habíamos recibido un gran chaparrón, la primera lluvia desde hacía más de un año. Por eso, pintábase el cielo con colores desusados. Su tonalidad traslúcida estaba compuesta por un verde palidísimo, o un rosa desteñido, pachucho, o, por mejor decir, no se le podía dar nombre en ningún lenguaje humano. Tan sólo, algunos rosas delicados que he visto en Bries podrían recordar esa pureza de tonalidad, o también algunos fondos marinos en los golfos de Bretaña. Hacia el

cénit, el cuadro se fundía, insensiblemente, en rosa, mientras que por el horizonte, algunas nubes se alargaban, ligerísimas, muy lejanas, próximas al helado éter... El sol acababa de desaparecer. Rayos inmensos divergentes que parecían anchos pliegues del cielo partían del punto por donde acababa de ocultarse. Pero estos rayos no estaban hechos de luz. Eran, únicamente, regueros oblicuos de un rosa verde, más pálido aún que el resto del cielo. En tal momento, la llanura me pareció de una prodigiosa inmensidad. La cadena de Tahament, hacia la que marchamos desde hace tres días, era de un gris palidísimo y, sin embargo, formaba un corte muy vivo sobre la profundidad infinita del Poniente. Fuera de ella no había nada en la llanura que atrajese la mirada, a no ser una débil línea plateada: uno de esos lagos efimeros de la invernada, que en unos días desaparecen tal vez para varios años...

Seguramente que con ese cielo pueden realizarse grandes cosas. Su mismo silencio nos acucia. La hora vespéral nos espolea. Nos ordena adentrarnos en nosotros mismos, quiero decir, en esa parte de nosotros mismos que es el espíritu puro y donde volveremos a hallar *aquello que no es nuestro*. Nos separa de las bajezas del egoísmo, y, no obstante, nos demanda tomar plena posesión de nosotros mismos. Nos proyecta fuera del tiempo, fuera del espacio, en una región donde la experiencia humana aparece miserable, y donde, sin embargo, lo que descubrimos en nosotros es indeciblemente hermoso.

Siento que más allá de las últimas luces del horizonte alientan todas las almas de los apóstoles, de las vírgenes y de los mártires, el ejército innumerable de testigos y confesores. Todos me violentan, me elevan mediante la fuerza hacia una región moral más sublime que aquella en la que hoy vivo. Esta noche deseamos con todo corazón su pureza, su humildad, su castidad, su prudencia, su fuerza, su ciencia, su piedad. Concebimos que pueda aspirarse a la perfección.

Cuando pienso en el problema de la fe, ninguna de las dificultades promovidas por la exégesis moderna llega a emocionarme. Las pretendidas *contradicciones de los sinópticos* no sirven más que para aquellos que, desde el comienzo y ante todo examen, se hallan decididos a negar lo sobrenatural. Por ignorante que sea, me doy perfecta cuenta que tan miserables discusiones no saben arrastrar una convicción, sea cual fuere. De hecho —y toda la cuestión reside en esto— trátase de saber si deseamos un determinado fondo moral, cierto reflejo del alma, una especie de inocente pureza. Se trata de saber si tenemos el gusto del cielo o no; si se desea vivir con los ángeles o con los animales; si se posee la voluntad de elevarse, de espiritualizarse sin cesar. Ahí está la cuestión. A todo argumento se puede oponer un argumento, y así aparece la vanidad de la argumentación. Si, pues, ese deseo de engrandecer su corazón, si ese gusto de Dios no existe, ninguna prueba puede administrarse útilmente, ningún argumento es eficaz. Pero si uno quiere retardar esta angustia del cristiano, que no

es otra que el deseo de perfección, si no se teme al absoluto, sino, por el contrario, se siente un corazón bastante amplio para contenerle; si se tiene bastante delicadeza para desear otra cosa que la moral natural, por bienhechora que sea, entonces no está uno lejos de decir, como San Pablo al ser fulminado: "*Señor, ¿qué queréis que haga?*"

En nuestra penosa e inquieta vida, nos damos cuenta de que no podemos confiar únicamente en nosotros mismos. Sabemos lo que somos. Conocemos la tarea que nos ha sido medida. Estamos penetrados de la idea de que Francia somos nosotros. Sabemos que para millares de seres un solo hombre representa a toda Francia. Particularmente yo sé quién soy y lo que se espera de mí. Sabemos que aquí somos hombres considerables. Estamos obligados a lograr éxito. Si nos dejamos batir, tendremos la culpa. Si nos dejamos batir moralmente, es decir, si fundamos la injusticia allí donde es menester fundar la justicia, tendremos mucha más culpa. Por humildes que seamos, tenemos, no obstante, una misión. ¡Y qué misión! La de imponer a Francia. Cada día de nuestra vida comprometemos el nombre francés. Nos está prohibida la flaqueza, de igual modo que le es imposible a Francia.

El 7 de junio, cuando caí en Medenet Hauat, sobre el campamento de Mohamed ben Breika, me di cuenta violentamente de todo esto; pues, por vez primera, el viejo jefe, recientemente sometido en Atar, iba a ver actuar a la "Administración francesa". Tratábase de empadronar la tribu y de percibir la multa de guerra en forma de camellos... ¡Vaya un campamento tan miserable! He contado justamente ocho tiendas de la familia de los Beni

Aillal, ligada a la tribu de los Suaad; ocho tiendas de Beni Tidrarim; cinco tiendas de Larousseyn; una tienda de Ulad-Delim; una tienda de Skarna (1). ¿Qué importa? La majestad de la función prevalece, y si sólo hay ante mí 23 tiendas miserables, detrás de mí tengo a todo un pueblo.

Mientras yo separaba de los rebaños de la tribu una docena de animales de silla, el viejo jeque me miraba con ojo torvo. Me daba cuenta de que apenas contenía su furor. Sin embargo, cuando terminó la operación, se recobró, discutió, imploró, protestó aún de su deseo de vivir en buena inteligencia con nosotros. Después de una larga conversación bajo mi tienda, pareció calmarse. Debíamos volver a marchar todos al día siguiente, pues sacábamos el agua de una charca que comenzaba a agotarse. Me dijo que iba a partir hacia el Este. Pero al día siguiente debía comprobar que me había mentido. Yo apresé entre los camellos de la multa a un hermoso *azuzel* blanco, que monté durante varios meses. Más tarde perdí tan hermoso animal en la charca de Tungad, donde se rompió el codillo. Este accidente fué muy sensible para mí.

Después de nuestra estancia en Medenet Hauat, partimos hacia el Sudeste. Caminamos lentamente para no fatigar a nuestros animales. En los pozos de Birtgui, el día 12, aún nos encontramos a tres

(1) Todas aquellas gentes habrían de tornarse disidentes algunos meses más tarde.

moros. Esto fué todo. Durante días, alternaron las arenas y los guijarros, sin que ningún soplo humano viniese a atenuar aquel espanto.

Después de tanto tiempo, luego de tantos caminos, hemos olvidado los pueblos de la patria. Hemos olvidado la familia, todas las alegrías de la vida. En nuestra penosa soledad sólo nos quedan algunos sueños. En nuestra soledad no nos queda más que el estar completamente solos.

En nuestro desarreglo, buscamos un amo, pues somos de aquellos que ansían someterse, para ser libres. ¿Y qué amo necesitamos ahora? Llamamos al Señor de Cielos y Tierra. Sabemos lo que es la sumisión del soldado. Conocemos su grandeza. Pero también sabemos que no es más que la figura de una sumisión más alta. (Todo no es más que imagen y figuración.)

Discierno, en mi vida interior, dos elementos:

1. Debo esforzarme con todas mis fuerzas por merecer a Dios, perfeccionarme hasta forzar a la Gracia. *Violenti rapiunt illud...* Pues yo sé que todo me está permitido. *Yo sé quién soy.* Conozco lo que puede realizar el esfuerzo humano.

2. Sin embargo, sé que tengo un dueño; que todo, en definitiva, depende de él. Afirmo que Dios es todo, que yo nada puedo, absolutamente nada, delante de El.

Pero me parece, por esta aparente contradicción, que entro en el orden. Pues, ¿qué es el esfuerzo humano sin la sumisión, y qué sería una sumisión que no dejara lugar al esfuerzo humano? Esfuerzo y sumisión, libertad y servidumbre, he ahí

el estado más elevado de la conciencia humana. Pues es una razón de progreso y un motivo de humildad. La gracia es la parte de Dios. El deseo de la gracia es mi parte.

Se puede tener el deseo de extender la vida moral fuera de Dios. Como los estoicos y los protestantes. Pero entonces viene el orgullo que lo echa todo a perder. Y con el orgullo, la sequedad del corazón, el egoísmo. Esta sequedad, esta dureza aparece en los hugonotes.

Desear subir infinitamente alto, sabiéndose infinitamente bajo, he ahí lo que puede darnos a Jesucristo.

“La miseria concertándose con la grandeza y la grandeza con la miseria.”

“A pesar de la contemplación de todas nuestras miserias, que nos apresan, que se nos aferran en la garganta, tenemos un instinto que no podemos reprimir, que nos eleva...”

“La grandeza del hombre es grande porque él sabe que es miserable...”

“¡Qué extraño es el cristianismo! Ordena al hombre que se reconozca como vil y hasta abominable, y le manda que desee ser semejante a Dios...”

“La miseria persuade a la desesperación, el orgullo persuade a la presunción...”

En más de cien pasajes, Pascal muestra este perfecto equilibrio del cristianismo que todo lo toma en cuenta, lo pesa todo y a todo le da su lugar. ¿Qué otra religión podría explicar al hombre tal como es en su servidumbre y en su libertad? Los protestantes no ven más que la grandeza infinita.

Los protestantes no ven más que la miseria infinita. Dios es todo; el hombre, nada. Ni unos ni otros me explican ese complejo que siento en mí. Y, efectivamente, sin la Redención todo es inexplicable.

Al llegar a Labbé he visto una inmensa llanura blanca, espolvoreada de claridades sin ningún adorno que la engalanara. A su alrededor había dunas de arena tan fina, tan flúida que no había podido brotar hierba ninguna. Me pareció, sin embargo, que sobre las cuestas del Este, algunas plantas de *alfa* habían conseguido engancharse. Eran las dos de la tarde y caminábamos desde el amanecer. Mientras mis guerrilleros montaban mi tienda, en ese gran silencio que produce la fatiga humana, me pareció divisar en el fondo del horizonte un camello que caminaba hacia nosotros. Envié dos hombres. Al cabo de un momento regresaron con un meharista del puesto de Atar, que me traía, a este infierno, noticias de mi país. Pasé la siesta leyendo el paquete de cartas anhelado durante tanto tiempo. Pero no experimenté el placer que esperaba...

Hay que llegar aquí para llorar ante el nombre dulcísimo de Francia. ¡Desgraciados! ¿Tienen alguna pasión sombría que les guía en la vida? ¿Solamente viven? ¿Piensan en las grandes cosas del mundo, en la muerte, en el Paraíso? ¿Piensan en los ángeles del cielo, en esos ejércitos tan numerosos que ninguna imagen humana puede dar idea y que acuden, por olas apretadas, a contemplar el rostro de Dios? ¿Piensan en el infierno, en esos círculos arrollados hasta lo más profundo de la tierra, que desgarran indecibles sollozos? ¿Piensan en otra cosa que en lo que ven sus ojos, que en



lo que siente su corazón? Pero son gentes honradas. Tienen el gusto delicado, el espíritu escogido, el amor por las cosas de la inteligencia... Sí. Pero, ¿eso es todo? Yo era así en otros tiempos, y me parece que mi vida era un desierto mucho más árido que el que atravieso en este momento.

Agoatin, 19 de junio.—Seguiríamos aquí de buena gana a aquellos maestros de la vida espiritual que nos aseguran que Dios no es nada de lo que supone dulzura, suspiro amoroso, placer del corazón. La vida despojada, inmovilizada en la espera, libre de todo lo sensible, aun lo sensible de corazón, es lo que convendría aquí. ¡Ah! ¡De qué manera hubiera sabido utilizar esta tierra si yo hubiese venido como cristiano!

Costeamos la débil depresión del Tassarat que corta del Sudeste a Nordeste las dunas del Ack-char. El 22, a las cinco de la mañana, me encuentro con el capitán B. Pero no tengo tiempo de echar el ancla. Volvemos a partir al momento por el paso de Tujunin. Nuestro fin es alcanzar en etapas breves, y utilizando los pastos de paso, la gran depresión de Uadan que se encuentra en el extremo este de los territorios reconocidos y donde nuestros camellos podrán rehacerse durante los meses cálidos.

El 23, a la una, llegamos a Tujunin. Nos encontramos al pie de un elevado acantilado, semejante al del Adrar que se prolonga hacia el Norte, solamente cortado por algunos puertos practicables. Seis días después, el capitán B. partía en reconocimiento, y yo me preparaba a levantar el campo, después de haber esquilado nuestros voraces ca-

mellos aquellos mezquinos espacios verdes de los bajos del paso.

El puerto de Tujunin es un corte abrupto cuyo fondo está obstruido por dunas a pico, bastantes largas de franquear. Un estrecho sendero serpentea a través de las paredes de las rocas. Por el lado de la llanura se halla obturado por los desmoronamientos que los camellos del Tiris, no acostumbrados a los guijarros, atraviesan difícilmente.

El 30, desde lo alto del cantil vertical, seguía con los ojos aquella columnilla mía que se desgarnaba en el extremo de la cuesta, y este espectáculo familiar me hacía hallar descanso de aquel inmenso horizonte del Tiris encerrado entre los bastidores de esa decoración fantástica sumida en la luz del mediodía. El mismo día, llegué a los pozos de Tengharada, a donde envié a buscar al jefe del pueblecito de Teurchane. Le ordené que trajera con él un guía que pudiese conducirme a los pastos de Jraif. El jefe llegó al atardecer, acompañado de numeroso séquito. Después de los saludos de costumbre, le pedí que me presentara al guía que me destinaba. Mostróme un niño de ocho años, medio desnudo, de aspecto despierto, y que no parecía asustado en modo alguno por la responsabilidad que iba a pesar sobre él. El viejo moro me aseguró impudicamente que aquel niño era el único que conocía el camino de Jraif. Al momento le repuse que no me dejaba engañar por tal mentira; exigí que le diera al chicuelo un compañero de más edad, el cual tendría así ocasión de conocer Jraif. El muchacho me condujo con felicidad hasta el término del viaje. Su compañero tenía aspecto de ignorar el camino, y escuchaba, con el semblante más interesa-

do del mundo, las explicaciones que le daba el guía. Jamás sabré si representaba una comedia, para no desmentir al jefe, o si era sincero. Mi guía, tan jovencito, era asombroso. Marchaba a pie delante de la columna, sin manifestar la menor fatiga, consciente, por el contrario, de su importancia. Cuando llegamos a Jraif me pidió que le conservara conmigo y declaró que no quería volver a su Ksar. Le concedí este favor; pero su padre vino a buscarle algunos días después, y el aventurero abandonó nuestro campamento, no sin verter abundantes lágrimas.

En el camino de Jraif encontré al *tuabir* Ahmed Uld er Rmaza. Depende del jefe de los Kunta de Uadan, Sidi Uld Sidati. Pero vive solo con su mujer, su borriquillo y sus 25 corderos. Cuando llegué al pedregoso Uad donde había plantado la tienda, su miserable equipaje estaba cargado sobre el asnillo y disponíase a levantar el campo. Su mujer llevaba un rorro en sus brazos. Antes de partir me condujo servicialmente a Oaruar, donde se encuentran los *oglat*s, que sabía muy próximos a mi campamento. Había allí algunos Uled Silla, que acababan de desplegar sus tiendas. Vi a un viejo que arañaba apaciblemente la tierra, rodeado de jovencitos, tratando de encontrar un poco de agua.

Las palmeras de Jraif, sus matorrales de odoríferas tarefas, sus dunas umbrosas, me acogieron amablemente. Contaba con pasar allí algunos días en tranquilidad; pero el 12, el capitán B. me

comunicaba, mediante un correo rápido, que el spahi Abdulah Faye y dos guerrilleros de su escolta habían desertado, y me ordenaba me uniese a él para reforzar su efectivo. El capitán se encontraba solamente a 28 kilómetros de Jraif, en el vallecico poblado de árboles donde se hallan los pozos de Utid. Acudí allí al momento; pero apenas llegué hube de volver a partir para Atar, donde tenía que consultar importantes documentos. Dejé, pues, mi sección en Utid, y en la noche del 13 al 14 franqué con una reducida escolta los 60 kilómetros que me separaban de la capital del Adrar.

La vista de la bandera francesa que flotaba sobre la choza del puesto, en honor de la fiesta nacional, bastó para hacerme descansar de la larga marcha nocturna que había tenido que realizar. Los tiradores con sus trajes más hermosos, iban y venían ante la puerta, decorada sencillamente con papeles recortados. Esta emocionante evocación de la patria, en el límite extremo de las tierras francesas, me pareció infinitamente conmovedor. De repente, y a pesar de la sencillez de la decoración, me encontré ligado a la civilización, a la más suave, a la más humana, a la más armoniosa de todas. En verdad, que no será en Atar donde me entibiaré y flaquearé. Aquí, más que en parte alguna, quiero pertenecer por entero a esa Francia que es la Francia de Juana de Arco, de Pascal, y de Bossuet; que es, ante todo, la Francia militar y cristiana. ¡Cosa muy singular esta unión eterna, a la que vuelvo siempre obstinadamente! Puedo decirlo sin paradoja; no se es plenamente francés si ante todo no se es católico (sin que esta idea reste nada a la grandeza de la "catolicidad", de la universalidad).

Lo que se requiere para la calidad de francés es la fe de San Luis y de Juana de Arco, ya que no su santidad. ¡Cuántos piensan como yo y no se atreven a decirlo en este día en que se conmemora el acto más bajunamente demagógico que haya conservado la Historia!

Volví a encontrar al capitán B., el día 18. Tres días después partimos para Uaddan, donde llegamos el 1 de agosto. Nuestro camino nos había obligado a pasar por Xingueti, que, con Atar, es uno de los dos grandes Ksours del Adrar. Xingueti es la ciudad de los sabios y de los sacerdotes. Sus casas de secas piedras, sin ventanas y cubiertas de terrazas, se escalonan sobre las dunas brillantes que dominan el arenoso lecho del Uad. En la orilla contraria se levantan las espesas palmeras, en medio de las cuales se ha construido el puesto francés. He permanecido errando toda la mañana a la sombra ligera del palmeral. Allá, a lo lejos, oía las voces de los niños que recitaban el Koran sentados en círculo alrededor de algún maestro de escuela. Algunos pájaros cantaban en las palmas más altas. Sentíase uno languidecer por no sé qué indolencia, por el suave zumbido de los oasis de Africa. Estaba yo con B., un camarada del puesto. Caminábamos el uno tras el otro, entre cercas de paja, casi sin hablar. Ambos gustábamos de ese respiro que ofrece un dulce cuadro de estío. Estábamos en ese momento en el que palpamos en nosotros la más vieja humanidad, la más elemental y al propio tiempo la más inexpresable. Esta clara calma, estas voces infantiles que salmodian en la inocente maña-

na, no eran menester más para levantar en nosotros la humana ternura, esa dulce afección universal que nos está prohibida en las horas pesadas de nuestros destierros...

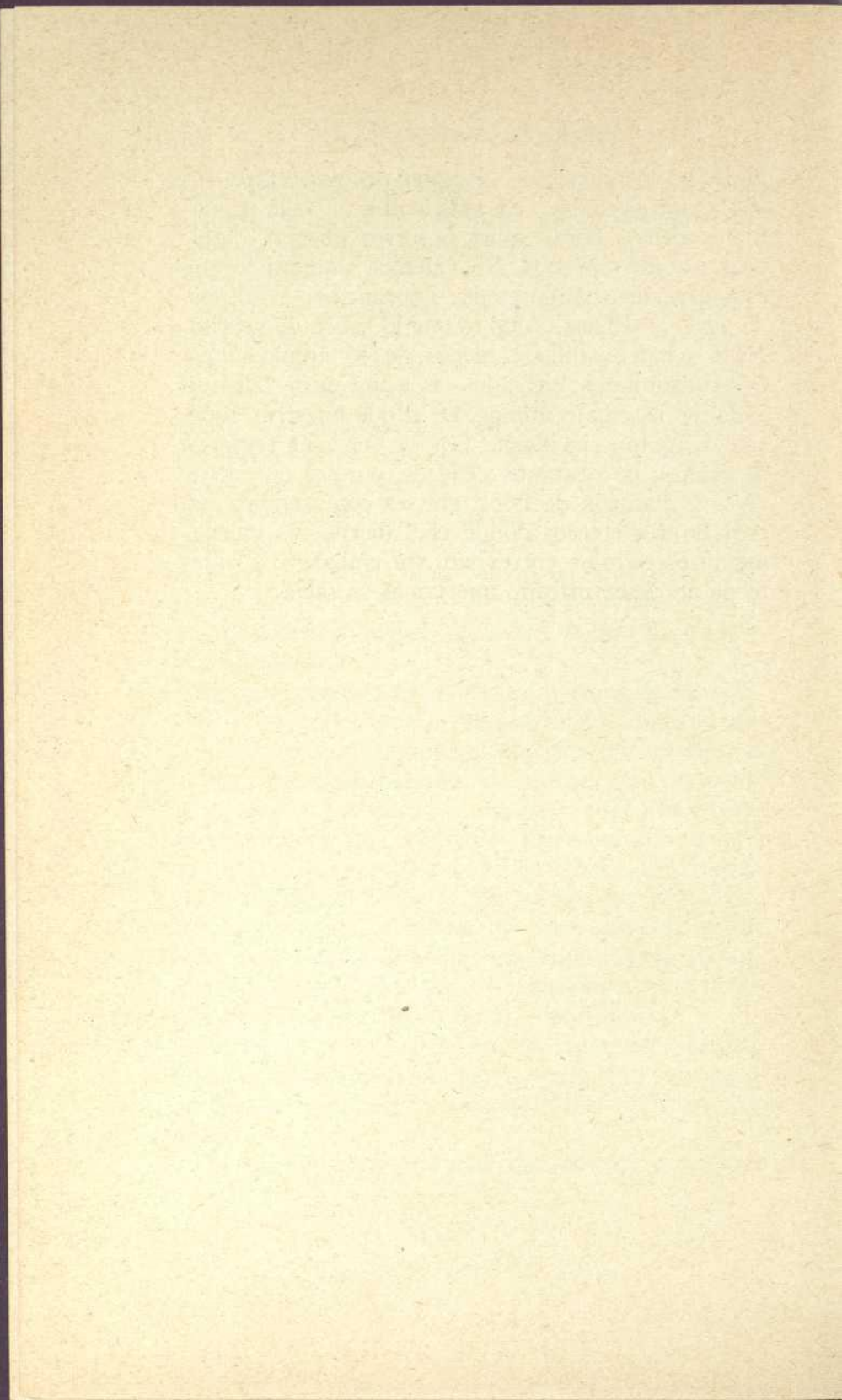
Las calles del Ksar aparecen cargadas de devoción. Se ve pasar por ellas a los viejecitos enflaquecidos por los ayunos, cuyos ardientes ojos no se dignan posarse ni aun sobre nosotros. Por un momento he oído un mosconeo de rezos; estábamos ante la mezquita. Ella es el centro, el alma verdadera de este pueblecito, al que por todas partes ahogan las arenas más áridas de la Mauritania. De este modo, en el hondón del desierto, en plena desolación, se levanta una ciudad de oraciones, una ciudad de Dios batida por todos los vientos, que, arrojada de los vergeles de la tierra, ha ido a unirse a los del cielo.

Lo que asombra es la pesada tristeza de los rostros, no sé qué barra o raya de enojo, inscrita sobre las frentes. Cuando se han conocido monjes o se han visto sencillamente los frescos del Angélico, la espantosa preocupación de estos otros hombres de Dios se nos aparece mejor. Proviene esto de que adoran a Dios, pero no le piden nada. ¿De dónde, pues, procede la dicha de los cristianos? De pedir, de pedir mucho, y de recibir aún más; de pedir todo y de recibir aún más que todo. Pero, ¿cómo serán colmados, ellos que no piden nada y que piensan que el cielo se ha cerrado a sus plegarias?

Mueren por no haber oído la frase adorable, la única de la que puede manar sobre la tierra un poco de alegría: *Petite et accipietis, pulsate et aperietur vobis*.

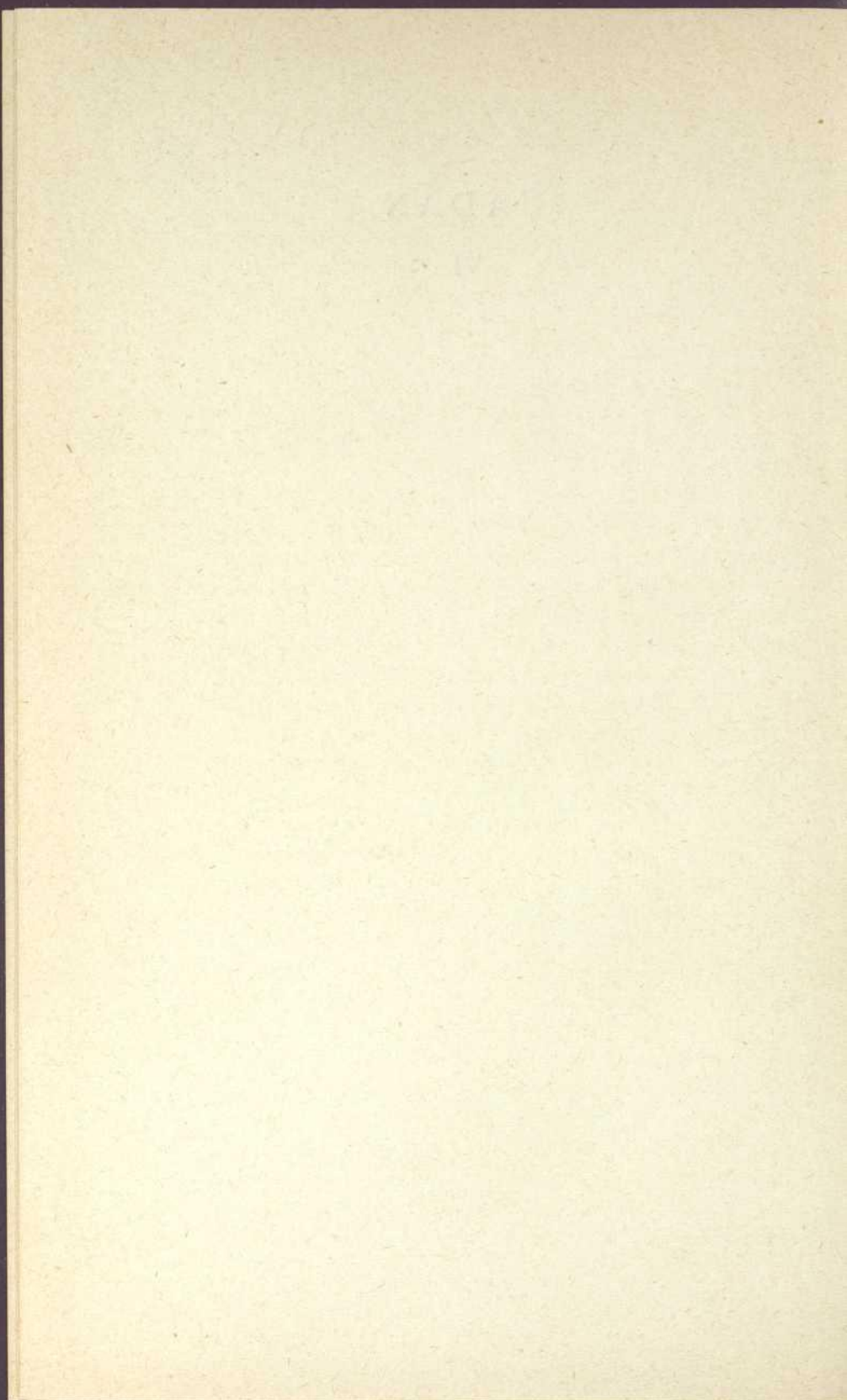
Y, sin embargo, a causa del enorme olvido en

que nos encontramos, Xingueti es una etapa todavía aprovechable. En esta islilla de vida espiritual podemos llorar sobre nosotros mismos y golpear nuestros pechos. No valemos siquiera lo que esos grandes soñadores que adoran, por lo menos, al verdadero Dios, si no es que lo hacen de verdad. Ellos se han evadido, al menos, de ese círculo en que nos consumimos; privados de la visión de Dios no están en este bajo mundo, en el que nuestras fuerzas se agotan sin gloria. Los veo en esas regiones oscuras y, no obstante, celestes, por las que atraviesa la llamada de Dios, sin ser comprendida, en esos límites etéreos donde el Tabernáculo eternamente cerrado es entrevisto, sin embargo, y objeto de un deseo infinito que jamás se sacia.



UADAN

VI





HENOS aquí después de llegar a uno de los límites del desierto. Más allá, las arenas vírgenes, las inmensidades sin agua, la muerte. De súbito, nos vemos arrojados en esta soledad implacable, más inexpugnable que las fortalezas mejor asentadas.

Primeramente nos detenemos en el Ksar o alcazaba. Con su masa espesa domina el cálido palmeral por donde corren los niños desnudos, y en el que zumban durante todo el día las canciones y las llamadas... Cuando, después de trepar por la pendiente, de roca en roca, nos disponemos a entrar en sus calles tortuosas e inmundas, vemos a la altura de nuestros pies las crestas de las palmeras agitadas por un perpetuo estremecimiento, que tiemblan con el ruido seco de las latas. Hacia la izquierda, a lo largo de la cuesta, un enorme montón de ruinas que a ciertas horas tíñense con el más suave de todos los rosas.

Al igual que en los demás Ksours, ni un solo intento, ni una sola huella de fortificación. Y, sin embargo, aquí se respira un aire más militar que en Xingueti, y la ciudad, colgada de su roca salvaje, presenta un poco el aspecto de una ciudadela.

Las gentes de Uadan—Idau el Hadj el Kunta—acogen a todos los *mechbur* que pasan, y no les falta nada, pues el Ksar está colocado sobre uno de los principales caminos que unen hoy la Mauritania con el Sur de Marruecos. Camino militar. Ksar militar, además, desgarrado por las luchas intestinas, al que nuestro alejamiento permite desarrollarse libremente. Gentes de todas las tribus pasan por Uadan; Chorfas del Hodh, Ait Tussas de Marruecos, Regueibat. Allí vi un día a un jovencillo que pertenecía a esa tribu salvaje de los Nemadis, propietarios de perros, a quien había de volver a encontrar más tarde en la región de Tixitt.

Hemos pasado un día en Uadan, en la pintoresca animación del palmeral. Los jefes venían a contar-nos sus viejas querellas, y cada cual imploraba nuestro apoyo contra su enemigo. ¡Cuántos impulsos, cuántas pasiones encerradas en aquel rincón perdido del desierto! Allí vimos más llamear de ojos que en la apacible y universitaria Xingueti. Cuando llegamos, los uadaníes han disparado tiros en honor nuestro. Era la primera vez que en Mauritania recibía yo una acogida semejante. Aquí, el ademán natural es el de saltar en busca del fusil, bien para la paz o para la guerra.

Pero avancemos un poco más lejos. Uadan se halla en la puerta de una inmensa cuneta, tendida hacia el Nordeste y tapizada de hierbas, gratas a los camellos. Allí es, cerca de los pozos de Bu Tellis, a 18 kilómetros del Ksar, donde vamos a levantar nuestras tiendas durante el agosto... Largas jornadas, pero siempre con esos destellos febriles, esos deseos de vuelo, de movimientos libres que adornan las soledades africanas.

Durante ese mes y con bastante frecuencia, marchaba a los pozos de los que nos encontrábamos a una media hora de marcha. Siempre lo hacíamos bajo el ardiente fuego del mediodía. Tres o cuatro horas sacaban agua profiriendo unos gritos enronquecedores, y los animales, de tres en tres o de cuatro en cuatro, acudían a beber largamente el agua que temblaba en las telas de las tiendas. Oíase la llamada de los pastores que reunían sus ganados. Cerraba los ojos, aturdido por el sol, por la vida dispersa, incierta. Cuando los volví a abrir, me estremecí de placer ante ese cuadro nómada, tan sencillo, puro y primitivo. A veces iba a acariciar con la voz un hermoso mehari, al que conocía. Era feliz. Me parecía que recogía mis fuerzas en el sol.

Tales son las gratas horas que conservo de este período. En los otros momentos experimentaba una especie de malestar que procedía de mil pensamientos confusos, de sentimientos misteriosos que alentaban la soledad y que, con el instinto que del orden poseen los Arios, yo hubiera querido precisar y catalogar. Tal vez se unía a ello la amargura de haber llegado al fin de mi correría y saber que no podría volver sobre mis pasos. En los primeros días de mes estuve ocupadísimo recibiendo el impuesto que en el Adrar nos pagan en camellos. Pero en cuanto partieron las tribus, mi primera idea fué la de asomarme al borde del abismo y marchar a contemplar esas arenas del éste, por donde nunca habría de aventurarme.

Me fuí una mañana. Sobre un montecillo desnudo, a algunos centenares de metros del campamento, vi algunas casas en ruinas. Mi jornada comenzaba con un canto de muerte y abandono. Al cabo

de algunos instantes entré en las dunas de Uaran. Mi guía me contaba historias y me exasperaba. Estas dunas son tan grandes en su estéril enojo, que la palabra humana produce allí un sonido análogo al que pienso que produciría el caramillo de un pastor junto a la basílica de San Pedro. Nuestros camellos se hundían en el suelo movedizo, de líneas vagas y blandas. El horizonte se ahogaba en la imperceptible corona de arena que, acariciando la duna, levantaba el viento del Este. De repente vi las crestas de unas palmeras. Franqueamos una, dos ondulaciones, y nos hallamos en un palmeral chiquitito, acurrucado entre las arenas:

—El Hassen—me dijo mi guía.

¡Sorpresa! Allí había un viejo guardián de aquellos palmerales perdidos en el fondo de las arenas. Aquel viejo cautivo, completamente sordo e incapaz, nos trajo exquisitos dátiles y agua fresca, pero salada. No me retrasé; buscaba otra vez una emoción precisa, la del niño que, sobre una ligera barca, se aventurase al borde de un mar peligroso y prohibido. Subí por la arenosa cuesta, y allí me detuve ante el ardiente viento. Delante de mí tenía un inmenso cuadro de Africa. Hacia el Nordeste, el guía me mostró el paso de Tuixnit. Conduce a los últimos pozos de la barrera del Adrar: Bir Ziri, Ghalauya. Pero hacia el Oeste hallábase la inmensa amplitud del Sáhara, el inviolado reino del silencio. La imaginación saltaba de duna en duna. Parte sobre rápidos camellos, vuela durante días y días a través de noches sin fin, y siempre es igual y siempre es la misma arena y el mismo cielo. La garganta la siente uno alterada; desfallece de sed; los pozos están allá lejos, lejos..., al otro lado de Africa.

Mi guía me saca de mi ensueño. Me muestra hacia el Norte una línea de negras rocas.

—Allí se encuentra—me decía—la choza del jeque Mohammed Fadel. Pero hoy se halla abandonada porque los guerreros del Norte la visitaban con demasiada frecuencia.

¡Pobre retiro de filósofos inofensivos! Debiera irme allá aun cuando no fuera más que en recuerdo de mi antiguo compañero, el hijo de Mohammed Rulam. Una horilla de trote me condujo pronto a ella. Entré en el patio que apenas protege una larga muralla cuadrada. En el fondo, en un rincón, la casa, sencillísima, construída al modo de los moros, a todo lo ancho. Por el suelo se veía un *bassur* echado abajo y trozos de calabazas. La choza parecía como si la hubieran abandonado la víspera.

Hasta que se puso el sol, allí permanecí perdido en un sueño intenso. Mi guía había partido para atar nuestras cabalgaduras en un mezquino campo de hierbajos. Ante la morada, donde tanto había soñado Fadelya con su dios, experimentaba una especie de exaltación: sugería en mí numerosos pensamientos, pero ordenados todos, en relación unos con otros. Tenía sed de precisión.

Gran fortuna fué la que me había conducido a la morada de los hombres después de aquellas horas de languidez en el misterio de las arenas. Salíamos del Océano y echábamos pie en una orilla conocida. Este beneficio sensible no había que perderlo, imitando a aquel Alejandro Severo, que en el siglo II acogía a todos los dioses en su larario, desde Orfeo hasta Jesús. Nosotros, más prudentes, no acogeremos a los visitantes de nuestro camino, sino a beneficio de inventario...

“¿Vamos a comparar, me decía yo, sus oraciones con nuestras oraciones, medir nuestros pensamientos con los suyos, sopesar nuestros méritos y establecer un balance? Eso sería una vanidad, y, además, una indecencia. Por eso no busquemos una discriminación moral, sino ilustrarnos algo con el resplandor de su luz. Tal será nuestro método aquí.”

Cada siglo tiene su manera de viajar. No viajamos como Julio César, ni como los Cruzados, ni como los románticos. No viajamos como lo hacía Chateaubriand ni Fromentin. Ni siquiera como lo hacía Pierre Loti.

Vivimos en una época sombría. Tenemos preocupaciones que ellos no tenían. Vivimos enfebrecidos, con sobresaltos de duda y odio y amor, en la preocupación y en la tribulación. Cuadro tan hermoso de Africa, por sus simples contornos y sus sencillos matices, no ocupa lo suficiente nuestra actividad sentimental.

A través suyo, en quien soñamos, es en nuestra alma, en adornarla y ennoblecerla. Pues poseemos el sentimiento de una espantosa responsabilidad, la pesada certeza, arrastrada por todas partes, remachada en nosotros, de una abrumadora responsabilidad. Todos nosotros, los que hemos nacido con el siglo, tenemos el sentimiento de nuestra importancia. En nosotros han puesto todas las esperanzas, y lo sabemos. De nosotros depende la salud de Francia, y, por lo tanto, la del mundo y la

civilización. Todo se mueve sobre nuestras cabezas. Sabemos que hemos de ver grandes cosas, que esas cosas las haremos nosotros, y que no es el momento de ir a coger una caja de acuarelas y un pincel. No somos aficionados ni turistas, sabiendo lo que esperan de nosotros. No somos gentes espirituales, y hasta ponemos en duda su espíritu a los "espirituales", a los "exquisitos conservadores", a todos los títeres pintarrajeados con brillantes colores que aun pretenden mantener la "verdadera tradición francesa". No somos hombres de salón ni de tocador, ni de fumadero. Somos buenos obreros y, en particular, los ardientes compañeros en la vuelta de Africa.

También nosotros podríamos "hacer literatura" si el corazón nos lo dictara. Pero tenemos en la boca un gusto tan amargo, sentimos tan fuerte la vergüenza de la infidelidad, del abandono, de la defección por todo lo que es francés, que, en verdad, no podemos, *el corazón no nos lo dicta*. Nuestro método no puede ser el suyo.

Dicen que se ama más a Francia cuando se vuelve del extranjero, y que nada sirve al amor de la Patria como los prolongados destierros. Y, sin embargo, me doy cuenta exacta de que jamás la amaré como en aquellos días en que el comandante de nuestras baterías a caballo nos llevaba de maniobras hacia Isay, Vanves, Asnières, Clamart, Châtillon, antiguos fuertes, municipios trágicos, cuyos solos nombres, tan lejanos, tan lejanos, nos hacen aún estremecer. Aquellas horas siempre serán igualadas. Pero tal vez desde lejos se conozca mejor a su Patria si no se la ama más. No es amor lo que adquirimos, sino conocimiento. Como Mau-

rice Vincent; no es el amor lo que se aprende en el trópico, sino el conocimiento del suelo natal.

¿Vamos, pues, durante estas paradas—en las que arrojando el bastón de mando ponemos la mano como visera por encima de los ojos y aseguramos nuestra mirada—, vamos a agotarnos en análisis enervantes? No damos paso al ocio. “*Magnum opus facio*”, dicen algunos jóvenes que me esperan allá lejos. Y como aquel que, piedra a piedra, reconstruía las murallas de Jerusalem: “No puedo descender... *et non possum descendere*”.

Cuando vi aquella choza del jaque Mohammed Fadel, me pareció que en mí había todas las marcas de la servidumbre: aburrimiento, tristeza, resignación, desaliento. Una gran fe, pero una fe de esclavos. “¿Para qué?—dice el Islam—. Dios lo hace todo y nosotros no pesamos nada en su mano.” Casi todos nuestros grandes conocimientos los han tenido ellos, pero heridos de esterilidad, despojados de su propia vida. Y hasta esa enorme idea de la Resurrección de los Muertos y del Juicio, en ellos se halla descolorida, aplastada por ese peso que afflige al mundo. ¿Qué tenemos nosotros más que los moros?

La conciencia de nuestra dignidad y de nuestra indignidad. (Dentro de nosotros estamos muy seguros de una y otra, pero todo se concilia por la Caída y la Redención.) El conocimiento del premio que valemos, y del vil precio que valemos. (Lo sentimos en nosotros mismos, pero todo se concilia mediante la Encarnación.) El sentimiento de nuestro poder y el de nuestra impotencia. (Conocemos bien, por las luces naturales, que somos libres, y también

nos damos perfecta cuenta que no lo somos—conciliación que se realiza en la Gracia.)

Por ello somos ricos, con una riqueza infinita. Todas las fuerzas que existen en nosotros se equilibran, se nivelan y, finalmente, se orientan en el sentido de la acción más plena, en la más serena. Todos los campos de nuestra alma son campos de Dios, y todos pueden prometer una admirable cosecha.

El sentimiento de nuestra libertad y el de nuestra servidumbre: dos goces infinitos. Toda nuestra acción oscila entre esos dos polos de beatitud. Mas, ¿cómo obraremos si llevamos grilletes?

“Nuestro Padre”, dicen los franceses. Porque Dios es el Padre, es nuestro Padre. Es el Padre que nos ama, que tiene confianza en nosotros, que nos deja obrar con independencia, que nos quiere libres y alegres. Por eso, toda nuestra fuerza está en ese “Nuestro Padre”.

Tal es el secreto de lo que valemos. (Con eso queda muy aclarada la espantosa herejía jansenista—doble herejía, pues: dogmática y nacional.)

¡Y cómo conocemos mucho mejor desde aquí a nuestra Francia! Veo caer las paredes del viejo jeque. Pasa un largo hálito. Vedle saliendo de los arenales y transfigurar el desierto. Ved el aspecto que allí tenemos ahora de grandes señores. Sabemos quiénes somos y lo que hacemos. Tan pequeños en esta soledad, conocemos, no obstante, nuestra grandeza.

Y al propio tiempo conocemos la horrible degradación del pensamiento moderno. ¿Cómo no he de pensar en nuestros filósofos y en nuestros sabios cuando me siento embriagado por mi fuerza y con-

templo la debilidad de una raza avasallada? Los de allá, mientras mi corazón embriagado de espacios, bendice las riquezas que muchas generaciones de católicos han depositado en mí, en sus gabinetes y en sus bibliotecas proclaman un frío mecanismo con el que han vaciado la vida, el movimiento, toda la realidad del mundo, toda la unidad del mundo. Toda nuestra dignidad, la grandeza moral que han presidido veinte siglos de historia, no existen ya, ahogados en la inmensa mediocridad que nos sumerge. La vida intelectual, empobrecida y lánguida; la vida moral, irremisiblemente disminuía; tal es el aspecto que presenta desde aquí este otro desierto, pero mucho más triste y desolado, que es la Francia de los modernos.

De tales pensadores—nuestros maestros—, ved lo que en 1910 decía Jacques Maritain:

“No es verdad lo que les importa, sino la manera con que nos llega. Y como lo que buscan no es la verdad, sino a ellos mismos, no aceptan más verdad que la que por ellos pasa. Léanse, por ejemplo, las especulaciones de los biólogos sobre el origen de la vida, y se verá con qué suave seguridad apartan la idea de una creación porque es “teológica” y la sustituyen con las hipótesis más absurdas, como la de suponer que los gérmenes vivientes han caído del cielo o que una sustancia inorgánica, con preferencia pastosa, un buen día se ha puesto a respirar, a nutrirse y a producir una monstruosa progenie, y asegurarán sin trabajo que los “pensadores” modernos prefieren *a priori*, y sin vacilación alguna, diez errores procedentes del hombre a una verdad que venga de Dios.”

Y ese miserable abatimiento de la ciencia, ¿qué

representa al lado del pesado aburrimiento y fastidio que aplasta a la ciudad: podredumbre de la política, desorden del arte, pobreza moral?

Por eso, aquella orgullosa lis de Francia que desea vivir, aquella flor cristiana, es la que ahora siento florecer de nuevo en mi hondón y la que quieren arrancar esos enterradores. Que vengan aquí, por toda Africa, para aprender lo que es una raza elegida y lo que significa una raza que no lo es. Que vengan a ver a estos grandes soñadores del Islam—junto a los cuales son unos miserables perros—, y que aprendan de ellos, no de nosotros, lo que debemos al pensamiento cristiano.

Ese mecanismo único de la Gracia, ese orgullo de hombre y esas cartas de nobleza que nos han sido dadas, ese modo de obrar libre, desenvuelto, atrevido, alta la cabeza; ese donaire y esa sencillez, toda nuestra fuerza y nuestra virtud, todo eso es lo que esos desgraciados quieren envilecer, toda esa fuerza que los mismos moros sienten en nosotros confusamente, y ante la cual, absortos y trémulos, bajan los ojos.

“La cabeza alta y erguida, sin que cause molestia; los ojos fijos ante sí”, dice el Reglamento. Esto es lo que nos permite atravesar el desierto con paso más seguro, y nos da, en el frío ondular de las arenas, una personalidad.

No somos turistas, ni máquinas de registrar sensaciones, ni coleccionistas de “estados de alma”. Me parece que valemos más, que nuestra acción tiene una razón de ser, que es un desenvolvimiento. Aislado en la duna de Uaran, me remonto a las

Cruzadas si quiero insertar mi acción particular en un gran movimiento de humanidad. Veinte siglos de historia—y toda una eternidad previa—pesan sobre nosotros. Si no servimos para la ejecución de un plan prodigioso, ¿qué hacemos aquí?

He pensado a menudo, en otras ruinas, en esas ruinas que son nuestras almas. Pero la disminución de nuestras creencias, ¿realmente importa ante esta gran elección del pueblo francés? Por lejos que nos hallemos de la fe, hay una señal divina en nuestras acciones. Lo veo perfectamente, yo que sólo he vivido delante de los pórticos de nuestros templos. ¿Qué importa una vocación particular ante la elección de todo un pueblo? Si no camino por los senderos de la Gracia, sé, sin embargo, que obro en un sentido determinado, que continúo una gran acción cristiana pasada y que participo en una gran acción cristiana presente. Estoy embarcado en una ruta de la que no puedo apartarme. No siendo elegido yo en modo alguno, participo, sin embargo, en la gran elección del pueblo francés. Es igual a como se encuentra el mozo alistado en el ejército: no sabe a dónde le lleva su jefe, pero marcha por el camino confiadamente. “Marcha por su camino” con alegría, pues sabe lo que tiene que hacer, aun que no sepa por qué lo hace. Así transcurre la historia de Francia, así van, sobre la gran carretera recta, los millones de franceses que construyen la historia de Francia. ¿Qué es la vocación ante la elección? ¿Qué es la salud individual ante la salud eterna de Francia? Nosotros obramos lo mismo. Suponemos, pues, resuelto el problema.



He vuelto a ir un día a esa duna de Uaran, la gran Tentadora, la Aburrida. ¿Qué imán me atraía hacia su horizonte sin gracia y sin honor? “Nosotros —me decía— podríamos imaginar en este mar a otra Lorelei. En lugar de la cabellera de algas y los ojos glaucos, tendría la cabeza coronada de luz y la mirada apiadada de un ángel azul...”

Esta vez mi curiosidad me llevaba hacia el sur de la duna, a los pozos de Meiateg.

A eso de las diez llegué a un vasto espacio esquilado, cuya costra crujía bajo las patas de nuestros camellos. A mi izquierda los árboles de un aprisco coronaban una duna. Volvía a ver uno de esos eternos paisajes deslavados por los chorrillos del sol, formados por tenues polvaredas, imponderables, que no llegan a confiarme una palabra amiga. Me encontraba en una *sebjhra*, y veía las bocas negras de los pozos colocadas en semicírculo... Una de esas eternas repeticiones o renaceres, renacer de la materia y de nosotros mismos, donde todo lo trágico reside en la exacta repetición, en la implacable restitución de las mismas líneas y de los mismos pensamientos, en horas parecidas. Iba a dejarme arrebatar por el aburrimiento, cuando mi guía me arrastró hacia los pozos. Todos estaban secos, salvo uno, donde encenagada, lucía un agua negra, a escasa profundidad.

—Sácame agua —le dije a mi compañero.

Pero como respuesta me apartó un poco del pozo y me mostró un cadáver medio hundido en la arena. La carne se hallaba en un estado de descomposición avanzadísimo, y en algunos lugares arran-

cada. Jirones de la tela, que había servido para vestir al muerto, yacían por el suelo.

—A este mozo desconocido —me dijo el guía— se le encontró muerto, hace algunos días, en el fondo del pozo, en el que tú quieres quitarte la sed. Creen que venía del sur de Tagant, de Regueiba. Llegó aquí, agotado por la sed, y para beber más deprisa bajó al fondo del pozo. Y eso es lo que le ha matado. Gentes de Uadan que por aquí pasaban, han pescado su cadáver y lo han enterrado de prisa en una fosa poco profunda. Y los chacaes han venido a desenterrarle y a destrozarle, como estás viendo.

¡Oh, sorprendente aparición! Ante mi vista surgía el humilde viajero de las piernas desnudas, con su inverosímil fusil apoyado por el cañón en el hombro, que caminaba desde hacía días y días, solitario y obstinado. Franqueaba los círculos sin cesar renacientes del horizonte —tras una duna pasaba otra duna—, y todo su pensamiento iba dirigido hacia esos pozos de Meiateg, a los que había de llegar a cualquier precio. Finalmente, en la lucha gigante con la arena, él es el más fuerte y alcanza la meta, pero inútilmente. Muere a causa de su mismo éxito...

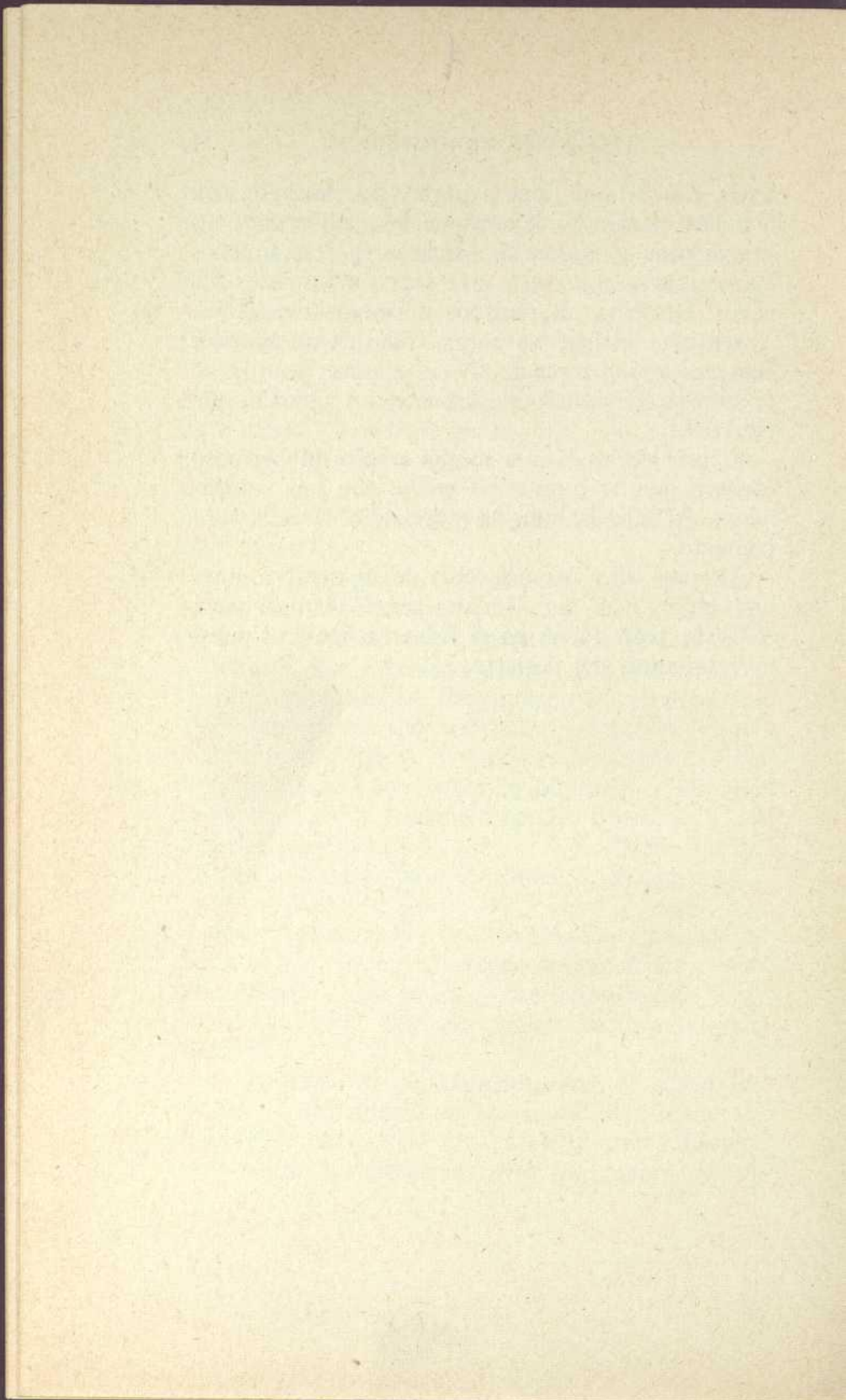
¡Raza infortunada que destruye y anonada a su Dios y a su tierra! ¡Raza de vencidos! ¡Pueblo esclavo! Y, sin embargo, no le insultemos hoy, puesto que una flor de piedad ha brotado en Meiateg.

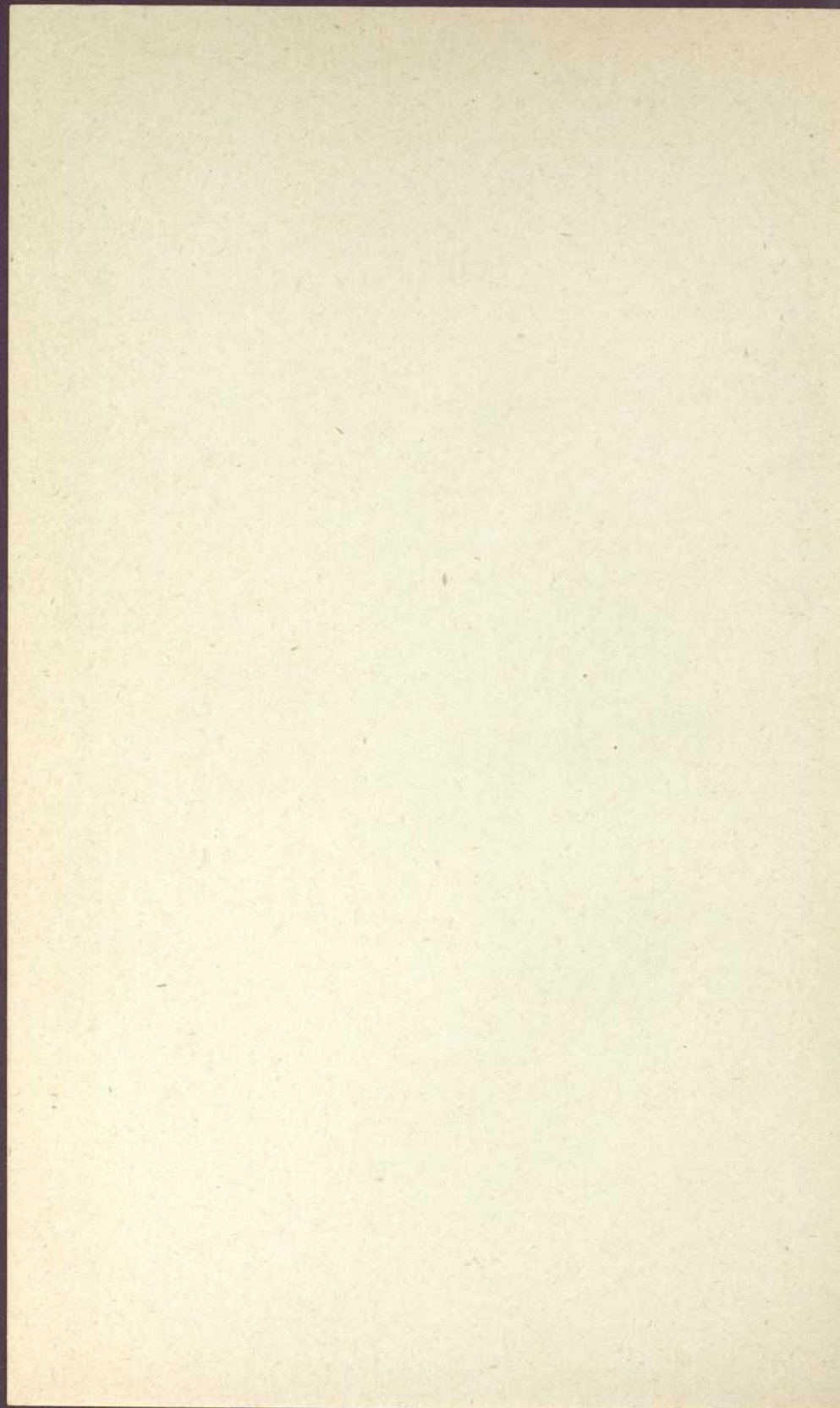
... Regresé al campamento por el Ksar de Uadan. ¡Cuán amable es la acogida del palmeral, después de estar todo un día en la duna! Le encanta a uno encontrar otra vez las sombras y las

luces. La vista se pone a jugar, sin cansarse, con aquellas claridades lejanas de los palmerales, luces difusas y masas de sombras, y con aquellos claro-oscuros. Quisiera uno acariciar a todos los niños, bambinos florentinos a penas bronceados. Y sentimos estirar las horas, como en un apacible bostezo de indiferencia. No son esas las que yo prefiero; pero tienen un perfume tan violento, que perdura...

El jefe de los Kunta me ha traído un hermoso cordero que he comido en *mexui* con mis compañeros. Al salir la luna he marchado hacia el campamento.

Algunos días después, el 9 de septiembre, pasé una última vez por Uadan; regresábamos hacia el Oeste, para volver en el Adrar a nuestros puestos vigilantes del desierto.







EL 9 de septiembre, a la una de la mañana, di la orden de despertar al campamento. Apenas si la luna alumbraba un paisaje que yo no conocía porque había llegado en plena noche al campamento del capitán B. Casi dormido aún, titubeaba en medio de los camellos, arrodillados por todas partes junto a nuestras cajas, que emitían su música habitual. ¿Cuánto no he vivido en esas horas inciertas de la noche, en que el corazón está vacío y no desea más que un eterno reposo? A tales horas siéntese uno abandonado, flojo y encorvado. Y nos ponemos a desear alguna dulzura en la vida...

Una vez dada la señal de partir, se acabó todo. Se aspira el espacio dormido y se deja ir uno con el suave balanceo de los dromedarios. El que monto hoy es un soberbio azuzel blanco que me dió un jefe en el Azefal. Es dulce y tranquilo, y en cuanto le hago oír el chasquido de lengua con que se les llama, parte al trote, con su gran trote blando y cadencioso, con ese portante balanceado que se desliza sobre el suelo, tan suave y tan grato.

Nos encontramos en medio de la noche, sobre

llanuras sin caminos. Vamos derechos, mientras que ante nosotros, las estrellas se levantan lentamente en el horizonte. La luna se hunde en la otra orilla y no es más que un vago disco perdido en la bruma. Un viento frío se levanta, y aquí estamos en la noche negra, en esta hora mortal en que la luna se ha puesto y en la que el sol aún no se ha levantado. Cuando aparece, a las seis, descubrimos a nuestro alrededor grandes sábanas de *sfar*, blanca hierbecilla con la que se alimentan los camellos con agrado. Nuestros odres están llenos de agua. Pasaremos el día en este lugar sin nombre, esperando otra vez el frescor nocturno para poder partir de nuevo. Será menester que el sol suba a su cénit, y que la ardiente tierra tiemble de luz. A tal hora, saldremos de la sombra brillante de nuestras tiendas e iremos a ver a nuestros rebaños rumiando en el mediodía calcinado. Luego, acostados nuevamente sobre nuestras esteras, esperaremos a que el sol haya descendido hasta el Poniente, después de acabar su curso...

¡Y qué mal concuerda esta paciente espera de la noche con el ardor que nos devora! Quisiéramos no perder tiempo, utilizar, al fin, las horas de paz que nos han dado. Yo me decía en Uadan que tal vez fuéramos nosotros aquellos por quienes Francia tornará al orden y a la fidelidad. Pero hoy me invade un inmenso desaliento. ¿Acaso estamos nosotros dentro del orden y en la fidelidad? ¿Qué pueden ser nuestros pensamientos solitarios, sino un espantoso caos al que ninguna regla ordena y ninguna fuerza imanta? Y por otra parte, ¿qué podemos esperar de nosotros, mientras nuestros corazones sean impuros, o puros según el orden del

mundo —impuros, al fin, y de cualquier manera—, mientras nuestras vidas no se hallen establecidas sobre un plano superior y alejadas de esta vulgaridad en que nos encontramos? Toda nuestra insuficiencia intelectual procede de eso. Pero es menester para remediarla, una ayuda que nos aventaje y venza, que, tal vez, siempre nos será rechazada.

El 14 de septiembre, en Duerat, llegamos finalmente a unos pastos apropiados, hallados después de tres días de búsqueda. Instalamos allí el campamento, el capitán y yo, pero al día siguiente hube de regresar a Xingueti, donde me llamaban diversos asuntos del servicio. Recorrí en ocho horas los 50 kilómetros que me separaban del puesto, allí pasé dos días de un trabajo intenso, y el 21 estaba de regreso en Duerat, donde podía, por fin, lograr un poco de reposo. Pero, ¿qué es el descanso para quien trata de huir de sí mismo en la embriaguez del espacio, para quien teme, por encima de todo, encontrarse frente a frente con el cenagal de su alma, para quien no se detendrá más que cuando haya encontrado el orden perfecto y la suave armonía de la verdad?

29 de septiembre.—Después de los ejercicios de tiro, que nos ocupan algunas horas de la mañana en los días de descanso, me he paseado mucho tiempo por los talleres que obstruyen la blanda depresión donde hemos levantado nuestras tiendas. Desde que se sale de este oasis de verdor tan pequeño, entramos en los negros guijarros, en la tierra dura y desnuda... He aquí las ruinas de un Ksar, piedras secas desmoronadas en la linde del bosqueci-

llo. Sombrías leyendas van unidas al nombre de esta ciudad, destruída muy de antiguo. Pero hoy pienso en mi patria, de todo corazón; pienso en las vidas francesas tan ordenadas, ocupadas todas en oraciones y en honrados trabajos, establecidas en la pureza y en la paz del corazón. Allá lejos hay almas que no buscan la embriaguez del viaje, porque ellas ya han encontrado el puerto y han arrojado el ancla en la incomparable beatitud.

Lo contrario que nosotros, que estamos lanzados en el mundo y en el pecado. Inquietos, rodamos en círculo, a través de los campos de la tierra, la mirada oblicua, la boca amarga. Y a veces, en esta carrera espantosa, nos detenemos. El miedo se desliza dentro de nosotros. "No es posible —nos dice una voz oscura— que la vida aliente ahí, en ese odio, en esa desesperación que es el pecado. No es posible que éste sea el verdadero camino, que no conduce a ningún lado. No es posible que los santos prevalezcan contra nosotros y que la pureza predomine contra la impureza."

"Bienaventurados —añade aún— los que se hallan inmaculados en el camino, en la vía recta, que tiene un punto de partida y otro de llegada, en esa vía que es la más corta, y no en ésta que serpentea a través de los jardines del mundo y que conduce eternamente a la misma meta."

Sin embargo —responde el viajero—, el pecado está en el orden del mundo. Es la acción del hombre. Y nosotros no somos ángeles.

—Al menos, pobre alma errante —continúa la voz—, tú puedes buscar una razón de progreso. Tú puedes abandonar esa ruta que revierte eternamente sobre sí misma. Tú puedes avanzar sobre

este camino real que te muestro. ¿Está lejano su término? ¿Qué te importa? Puesto que cada uno de los pasos que en él das es un nuevo reflejo de tu alma, una nueva conquista en el cielo...

—Pero yo soy hombre...

—Por eso todas las morales humanas son impotentes para proporcionarte la paz. ¿Cómo saldrás tú del pecado por tus propias fuerzas, cuando todo es pecado? ¿Cómo has de encontrar, en tu naturaleza finita, una razón de progreso indefinido? Considera al más puro de los paganos. Observa al estoico más admirable. Pronto llega al término de su perfección. Al llegar a ese término se detiene, se mira, escribe, si le place, los *Pensamientos* de Marco Aurelio o el *Enquiridión* de Epícteto. Coge ahora al más humilde de los Santos. La moral natural es poco para él, porque lo que es fácil no le basta. Lo que quiere es vivir la vida de los ángeles. Hasta su muerte, conserva la inquietud de la perfección, ese descontento de sí que no es más que el sentimiento de su impotencia real. A medida que se afina en su vida moral, ve hundirse cada vez más el abismo que le separa de su Dios. Cuanto más se acerca a la perfección, más la ve huir delante de él. Por eso su vida es un rebrote perpetuo, un perpetuo movimiento, una gloriosa ascensión, y como una escalada hacia el cielo que no deja tregua alguna.

—¿Qué haré, pues, para salir de esta mortal languidez en que me encuentro, para elevarme por encima de los monótonos campos de la tierra?

Y la voz dice:

—Nada por ti mismo. Tus pies están remachados en el suelo. Y no eres tú quien te darás alas.

Pero mira que llega Aquel que te ha prometido la vida y que, para elevarte hasta El, te da cada día su carne como pasto. Escucha las palabras que absuelven y que, según la promesa, harán a tu alma más blanca que lo es la paloma. Devora el Pan de los Angeles, para que no te abandones a ti mismo. Coge esa mano sangrienta que se te tiende. Vigila y ora...

Detiénese entonces el viajero. Se sienta sobre las ruinas de las ciudades. Una angustia espantosa préndesele en la garganta y murmura en su soledad:

"Dios mío, puesto que me habéis traído hasta aquí para dejarme entrever vuestro rostro, no me abandonéis. Manifestaos, al fin, ya que vos sólo podéis hacerlo y yo no soy nada. Cual mostrasteis a Tomás Vuestras sangrientas llagas, enviadme, Dios mío, el signo adorable de vuestra presencia..."

Después de diez días de descanso en Duerat, y habiéndose agotado los pastos, emprendimos todos juntos el camino del Oeste. En varias etapas llegamos a los alrededores de Xingueti, a donde el capitán se dirigía, mientras yo instalaba a nuestras gentes y a nuestros animales en el palmeral chico de Teneghel. En la noche de aquel mismo día —6 de octubre— me trasladé a la antigua ciudad de los moros.

Nunca he dejado de verla sin placer. Pero esa noche, tras de arreglar algunos días antes todos mis asuntos del servicio, podía abandonarme por completo, a ello, a los ensueños espirituales que sin cuento proporciona al atento viajero. Desde la te-



rraza más alta del puesto, se domina la inmensa "batha", el lecho de arena fina por donde jamás corre el agua. Sobre la orilla contraria, los desnudos muros del Ksar, muros sin ventanas, que constituyen una masa oscura que encuadra, por todos lados, el blancor de la árida duna. De todas esas grandes líneas horizontales, tan sólo sobresale la mezquita, recta, en dirección al cielo, sencilla torre cuadrada con grandes espacios de piedra. Delante de aquellas moradas de los sabios del Islam, pronto volví a mis meditaciones de Uadan. ¿Cómo no pensar también en la espantosa maldición que pesa sobre esta desgraciada raza, vencida, al parecer, por las magníficas fuerzas humanas que no ha sabido utilizar?

Esta libertad que nosotros tenemos, decíame yo, al contrario de los moros, y por un precio tan grande, esta libertad que es nuestra, y no de ellos, ¿qué no será, para qué tantos milagros de Jesús, tanta santidad no hayan podido encadenarla? ¿Cuál no es su grandeza para que sea siempre Jesús el signo de contradicción del que había hablado el precursor: *Signum, cui contradicetur?*

Pues todo eso ha sido previsto.

¡Oh, Dios! ¿Dónde está la luz resplandeciente, dónde la única realidad? *Domine, tange oculos meos et secundum fidem meam fiat mihi et aperiuntur oculi mei.*

A veces la magnífica claridad que procede de Oriente me ciega. Oigo la apremiante llamada del Maestro. Todo me asegura que es de Dios y no del hombre esta llamada, a la que han respondido veinte siglos de Redención. Y después, en otros momentos, me sublevo. ¿Es necesario que crea que ese

pan es vuestra carne y ese vino vuestra sangre? He ahí la exigencia imposible. Yo digo como vuestros mismos discípulos al día siguiente de vuestras enseñanzas en Cafarnaum: *Durus est hic sermo*. "Muy duras son esas palabras, ¿quién puede escucharlas?"

Y sin embargo, allí veo todavía ese juego de la libertad que habéis querido reservar. Menester es que la fe sea difícil para que tenga mérito. Más aún: si la fe fuese fácil, ¿sería sobrenatural su carácter? ¿Cómo sería la señal de elección?

Es preciso que "el mundo esté dividido a ese respecto", según lo decía San Juan. Es menester, pues, que, ni aun delante del sepulcro entreabierto de Lázaro, el hombre no se vea forzado a dirigirse a él. Es menester, pues, que hasta el fin, permanezca libre de creer o no creer que su razón se ha avasallado jamás. De modo que en esta institución de la libertad, en este sistema, el signo de contradicción es el mismo signo de la verdad.

Una cosa se nos pide: el deseo, el humilde deseo de lo verdadero. De nosotros depende tenerlo o no tenerlo. Pero por poco que tengamos, estamos segurísimo de tener más del que deseamos y de recibir la infinita misericordia, a cambio de la más pequeña de las buenas voluntades.

"¿Quieres ser curado?", pregunta Jesucristo al hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años. "Sí, Señor —responde—, pero no tengo a nadie que me arroje a la piscina cuando se agita el agua." ¿Qué haces tú, infortunado, junto a la fuente de Bethsaida? Esta humilde confesión, esta debilidad, te bastan. Ya se ha pronunciado la palabra que salva y que cura: "Levántate y anda."

¡Oh, Dios mío, dignaos ver mi miseria y mi confianza! ¡Tened piedad del hombre que está *enfermo* desde hace treinta años!

El 7 de octubre, a las cuatro de la madrugada, el capitán y yo abandonamos Xingueti, acompañados de nuestros criados. En el campo de Tenaghel todo estaba dispuesto para la marcha. Nos pusimos sencillamente a la cabeza de la columna y continuamos el camino a través del lecho arenoso del Uad Xingueti. A las ocho llegamos a Mraifeg: es el nombre de algunos agujeros de agua que han sido cavados en la arena del Uad. Al día siguiente, por la noche, el capitán B. cogía el camino de Atar. Yo partí solo para la región del Amagá, donde nos habían señalado que se encontraban excelentes pastos. Al salir de Mraifeg, caminé hacia el Este, mientras el capitán, seguido de su escolta, oblicuaba en derechura al Norte. Seguí con la vista su blanco albornoz y las gandurahs azules de sus hombres. La tropilla avanzaba hacia una línea de rocas negras que cerraban el horizonte. Estaba ya muy lejos, cuando alcancé al trote la cola de mi columna, que progresaba trabajosamente por entre los cantos. A las diez de la noche, me detuve al pie de la montaña de Zarga, que bajo la plena claridad de la luna erigía su masa negra en medio de las áridas dunas. Me habían prometido que allí encontraría agua y pastos. A pesar de la noche, vi muy claro que no los había y además nos encontramos con todos los pozos secos. Partimos temprano al día siguiente. Después de cinco horas de marcha en plena desolación, alcanzamos el Uad Tifirt, donde nuestros ojos descansaron al fin sobre una abundante vegetación. La jornada siguiente la pasamos

en este oasis, y como allí se encontraban reunidas numerosas tiendas de Uled Selmun y de Torch, gasté mi tiempo en charlar con los jefes y en saber noticias del país. Por la noche, a las cinco, levantamos el campo. Encontramos en nuestro camino un convoy de diez camellos cargados de barras de sal, procedentes de Ixil. Marchaban con ellos un viejo, dos hombres y un niño. Iban a vender la sal a Nioro, en pleno Sudán, a 1.000 kilómetros de aquí. Hacen tan sólo unos tres kilómetros por hora, pero caminan desde que sale hasta que se pone el sol...

Tristeza del viajero. Así marcha también a través del mundo de las apariencias. En otros tiempos se complacía en seguir con la vista el lento descenso de los vapores bajo el sol o la huída de los cirrus rosados, en el cielo. Pero ahora, hasta este mismo placer le abruma. ¿Qué le importan estos hermosos prestigios del mundo, cuando su corazón enfermo llama con fervor a lo que no puede verse? La confusión de los campos de la tierra no es más que la imagen de su propio desorden.

Ve en cada círculo del horizonte traspuesto, configuraciones, todos los contornos del mundo sensible, con líneas muy claras en sus bordes. Y luego, tonos, suaves o fuertes, en aquel rostro. Pero, la voz inmaterial, esa voz que clama en el desierto, es quien le llama sollozando.

Y cogiendo de nuevo su palo, parte otra vez hacia el sellado horizonte, maldiciendo al día.

En Erigi Abdaua, algunas palmeras rodean y encierran una hermosa sábana de agua, sorpresa agradable para nuestra vista. Nuestro centinela todavía detiene aquí a muchos moros, que son conducidos a mi tienda. Hay dos Ulad Sassi, con los cabellos en desorden, y ojos salvajes. Dejan pacer sus corderos no lejos de aquí. Hay un Idauali temeroso. Acaba de recibir un regalo del padre de Buna, por los cuidados prestados al cuerpo de su hijo, muerto recientemente en un combate...

Al atardecer, cuando el sol va estando bajo, emprendemos de nuevo la marcha. A las seis nos hallamos sobre una elevada duna, desde donde divisamos, a algunos kilómetros, el Ksar de Ujeft. Una hora después, estamos muy cerca del Ksar, en una duna blanca, donde los ruidos del pueblecito llegaban a nosotros misteriosos y confusos. Allí se ven algunas viejas. Suena un tiro; es un Smassida que no nos ha reconocido y que piensa que llega un *razzi*.

El jefe, Ali Ued el Hummud, no aparece. Al fin, se organiza el campamento, después de la confusión de esta llegada nocturna. Vedle surgir, con la sonrisa en la boca y haciendo mil zalemas, al viejo bandido Ali. Pero yo no contesto a sus serviciales saludos:

—¿Quieres decirme, Ali, por qué no te he visto a mi llegada?

—Creía que te habías detenido en el campamento de los Franceses (el antiguo campamento establecido en 1909 por el comandante Claudel). Y acudo ahora al enterarme de tu feliz llegada.

—Pues, entonces, es menester, Ali, que me trai-

gas inmediatamente veinte corderos y cien *mud* de dátiles, que te pagaré bien.

El viejo jeque levantó sus brazos al cielo:

—¡Veinte corderos! ¿Dónde los encontraré? Todos los míos partieron para el Rhat. En cuanto a los dátiles, puedes hacer registrar todo el Ksar, y si encuentras alguno, dejaré que me cortes la cabeza.

—Voy a enviar, como dices, unos cuantos hombres. Y ¡cuida de tu cabeza, Ali!

El viejo, cogido por su palabra, inclina la cabeza ante la inexorable fatalidad. Sin embargo, se yergue. Con un gesto aparta a sus familiares y a mis guerreros, que, en cucullas, están a su alrededor. Luego me dice, inclinado hacia mí:

—Escucha: en mi casa tengo a una cautiva joven y bellísima. Nadie la ha tocado aún. Esta noche la mandaré a tu tienda...

¡No volvía en mí! Habitudo a tratar con los orgullosos nómadas del desierto, sé que jamás un moro debe pronunciar ni siquiera la palabra mujer delante del hombre a quien debe respeto. Pero Ali, desde hace tres años, está en contacto con la "civilización" y ha perdido las nobles costumbres de su raza. Se las recuerdo con viveza y a mi amonestación añadido el anuncio de una multa de veinte corderos, mientras que el viejo abandona mi tienda, con la cabeza baja, desesperado.

Cerca de Ujeft, en la charca de Tumgad, he subido al acantilado a pico que domina el Uad el Abiod. Pensaba en la roca suspendida sobre el abismo que figura en el cuadro de Ary Scheffer: *Cris-*



to tentado por el diablo, en aquella roca donde el tentador hizo "aparecer en un instante todos los reinos de la tierra". Hele ahí, me decía, viendo la árida comarca a la cual entregaba los mejores años de mi vida; he aquí el campo de batalla inmemorial del Impuro. Desde las antiguas Tebaidas hasta las de hoy, en este lugar es donde el Enemigo aflige al Solitario...

Estamos en el sitio exacto en donde hay que elegir entre la sublevación y la obediencia. Por eso el desierto es una encrucijada sagrada de donde se sale condenado o salvado.

El Diablo viene aquí porque Dios está aquí. El pecado acude aquí porque aquí se halla la virtud.

El desierto oscila constantemente entre el Angel y el Demonio. Bienaventurados los que han guardado hasta en estas latitudes la más pequeña llama de fidelidad, la impaciencia por obedecer. Pues Dios no se halla lejos de aquí, y pronto ha reconocido a esta alma silenciosa y de buena voluntad que le desea.

Y justamente, por el contrario, la rebelión se exalta en la soledad. El hombre orgulloso pronto sucumbe en ella. ¿Y quién sabe si tras la terrible prueba del desierto —la prueba del fuego— le cubrirá el Angel con sus blancas alas desplegadas?

Después de Ujeft, no nos quedaba más que remontar el Uad el Abiod hasta Nijan, donde habíamos de encontrar los tan deseados pastos. El Uad el Abiod no es más que una depresión arenosa, de unos 100 metros de ancho y bordeada de elevados acantilados que escalan, hasta media altura, relumbrantes dunas. Por eso, cuando la vista se posa sobre los flancos del valle, distingue tres planos ne-

tamente delimitados: las mezquinas frondas de las hondonadas, las dunas blancas y, finalmente, la ancha banda negra que forman las rocas en la cima del cuadro.

En Chumat, donde levantamos nuestras tiendas el 13, la pared del Este se abre en una estrecha garganta, llena de sombra y de misterio. Allí fué asesinado, a la vanguardia de la columna del Adrar, la patrulla del sargento de caballería Yilali ben Iliman. La atmósfera de este pozo de infierno sería aplastante si el recuerdo de un hermoso drama humano no viniese a poner en su muerte algo de vida. Además, aquel día hacía un calor tórrido. Nos hallábamos positivamente entre llamas. Y nos ahogábamos en este rincón de los Trópicos perdidos en plenas montañas del Adrar. Las rocas nos devolvían fielmente todo el ardor solar, mientras que los *titarik* y los *auarax*, que por todas partes nos rodeaban, interceptaban las menores corrientes de aire de la atmósfera abrasada. Hacia la tarde, después de aquella larga inmovilidad, la tierra pareció despertarse. Vi pasar los rebaños del viejo Ali Uld el Hummud: cabras éticas, corderos de corta lana, a los que seguían, corriendo y balando, sus recenales...

Al día siguiente llegamos, por fin, a Nijan. Nos encontrábamos en esa llanura de la Amsaga, hacia la cual marchaba desde hacía ocho días. Señalé el emplazamiento del campamento junto a la tumba de Buna, hijo de Sidina, Ualí de los Uled Daiman, que murió, según creo, hacia 1850. Apenas habíamos llegado, cuando un primo de mi guerrero Si-

dia se presentó ante mí. Venía, según dijo, de cobrar el impuesto de la *horma* a los Ideichili. Dicho mozo me comunicó que estábamos en las proximidades de numerosos campamentos de Uled Gheilán, de Mechdut, de Regueibat, de Uled Achkar, y que hasta el campamento del emir Mojtar estaba en Bu Ghzama, a varios kilómetros de aquí. El lugar era, pues, excelente para tomarse unos días de descanso. Mientras los camellos utilizarían los pastos de la llanura, nosotros podríamos aprovechar nuestros ocios para ponernos en contacto con varias de aquellas tribus, que tanto necesitan de ser visitadas, si queremos mantener en ellas nuestra autoridad.

A la hora de la siesta se levantó una de esas tormentas de arena tan frecuentes en tales parajes. De repente nos vimos envueltos en unos torbellinos de arena fina y brillante. Penetraban por los cuatro rincones de la tienda, que amenazaba con caerse a cada ráfaga. Los tiradores se había escondido en sus precarios refugios. Era menester cerrar los ojos para no cegar, y la arena se pegaba a nuestro sudor, pues el viento, procedente del Este, era ardiente. Todo había cedido ante él, era el amo incontestable de la llanura, y sólo se oía su gemido sordo y grandioso. El cielo, velado de cenizas, ensortijábase con impalpables remolinos, allá arriba, hasta el límite preciso del éter inmóvil. Y nosotros, nosotros nos encontrábamos muy bien en las sombras de la tierra...

Terram tenebrosam et opertam mortis caligine...

¡Oh, Dios mío! Zozobramos en medio de vuestros elementos. Henos aquí con la cabeza inclinada, ante el soplo de las tempestades. Tenemos miedo.

Temblamos al no responder a vuestra llamada, el día que os plazca venir hasta nosotros. Haced, ¡oh, Dios mío!, que en esta hora os veamos con claridad y haced también que tengamos la fuerza de poder decir: "Señor, ¿qué queréis que haga?", sin discutir, ni tergiversar, ni negar la hora, aquella hora que habréis elegido por toda la eternidad.

VIII



AUN no había sido reconocido este lugar; pero sabíamos que era rico en pastos y que varias tribus importantes tenían la costumbre de permanecer allí. Decidióse, pues, que me trasladara a dicho sitio con mi sección y que hiciese vida nómada hasta que viniesen órdenes de Atar.

El 1 de noviembre de 1911, me despedí del capitán B. y me trasladé a mi campamento de Nijan, donde di comienzo a mis preparativos de marcha. El 3, por la tarde, nos pusimos en camino. Acampamos al atardecer a seis kilómetros de allí, en los campos de sandías de Teintana, donde moran de ordinario numerosas tiendas de Ideixili. Los indígenas que vi al día siguiente me dieron noticias sobre los *mexburs*, que surcaban el oeste de nuestros territorios, y sobre el emplazamiento de las tribus Regueibat. Finalmente, me proveyeron de cordeles para mi camino y de un guía que se llamaba Iouda, hijo de Tezgao.

Al siguiente día, 5 de noviembre, por la tarde, di la señal de partida. Nos acostamos al pie de los montes Ibi, en una inmensa llanura de piedras des-

provista de toda vegetación. El 6 resolví huir lo más pronto posible de aquellos desolados lugares, y nos dirigimos, costean-do los montes Ibi, hasta las fuentes de Erigi, a nueve horas de marcha de nuestro campamento de la mañana. El 7 me detuve en la extremidad de los montes Ibi, y el 8 llegué a Tizegui, pozo poco abundante al pie de las altas dunas movedizas del Amatlich. Allí, a pesar de la insuficiencia de los pastos, me vi forzado a recobrar aliento y buscar algunas noticias sobre el camino que habría de seguir.

Me hallaba bastante embarazado, cuando vi llegar a mi campamento a tres Regueibat, que venían justamente de Buaga. Habían salido aquella misma mañana. Calculaba, después de su relato, que dicho punto debía encontrarse a 105 kilómetros al sur de Tizegui. Mas, para trasladarse allí, se presentaban dos caminos.

El primero, en curva hacia el Sudeste, costean-do el macizo del Adrar, permitía utilizar numerosas señales de agua ya conocidas. El otro, franqueando directamente de Norte a Sur la distancia que separa Tizegui de Buaga, estaba desprovisto de pozos y aún no había sido recorrida. Los Regueibat me aseguraron que este camino presentaba buenos pastos, mientras que el primero estaba en aquellos momentos desprovisto de hierbas.

Esta consideración, unida al interés que presentaba un itinerario nuevo, me animó a abandonar el camino del sudeste y ganar de una sola tirada Buaga, a través del desierto del Am Khacir.

Cuando los dos suboficiales que me acompañaban conocieron esta decisión, vinieron a mi encuentro y me hicieron presente que el paso por una re-

gión tan extensa y sin agua no se haría sin dificultades, a causa del tren de mujeres y niños que nos seguía, y de los pocos recipientes de agua de que disponíamos. Les tranquilicé y fijé la marcha para la mañana del día siguiente.

Comenzamos por dar de beber a los animales y llenar los odres a las ocho de la mañana. Pero el caudal de los pozos era tan lento que dicho trabajo no se había acabado por la tarde. A la mitad de la noche, los senegaleses y los moros todavía sacaban agua. Gracias a que el cuarto creciente de la luna estaba muy avanzado y una blanda claridad envolvía la tierra.

No podía separar mis ojos del grupito que formaban nuestras gentes. Para ganar tiempo, un moro había descendido al fondo del pozo y llenaba con la mano los odres de piel de carnero, que en el desierto sirven para sacar el agua. Oíase su voz subterránea, a la que respondían los llamamientos de sus camaradas que quedaban en tierra. Los corderos, junto a los abrevaderos de cuero, balaban, se apretujaban y se topaban con la cabeza.

Del mismo modo, igual noche y parecida luna se dieron sobre Siquem en otros tiempos:

“Los hermanos de José fueron a Siquem para que allí pacieran los rebaños de su padre. E Israel dijo a José: Vuestros hermanos han llevado a paecer los rebaños al país de Siquem; venid, que os envía con ellos.”

Y la misma cisterna seguía en el mismo desierto.

“Habiéndoles oído Rubén hablar así, trataba de sacarle de entre sus manos, mientras decía: No le quitemos la vida. No vertáis su sangre, añadió

Rubén, sino arrojadle a aquella cisterna que está en el desierto...”

A las dos de la mañana, después de haberlo preparado todo, montamos en nuestros camellos. La luna estaba bajísima y sólo daba una claridad incierta. Franqueamos el Amatlich por el facilísimo paso de Tizegui. Estaba completamente oscuro cuando penetramos en la llanura del Am Khacir. Se había levantado un vientecillo fresco que nos helaba las venas, y nos quedamos adormecidos sobre nuestras sillas, sin pensar en nada, ni sintiendo siquiera nuestros cuerpos.

Al fin, despertóse un alba mortal; ni levantaba un solo canto de pájaro, ni sacudía sueño alguno... Y el sol apareció luego en esa soledad como un solitario, sin ir acompañado de aquellos fuegos y nubes y hermosos rayos y ruidos pueblerinos, que renacen a la vida con el *Angelus*.

Eché pie a tierra, dejando marchar a la columna, y tan sólo apeóse Sidia, que callaba. Yo era el centro de un inmenso círculo de desolación, y, en la inmovilidad de todo, fuera del sol que escalaba alegremente la cuesta del Oriente, sentía en mí el sentido de las revoluciones celestes. Parecíame, de pie, en medio del silencio, que el Angel estaba presente aun cuando la campana no le anunciase.

Angelus nuntiavit Mariae...

Los tañidos sonarán allá lejos, muy lejos, en el Norte, y aquí está el Angel y aquí está la sierva del Señor.

Ecce ancilla Domini...

Y los mismos tañidos suenan aquí, viajando y

rodando a través del mundo, y, por eso, las campanadas no van solamente a Roma, sino infinitamente más lejos, hasta el otro extremo del mundo y de la tierra...

El corazón de un viajero, cuando ha pasado la noche en la ciudad, no puede resistir el ímpetu amoroso y reconocido que le produce el día cuando aparece. Permanecí durante bastante tiempo contemplando el horizonte, oyendo nacer en mí lo que, sin embargo, aquel no podía darme.

Cuando alcancé de nuevo la columna, ya estaba el sol muy alto y era la hora de descansar.

Por la tarde, aún avanzamos diez kilómetros, lo cual nos condujo a las primeras horas de la noche. Habíamos llegado a una región de grandes dunas, donde temía que pudiera perderse el guía Iouda. Por eso mandé detenerse a la cabeza de la columna, y encender grandes hogueras con las mezquinas hierbas que allí se hallaban, para guiar a la retaguardia de la misma. Aquellas fogatas presentaban figuras fantásticas en el mar de arena donde nos había conducido la casualidad.

Al día siguiente, 11, partimos a las tres de la mañana. Pronto cesaron las dunas; nos encontramos en una llanura oscura sembrada de piedrecillas. A la luz de las estrellas veía desgranarse a nuestra izquierda unas montañas chiquititas. Iouda me dijo que se llamaban Iyibitten. Pude subir a una de ellas, cuando salió el sol. El terreno semejaba una rugosa corteza, ligeramente levantada en algunos lugares, y algunos picos desnudos rompían la monotonía del paisaje para acentuar su fal-

ta de fertilidad. Mientras trataba de situar tales montañas sobre el papel, con ayuda de la brújula, oía en mí los latidos de mi corazón abandonado a sí mismo.

Di gracias a Dios por haber puesto en él muchas más cosas de las que podía contener y haberse dignado advertirme que lo que ocultaba era mayor que lo que me mostraba. Y, sin embargo, esa fuerza sobrenatural era la que tantas veces había empleado contra él, y era del mismo Dios de quien me había servido contra Dios.

A las ocho entramos en las nuevas dunas, marchando siempre así, de las arenas a las piedras y de las piedras a las arenas. Cuando el calor comenzó a dejarse sentir, descansamos durante algunas horas y después emprendimos de nuevo nuestra marcha. Caminábamos por la llanura arenosa, tal vez con más prisa, pues comenzábamos a desear las señales del agua. Calculaba que desde la víspera debíamos haber hecho unos 95 kilómetros y que no podíamos hallarnos muy lejos de los pozos, lo cual era de desear, porque la provisión de agua se agotaba.

Pensaba en todo esto cuando el guía Iouda vino a mí y me dijo que los pozos no estaban lejos; pero que era de temer que los hombres no pudiesen beber su agua por ser extremadamente salada. Como los tiradores caminaban detrás de mí, temí que las palabras de Iouda les causaran una mala impresión, y di orden al moro que marchara delante. Algunos minutos después fuí a su encuentro y me confirmó sus temores. La noche había llegado. Con-

templé la tierra ruin, y como la mala esposa, infecunda..., *in terra deserta et invia, et inaquosa...*

Y, sin embargo, yo no tenía ningún temor, sintiendo delante de mí al Angel, y no ya la columna de fuego, sino una forma blanca, más visible que todas las cosas visibles, que nos protegía en nuestro camino.

Al día siguiente partimos de madrugada, a eso de las cuatro. Habíamos recorrido unos 15 kilómetros cuando alcanzamos una inmensa llanura cuya superficie se esmaltaba con florescencias salinas: era la Sejbhara de Buaga; Iouda me señaló en el horizonte una línea blanca que temblaba: “¡Los oglats!”, me dijo. Al cabo de una hora echábamos pie a tierra. Nos hallábamos en los extremos de la Sejbhara y parecía que aquello también fuera el borde extremo del mundo, pues, tanto y tan grande era el desamparo de aquellos lugares. Veinte hoyos de escaso diámetro sembraban el suelo. Hice sacar agua de uno de ellos, la gusté, y de tal modo estaba salada, que me sentí revuelto. No dejé traslucir nada de mi inquietud, y mandé me diesen agua de un *oglat* vecino; el agua era mala, pero no tenía el mismo gusto que el del primer *oglat*. No me desanimé, y continué mis experimentos. Finalmente, en el sexto *oglat* me di cuenta de que el agua era excelente. Marché en seguida a tranquilizar a mis tiradores, que habían seguido mis manejos con cierta inquietud, y fuimos, llenos de alegría, a instalar el campamento a un centenar de metros de allí.

En esta vida, que sólo está compuesta de salidas y llegadas, no hay más que exaltaciones y recogimientos. Tal es el doble juego de Africa, y tal el doble movimiento en el orden de la acción y del ensueño al que nos hallamos sometidos. Los días que siguieron a mi llegada a Buaga estuve ocupadísimo en las requisas de víveres que tenía que hacer y con el envío de diversos reconocimientos importantes. Sin embargo, aventurándome en ese inmenso mar de arena en el que crece el *hád* metálico, la hierba grata a los camellos, me adentré en mí mismo, y traté de aprehender el sentido de mi acción, es decir, de ese perpetuo esfuerzo en que me hallaba, de este desenvolvimiento continuo que sabía no podía ordenar yo solo. Sinceridad que difícilmente se tiene en Europa, pero que aquí es franca y sencilla y muy activa. ¡Y qué alegría la de despertarse en las apacibles mañanas y adormecerse en las suaves noches, más joven y más confiado, no temiendo reconocer en nosotros al Absoluto, sino, por el contrario, llamándole con todo nuestro corazón, curado, al fin! Crepúsculos de beatitud, a vosotros es a quienes todavía se debe el sentirse capaces de adoración y de estar, como Israel, esperando la llegada del Señor: *A custodia matutina usque ad noctem, speret Israel in Domino*.

Y he aquí que del desierto nace el conocimiento de un misterio adorable. Pues esta esperanza de Dios, apenas se ha formado cuando ya está realizada, y apenas deja de formarla cuando deja de realizarse. Y el conocimiento de Dios no es más que la esperanza de Dios sin cesar realizada. "No te buscaría si no te hubiese hallado", y dejaría de hallarte si no te buscara. Apenas ha nacido ese dé-

bil y vacilante deseo, nada sencillo y voluntario, sino oscuro y espontáneo, cuando ya aparece el objeto del deseo, y el fin se torna voluntario y conocido. Ya no importa buscar a Dios, puesto que la búsqueda es el propio hallazgo.

En el sur de Buaga hay montañas inmensas de arenas movedizas cuyas profundidades estériles aún no han sido penetradas. Desde mi campamento veía las primeras ondulaciones y me repetía a mí mismo su nombre prohibido. ¡El Auker! ¡Hermosa y armoniosa palabra, de enorme tentación!

El 18 fuí con algunos compañeros al pozo de Sbaia, con el fin de enlazar Buaga con este punto ya conocido del Trarza. Sbaia es un lugar de gran circulación. Cuando llegué allí, unos Uled Jeinckh llenaban sus odres de agua. Vi también a un viejo El Hadch, que tenía su tienda no lejos del pozo, que daba de beber a sus bueyes. Un convoy, cargado de telas y de azúcar destinado al viejo comerciante Yezid, pasó, dirigiéndose a Atar. Supe que unas fracciones importantes de Ideichillis se encontraban al sur de Sbaia, en el Auker, y resolví dirigirme allí antes de regresar a mi campamento de Buaga.

El joven que me servía de guía me condujo, pues, al día siguiente al campamento de Eli Ued Aluibib, el anciano jefe de la familia de los Uled Silla. Este moro viejo, con traje blanco, creyendo que yo no le comprendía, reprochó vivamente a mi guía el haberme conducido junto a él. Por lo cual tomé yo la palabra y le expuse mi asombro por ver a un musulmán faltando a las leyes de la hospitalidad.

Eli, asombrado al oírme hablar la lengua mora, se deshizo en excusas y mandó traerme al momento dos tiendas, leche y dos corderos muy gordos. Pasé el día hablando con los jefes de los Ideichilli, a quienes había hecho venir de los alrededores. Estas gentes poseen hermosos rebaños de corderos que acuden al pozo de Sbaia cada diez días. Verdad es que el lugar en que estamos se halla tapizado de hierbas de todas clases, y que la calidad de los pastos permite a los animales pasarse sin agua.

Abandoné al día siguiente a los Ideichilli y caminé toda la jornada a bastante buen paso. Costeamos el encintado del Auker, dejando a nuestra derecha imponentes dunas, donde la vegetación había ya cesado, y nosotros mismos caminábamos entre arenas apenas onduladas, en las cuales un arbolillo mezquino venía, de cuando en cuando, a cortar la monotonía. El día era encantador, semejante en algo al de un otoño de Francia, y nos dejamos llevar por el paso igualado de los camellos, viendo huir bajo nuestros pasos el ligero suelo, olvidando asuntos y preocupaciones. El aire tenía un gusto tan fino, tal aroma de sencillez, que parecía capaz hasta de borrar el pecado. Los hombres de mi escolta cantaban, y yo no lo hacía; pero rezaba como me había enseñado a hacerlo el Africa.

Llegué a mi campamento el 22. Cuatro días hacía que lo había abandonado, y, sin embargo, mi corazón latía cuando volví a ver de lejos nuestras tiendas perdidas en el *aklé*, después las ametralladoras que coronaban dos monticulillos de arena, luego los hombres, mis queridos compañeros de la vuelta a Africa, que corrían todos hacia mí, mientras las

mujeres prorrumpían, según su costumbre, en estridentes gritos.

A tales horas es cuando se siente cuán unido se halla todo en un haz y cuál es el indecible vínculo que ata y encadena, más fuerte que la amistad y que el amor. Y no es ello ni amor paterno, ni amor filial, ni amor fraternal, sino otro amor que jamás se ha dicho, otro amor que barre los demás y no deja nada junto a él. ¿Quién puede decir de qué modo Napoleón amó a la vieja Guardia?

No había de permanecer por mucho tiempo en Buaga. Apenas terminé mis asuntos cuando ya el capitán B. me llamaba a Hassei Tob, pozo poco alejado de la barrera del Adrar donde se había instalado desde hacía varios días. El 26 por la tarde y el 27, atravesé las 20 leguas que me separaban de Hassei Tob. Este camino aparece cortado, tal vez en su mitad, por el pozo de Aguielt, en Neuz, que en árabe quiere decir el "pocillo del medio". Más allá de Aguielt en Neuz, síguese durante varias horas, una inmensa llanura, una de esas "rags" sombrías y oscuras que son la mejor representación de la eternidad, que pueda hallarse. Descansé allí durante algunas horas, dejándome embriagar por el viento, mientras que mis guerrilleros dormían en el gran incendio del mediodía.

¡Ah! No conviene dormir ni es menester olvidar las horas en esta tierra divina que nada nos oculta. En pie todo, no veo en la llanura ningún escondrijo, ningún rincón secreto, sino, por el contrario, esta gran franqueza sin rodeos que odia el demonio. La tierra muéstrase sin ambajes, sin fingimientos, sin picardías ni hipocresías. No se veía ningún rincón donde el pecado pudiera ocultarse.

Dos días después, volví a pasar por aquella misma llanura; pero no me detuve. Debía regresar a los campamentos del Auker para proceder allí al arresto de un jefe que acababa de darnos pruebas de su infidelidad, y necesitaba atravesar con la mayor prisa los 190 kilómetros que me separaban de los campamentos.

Finalmente, el 3 de diciembre regresé al mío, pero para decir adiós a Buaga; acababa de recibir la orden de trasladarme, lo más pronto posible, a Tixijxa para formar parte de la columna de Tichitt.

Quería ver por última vez cómo se ponía el sol sobre la Sebjhra desierta, y me alejaba del campamento, hambriento de grandeza y soledad. Mientras franqueaba las dunas chiquititas donde caía la sombra, repasaba en mi memoria los acontecimientos de los últimos días, queriendo hacer el balance y calcular las etapas. ¡Pero no! No es menester. Cuando llegué a la rugosa llanura, semejante a un gran lago desecado, donde el sol escupía haces inmensos de luz serena, en ese gran estremecimiento de la tierra que va a perderse en el olvido, descendí, estremeciéndome también, al fondo de mi alma, rechazando el sofisma y el equívoco y mirando de frente al crepúsculo...

Ya hemos hecho bastante, ya hemos rodado y penado bastante sobre los caminos, para que ahora sintamos ya miedo de nosotros mismos. Hemos conquistado nuestros grados en la beatitud y será menester que nos dejen en paz con las pruebas y los silogismos, y las inducciones y las deducciones.

Ahora no vamos a ocupar nuestras horas pro-

bando a Dios, sino tratando de volver a encontrarle. No vamos a dedicarnos a buscarle, sino a encontrarle. *Amem non inveniendo invenire, potius quam inveniendo non invenire te!*... Ved aquí un sol desmedido y una tierra sencilla, y, a imagen suya, debemos hacer nuestra alma, clara y simple. Ved aquí la llanura silenciosa y desnuda, y como ella, nuestra alma será silenciosa y desnuda, para que oiga el grave ruido y la gran presencia que allí existen...

Y ahora, roguemos también, pequeñitos y sinceros, ante su Faz:

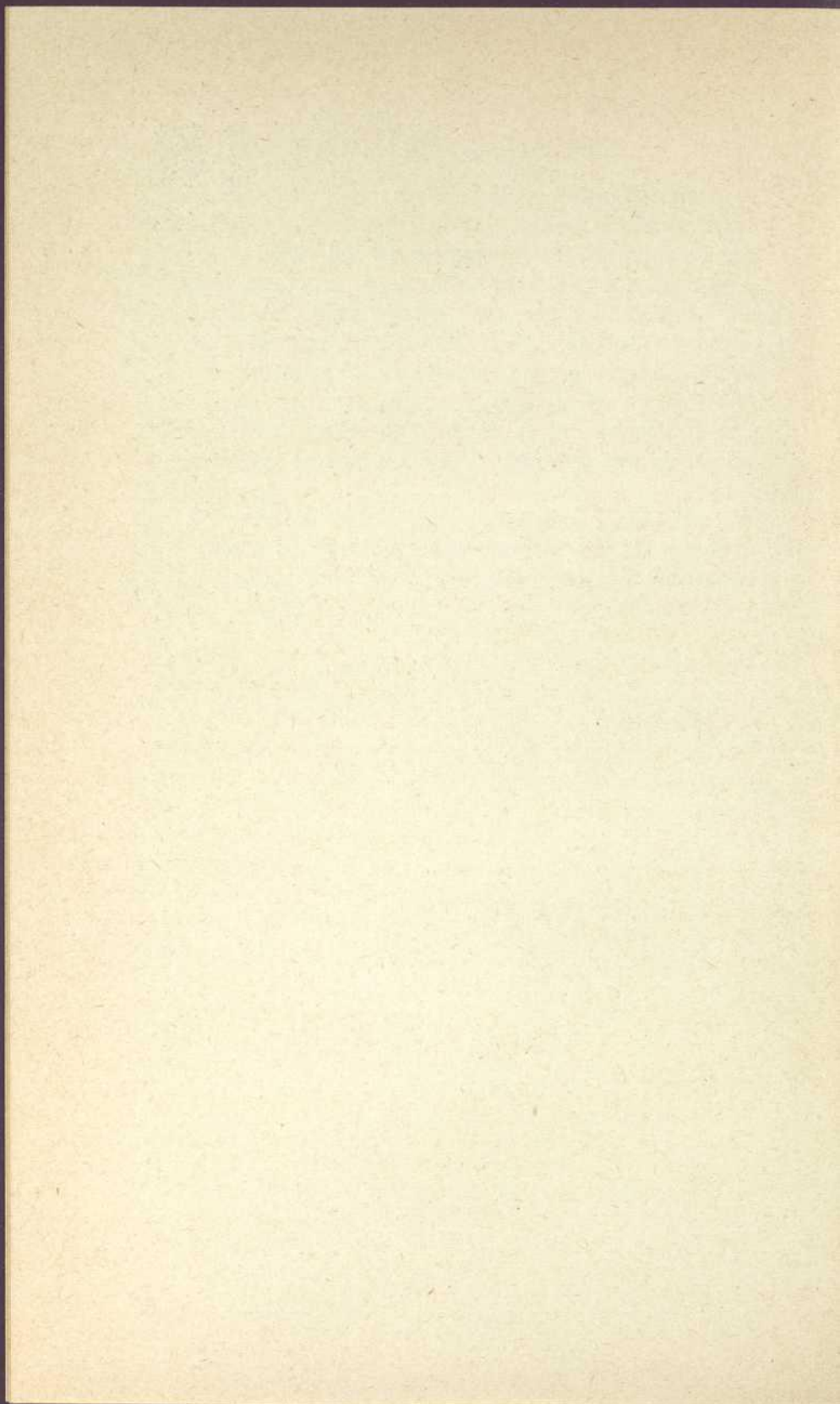
¡Oh, Dios mío! No tendré ya miedo de vuestra luz, ahora que he visto ésta, y no tendré tampoco miedo de mí mismo, puesto que sé que Vos estáis en mí. No os conocía porque quería probaros, y ahora os conozco porque no puedo probaros. Y mientras no os conocía, estabais, sin embargo, en mí, y en este gran derrumbe en que me encontraba de todos Vuestros Sacramentos, durante esa larga noche, Vos preparabais, no obstante, el advenimiento de esa luz sobrenatural.

Os conozco, ¡oh, Dios mío!, porque sencillamente os agradó daros a conocer. Os conocía por lo que es incognoscible en Vos. Os conocía por Vuestros misterios desconocidos, cual son la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención. He ahí las pruebas que Os habéis dignado enviarme.

¡Oh, Dios mío! Perdonadme esta gran mentira en que he vivido, puesto que yo sentía muy dentro de mí esa fuerza interior que me guiaba en la vida y que no quería volvéroslo a llevar. Perdonadme esta ingratitud que en mí había al no restituíroslo que en mí os pertenecía, y que esta vela que hinchaba el ideal no la he aparejado hacia Vos. Per-

donadme esta cobardía de haber creído en el amor, sin haber creído en Vuestro Amor; en la ley, sin haber creído en Vuestra Ley; en la bondad, sin haber creído en Vuestra Bondad. Perdonadme esta felonía, de haber contemplado el océano de la luz y no haberme aventurado en él, y de haber vacilado al borde de la eternidad que me habíais dado. Perdonadme este gran orgullo de haber querido estudiaros, antes de amaros, y de haber querido conoceros, lo que, en cierta manera, era dejar de conoceros.

Vespertina oratio ascendat ad te, Domine. Et descendat super nos misericordia tua. (Oficio de vísperas del sábado, V. y B. del himno: *Jam sol recedit igneus.*)





GOCÉ de un verdadero descanso moral en el camino que me conducía a Tixijxa. Me veía libre de las preocupaciones de un pesado mando. Sólo llevaba conmigo algunos fieles compañeros, que no debían separarse de mí hasta mi regreso a Francia. Pasábamos muchas horas charlando, y este descanso era de un tono lo suficientemente aristocrático para que pudiera ser, al propio tiempo, de algún provecho.

Los problemas de la vida religiosa atormentan a los moros. Sidia los abordaba con frecuencia, ya me alabase las bellezas de su fe, o me preguntara sobre mis propias creencias.

—Sé —me dijo un día— que Issa es un gran profeta; pero, ¿qué decís vosotros, los Nazarenos, de él?

Miré a Sidia. Es sabido que Issa es el nombre de Jesucristo en árabe. No vacilé un minuto, y le contesté:

—Issa, amigo mío, no es un profeta, sino verdaderamente el hijo de Dios. Tal vez tú has visto en el libro que es el hijo de la Virgen Maryam, que

le concibió por la gracia del Espíritu de Dios. Cuando vino al mundo, acudieron los pastores para adorarlo, y los reyes, desde el confín del Oriente, pusieron a sus pies preciosos regalos, pues El era más grande que los reyes. Y este Rey de reyes, durante treinta años, permaneció oculto, esperando la hora de su misión, y cuando llegó la hora, anunció la gran nueva de que el Reino de Dios estaba próximo y que iba a ser desatado cuanto mal había sobre la tierra. Pero desde toda la eternidad era menester que corriese la sangre del Hombre-Dios para que esa promesa se realizara. Por ello, Issa fué crucificado, no victorioso, sino vencido; ni glorioso, sino rebajado y escarnecido, para que los hombres se salvaran. Después de muerto, Issa descendió a los infiernos, donde liberó las almas de los justos y las de los profetas que le habían precedido y anunciado. Al tercer día resucitó de entre los muertos y durante cuarenta días se mostró a sus discípulos con su cuerpo glorioso. Finalmente, subió al cielo, donde está sentado a la diestra del Padre y de donde volverá a juzgar a los vivos y a los muertos, el día de la Resurrección.

Me detuve con la garganta seca. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Esa adorable historia, ¿era mía? ¿Tenía yo derecho a apoderarme de ella, de confesar a Jesucristo sin creer en ella?

—Sidia, ya sabes ahora cuál es el Señor de los Nazarenos. Y aprende que en servicio de ese Señor nosotros daríamos voluntariamente nuestra vida; que toda nuestra fuerza, que tú admiras, nos viene de El, y que no dejamos de recurrir a El como a Nuestro Padre muy amado...

Encontrábame entonces en un estado de espíri-

tu de lo más extraño. Pues yo no creía que Jesucristo fuese el hijo de Dios, y yo no sabía rezar. Y, sin embargo, hablaba desde el fondo de mi conciencia y no me parecía que no fuera franco.

¡Cuántas lágrimas deliciosas habría de verter más tarde al recordar esas horas turbulentas que preceden a la llegada de la Gracia!

En aquel momento bien sabía yo que mentía; pero también sabía que hubiera mentido aún más si no hubiese confesado la verdad de mi Dios.

El 25 de diciembre, día de Navidad, después de diez de camino y otros diez de espera en el puesto de Tixijxa, me reuní con el capitán A., a cuyas órdenes había sido destinado. Estaba acampado en el apacible valle de Edderum, y esperaba en ese oasis de verdor la orden de reunirme con la columna que estaba formándose en los alrededores de dicho puesto. Fué un período brevísimo de deliciosa calma, en el que nuestros espíritus se recogían con la esperanza de próximas batallas. Pues esperábamos que la toma de Ticchit, que era la finalidad de la columna, no se haría sin lucha, y que allí tendríamos ocasión de mostrar nuestras virtudes.

En cuanto a mí, pasaba largas horas cazando pintadas y perdices que abundan en este privilegiado rincón del Tagant, y aquello me deparaba la ocasión de volver a tamizar los pensamientos que me eran familiares. Esta miserable vida mía, que no llegaba a ordenar, me producía horror, tanto más cuanto que pensaba luchar y batirme dentro de poco. Me parecía que una batalla mezclada con oraciones debía de ser de la más elevada emoción

humana, y el punto de unión donde podríamos alcanzar el infinito. Mientras que una batalla en la que no domina el nombre de un Dios, no puede ser más que una exaltación incompleta, la de una parte sólo de nuestra belleza interior. La pasión guerrera nos enriquece, pero también despierta en nosotros otros instintos, nos hace insaciables, nos hace desear nuevas riquezas espirituales. Desde que se da un paso fuera de la mediocridad, se ha salvado uno, y se está seguro de no detenerse en el camino de perfección interior, en el que se ha empeñado imprudentemente. Aquel que está sediento de heroísmo, pronto se torna sediento de lo divino. Se ha embarcado en lo absoluto, ya sea terrestre o celestial, y no puede menos de someterse humildemente a todo cuanto es imperecedero en el mundo. Sentía confusamente la belleza de una oración, cuando precede a una victoria, y la belleza de una victoria cuando le sigue una oración. Correspondencias misteriosas que sólo puede explicarlas la lógica del corazón. No se podrá impedir que el himno ambrosiano pertenezca a los soldados.

Penetrado por tales pensamientos, no podía menos de llamar en mi ayuda al Dios de los ejércitos y suplicarle que se me manifestase.

Una vez que me había aventurado algo lejos, conocí uno de esos minutos que en la vida permanecen imborrables. En el calor zumbante del mediodía, busqué un poco de sombra. Había vagado durante mucho tiempo por las peñas que dominan el valle. Finalmente, en el lecho eternamente seco del Uad, un árbol bastante frondoso me invitó al descanso. A mi alrededor todo era tan melodioso, tan adormecedor, que me parecía que en esta tierra me

hallaba como en una cuna. Cuando estuve debajo del árbol me hiqué de rodillas. Era la primera vez en mi vida; pero el gesto, tan nuevo para mí me había sido ordenado desde muy lejos y hubiera sido imposible cualquier resistencia. En mi débil abrigo, me encontraba perfectamente bien para adorar al poder que me hacía inclinarme y exponerle con franqueza las necesidades de mi corazón. Al propio tiempo, sabía con toda certeza que tales necesidades serían satisfechas, que estos deseos habían de ser escuchados, hasta en el más allá. Estaba seguro de que un día yo sería católico, y sentía como una impaciencia sin nerviosismo, por la dicha que me había sido prometida.

No he atravesado una "crisis" en Mauritania. Ni tampoco ningún drama interno. Ni un desgrahamiento. Ni ansiedad alguna. Una tranquila espera, apoyada en la certeza de que los Sacramentos sabrían proporcionarme, más tarde, la fe que me faltaba. A veces maldecía los desórdenes de mi vida; pero inmediatamente me decía: "También esto será curado." Me sonrojaba de mi debilidad en la vida; pero al momento me decía: "Ya seré fortalecido." Temblaba al verme abandonado así en la vida; pero inmediatamente me decía: "Una mano se tenderá hacia mí cualquier día." Y mi corazón latía hasta quebrarse cuando pensaba lo que podría ser ese día.

Nada de impaciencia por la verdad. "Si Dios existe —me decía— no dejará de dármele a conocer; tomará en consideración mi buena fe y ya proveerá lo demás." Y, en efecto, aquel que jamás

se ha planteado la cuestión no puede salvarse. Pero aquel que se ha preguntado *una sola vez* dónde estaba la verdad, es seguro que la poseerá un día. La negación necia y brutal no conduce a nada. Pero desde que se plantea la cuestión, casi ya está resuelta.

Yo no veía más belleza que en el cristianismo, no podía pensar que la belleza fuera cosa distinta a la verdad. Lo que nos emociona del mundo antiguo es la espera del "Dios desconocido". Es Cicerón invocando en la hora de la muerte la causa de las causas, *causa causarum*. Es Platón describiendo al justo que ha de venir: "Azotado, torturado, aprehendido entre hierros, le quemarán los ojos; y, finalmente, después de haberle hecho sufrir todos los males, le pondrán en la cruz..." Y hablando de la pureza del alma y del cuerpo, dirá Séneca: "Nuestro Dios y *Nuestro Padre*", y "Hágase la voluntad de Dios". Es también Virgilio cuando anuncia el siglo venidero: *Adspice, venturo laetantur ut omnia saeclo*. Es Propertio al hablar el primero en el mundo latino, de la piedad. Lo que nos conmueve en el Islam es la parte de verdad eterna que mantiene. Es la parte que le ha quedado de la gran herencia judaica. Y es que, como dice Nicole, es una "secta cristiana", visión profunda de la que estamos segurísimos cuando se acaba de leer el *Korán* en las propias tierras de los musulmanes. Por eso, todo nos urge, todo nos da esperanza, seguridad. Por todos lados nos sentimos fortalecidos. Mil lejanos reconocimientos nos aseguran y nos permiten esperar en el amor la conjunción fatal de la belleza toda con toda la verdad.

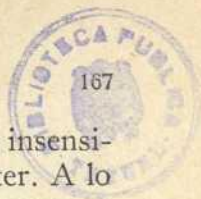
En el camino de Tichitt, a 10 de enero.—Nada prepara mejor el heroísmo que la ordenada confusión de una columna. Pronto toma uno gusto en manejar el instrumento humano, y pronto se dice que al soldado nada le está prohibido. Cuando se va desde el extremo de la retaguardia a la punta de la vanguardia y se deja atrás sucesivamente el largo convoy, la infantería que se desgrana en dos delgadas columnas, el Estado Mayor del comandante de las mismas, los pelotones de los meharistas montados en sus pesados camellos, se da uno cuenta de lo que es la unidad en la dispersión. Cada cual se considera en su sitio, perfectamente adaptado al esfuerzo que se le pide; beneficia con una virtud superior a cada individuo y, sin embargo, cada individuo contribuye a hacer que nazca cada vez en él. El capitán B., los tenientes B. y M., con sus unidades meharistas, partieron esta mañana para Tichitt en reconocimiento de vanguardia. Hemos caminado durante once horas por una llanura sombría, donde apenas brotan algunos espinos raquíticos.

El 11, nueva marcha de once horas. Continuamos atravesando el monótono *rag* de la víspera. A las cuatro de la tarde, llegamos a los pozos de Umula Uitgat. La columna se organiza lentamente, tomando la forma de un vivac; suboficiales corriendo en todos los sentidos; bajo una tienda, una voz breve, dictando órdenes; un grupo de oficiales hablando en pie... Esto es suficiente para poseer una imagen de la guerra y sentirse verdaderamente "en campaña". Al momento, miles de locuras,

las más hermosas del mundo, renacen en nosotros. Quisiera uno jugarse la vida por un sablazo, medirse con el destino y conocer esas horas en las que se vive familiarmente con la muerte.

Al día siguiente, en Ganeb.—En el relumbro del mediodía hemos tenido una visión magnífica. El *rag* que atravesamos desde hace dos días se transforma en dunas, desde donde se domina, hacia el Sur, el inmenso océano rosa del Auker. A la izquierda se ve la barrera rocosa de Seun, orientada de Este a Oeste, y a sus pies, el Baten, la llanura estrecha que separa la muralla abrupta de las dunas. Bajamos por la *batha* Tuga, luego, la arenosa cuesta entra hasta el Baten, al que dominamos en seguida. Ganeb es un oasis muy pequeño situado en una Sebjhra circular. El desierto la ciñe estrechamente; el desierto de las arenas, al Sur; el desierto de las rocas, al Norte. Los pozos aparecen ligeramente salados. La jornada está consagrada al abrevadero de los camellos y a llenar los odres que contendrán el agua de la columna hasta Tichitt.

El 13 recibimos la orden de atravesar el Seun y flanquear sobre el reborde de la meseta el grueso de la columna, que costeará el Baten. Nos dirigimos hacia el desfiladero de Fum Hajar, muy cerca de Ganeb, que nos permitirá alcanzar el Adafer. Este desfiladero parece tallado a hachazos en el seno de la montaña. Se sube a pico a través de los desmoronamientos de rocas, siguiendo sombríos precipicios que ponen una nota romántica en la clásica tierra de los extensos horizontes. A las cinco de la tarde nos encontramos a la altura de El Boyyer.



Allí termina el Seun. La barrera se hunde insensiblemente y se pierde en las arenas del Auker. A lo lejos se percibe el Zahar Tichitt, y más cerca, a nuestra derecha, la aislada montaña de Zik.

El 15, hacia las ocho, llegamos al norte del Zahar-Tichitt, cuyas rocas dejamos a nuestra derecha. El terreno está cubierto de dunas fatigosas para nuestros camellos. Hacia las tres, el capitán A. recibe un correo. Se entera de él, manda parar la columnilla, ordena a los hombres que se pongan en corro a su alrededor, y en un silencio solemne, da a conocer las noticias que acaba de recibir. El capitán B., los tenientes B. y M. han llegado a Tichitt el 13 de enero a las ocho de la mañana. La bandera verde flotaba sobre la mezquita. Fué una empresa feliz para nuestras armas. El viejo Sultán del Adrar, Sid Ahmed Uead Aida, cayó herido y prisionero. Los principales jefes de los disidentes fueron muertos. A raíz del empeño, hemos entrado en el Ksar. La bandera verde se arrió y fué sustituida por la francesa. Los disidentes huyeron hacia el Este, en dirección de Angi. B. marcha tras de sus huellas con su pelotón meharista...

El capitán A. ha terminado su relato. Se da cuenta del aspecto abatido de los tiradores senegaleses, afligidos por no haberse encontrado en el combate. Les dice entonces que no ha terminado todo, que aún tendrán ocasión de luchar y que de momento sólo deben alegrarse por el éxito de sus camaradas. Dicho lo cual, la columna se vuelve a formar y toma de nuevo el camino de Tichitt, que alcanzaremos por la tarde.

La emoción de una deliciosa hora francesa ha roto la monotonía del camino. Corremos más ale-

gremente hacia la ciudad donde, desde la mañana, flotan los tres colores. Esta tarde nos parece una de esas tardes de apoteosis en las que se recoge todo el pasado, que borra por su plenitud tantas horas mediocres, tantas horas envilecidas. La belleza del decorado nos ayuda aún más. Prolongados arpeggios saharianos nos mecén en la gloria. El aire es profundo. Se siente toda la fuerza moza del sol. Todo es magnífico alrededor de uno. No es una tierra hecha guiñapos. Es un señor mozo que no hace nada y se aburre. Todo el embriagador perfume de la vida se repliega en nosotros: la juventud, la gloria, el amor por el nombre francés, el orgullo...

De repente detengo mi caballo. Estoy en lo alto de una duna, y a mis pies se extiende una meseta. Un largo reguero verde zigzaguea en ella: es el palmeral de Tichitt. No lejos de allí surge el Ksar, altivamente plantado sobre su asiento rocoso. Detrás de mí el sol lanza sus últimas llamaradas en el silencio magnífico del cielo. Y diviso sobre la única torre de la ciudad, la de la mezquita, un puntito donde mi mirada queda prendida intensamente. El corazón, ardiendo de amor y respeto, saluda a esa cosilla, sola en la tarde, que ha brotado allí como una flor celeste en el desierto.

Dos días más tarde me enviaron a un reconocimiento con unos veinte guerrilleros moros. Llevo conmigo al sargento de caballería Zemori ben Sliman y un guía, Idebussat. En cuanto dejamos atrás el palmeral de Tichitt entramos en las dunas del Auker. Este mar inmenso de arenas extiéndese a través de leguas y leguas. Los pastos son allí bas-

tantes buenos, pero no existe agua. Por eso los moros no se aventuran sino con prudencia por aquellas arenas sedientas, donde ha caído más de un viajero imprudente. Nos detenemos al atardecer. Estamos tras las huellas del campamento de Chorfa, a quien tengo la misión de detener.

Al día siguiente por la mañana, la partida. Me encuentro con un Reian disidente. Es portador de una carta con destino a Tichitt. Me cuenta que el campamento de los Chorfa, de donde viene, estaba desde hacía tres meses en el Habara, región del Auker, situada al sudeste de Tichitt. El 13, los citados moros pasaban a la altura de Tichitt; oían los tiros y se hundía inmediatamente en el sudoeste. La carta árabe que lleva el Reian es de la mujer del jefe, Fatima Mint Aillal, para su cuñado Cherifu, marabut influyente de Tichitt. Me llevo conmigo al Reian.

El 17, marcha, a las seis de la mañana. A las cuatro alcanzamos el campamento de los Chorfa, huídos hacía ocho días. Comprende tres miembros de la piadosa familia de los Ahel Cherref, tres Reian disidentes, siete mujeres Chorfa, quince mujeres Reian, numerosos niños, dos cautivas jovencitas recibidas recientemente por el jefe, un hermoso rebaño de corderos y una veintena de camellos.

Los Ahel Cherref producen una impresión que raramente se experimenta en los países moros: la del verdadero fanatismo. El "naib" o jefe, Bajiallah, es un iluminado, indiferente a todo, sumido el día entero en la lectura de los libros sagrados.

Le he mandado venir a mi tienda para tratar de obtener de él datos que tengo la misión de recoger. Llega, orgullosamente envuelto en su blanca *gan-*

durah; fija en mí una mirada tosca, y se sienta murmurando las oraciones que no dejarán de remover sus labios durante toda la conversación. Al cabo de media hora, ponese a desgranar el rosario que tiene entre sus dedos. Me enfado. Sin decir una palabra, se detiene, levantando sobre mí sus ojos negros, que brillan como carbones. Este hombre intratable nada quiere decirme de interesante. Después de haberle despedido, envío a Sidia al campamento. Pienso que gracias a su piedad, a su raza ilustre, recibirá allí una grata acogida. Le encargo que vaya a hablar con la mujer del jefe, Fatima Mint Aillal. Esta mujer goza de gran influencia entre los moros. Pasa porque tiene la "baraka", de igual modo que mi Bajiallah. Ambos son muy venerados, hasta por nuestros guerreros. Esta circunstancia hace muy difícil nuestra investigación. Y, sin embargo, gracias a Sidia, he podido obtener datos preciosos. Las gentes del campamento me han traído sin dificultad los cuencos de leche y las tiendas que les había pedido. Pero se nota que sufren con la fuerza y que no la aceptan.

El 18, a las dos de la tarde, partimos en dirección de Ganeb, donde he recibido la orden de conducir el campamento. Allí llegó al día siguiente por la mañana. Instalo el campamento de los Chorfa y el mío sobre la cima de las últimas dunas del Auker, a tres kilómetros de los pozos, en las proximidades de un pradito de árboles, donde nuestros camellos y los corderos de la tribu podrán subsistir durante varios días.

La patrulla que se envió a la llegada para reconocer el palmeral y sus cercanías me trae un Nemadi que había huído ante ella. Este hombre tenía

un compañero que mis gentes no pudieron alcanzar. Acababa de ocultar su fusil junto al pozo. La patrulla señala en ese punto un grupo de camellos y cuatro guerreros Reian, cuya tribu acaba de ser razizada por el brigadier argelino Eddin, en un reconocimiento en el Adafer. Guardo a toda esta gente conmigo.

El 20, por la mañana, mandé a abrevar a los camellos que no habían bebido hacía ocho días. El Nemadi, a quien se había perseguido ayer, regresa por su gusto a mi campamento. Se presenta con un tiro de seis perros magníficos. He oído con frecuencia hablar de estos perros Nemadis, pero nunca los había visto. Constituyen la única riqueza de esta extraña tribu, que no vive más que de la caza y no se parece en nada a los demás moros. Dichos Nemadis gozan de la reputación de gentes sin religión, pero que pueden rendir grandes servicios gracias a su conocimiento del país, a su prodigiosa agilidad para la carrera y a sus cualidades cinegéticas. Por eso hay que mostrarles confianza y dejarles su libertad, que es lo que estiman por encima de todo.

Los guerrilleros, ocupados en el abrevadero, me traen unas noticias interesantes: han visto a unos Reian que les han indicado el paso, por las proximidades de Ganeb, de una tropa de Uled Gheilan, con la que el brigadier Eddin ha cruzado unos tiros en la mañana del 15.

Al momento decidí perseguirles. Los camellos se traen del abrevadero y partimos al declinar el sol. El Nemadi Mohamed Ued M'Haimed me sirve de guía y corre delante de nuestros camellos, para

seguir las huellas del *razzi*, muy difíciles de hallar en las piedras negras del *rag*.

El 20, por la tarde, en vísperas de combate. Nos hemos detenido a las nueve por ser imposible seguir las huellas a causa de la oscuridad. Todo el mundo se acuesta silenciosamente. Zemori y yo comemos de una lata de carne en conserva, pues, como es natural, he prohibido encender la más pequeña lumbre. El centinela ronda alrededor de los dormidos, rendidos de fatiga. Me tiendo bajo las estrellas. Esta noche es la más hermosa de todas. Siento como un extraño bienestar; vago en el océano de la eterna beatitud, muy cerca de Dios, que ya ha escrito unos nombres sobre el Libro.

¿Quiénes son los que mañana sabrán la radiante verdad? ¿Cuáles, entre ellos, aprenderán mañana la buena nueva?

Paréceme que mi alegría es noble, que mis ojos, como en vísperas de morir, ven más claro. ¿No es grato ser de aquellos que defienden la virtud y los altares?, ¿de los que aguardan los milagros, aman la muerte, todo lo que sobrepasa el limitado horizonte de la vida?

Ya he conocido las vísperas de la batalla. Hoy, por vez primera, me pongo a murmurar: "Hágase, Señor, vuestra voluntad y no la mía"...

El 21, a las cuatro de la tarde. Acompaño a su última morada a mi camarada de armas Sid Ahmed Ued Dehlil. Su cuerpo, tan delgado, va envuelto en una blanca *gandurah* que se pega, roja de san-



gre, a sus costados. La tumba se ha abierto en una caleta pedregosa que domina la elevada masa del Seun. Me acompañan algunos guerrilleros. Se han conmovido, chorreantes de sudor. Nuestros camellos están lejos de aquí, y desde la mañana no poseemos ni una gota de agua. Todos se callan, pero de agotamiento y no de dolor. Dos hombres depositan a Sid Ahmed en la fosa. Después, arrojan tierra y la cubren con un montículo de piedras...

Hay que partir, remontar el Seun y alcanzar a nuestros animales. Antes de abandonar la humilde tumba, los guerrilleros dicen adiós a su amigo, uno tras otro, y oigo la misma frase, débilmente pronunciada, pero que suena muy clara en esta llanura de muerte: "*Uaddatek el Mulana, Sidi...* Que nuestro Señor te acompañe, Sidi... *Uaddatek el Mulana, Sidi*"...

Y yo, el último: "*Uaddatek el Mulana, Sidi*"...

Me parece que Joseph de Maistre nos ha hecho dar un gran paso cuando prueba que el paganismo contenía algunas verdades, pero verdades corrompidas. Pues si se lleva un poco lejos esta demostración, se reconocerá que el hombre no tiene una sola idea que no corresponda a una realidad y que, por lo tanto, Dios está probado por la sola idea que de El se tiene. Pero J. de Maistre nos conmueve más cuando en el dogma pagano de los sacrificios reconoce la idea magna de la salud por la sangre. Lo que admiramos en la Redención es la coronación infinitamente sobrenatural de esa idea natural, inserta desde la creación del mundo en las mismas fibras de la Humanidad. ¿No es hoy, aca-

so, el campo de batalla la imagen temporal de la milagrosa grandesa del sacrificio? Si creemos en la virtud de la sangre vertida en el Calvario, ¿cómo no creeremos de una manera analógica en la virtud de la sangre vertida por la Patria? La virtud de esta sangre es tan cierta en el orden natural como la virtud de la otra en el sobrenatural. Sí, sabemos que la sangre de las hostias ofrecidas a la Patria nos purifica. Sabemos que purifica a Francia, que toda virtud procede de ella, que su virtud es infinita y que toda Patria no vive más que de su virtud.

Sine sanguine non fit remissio.—Pero no se necesitan testimonios de la Biblia. Nosotros sabemos muy bien que nuestra misión sobre la tierra es la de *rescatar a Francia por la sangre.*

Ganeb, 25 de enero.—He pasado una parte del día en la tienda de Bajiallah. El terrible Chorfa se ha calmado mucho, y nos hemos hecho los mejores amigos del mundo. Cuando he entrado en Ganeb me ha dispensado, con gran asombro mío, una gran acogida, y a partir de este día me abruma con sus visitas. ¡He ahí a lo que conduce la aureola de la victoria!...

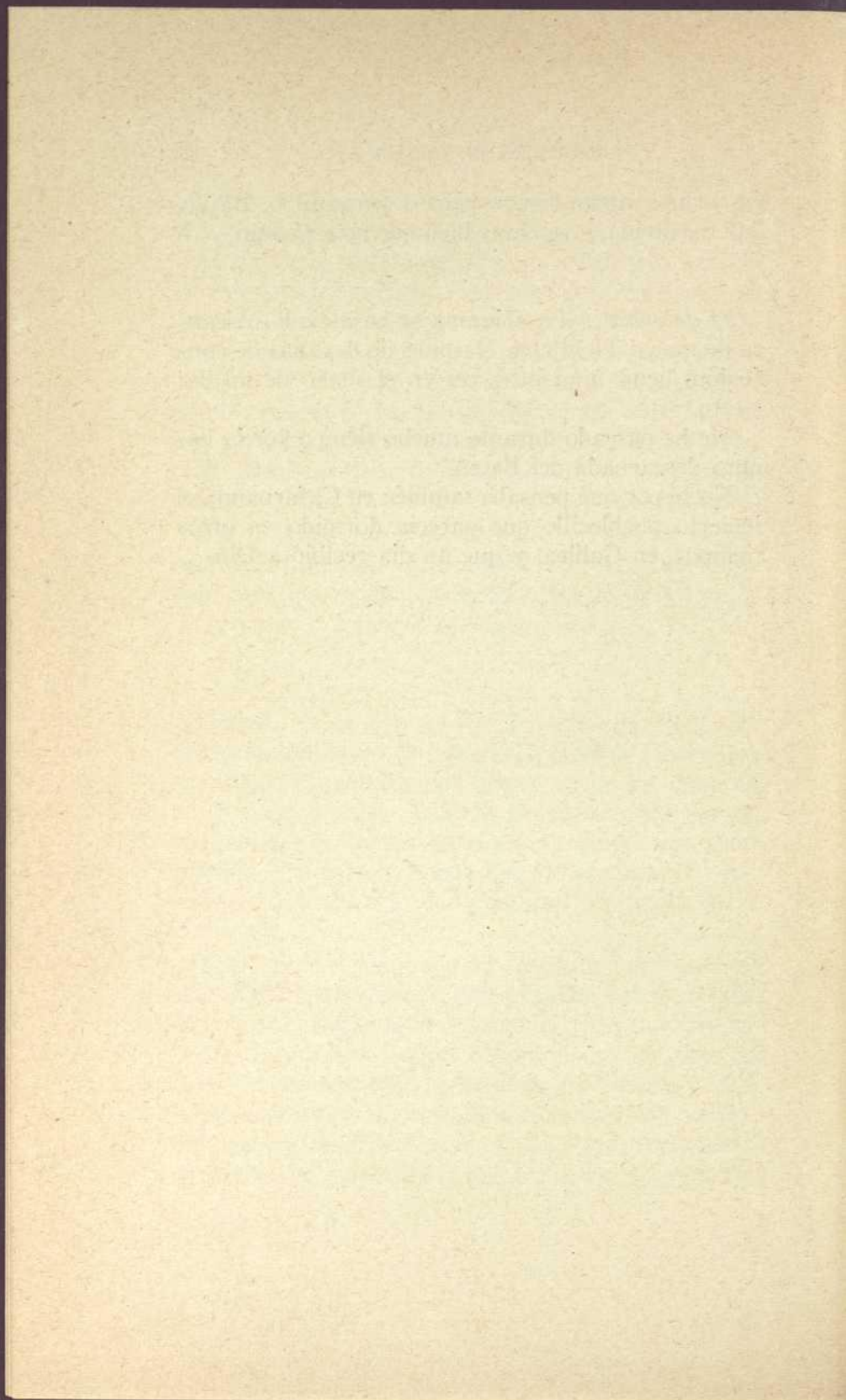
Esta tarde el jeque me ha enseñado su "biblioteca". Está contenida en dos grandes sacos de piel de carnero. Algunos de los manuscritos me han parecido interesantes. Son comentarios tixanitas al Coran, adornados de logogrifos, de "hadits", dispuestos en rombos. Bajiallah, al hojear estas páginas, sonríe beatíficamente, y no puede contenerse de leerme las misteriosas palabras. Su voz tiembla,

sus manos rozan con respeto el pergamino. Bajiallah me olvida, y veo muy bien que no está aquí.

27 de enero.—La columna se ha alejado. Alcanza de nuevo Tichijcha. Después de dos días de confusión, heme aquí otra vez en el sueño de mi desierto.

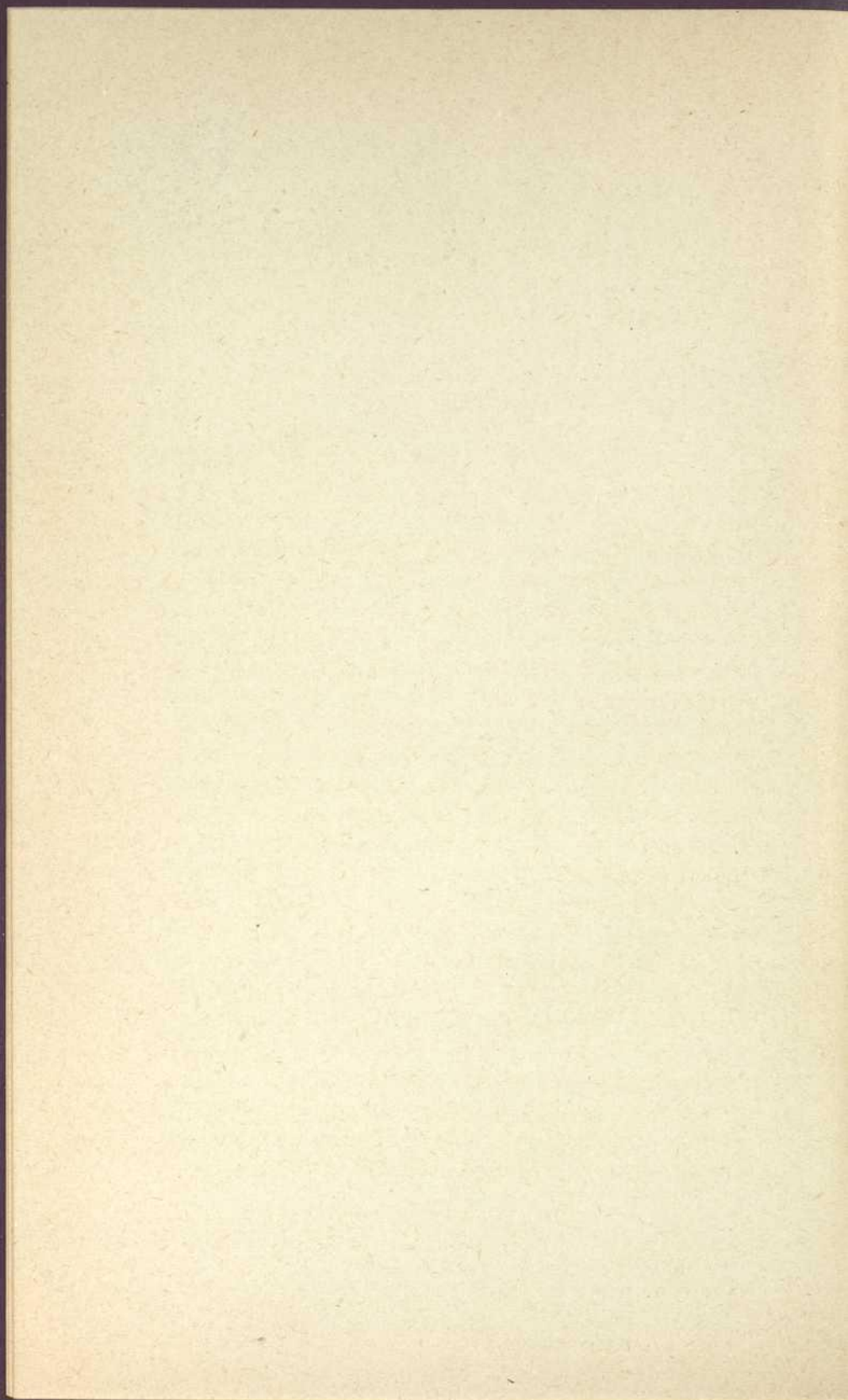
Me he paseado durante mucho tiempo por la llanura descarnada del Baten.

No sé por qué pensaba también en Cafarnaum, el incierto pueblecillo que parecía dormido en otros tiempos, en Galilea, y que un día recibió a Dios...





X





ANTES de ponernos en camino para alcanzar de nuevo, en el extremo norte del Adrar, nuestros puestos avanzados del desierto, detengámonos un momento, lancemos un sondeo y veamos lo que dos años de errar ininterrumpidamente a través de miserias y alegrías, han dejado en nosotros. Después de un período de intensa actividad, cual había tenido la columna de Tichitt, este trabajo no es inútil, siempre que sepamos poner en él una cumplida sencillez y si nuestra mirada es firme y no tiene debilidad. He aquí, desordenados, algunos de nuestros pensamientos de entonces:

1.º El Padre celestial: “¡De qué modo le amaré *cuando yo sea católico!*” La Santísima Virgen: “¡Cuán humilde caeré a sus pies *cuando yo sea católico!*” Y todavía: “¡Cómo amaré *cuando yo crea!*” Pero yo no dudaba, según ya he dicho, de que la fe había de serme dada un día. Y, en efecto, me decía yo, ¿no está prometida la fe al que acude a arrodillarse al pie de los altares, a quien pide, en la confianza y en la paz, la Palabra que absuelve los pecados y el Pan que vivifica?...

Esta seguridad, en la que he vivido durante tanto tiempo, antes de recibir los Sacramentos, esta gran esperanza que me había sido dada cuando tan poco la merecía, ahora ya sé a quien la debía, y desde entonces pensaba en los resplandores que acababan de atravesar mi noche; veníame de aquel agua del Bautismo que había tenido la dicha de recibir, cuando el niño estaba en pañales, cuando el niño no sabía nada. ¡Oh, milagro! ¡Oh, prueba adorable! Así, pues, ese día, desconocido y bendito, yo había entrado, como a pesar mío, en el mundo de la Gracia; yo había sido, de grado o por fuerza, embarcado en la vida sobrenatural... Así, pues, yo podía haber vivido durante años en la ignorancia y en el pecado; podía haberme acercado a la treintena sin haber oído una sola misa y hasta ignorando el "Padrenuestro"; sin que una suave Presencia hubiese cesado, sin embargo, de protegerme; sin que el Don que me había sido hecho se perdiera, y sin que el Agua bautismal no me evitara las angustias e incertidumbres del Demonio! Yo podía haber vivido toda una vida de hombre sin la Gracia; no haber sido el niño sobre cuya frente un sacerdote inscribe el Signo de la Redención; el inocente a quien las sustancias del Agua y del Aceite y de la Sal habían impreso para siempre la señal auténtica de la preferencia. Y ahora, a través de mis treinta años de abandono, la Gracia bautismal rebrotaba y sabía que era el hijo amado, aquel a quien todo le ha sido realmente dado.

2.º "No sé nada, pero no tengo miedo. Sin embargo, me llama un gran desconocido, y no sé, en el fondo, adónde me llevará esta aventura. Poco importa, pero tengo mucha esperanza."

"Tal vez lo sentiría, pero lo sentiría aún mucho más si me detuviera en el camino."

"Tal vez sería desgraciado, curvado bajo esta ley. Pero mucho más si la ignorase para siempre."

"No puedo dejar de pensar en ello. Por eso más vale tener el corazón limpio."

"El vino se ha sacado. Hay que beberlo."

"¿Habrá de cambiar mi vida, hacerme nuevas costumbres? Dios proveerá. El Espíritu Santo me asistirá. Tengo confianza."

"A mi edad es un paso bien áspero de franquear. Pero no; yo no haré nada y Jesús será quien lo haga todo. El será quien se ocupará de mí y estará inquieto mientras yo me hallaré descuidado y en sosiego. El será quien se incline sobre mí mientras yo duermo."

"¡Oh, Dios mío! Ya sé que habéis dicho! No eres tú quien Me ha elegido, sino Yo el que te ha elegido a ti."

3.^o El pecado. "Hablo de Vos, Señor, y no pasa un día sin que os ofenda. Sé que soy un animal inmundo, y continuo violando, no solamente Vuestra ley, sino hasta la ley humana, y ni siquiera trato de remontar la corriente, de reconquistar esa pureza que me ha dado vuestro Bautismo. Verdad es que no lo intento, porque espero la Gracia de vuestros Sacramentos. No lo intento porque, sin Vos, nada puedo."

"Vuestra ley no sería divina si pudiera pasarme sin ella."

"Me detendré *después de mi conversación*. ¿Tendré fuerza para ello? Estoy seguro de ello."

"Cuanto más grandes son las culpas que como, tanto más Os probáis ante mis ojos."

"Ofendería vuestros Santos Sacramentos si creyera poderme reformar sin ellos."

Confieso haber tenido tales pensamientos y con bastante frecuencia. Eran cobardes. ¡En verdad que más hubiera valido esforzarse en merecer la Gracia ennobleciendo mi vida! ¡Ay de mí!, lo dejaba para más tarde, sin pensar en los días del vencimiento, en los que será menester arreglar las cuentas. Tenía remordimiento, como todo el mundo. Porque en el fondo, el pecado no es alegre. Porque el vicio no divierte a nadie. Pero no pensaba en el castigo ni en la expiación. Sentía un remordimiento, un remordimiento sordo, punzante, pero no tenía miedo. Está en el orden, me decía. Mientras estés fuera de la Iglesia, menester será que vayas rodando de abismo en abismo hasta lo más bajo." No sentía turbación. No sabía bien lo que pasaría. Pero sí sabía que el día *en que fuera católico*, en ese preciso instante, todo cambiaría, todo se arreglaría según un orden nuevo, y toda dificultad se allanaría.

4.^o En el mundo, lo que en el fondo me gustan más son los devotos. Con los que me entendería mejor es con aquellos que son verdaderos devotos, los hombres de sacristía y de confesionario, los hombres de escrupulosa fidelidad, los hombres de exactitud y de unción, y al propio tiempo, los hombres observantes, los obedientes y los pacíficos. ¿Por qué no voy con mis verdaderos amigos? No falta absolutamente más que esa chispilla de la Gracia...

El Adafer es una llanura de piedras negras que

prolonga el Tagant hacia el Nordeste. Hay que atravesarlo rápidamente, pues no se encuentra nada de agua.

El carácter de este país es el de aparecer aplastado bajo el cielo. Hasta una cadena de montañas entrevista el quinto día —la cadenilla de Kahmeit, escalonada con olas de blanca arena—, da mejor la impresión de la vulgaridad. Hacia el Norte, la llanura se corta en estuarios, en promontorios, a donde acuden a reventar las arenas del Khat. Al llegar a esta linde, el viajero debe detenerse en el humilde palmeral de Talmeust. Nombres gratos, dulces sílabas, y, sin embargo, trágicas, ya que en Talmeust se libró el 14 de junio de 1908 uno de los combates más mortíferos de la conquista.

Mientras el capitán Mangin se hacía asesinar con todo su destacamento a varias leguas de aquí, el veterinario Amiet recibía en este memorable día, el choque de una segunda jarca de disidentes, cuatro veces más numerosa que su destacamento. Su situación era desesperada, cuando apareció en el horizonte el sargento senegalés Uelo Culibaly. Uelo tiene cuatro hombres; pero cae sobre la masa compacta de los moros, y produce tan gran alboroto que los asaltantes creen habérselas con una partida copiosísima. Impresionados por los gritos salvajes de estos furiosos, se desconciertan, pierden pie y, finalmente, abandonan el terreno. Leo en una memoria de la época que algunos hombres del destacamento Amiet dispararon en esta jornada más de 10.000 cartuchos. Lo que hoy vemos en Talmeust, son algunas palmeras apretadas entre rocalles en desorden, y también una antigua casa

en ruinas, donde yacen algunos Kunta de la familia de los Sidi el Uafi.

Mientras erraba por el campamento al mediodía, pensaba en el valiente Uelo, en los buenos senegaleses de Mangin. Y con idéntico sentimiento, bajaba la mirada hacia mis senegaleses, hacia mis compañeros de camino durante tantos meses... He los ahí a todos. Duermen. Están cansados, están horros de fatiga, están sucios, están horribles. Al llegar, han plantado sus miserables abrigos, cuadros de lona clavados por las bayonetas en el suelo, telas delgadas de las tiendas que dejan traspasar fácilmente el implacable sol. La mayor parte tienen la cabeza hundida entre esos harapientos jirones multicolores, mientras las piernas y la mitad del tronco permanecen fuera. Duermen, con los brazos en cruz, el vientre en la arena, crucificados por esos interminables caminos del desierto, o también sobre la espalda, con las rodillas levantadas y la boca abierta, o hechos una bola, apelotonados en su miseria. Duermen con ese sueño formidable del soldado, con ese sueño inolvidable para aquellos que le han contemplado una sola vez, y que produce una impresión trágica tan fuerte, sueño no apacible ni fácil, sino contraído, perdido por completo en la nada, semejante a una muerte súbita.

¡Pobres gentes! También ellos son desgraciados. También son unos desterrados. Han dejado sus casuchas del Sudán, sus mujeres, la vida apacible y fácil de las aldeas al borde de los ríos. Y vedles aquí dentro de este enorme horno, sudando y penando por su nueva patria, que jamás verán... ¡Ah! ¡En verdad que nuestra existencia es muy extraña! ¡Cuántos años hace que nuestra morada la

forman estas telas tan poco seguras; cuántos años que hemos perdido el gusto de las alegrías más sencillas de la vida: el hogar, los libros, el blando refugio de una habitación! Sí, muchos años pasados entre la fiebre, el desorden y lo incierto.

Y pienso que tal vez a causa de tantos tormentos, muchas cosas nos serán perdonadas. Sí, muchas cosas han de ser perdonadas a los soldados. El más miserable de los nuestros, ¿no es el magnífico obrero de una obra dolorosa, el oscuro artesano de una obra que ennoblecería al corazón más sucio? Y si un día hemos de pagarlo, ¿no contarán para nada todos estos años de penas y cansancios?

... Siempre el mismo cielo, la misma bóveda de un azul opaco. Un jironcillo de nube perdida viene a lamer el muro relumbrante, y después se va, sin saber a dónde. Luego, todo queda como antes: es el cielo de mis primeras oraciones, el cielo en el que se encendieron mis primeras plegarias, estrellas temblorosas, nacidas las primeras en la noche. Ved este cielo hacia el que, tras de arrojar al suelo mi bastón, he levantado mis miradas absortas y al cual he dicho: "¡Dios mío, os lo suplico; si existís, manifestaos a mí y enviadme el Signo que me hará caer de rodillas!"

¡Bendito sea el cielo de las primeras oraciones! ¡Cuán rico es este cielo, en el que se prendieron nuestras primeras plegarias, tan sencillas, tan parecidas, tan simples y monótonas!

... Estábamos en pleno Khat. Mas, ávido siempre de soledad, quería hundirme en estas dunas contorneadas como estrellas, imbricadas unas en otras,

cabalgando una sobre la siguiente, apoyándose en arquitecturas inesperadas hechas y deshechas cada día. Pero al campamento ha llegado un moro, un moro sórdido, apenas vestido, y con su larga cabellera en desorden. Reconozco su aspecto violento, su rostro trágico, sus ojos ardientes y móviles. Es el jefe de los Ahel Hajour, Mohammed Salem Ued Sidi Lekhal. Nos cuenta sus inquietudes, con las piernas cruzadas sobre una estera. La situación de su hermano Mohammed Mahmud, que jamás ha querido someterse y al que acosan nuestras tropas de la región de Tichitt, le proporcionan las más graves preocupaciones. El 13 de enero, el correo se había apresurado a llegar a la guarida de Angi, donde Mahmud se creía seguro: "¡Los franceses están en Tichitt!" Mahmud rióse: "¡Vamos allá! ¡Jamás llegarán aquí!" Sin embargo, llega un fugitivo, luego otro, después otro. Confirman la noticia. Estupor. Huída desordenada hacia el Norte. A pesar de ello, Mohammed Salem, más prudente que su hermano, ve el peligro. Va a pedir al coronel un salvoconducto para acudir al lado de Mahmud y suplicarle que se someta. El coronel le autoriza a que intente tal proceder; pero, muy cuerda-mente, no quiere aparentar que se asocia a ello dándole un papel. Mohammed Salem renuncia a su viaje. Ahora bien; la partida de su hermano, unos 40 fusiles, está compuesta en su mayor parte por muchachos muy jóvenes, incapaces de soportar las pruebas de una larga campaña. No puede ni soñar siquiera con ganar y apoderarse de Marruecos, de modo que se arriesga y a cada instante se halla expuesto a que le cojan en las redes que no dejan de tenderle nuestros guerrilleros. Mohamed Salem

nos cuenta sus historias con una voz muy animada, haciendo muchos gestos, y echando a cada instante el extremo de su "auli" por encima del hombro. Sigue diciéndonos que no hay agua en Charanya, según suponíamos. El primer pozo en el Norte es Amixeuxer, a quince horas de marcha de aquí. Hay, pues, que partir sin tardar, ya que casi no tenemos agua en nuestros odres...

¡Ah! ¡Qué perfume tienen para mí estas historias del desierto! Las encuentro un sabor guerrero y salvaje. Todas ellas nos evocan fugas de *gandurrahs* en el azul del cielo, campamentos errantes bajo el sol, grandes movimientos misteriosos, grandes idas y venidas en esta cosa informe, en apariencia inmóvil que es el desierto, tan llena de vida en realidad, y tan barrida por los remolinos humanos. Me parece, cuando los escucho, que me dejan clavado para siempre en esta miseria. Se incorporan nuestras propias impresiones de fatiga, abrumamiento en la aridez universal, cuando las frentes sudorosas maldicen el casco y llaman a la noche.

Sin pena ninguna dejan caer a nuestro alrededor todo el silencio...

El 15, montamos alegremente en nuestras sillas; hoy es cuando llegamos a donde está el agua, hoy cuando alcanzamos, al fin, un pozo. Durante dos horas, caminamos en el "aklé", nombre que se da a las regiones de dunas muy bajas, semejantes en su relieve al chapaleteo de un mar agitado. Luego, durante cinco horas seguidas, el *rag*, la inmensa llanura sombría que dibuja en el horizonte una línea firmísima.

He aquí algunas dunas aisladas, redondeadas en forma de media luna, orientadas todas en el mismo sentido. Según nuestros guías, señalan la proximidad de Amixeuxer. Efectivamente, al cabo de algunos instantes, bajamos por una débil cuesta rocosa y nos encontramos sumidos en unos tallares de mezquinos árboles, en medio de los cuales aparecen las tan deseadas bocas de los pozos. Apenas nos habíamos detenido, cuando se nos presenta un correo. Esta vez las noticias que nos llegan proceden del Norte. Sabemos que las gentes de B. han arrojado hacia el mar, a la altura aproximada de las Canarias, a unos Uled Delim que vinieron desde el Sur en un *rezzu*. Tales disidentes, privados de sus camellos, debieron saltar a las barcas para tratar de alcanzar de nuevo su país. Los Regueibat han sido volteados, a tres días al norte de Smara, por los Uled Bu Sba. Varios de éstos habían quedado muertos en el campo. El comandante del Adrar asigna como zona de nomadización de mi sección toda la región de Zug-Matalla-Aghilan, 100 kilómetros, aproximadamente, al norte de Atar. Eso era todo. Volvimos a caer en el silencio, en ese enorme engullimiento, en la soledad curvada sobre sí misma. A la tarde, seguido de mi fiel perra Selysette, he ido a rondar por los pastos. Los camellos están junto al campamento. El centinela vigila en lo alto, sobre aquel elevado espolón rocoso que domina el estrecho valle en que estamos acampados. Con gran trabajo realizo su ascensión y me encuentro de nuevo sobre la llanura por la que hemos caminado durante toda la mañana. Allí, las dunas aisladas, la llanura sombría y la austera curvatura de la meseta. ¡Qué lejos estamos aquí! Me acerco

al centinela, se queda inmóvil y presenta el arma que produce un ruido seco. No sé por qué me conmueve ese ademán. Tan alejado de mi patria, todavía me acoge el saludo de mis soldados.

Y por esto me encuentro completamente seguro de hallarme dentro de una Regla, en una Regla austera, cuya observancia estrecha prevalece, sin embargo, en contra del tiempo y del espacio. Este valiente tirador, bajo los 40 grados de temperatura que nos abruman, rinde los honores de la misma manera, y tan correctamente, como hace el centinela del cuartel Rochambeau en la plaza de Cherburgo.

Después de un descanso de varios días en Amiexuxer, hemos dado un nuevo impulso hacia el Norte y hemos alcanzado en dos escasas jornadas los pozos de Tuduchin. Se hallan en el fondo de un Ued, lleno de verde, y decidimos dejar que pastasen allí a su gusto nuestros camellos, ya que el orden que nos llama en las regiones del norte del Adrar no exige mucha urgencia.

Hemos permanecido, pues, cinco días a la sombra de nuestras tiendas. Y luego, hemos vuelto a partir, y tras dos días de marcha, hemos alcanzado una extensa zona de pastos que no esperábamos encontrar, y que, nuevamente, nos ha invitado al descanso. Como faltaba el agua, nuestro brigadier argelino Eddin ben Sliman, ha mandado abrir un pozo y ha tenido la suerte de encontrar agua a cuatro metros de profundidad. Desde este lugar, cuyo nombre ignoro, es desde donde he partido el 4 de marzo para trasladarme a Xingueti, acabando así mi tercera travesía del Adrar, de Norte a Sur.

Doce leguas me esperaban de la vieja ciudad mora; pero como no tenía conmigo más que algunos guerrilleros bien equipados, esperaba franquear esta distancia en siete horas. Saltamos a las sillas cuando el sol comenzaba a aparecer. A mi meditación se abría toda una jornada de silencio. "Siete horas, decíame al subir a mi *rakla*, siete horas que he de permanecer sobre esta protuberancia, siete horas dejándome ir, sin preocupación ninguna, al trote balanceante de este camello, hundiéndome en el espacio, soñando, callando, fumando. Todo este tiempo deseo ocuparlo en meditar."

¡Vana resolución! Había encendido mi pipa, y el trote de nuestros meharas rozaba la eterna llanura negra. Sólo sentía unas suaves sensaciones; pero me parecía que mi cabeza se hallaba vacía. Sin embargo, mil pensamientos extraños y rápidos pasaban y volvían a pasar dentro de mí, pero no podía fijar mi atención en ninguno: "Haré un libro sobre la psicología de los campos de batalla. ¿Y si intentara poner en orden mis ideas sobre este tema?...". Chevrillon, desde lo alto del acantilado de Perros, me describía el mar que se hallaba a nuestros pies: "Esto es así...; esto es asá..." "Yo también quisiera saber, mirar el mundo... Cuando regrese a Francia, me dedicaré a las matemáticas... ¡Qué tontería dar ametralladoras a las secciones meharies! Menester es que hable al capitán V...." Y todo esto desfilaba con rapidez prodigiosa.

Caminábamos ya hacía mucho tiempo, tan pronto al paso, tan pronto al trote, para dejar descansar nuestras monturas. El paisaje no cambiaba. Sin

embargo, algunos árboles delgados, completamente desprovistos de hojas, aparecían sobre la llanura. Por un momento tuve la impresión de que habíamos vuelto hacia el Este; el sol lucía muy alto y no podíamos guiarnos por él.

—Me parece, Eddin, que no vamos por buen camino.

—¡Perdón, mi teniente! ¿Ves esos árboles? Justamente señalan la mitad de la ruta.

Y el silencio cae, aún más pesado, más definitivo.

En un momento determinado, cuando estaba a punto de quedarme adormecido, sentí cómo una suave luz que me invadía, y se dividía en mi cerebro, y desde allí invadía todos los rincones de mi ser. Me acuerdo muy bien: De repente, me sentí como arrancado de mí mismo; afluía a mi imaginación una oleada de pensamientos que no me eran habituales y, sin embargo, no tenía entonces la idea de que me fuesen *enviados*. Después de la marcha de Tichitt, jamás había pensado en tales cosas; estaba sorprendido, y pedía, sencillamente, que el suave milagro continuara.

¿Cómo ocurrió? No lo sé. Me parece que recordaba con gran exactitud una acción abominable que había cometido la víspera. Y entonces me dije: “¡Qué bueno sería, sin embargo, amar a Dios!” Durante algún tiempo, me repetía esta frase maquinalemente.

Y luego tuve la idea de un fin que era difícil de alcanzar. “Sea cual sea la verdad, pensaba yo, produce una gran alegría y es de una gran nobleza tener en la vida semejante meta. La *dificultad* es la única nobleza”; y de nuevo me repetía esta frase, como si me costara trabajo comprenderla y gra-

barla en la cabeza. Vi entonces una existencia entera desenvuelta en un progreso indefinido, no girando, como la mía, en un círculo estrecho de hábitos, sino, por el contrario, progresando y renovándose constantemente y yendo más allá de sus propias fuerzas, para apagar su sed inextinguible de lo divino; vi, finalmente, ese lugar de unión de toda la Verdad y de toda la Beatitud, al que tendería un alma semejante, y a esa conjunción, a ese lugar común, yo le daba el nombre de Dios. Sentía un apetito extraordinario de saber. Mi incertidumbre me abrumaba, y, sin embargo, me parecía agradable, en cierto sentido, permanecer allí.

¿Qué ocurría, pues, allá arriba, junto al Padre? Trataba de imaginar esa luz del Paraíso, de la que nada puede dar idea. La luz aún es algo material. "Supón, me decía, una luz que nada tiene de común con la luz que conoces, supón una luz *insuportable*, imagina no importa el qué, y piensa que aún no es aquello. Y después en esa cosa sin nombre, coloca las Tres Personas, contempla al Padre en el Hijo, al Hijo en el Padre, y luego ese mutuo Amor que hay entre Ellos, el Espíritu Santo. ¡Oh, vértigo! ¡Abismo imposible! ¡Arroja toda imagen, toda idea, si está ordenada según la lógica humana, instálate en esas regiones sin límites en donde los contrarios concuerdan, donde la división se ve en la unidad, y la unidad en la división. Y díctete a ti mismo que cuanto más te esfuerces por esa posesión imposible, más se te escapará, y cuanto más te nutras con esa verdad y esa beatitud que son Dios, más hambriento permanecerás."

Caí agotado. Sentía toda la humana impotencia, toda la miseria que hay en nosotros. El sol andaba

por los dos tercios de su carrera. Se levantaba un viento ligero. Entrábamos en las grandes dunas de Mraleg, que anuncian la llegada a Xingueti. “¡Vamos —me decía—, valor! Dios tendrá piedad de nosotros. Me permitirá recibir los Santos Sacramentos, y entonces todo se iluminará, sabré... ¡Dios mío! ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!...”

Pasamos junto a un rebaño de corderos guardados por un chico. Era la primera persona humana con que nos cruzábamos desde nuestra partida. Ni siquiera se dignó mirarnos. La duna descendía; nosotros bajábamos por un estrecho pasillo de arena y nos encontramos en el “batha” de Xingueti. A nuestra derecha, la Alcazaba o Ksar, erigía su masa sombría, recostada sobre la pendiente arenosa; delante de nosotros contemplábamos el puesto, el palmeral. Sentíame gozoso por llegar, por ver a mis camaradas. No quedaban en mí ninguno de los pensamientos que me habían asaltado durante el camino. Era, exactamente, como si no hubiera pasado nada.

El capitán B. vino el día 6 para reunirse conmigo en Xingueti. Habíamos recibido nuevas instrucciones. Los últimos acontecimientos de Marruecos habían producido una mala impresión en nuestras tribus. En el Uad Nun, el hijo de Ma el Ainin el Heyba, intentaba, con ayuda del caid de Talzeroit, provocar un movimiento antifrancés. Las fracciones teekna se habían reconciliado momentáneamente para tal fin. Por otra parte, durante los últimos tiempos, numerosos Regueibat habían partido en disidencia y se habían unido, al norte de Smara,

con los Uled Delim. Finalmente, se temía que la probable cesión a España de la costa, al norte del Río de Oro, tuviese una repercusión fastidiosa en la actuación de las tribus de esta región, revueltas sin cesar. Los moros, en efecto, parecían estar persuadidos de que los españoles no tendrían las mismas exigencias que nosotros en lo referente al impuesto. La cuestión era, pues, repartir fuerzas meharistas bastante importantes, por la parte del desierto que se extiende al noroeste de Atar. Allí era donde habíamos de trasladarnos sin dilación.

En el camino de Atar.

Camina, experimentado viajero; llena tus pulmones con el aire inmaculado de la llanura, descansa en la paz de las noches, y vuelve a partir en los hermosos amaneceres, con un corazón nuevo y un corazón fácil. No te inquieten las preocupaciones, ¡oh, viajero! Mientras llenas tus ojos con las bellezas de la tierra, y cantas al paso dócil de los meharas, y continúas tu noble quehacer humano, el Señor tu Dios camina junto a ti. Marcha tan suavemente que no le oyes, y, sin embargo, allí está, y te protege y te mira con amor, con un amor mayor que todo el mundo.

Non det in commotionem pedem tuum: neque dormitet qui custodit te.

“Aquel que te guarda, no hará vacilar tu pie y no dormirá.”

Dominus custodit te, Dominus protectio tua, super manum dexteram tuam.

“El Señor es quien te guarda, el Señor es tu protección y está a tu diestra.”

Per diem sol non uret te, neque luna per noctem.

“Durante el día no te quemará el sol, ni la luna durante la noche.”

Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum: ex hoc nunc et usque in saeculum.

“El Señor guardará tu entrada y tu salida, y tu camino, el largo e interminable camino, desde ahora hasta el fin de los siglos.”

AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., U.S.A.
Vol. 10, No. 1, January 1917
Price, Five Cents

Subscription price, \$5.00 per annum in advance.

Single copies, 15 cents.

Entered as Second-Class Matter, May 2, 1912.

Postpaid.

Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917.

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: Send address changes to JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION, 535 N. Dearborn St., Chicago, Ill.

Copyright, 1917, by American Medical Association.

Printed at the Chicago Press, Chicago, Ill.

Published by the American Medical Association, 535 N. Dearborn St., Chicago, Ill.

Subscription orders, notices of change of address, and all correspondence should be sent to the Editor.

Advertisements should be sent to the Business Manager.

Entered as Second-Class Matter, May 2, 1912.

Postpaid.

Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917.

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: Send address changes to JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION, 535 N. Dearborn St., Chicago, Ill.

Copyright, 1917, by American Medical Association.

Printed at the Chicago Press, Chicago, Ill.

Published by the American Medical Association, 535 N. Dearborn St., Chicago, Ill.

Subscription orders, notices of change of address, and all correspondence should be sent to the Editor.

Advertisements should be sent to the Business Manager.

Entered as Second-Class Matter, May 2, 1912.

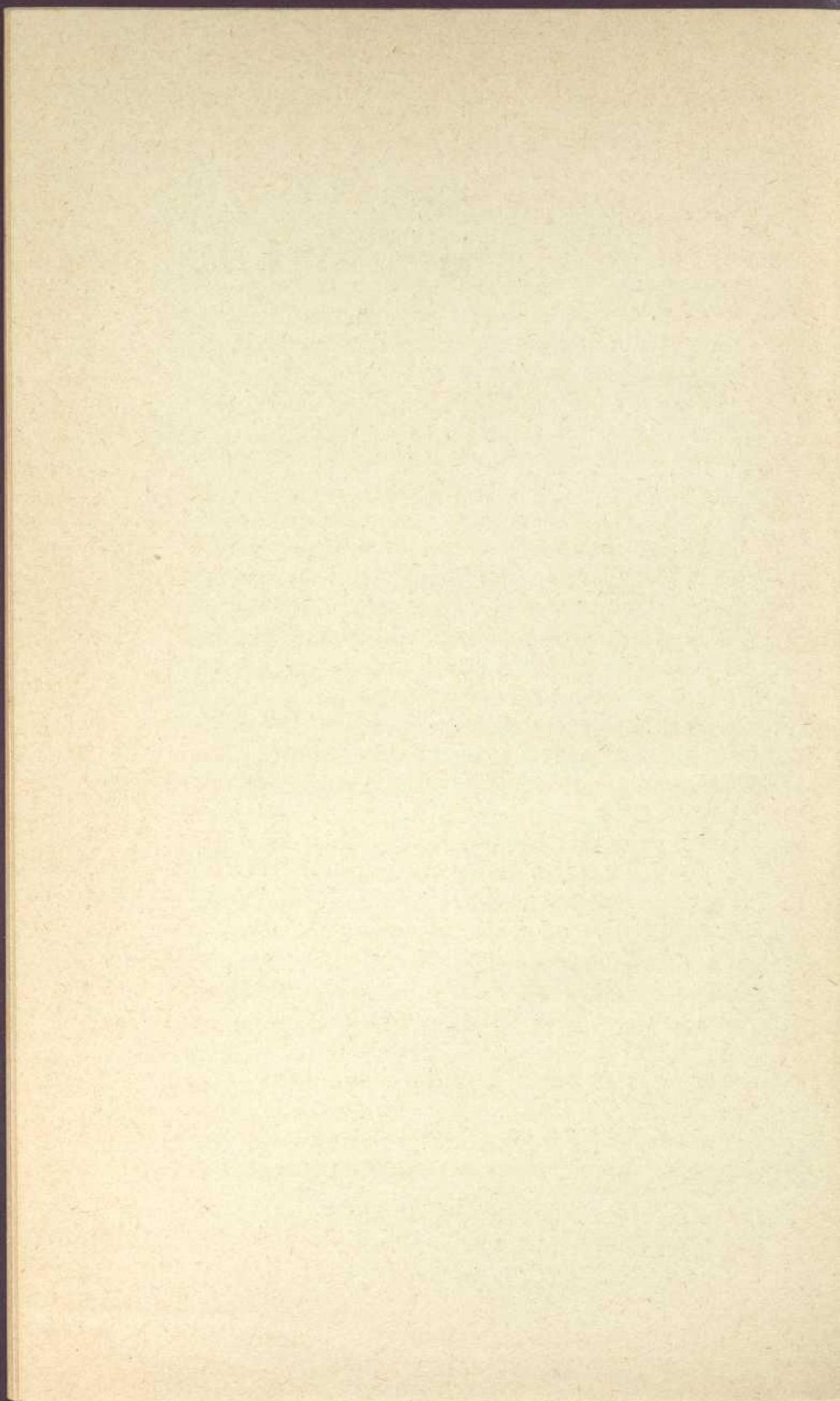
Postpaid.

Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917.

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: Send address changes to JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION, 535 N. Dearborn St., Chicago, Ill.

Copyright, 1917, by American Medical Association.





LA tinta de los sabios es más agradable a Dios que la sangre de los mártires.” ¡Raza desgraciada que no ha comprendido lo que valía la gota de sangre de un mártir, y cuanto más pesaba que todos los libros del mundo, y que la tinta se borraría, pero la gota de sangre no desaparecerá!

Todos los perfumes de la Arabia no borrarán ni una sola gota de la sangre de un mártir; pero la lluvia más pequeña borraría la tinta de todos los libros.

¡Raza desgraciada que no ha reconocido el precio del Sacrificio, el del hermano por sus hermanos, el del hombre por los humanos, el de un Dios por los hombres! Ved lo que les cuesta el no tener un Dios que haya conocido el sufrimiento y que murió en una cruz de madera. ¡Su profeta no ha muerto en la cruz, y ahora saben, desgraciados, lo que eso les cuesta! Subió al cielo en un hermoso caballo blanco que se llamaba Burak, y los moros me aseguran que esa vía láctea que se ve allá en lo alto, es su camino... Subió al cielo en una gran cabriola, en un revuelo de telas claras, como un caballero cu-

bierto con su yelmo que se aprestase para el torneo. Pero la menor gota de sangre hubiese valido más. Todo este revuelo ensoñado no valía ni una sola gota de sangre que hubiera corrido. Los desgraciados saben muy bien lo que les cuesta no haber sabido el valor del Sacrificio, y a qué precio han pagado esa tinta de los sabios. Abandonados por su Dios en toda Africa, muy pronto, tal vez mañana, en toda Asia y Europa, podrán medir el interés que produce en el mercado del mundo la palma de un mártir.

Valemos mucho más de lo que quieren hacer de nosotros nuestros sabios. Sólo que es menester ir un poquito lejos para saber lo que valemos. También quisieran nuestros sabios que les prefiriésemos a los mártires y a los héroes. Pero nosotros no caminamos, husmeamos la mala aventura, adivinamos el engaño. En cuanto a mí, prefiero la gota de sangre de Violet a toda su tinta, a todo ese desdichado uso que hacen de ella...

Ksar Teurchane, a 15 de marzo de 1912... Desde aquel 15 de julio de 1909, van pasados dos años y ocho meses. Los guerrilleros del capitán Dupertuis están agrupados cerca de una duna, al sur del Ksar. Esperan los refuerzos que han de venir de Atar. Pero las gentes de El Ueli ocupan el palmeral y parecen amenazar. El teniente Violet recibe la orden de barrer toda esta chusma. Vestido como de costumbre, con *bubus* blancos finamente bordados, calado el monóculo, levantado el sable, lánzase a ellos. Mugnier Pollet, que le ha visto desde lejos, no puede por menos de murmurar: "¡Qué

buen aire tiene eso!" Sin embargo, los guerrilleros vacilan. Se encabritan ante la muerte segura, inevitable. Violet grita: "¡Adelante, mis guerreros!" Llega a la linde del palmeral. Tan sólo cuatro hombres le han seguido. Un tiro de fusil parte de detrás de una palmera. Violet cae muerto. La bala le ha cortado la carótida. Toda la escena ha durado tan sólo unos diez minutos. Drama violento, intenso y profundo, puro como un perfil de medalla antigua.

Pensamos en esos héroes jóvenes de Grecia, hermosos como dioses, que entran en la muerte coronados de asfodelos, y sonrientes.

Me decís, amigos míos, que morir no es difícil. Somos miles los que haríamos otro tanto. Somos miles los que consentimos en todo, en lo más fastidioso, en las peores molestias, en la esperanza de una hora que sea hermosa, aun cuando sea la última. Aún no hemos dicho nuestra última palabra. Concédasenos crédito.

Ved lo que dicen esos franceses, camaradas míos, en su sed de sacrificio, tan antigua como Jesús. Tienen razón. Tal vez morirán en una batalla. Otros muchos han muerto allí. Unos que eran camaradas míos y otros que eran mis hermanos mayores. Pero no todos han tenido —¿quién sabe los que lo tendrán?— ese gesto de Violet, cuando, como mensajero, se lanzaba a la muerte, armado con su sable reluciente, vestido de blanco como el Angel Azrael. Parecía como si fuese en busca de su novia, y la alegría le transfigurase. Por ello, ajustándose el turbante que tenía costumbre de llevar, con el cuer-

po ligeramente inclinado hacia adelante, echó a correr, en la exultación brincadora y saltarina de sus veintiocho años. He oído a los moros contarme todo esto. Cuando hablaban de Violet sus ojos estaban húmedos y brillaban de admiración... No todos dejaron tras de sí semejante estela...

Aquel día, 15 de julio de 1909, también hubo un revuelo de telas, un volar de sueños. Pero en su extremo lucía una gota de sangre. ¡Minuto perfecto! ¡Plenitud admirable la de este instante! Minuto francés entre todos, que contiene todo y que dice todo. Es la recapitulación de una vida hermosa, dirigida por entero hacia la acción, ebria por inmolarse; de una vida hermosa, rectilínea, sin desviaciones, sin adornos, en la que nada hay que quitar ni añadir.

Había luchado en el Tchad. Había acuchillado a los moros la noche de Rasseremt. Pero allí sabía que convenía comportarse mejor, y con gran naturalidad, halló el gesto que necesitaba, hubo de hacer exactamente lo que tenía que hacer: el gesto elegante, lleno de decencia y gracia, serio, el gesto a lo Steinkerque, algo aristócrata —Violet lo era—, sin nada vulgar que oliese a soldadesca, sin declamaciones tampoco, sin nada, en fin, que excediese de la medida o que no la llegara...

Todos y cada día damos gracias a Dios, que nos hizo franceses. Cada mañana y cada noche, el agradecimiento nos sube a los labios de un modo natural. Pero hay veces en las que ese agradecimiento se convierte en un frenesí amoroso, en un movimiento precipitado del corazón que va a romperse. He conocido una de esas veces en Ksar Teurchane.



...A 120 kilómetros al norte de Atar, Char y su *casha* o alcazaba desmantelada. Un claustro, después de un campo de batalla. Allí he vivido largas y solitarias horas. ¡Cómo nos aferramos a esos raros y extraños testigos de piedra: Uxef, Atar, Xingueti, Uadan, Tinigui, Ksar Teurchane, Char! Los he nombrado a todos. ¡Pero Char es, hacia el Norte, el último atrincheramiento, más allá del cual sólo existe la arena rosada y el negro pedrusco!

Vi por primera vez la choza de Char al resplandor de la salida del sol. Estaba adherida al costado de las peñas patinadas por la aurora, unida fuertemente al suelo, asentada en su regia soledad. Sus muros bajos, cuadrangulares, su fuerte masa paralelepípedica, flanqueada de bastiones militares, sus piedras que tenían el mismo tono de las rocas que le rodeaban, sus lisos muros horadados de troneras, era lo suficiente para prolongar las imaginaciones guerreras que me habían asediado la víspera, en Teurchane. Pero, una vez que penetré en el recinto, hube de orientarme por otro lado. Había entrado por un pórtico ancho y bajo, que formaba vestíbulo. Las paredes, a diestra y siniestra, se hallaban hundidas por algunos sitios. Todo estaba bañado en silencio. Me encontraba en un enorme patio, de suelo desigual, al que se abrían unas puertas bajas. Traspasé una brecha, y percibí un dedalo de chozas largas y estrechas, tenebrosas, con claridades súbitas, a las que daba paso el techo en ruinas. Al cabo de un momento, me encontraba en otro patio, mucho más pequeño que el primero; pensé que sería aquel en que se guardan las mujeres y los es-

clavos. Volví sobre mis pasos y me adentré por un pasillo. Me condujo a un ancho patio, donde la luz jugaba entre los macizos pilares. En el centro, un patio cuadrado, a cielo abierto. Alrededor, un ancho paseo... Me acordé de aquellos claustrecillos de Italia, bañados de paz, de luz suave y bien cercados. Aquello fué, en otros tiempos, una mezquita, pero tan sencilla, tan pobre, tan desnuda, tan apaciblemente dormida, que me pareció que podía acoger sin pena ni trabajo más sueños que los del Islam, todos los sueños...

Gozo de un gran placer moral en esta especie de Escorial sahariano. Encuentro en él el doble ideal, religioso y militar, de la raza mora; pero lo que da un alma al edificio es la mezquita, mucho más que esos pobres bastiones, que hoy se hallan hundidos.

Y he aquí que hemos vuelto a la vida en medio de toda esta muerte. Nuestras gentes charlan en el vestíbulo y beben té. El suboficial que me acompaña se ha instalado en la choza menos ruinosa, y veo junto al umbral de la puerta una marmita colocada sobre tres piedras encima de una lumbre. Para mí he elegido la mezquita, en la que también he colocado a los tiradores. Acostado al lado de ellos durante la siesta, oigo el soplo acompasado de sus jadeos, a veces la queja ronca del durmiente. Y todo este sueño, cerca de mí, agrava más la soledad y el silencio.

Por la noche, todo el mundo abandona aquello y nos vamos a dormir bajo las estrellas, en la duna que comienza no lejos de los muros, hacia el Este. Razones militares lo ordenan así; pero confieso que estas piedras me oprimen. Cuando, durante todo

un día, mis sueños se han perdido entre ellas, solitarios, repetidos y arremolinados, como el vuelo de las cornejas sobre los pozos, ¡qué liberación sentir el aire ligero que han filtrado las arenas de aquel ancho mar, y tumbarse de espaldas, bajo Orión y Escorpión y Casiopea, hermosas constelaciones!... Enumero una tras otra las estrellas, y me pierdo en los celestes senderos. El sueño acude. Los astros se acercan, están allí, al alcance, muy cerca... Me parece que extendiendo los brazos podría atraparlos y soplar sobre ellos como si fueran velas.

Una hermosa mañana, Sidia me ha contado la historia de Char.

Hace unos treinta años, el Adrar estaba mandado por el emir Ahmed Ued Sid Ahmed Ued Aida, padre del emir disidente, Sid Ahmed, al que hicimos prisionero en Tichitt. El tal Ahmed era en su tiempo el hombre más fuerte de Adrar, y cuentan de él que era capaz de derribar un buey de un puñetazo. Este coloso había hecho numerosos viajes a Marruecos, de donde trajo algunos principios arquitecturales desconocidos, naturalmente, de los moros. Como los alrededores de Atar, su residencia ordinaria, no ofrecían pastos para sus camellos, vínosele la idea de construir esta choza de Char, situada en un excelente lugar, junto a un pozo, cuya agua clara era inagotable. Y la levantó sobre el modelo de las alcazabas fortificadas que había visto en Marruecos, y se habituó a pasar allí el invierno, pues el verano le obligaba a volver a Atar para la recolección de dátiles y los cuidados de su administración. Cerca del pozo, mandó plantar algunas

palmeras, y no hay duda de que tenía la idea de crear allí un gran palmeral. Pero durante el verano de 1899, cuando se encontraba en su casa de Atar, sobrevino una violenta tempestad. El techo se hundió, y Ahmed, en la plenitud aún de su edad, cayó muerto, herido en la cabeza por una viga del techo. Después de su muerte, no volvió a ocuparse la choza de Char y comenzó a sufrir las injurias del tiempo, a pesar de sus sólidos cimientos.

Hacía un día espléndido, y salí. Era una hermosa mañana de primavera, una de esas en que uno se levanta ligero, con los miembros tensos, y en las que se canta. Andaba y cantaba, y saltaba de peña en peña con el descuido dichoso de mi juventud. Esas mañanas de Africa, en las que se siente toda su fuerza, esas mañanas puras después de nuestras noches castas, son como esas lindas charcas que deja la bajamar entre las peñas, donde se estremecen las rubias algas como en las claridades del pilón de una fuente. Tales mañanas nos bañamos en la bondad del mundo que nos protege. ¡Tan lejos de toda vulgaridad sentimos nuestros corazones inextinguibles! Pisoteando el suelo como caballos jóvenes, nos llenamos de luz en la juventud de todo. ¡Ah! Conozco muy bien estas mañanas en las que uno se halla ebrio con sus músculos y parece que marcha a la conquista de algo.

Subí por una suave pendiente, grata de andar, de hermosa y ancha curva. Acababa de perder de vista la casa de Char cuando, por el lado opuesto, divisé la inmensa extensión pálida de una llanura. La montaña donde me encontraba descendía a pico:

gran corte brusco, tallado a hachazos, acantilado abrupto sobre un mar petrificado que se llama, con nombre de sueño, el Tiris. Un promontorio me ocultaba una parte del inmenso horizonte. Avanzaba, y muy pronto vi en su totalidad el inmenso arco de círculo que unía, de Norte a Sur, el acantilado. Permanecí en esta admirable terraza durante mucho tiempo. Mis ojos se perdían en la lejanía; buscaban con avidez alguna señal humana, y escuchaba, inclinado sobre el borde del abismo, si llegaba hasta mí algún ruido desde el cerrado horizonte. Pero, no; la seca llanura, descolorida por la luz, parecía cristalizada en un sueño milenario. Veía surgir centenares de rocosos islotes, y pensaba en la bahía de Along, en las languideces de Asia. Todo lo demás era de una materia imponderable, irreal, hecha de luna y de materia estelar: de *lunita*.

Pensaba con embriaguez que dentro de algunos días, cuando llegase el capitán B., volvería a emprender por allí mi vagabunda carrera. Y apenas llegado, soñaba ya con la partida... Impaciente por vivir, por devorar etapas, por errar al filo de las horas, en la inmensa figuración del mundo.

A la mañana del día siguiente, fuí a perderme en un bosque de tareas que forma delante del pozo un ancho abanico de verdor. Las tales tareas son una especie de tuyas olorosas, cuyas delgadas ramas cortadas parecen cargadas de sol y de estío. Caminaba, separando las ramas delante de mí, en medio de un zumbar de insectos, y aspiraba el olor agrio a conífera que esparcía una sombra cálida y azulada. Bajo mis pies sentía el deslizante suelo

de una *pineta*. Mi pensamiento se perdía hacia esos jardines salvajes de Provenza, donde se entrecruzan plantas acres, hinojos y terebintos...

En toda la mitad de este bosque espeso, hallé con gran sorpresa mía una choza de paja, en la que dormían, dentro de sus cajas, innumerables manuscritos árabes, folios dispersos, ruidos de gusanos, exhalando un áspero olor a polvo e incienso. Eran las últimas huellas de la huída de los telamidas de Ma el Ainin hacia el Norte. Un gran pensamiento misterioso que dormía bajo las cenizas del tiempo.

En la mezquita de Char, me asedia una invencible melancolía. La huyo, y voy a distraerme en el sol. Pero me atrae, y es menester que vuelva allí. Los grandes sectores de luz giran, con las horas del día, alrededor de los cuadrados pilares. La sombra aumenta y muy pronto envuelve todas las piedras con su frescor. Los tiradores han partido hacia el campamento. En el silencio aguardo a algún enorme vampiro, que no llega. Tan sólo un escarabajo araña la piedra y se obstina contra la muralla. Un soplo cae del cielo y se pierde...

Quisiera entonces escribir cosas tristes y duras. Rabia uno por no tener genio. Es una hora en la que nada puede contentarnos.

Uno se halla descontento de sí mismo. Y, además, se desliza un vago remordimiento. Se piensa en la juventud perdida, en tantas horas de cobardía, horas que no crean nada. No son éstas unas ideas precisas, sino un desmoronamiento del corazón que causa mal...

Mañana es la liberación. El capitán B. ha de llegar, y nosotros huir.

... En el camino de Mabruk, hacia el Noroeste. La noche es clara, bañada de luna. El capitán B. y yo nos callamos. Junto a nosotros desfilan grandes masas sombrías, y, a veces, creemos marchar por una avenida real, bordeada de leones... Pero hay que esperar al alba.

Cuando volvemos a partir en la dulce claridad matinal, nos encontramos entre las cúpulas áridas, en pleno archipiélago, donde mi sueño, sobre el acantilado de Char, iba a perderse. Picos, cúpulas, tan sólo formas sencillas; pero todo sin enlace, sin uniones. ¡Ah! Este país no conoce el arte de cuidar las traiciones. El suelo es de un ocre quemado, enarenado de guijarros y, a veces, con enormes tiras de arena, donde crece el metálico *hád*, polvo-riente, que tiene el color del cardo. En las escrescencias de las peñas, ningún revestimiento. En vano se buscarían musgos, líquenes u otra cualquiera suavidad.

A eso de las diez, nos paramos para aguardar la tarde, y subo al pico a cuyo pie han levantado las tiendas los criados.

—Dime, amigo, ¿cómo se llaman esas montañas?

Pero, ¿a dónde me puede conducir esto? Mientras, dócil, va desgranando los nombres bárbaros y dulces, rueda mi pensamiento como una bola loca, sobre el rapado tapete de la llanura.

Un pintor ocupado en las imágenes y colores, de todo lo pintoresco, aquí encontraría su ideal. Como

Fromentin en el Sahel. Pero nosotros, que estamos conturbados por la historia y el pensamiento humano, ¿en qué abandono nos encontramos aquí! Nada nos sostiene. Nada nos ayuda en nuestras diligencias. Abandonados a nosotros mismos, gritamos: "¡Oh, Tierra! ¿Dónde están las leyendas? ¿Dónde los héroes, y cuáles son las coronas? Enséñanos algún sendero que nos lleve a alguna parte y nos asegure una meta." Pero las llanuras de los moros no tienen senderos, y jamás ha brotado en ellas ninguna flor de historia.

Por eso todo nos lleva a lo espiritual, y el cielo es quien nos da el apoyo que no podemos encontrar sobre la tierra.

Al día siguiente, 5 de abril, echamos el ancla en Mabruk. Necesitaba aguardar noticias de S., y el lugar era favorable. Estábamos a una hora del pozo, allí donde acaba la arena, y con él, la vegetación pobre de este país. Alrededor de nosotros las montañas se habían estrechado. Hacia el Este y hacia el Oeste, cerraban por completo nuestro horizonte, que dominaban con sus elevadas masas negras, poderosas, arrugadas. Hacia el Norte, un espacio libre, pero más gris; todavía veíamos otros picos semejantes a innumerables comejoneras gigantes.

Permanecí diez días en este sitio, austero y magnífico.

A menudo subía a la montaña. Allí encontraba apretadas gargantas donde crecían mezquinos arbustos, pendientes vírgenes, peladas por el viento,

a las que sólo visitaban, de cuando en cuando, los muflones y los oryx.

En este reino del silencio, pensaba, no sé por qué, en aquel gran silencioso que se llamó Livingstone. Stanley cita uno de los preceptos que tenía costumbre de repetir el solitario: "No olvides —decía— que deberás dar cuenta de todas tus palabras inútiles."

Ved ahí el consejo de toda el Africa. Las charlas habituales en Europa, aquí serían intolerables. A su fatiga se uniría el penoso sentimiento de una indecencia.

De un modo muy natural clamamos por un pensamiento católico en un país que no tiene pensamiento propio. ¿De qué otro modo podríamos arrojarlos en esta forma vacía? La pobreza de nuestras escuelas primarias nos abruma. Aquí es menester algún amor excesivo, algún grito en el desierto: *Vox clamantis in deserto...*

Lo que me han enseñado durante veinte años, me deja impotente frente a mí mismo. Ahora bien, aquí estoy yo solo conmigo mismo.

Me gusta persuadirme de que este suelo divino llama a la Gracia. ¿No he realizado, acaso, la experiencia y olvidaré tantas horas de unción como han jalonado mi pobre ruta solitaria? Durante dos siglos, en el tercero o en el cuarto, la Gracia da sus más hermosas flores en un desierto semejante a éste, en la Tebaida. Y hoy es a ella a quien invocamos.

¡Tan hermosa es la Faz de Dios sobre estos Horeb! Aquí siento que la Gracia puede actuar con

toda plenitud, que está en su casa, en su tierra elegida.

Aquí estamos aligerados de todo el peso opresor de la falsa ciencia, de la falsa razón. Vistos desde lejos nuestros sabios, nuestros filósofos, los que llevan la ciudad y dirigen la juventud, nos han parecido pobres sombras, vacías de todo contenido. Tales hombres no son verdaderos.

Nosotros queremos una plenitud de verdad, un pensamiento, no de ficción, sino de realidad. Queremos la *verdad*, es decir, encontrar de nuevo el misterio del mundo que su vano orgullo ha querido negar. Queremos ser más ricos que lo fueron ellos.

Tienen miedo del Absoluto. Pero en Africa no existen almas tibias. "Aceptaremos la verdad, sea cual sea, si procede del mismo Dios", tal es lo que dicen aquellos que se hicieron hombres en Africa. Y añaden: "¿Quién ha de procurarnos la verdad, quién nos llevará desde el contorno aparente de las cosas a su realidad esencial, si no es Dios?" En verdad, son ciegos que, por lo menos, piden la luz.

Miserere mei, Domine, fili David! Quid tibi vis faciam? At, ille dixit: Domine, UT VIDEAM!

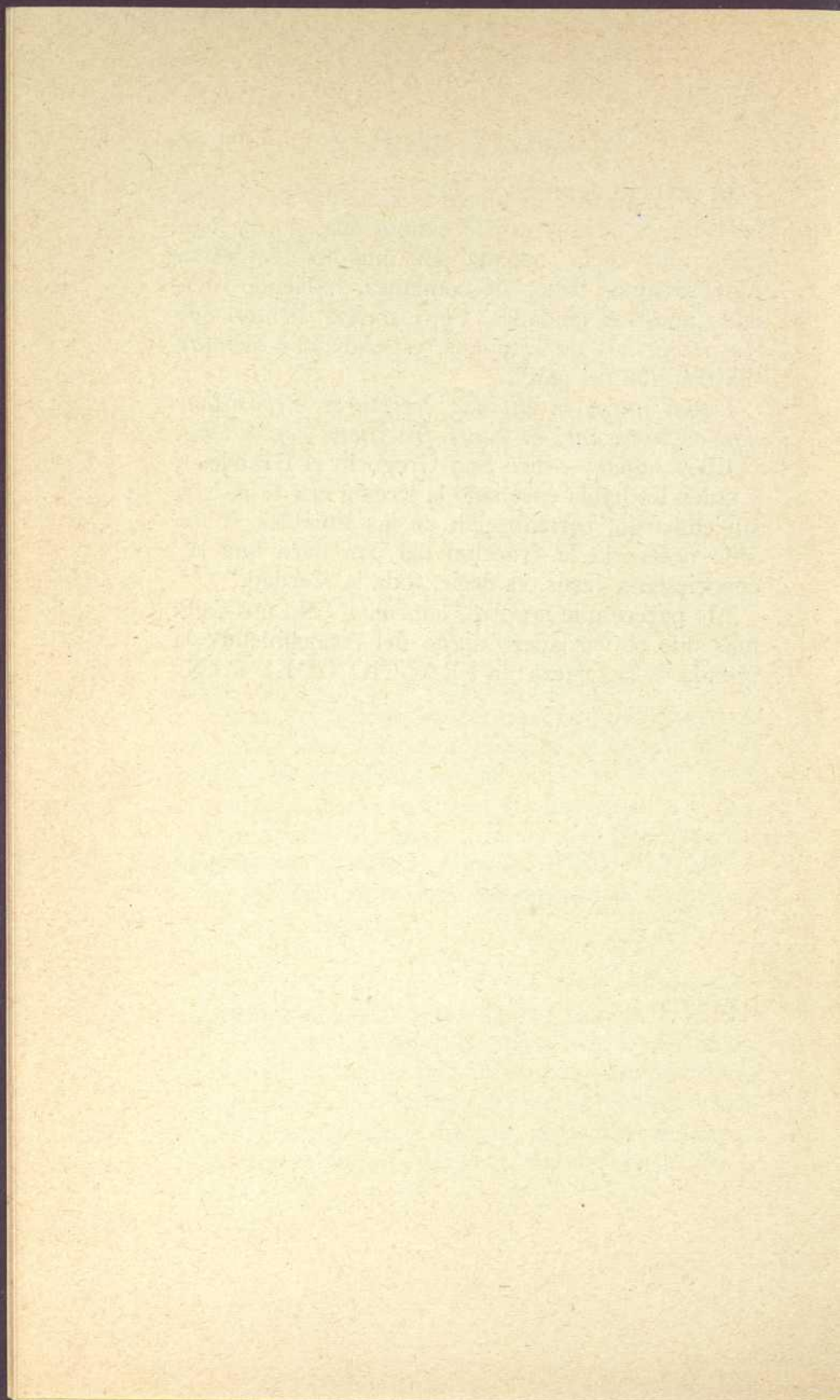
Y, perdidos en la sombra, esperan la Mano que tocará sus pupilas.

Durante días y años nos hemos bañado en la unidad del mundo, y hemos dormido bajo las estrellas. La soledad, la divina soledad nos ha devuelto a nosotros mismos, y ¡cuántas riquezas hemos encontrado allí!: sueños de la Iglesia, promesas de Israel, movimientos oscuros, palpitaciones, ruidos de alas...

El gran silencio de nuestras Tebaidas preparaba los caminos de la Gracia. Veíamos una enorme avenida, muy recta, bañada por una luz temprana. Marchábamos llenos de confianza, habiendo olvidado nuestras ciudades. Pero, menos dichoso que los peregrinos de Emmaus, esperábamos siempre "la fracción del pan".

Deum quem in divinae scripturae expositione non cognoverant, in panis fracttione cognoscunt. "¡Ellos sabían —dice San Gregorio el Grande—, y quien les había enseñado la lección era Jesús!; y, sin embargo, permanecían en las tinieblas. Y ha sido necesaria la fracción del pan para que reconociesen a Jesús, es decir, toda la Verdad."

Me parece que nosotros *sabemos*. ¿No nos falta más que el verdadero signo del conocimiento, la prenda de la certeza: la FRACCION DEL PAN?





EL 15 de abril me despedí del capitán B., al que no había de volver a ver hasta mi regreso a Francia. Partía con una escasa escolta hacia el campamento de S., donde había de tomar el mando de una nueva unidad mehari. Sólo llevaba conmigo a mis criados y algunos guerrilleros que querían seguir mi fortuna hasta el fin. Entre éstos se encontraban Sidia Ued Aleia, su primo Lazam, El Kunti Ued Daula, el jefe gumi Amoid Ued Marabot, Brahim Ued Ahmed Chengor, gentes valientes que sienten por mí una conmovedora devoción, y a quienes me han unido de un modo singularísimo todas las rutas transitadas juntos.

En Mabruk, en el extremo del Azefal, nos encontramos en el umbral de una inmensa región, que me veo forzado a atravesar de Este a Oeste. Es el país de Tiris, vasta "*penellanura* —dice Chudeau— donde los únicos relieves son unas cúpulas graníticas en la parte oriental y crestas de cuarcita en la occidental." Se extiende desde el norte de las dunas del Azefal hasta la altura del macizo de El Akrab por el Norte, y desde el macizo de Ixil has-

ta la región montañosa del Adrar Suttuf, al Oeste, o sea sobre unos 200 kilómetros cuadrados, aproximadamente. Esta inmensa extensión de guijos, cortada por débiles depresiones y sembrada por un verdadero archipiélago de testigos rocosos, a menudo muy elevados, se cubre en los años que llueve con hermosos pastos. Por eso, en el primer reconocimiento del Tiris, en 1910, los informes señalaban la región como un terreno de excelente tránsito para los animales. Hoy, después de dos años de sequía, apenas si se encuentra de cuando en cuando, algún lugar favorable para los ganados. Los pozos son bastante numerosos, pero, a veces, alejados entre sí por dos días de camino. Tienen una profundidad que varía entre los seis y los catorce metros, y proporcionan un agua con frecuencia salada.

Adivínase por esta seca descripción que el Tiris presenta el aspecto general de una naturaleza extremadamente depurada. Así, pues, a medida que se camina hacia el Norte por el desierto, se simplifica. La tierra se desnuda, los horizontes se ensanchan, descienden para dejar mayor espacio al cielo. Nada molesta a la vista. Está completamente abierto a la espléndida luz del sol. La tierra va poco a poco dejando sitio al cielo.

El 17 partimos muy temprano. Los mapas señalaban 75 kilómetros entre Aruenit y Buir el Rzel, y la víspera habíamos realizado alrededor de 45 kilómetros. Contaba, pues, con que nos quedaban, aproximadamente, seis horas de camino para alcanzar el pozo. La marcha era fácil. Atravesamos

la meseta del Tiris, y, sobre el *rag* desnudo, los camellos marchaban a buen paso. Pero a eso de las once, el calor se hizo muy fuerte y la marcha más lenta. Interrogué al guía. Me dijo que aún estábamos lejos del pozo. Pero yo no tenía suficiente agua para poder acampar en este desierto. Continuamos nuestro camino. Cuando me volví, contemplé las cabezas de mis hombres que se inclinaban y, curvadas bajo el sol, vacilaban... Tan flacas eran y tan pálidas que parecían traspasadas por la luz del mediodía. Imágenes de la fuerza y de la debilidad. Sumisión ante el astro de los días, imagen de la total sumisión.

A las tres bordeamos un macizo chiquitito de abruptas rocas. El pozo está próximo. La columna se detiene en silencio, salvo los roncós quejidos de los camellos. Pero esto también es un pesado silencio somnoliento que se acaba quebrando, y la oscura llanura no quiere emocionarse con ello.

Buiz el Rzel... El pozo está junto al campamento. Los hombres, con el vestido atado a la cintura, halan la cuerda. El agua está salada. La misma llanura tiene un gusto amargo. Solamente en nuestro corazón hay dulzura y reconocimiento.

¡Oh, tierra; oh, Dios, cuántas gracias quisiera daros!... Es necesario rezar. Mi ser se funde ante el espacio. El Padre Celestial está allí, en el hondón del cielo. A cada nueva etapa, quisiera gritar hacia donde El se encuentra, y que ese grito fuera muy lejos, saliendo de nosotros, y, muy lejos, ascendiendo hasta El.

Todas nuestras pruebas están benditas. Todos nuestros instantes son pesados, henchidos de bendición, y transcurren en el silencio de Dios.

Rezar, sería como echar el ancla en este océano de beatitud. Pero son menester libros que sepan rezar y no tan sólo un corazón que sepa orar. Pues el corazón es impotente delante de Dios.

¿Cómo? ¿No basta, acaso, este henchimiento amoroso? ¿Este abandono de amor, este puro derramamiento?... ¿Son menester palabras precisas, formas sensibles, algunas oraciones aprendidas?

Después de un día de descanso, vuelvo a partir para el Oeste. Ante nosotros se elevan las crestas de cuarcita; es el macizo del Aussirt, sobre el que se fijan nuestros ojos durante toda la mañana del 19. A derecha y a izquierda, otros islotes rocosos dominan la llanura, y la mirada se pierde en ese negro archipiélago ceñido por el oscuro oleaje de las piedras.

Recortamos las huellas de un centenar de camellos que se dirigen hacia el Norte. Sin duda, son algunos Regueibat que partieron recientemente como disidentes. Lanzo algunos hombres sobre esa pista... Aussirt, que esta mañana parecía muy próximo, se aleja a medida que marchamos hacia él. A eso de las diez, la montaña danza en el sol, y su pie no se ve ya en el temblor del aire. El horizonte se puebla de formas extrañas, estalactitas solares, columnas luminosas, prismas cambiantes. El milagro carga de ilusiones la tierra de todas las realidades.

Comprendo de qué modo la naturaleza nos aleja de la naturaleza. Aquí, en esta tierra niña, donde los mismos artificios son la pura sencillez, sólo debería seguir esta luz natural que hay en mí, y, por

esa fuerza natural de mi corazón, unirme a Dios. ¡Pero, no! Porque esto mismo es una contradicción. Yo, ser finito, no puedo alcanzar el infinito por mis propias fuerzas, y lo sé de cierto, cuando, herido de impotencia, permanezco ante mi corazón, que va muy lejos y franquea demasiado espacio virgen.

Me es absolutamente imposible, pues, en mi debilidad, alcanzar lo que sobrepasa toda fuerza humana; ¡en mi natural, alcanzar lo sobrenatural! Absolutamente imposible, fuera de las señales que el mismo Dios me ha enviado para conocerle. Pues si fuera de esas señales yo puedo conocer a Dios, lo que ocurriría es que yo sería el mismo Dios.

En efecto, hoy me adentro en mí. Ahí veo la perfecta ignorancia que tengo de Dios y, por tanto, el deseo de El. ¡Prueba admirable! Pues si yo le conociera fuera de su revelación, entonces sería que él era humano, y no Dios.

Llego a una claridad insostenible. El milagro se disipa, y es tal porque estoy cegado por la luz. Si la descubro, es porque no puedo soportarla más.

Sin embargo, hay que ir hasta el fin, ya que he hecho el voto de ser sincero. Así, pues —y mi sentimiento está completamente conforme con mi razón—, sin ciertas señales no puedo conocer este ser inusitado, que nada humano puede representarme, único en tres personas, invisible y siempre presente, dueño del tiempo y, sin embargo, fuera de él, sin figura y, no obstante, real. Pero, por el contrario, mediante signos o señales —con tal de que sean revelados—, podemos alcanzar este orden sobrenatural y hasta por los Sacramentos, hallarnos íntimamente ligados a lo sobrenatural, y en tanto en

cuanto le recibimos, participar del mismo Dios. Es menester que el infinito descienda hasta nosotros, se haga finito por nosotros, y no corresponde a nosotros limitarle, sino que él solo debe venir a nosotros para que seamos exaltados hasta él.

Así, pues, Dios no es conocido si no nos envía los medios para conocerle. Es el error de los musulmanes al querer alcanzarle por medios naturales, y el error también de Mahoma de ser Enviado y no Dios.

Los actos simbólicos o son revelados o no son nada. Pero si no son nada, Dios se me escapa. Menester es que los deístas de todas clases convengan en esto: o Dios no es, o se le conoce por la revelación, y no hay más revelación que en la Iglesia católica. Los musulmanes se detienen en el deseo natural de Dios, y los veo exactamente en el estado en que me encuentro, deseando a Dios por la simple luz de la razón, sin poseerle. El punto en que me encuentro me da una justa cuenta del punto en que ellas se hallan.

Sea cual fuere mi buena intención, por recto que sea mi deseo, llego a un callejón sin salida. Aquí, abandonado de todo, siento la insuficiencia del medio humano, la insuficiencia de mi propio corazón. Estoy seguro de ello, una efusión del alma, por pura que sea, sólo puede alcanzar a mi alma. Un pensamiento humano, por elevado que sea, no puede conocer lo que por definición se halla fuera de ese pensamiento.

Y, por idéntico trabajo, el orden divino no puede ser aprehendido por un orden divino, si no se mezcla a ello alguna forma sensible. Es menester, pues, para aprehender ese orden, uno humano que

proceda del orden divino, un símbolo. Y este es la oración, hasta en su forma más perfecta: la Santa Misa.

El 20, en camino hacia Areilass. Veo a Francia repleta de oraciones. Abiertos están los pórticos de los templos, y en el fondo, en un sol dorado, brilla el Santísimo Sacramento. La multitud sombría, inmóvil, está prosternada, y un pontífice, abrumado con los ornamentos divinos, entra en la nube... Amada Francia mía, la que reza y no la que blasfema, la que es sumisa y no la que se subleva, amada Francia, mejor que yo, amada Francia prosternada, ahora es cuando te amo. Ahora es cuando te espero. Ahora es cuando aguardo y me someto, no sólo como soldado sumiso, sino cristiano sumiso, y como tal, desde ahora, en lo divino y en lo humano.

La espera es larga. Hace estremecer de pena. Es ardiente y, sin embargo, tranquila. Está ávida de Jesucristo y, sin embargo, es paciente. Sé muy bien que mi impulso es hermoso; pero también sé que sólo abraza el vacío. Mis brazos se tienden y no abrazan nada. Es menester una meditación.

En una noche clara, en el pozo de Areilass. La luna alumbra grupos de camellos que levantan y bajan el cuello. Toda la tropilla está allí, una docena de hombres que sacan agua del pozo, y yo, sentado sobre una peña, escucho por si algún ruido llegara de lejos, tal vez de la luna... Pienso en el silencio y que en él se oye el verbo de Dios. He aquí una nueva prueba. Pues lo poco que conozco de Dios, es por algunos medios humanos, por algunas virtudes especiales que a Dios le plugo esta-

blecer en esta tierra. La caridad perfecta no puede concebirse sin ayuda de la oración y de los Sacramentos. Mas para obtener ese mismo deseo de caridad, se necesita algún medio natural. También ahí es menester una meditación. Son necesarias ciertas virtudes divinas, y, sin embargo, accesibles, para poseer el deseo.

Y, ante todo, el silencio. No hay deseo de Dios sin el silencio. Así, pues, lo poco bueno que en mí tengo, estoy obligado a trasladarlo fuera de mí. Imagino que un cristiano, cuando su Dios avanza hacia él en la comunión, le lleva todo el amor que con él recibe. Pero en mí, este débil deseo vacilante que siento, tiene por causa una gracia especial que a Dios le plugo extender sobre esta tierra. Medio imperfecto, ya que no da más que el deseo, si falta alguna de las formas que ha instituído para su Iglesia. De este modo comienzan a establecerse el orden y la armonía cristiana.

La paz interna, la espera, la atención, la perfecta reserva, son los dones de esta tierra discreta, y son los nuncios del Verbo divino. Gracias a este silencio a que nos vemos constreñidos, la voluntad más pequeña, el menor movimiento bueno por nuestra parte se vuelven en provecho nuestro. Por lejos que nos hallemos del conocimiento perfecto, abandonémonos por un instante a ese silencio, aprovechémonos de él, relámpago de un momento, para bajar a nosotros mismos, y ya sólo con eso sentimos que nos volvemos más atentos a Dios. Más aún, es casi un regusto anticipado de Dios proporcionado por el silencio. Y ¿quién sabe si ese silencio de Africa no tiene una intención especial, no es una institución particular destinada a reemplazar

los medios con los cuales el Padre Celestial acostumbra a servirse con nosotros?

Y en seguida, la pobreza. Porque nosotros somos pobres, y esa pobreza nos ha sido enviada. Ahora bien, nada nos hace avanzar tanto en la vida espiritual como el vivir con un puñado de arroz al día y un poco de agua salada. Un hombre razonable puede pensar muy bien que las mortificaciones de algunos religiosos son un exceso de celo. Pero aquí hay que rendirse, y reconocer que no hay nada que prepare mejor un alma para recibir a su Dios que el vaciarla de todo placer sensible. De modo muy natural, el pensamiento de lo eterno nace de un corazón del que ha sido arrojado todo lo efímero de la vida, que no tiene más deseo que la cruz de su Dios.

He ahí un nuevo don de Dios a través de África. También aquí es menester saberlo utilizar. Mas, ¡qué fácil es la tarea! Comprendo que el más pequeño de los buenos sentimientos me ha sido contado.

Esurientes implevit bonis. Es el lema del Sahara. No es dudoso que los mismos moros no se vean ayudados, en su deseo de Dios, por su extremado miseria, y el ascetismo aun es hoy una de las flores más hermosas del desierto. Dios nos da la pobreza. A nosotros corresponde saberla coger y que no se pierdan nuestras horas de ayuno.

Pero, con sólo la miseria, como hace poco fué con el silencio, nos sentimos transportados muy lejos, tan lejos como pueden llevarnos los medios naturales. Verdaderamente estamos en el umbral de Dios.

He salvado con rapidez las trece horas de cami-

no que separan Areilass de Matalla. El camino se ha recorrido en una verdadera tormenta de arena. El 21, por la tarde, me he detenido en un *rag* muy mísero, donde aullaba el viento. Sólo hemos podido envolvernos en nuestras mantas y tendernos en el suelo, barrido por los vientos del Norte. Estábamos junto a unos cuantos árboles perdidos en la llanura, pero tan mezquinos que el ventarrón no hallaba presa en ellos. Y nosotros mismos no éramos nada, postrados en tierra esperando el final.

Al día siguiente había de reunirme con S. Y pensaba que resultaría muy bien que mi ruta solitaria acabase en esa hermosa hora romántica.

Aquella tarde, en verdad que sentí mi soledad. ¿Quién sabía de mis sueños, de mis deseos amorosos? ¿Quién conocía mi fuerza y mi debilidad? Muy lejos estoy de aquellos niños perdidos que se aprietan junto a mí, en la sombra de la noche mala...

¡Oh, Dios mío! La misma tierra de los infieles se ha convertido en un instrumento de vuestra misericordia. Las virtudes que allí habéis puesto conviértense en una razón de espera. ¡Oh, tierra auxiliadora! ¡Oh, Dios mío! Con la mano del uno en la del otro, como el globo en la mano del Emperador, dadme poder ser un niño ante Vos y el poder comer el pan de vuestra fuerza...

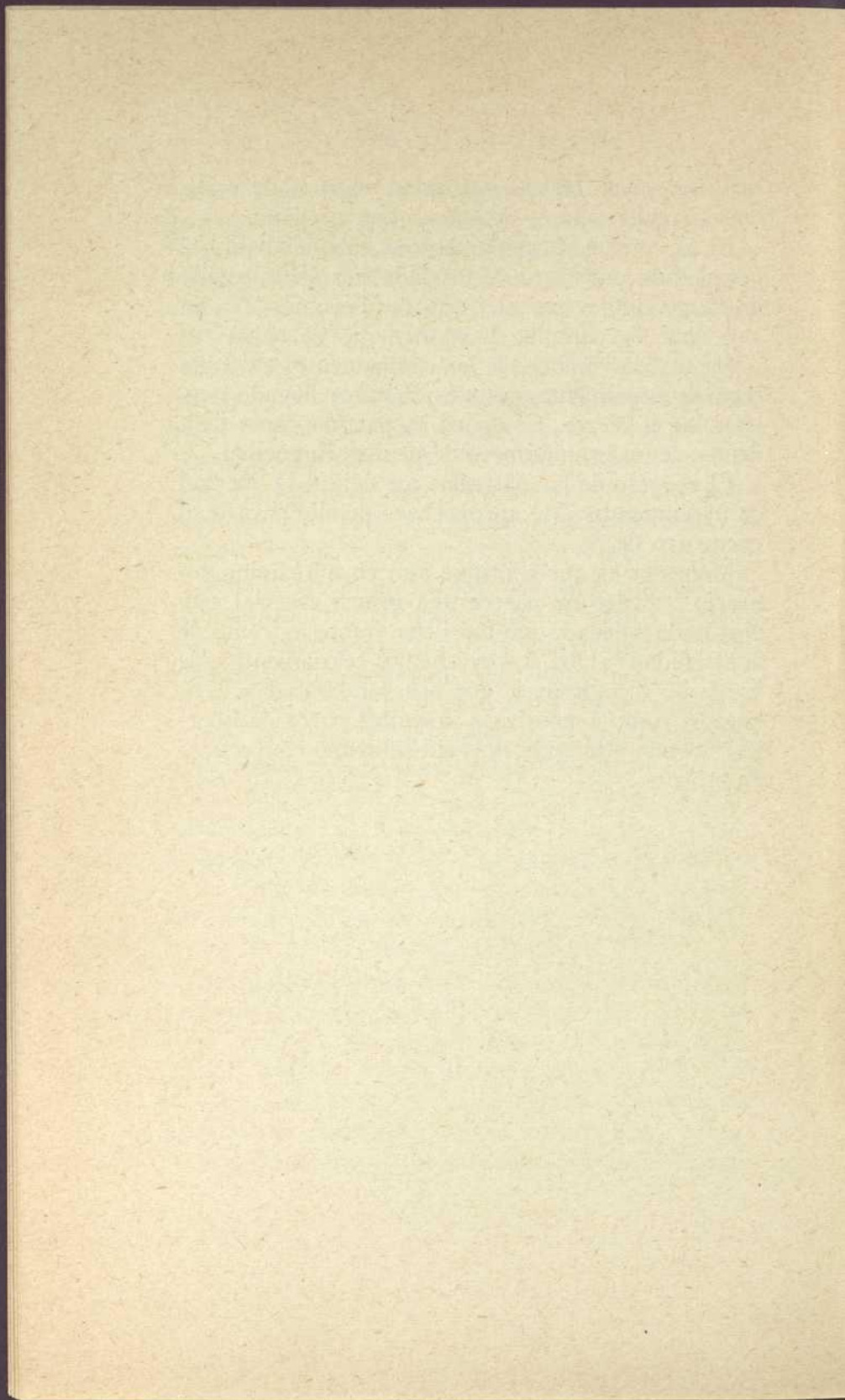
En Matalla, en un cuadradito de hierbas verdes rodeado de rocas, he hallado a la sección de S. Se halla mandada en ese momento por un suboficial, pues S. partió a Saint-Etienne. Me enteró de que el 16, hacia las cinco de la tarde, un *mexbur* se ha acercado al campamento y ha robado unos 30 camellos. El mismo día ha salido un suboficial en per-

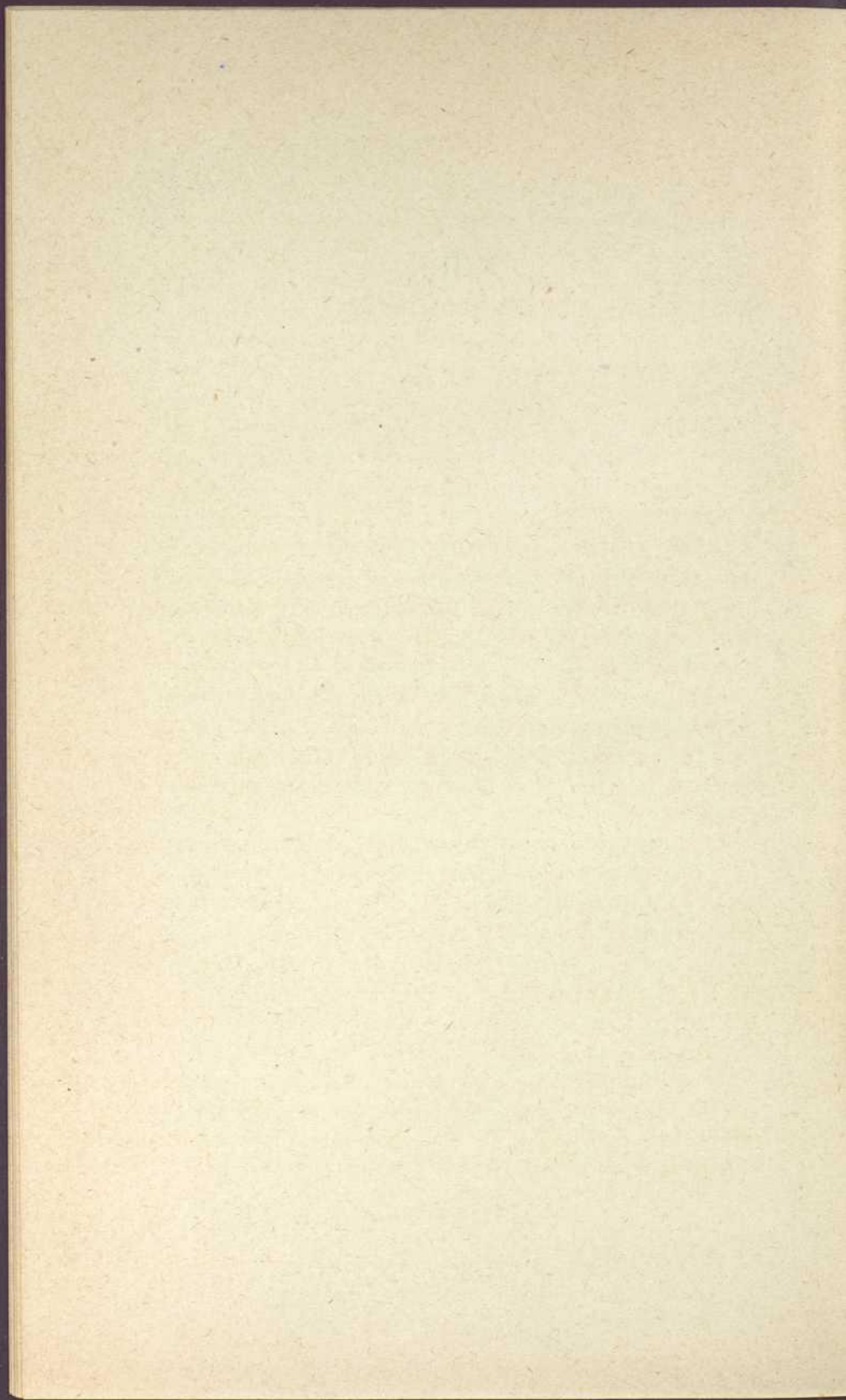
secución suya. He de esperar el regreso de nuestras patrullas, antes de tomar una decisión.

El 24, vuelve al campamento el suboficial sin haber podido encontrar a los ladrones. Ha llegado hasta 70 kilómetros al norte de Tenuaka. Al día siguiente, la patrulla de moros que yo había enviado tras las huellas de los campamentos en fuga, regresa, igualmente, después de haber llegado muy lejos en el Norte. Confirma la partida como disidentes de un gran número de tiendas Regueibat.

El regreso de las patrullas me deja más libertad de movimientos. Me aprovecharé de ello para ir al encuentro de S.

Menester es que continúe aún en mi camino solitario. ¿Acaso no parece una gracia especial esta obstinada soledad, que me sitúa frente a frente de la eternidad? ¡Oh! Aprovechemos celosamente esas horas de recogimiento que nos son contadas. Utilicemos como avaros esos instantes puros de libertad, ya que sólo en la libertad sabe uno convertirse en esclavo...







EL 25 de abril abandoné el pozo de Matalla, con unos diez moros, fieles compañeros en todos mis caminos. Mi intención era marchar por el Sudoeste, hasta encontrarme con S., a cuyas órdenes me habían destinado.

El mismo día, atravesé de Este o Oeste el Adrar Suttuf. Representémonos dicha región como una meseta poco elevada, cortadísima y dominada por cadenas de cuarcita de tajantes aristas, en general orientadas de Sudoeste a Nordeste. La vegetación es, naturalmente, muy poco abundante. Sin embargo, en las hondonadas, se encuentran hierbas y árboles raquíuticos que, a pesar de ello, constituyen una rareza en estas desheredadas regiones.

Tras una jornada de camino entre los negros pedruscos de estos rugosos paisajes, llegué al pozo de Bu Guffa y me acosté con los miembros entorpecidos por la fatiga, bajo las estrellas amigas.

Al día siguiente, el despertar fué encantador. Encontrábame en una especie de llanura bretona, donde brotaban a porfía manojos de plantas cuyo verde pálido recordaba los brezales de mi país.

Abundante rocío cubría el suelo. Ante mí, divisaba los oscuros recortes dentellados del Adrar Sutuff, coronados de ligeras brumas. El aire era alígero, decantado en los laboratorios de la mañana, y nos traía, en tibias brisas, perfumes a tierra mojada. Algunas gotas de lluvia cayeron en el silencio. Asistíamos a una de las escenas del nacimiento del mundo.

Cuando contemplaba tal espectáculo, acercóse a mí Sidia y, señalando el horizonte, conmovido, transfigurado, me dijo:

—¡Dios es grande!

... ¡Oh! ¡Cuánto bien me hicieron estas palabras! Conocía, al fin, que mi gozo y mi alegría no era creación de un turista en busca de sensaciones, o la ilusión de un hombre civilizado. También él, un bárbaro, se estremecía ante la belleza de las cosas y ante el sol que se levantaba; él y yo éramos el mismo hombre.

Yelua.—Me he detenido durante algún tiempo en el cementerio, y con Sidia, he descifrado las inscripciones escritas en hermosas letras árabes.

“Aquí yace Maryam, hija de Beyhé, hijo de Ali, hijo de Haybé, hijo de Saké, hijo de Ali Nabi Ré, hijo de El Mahtav, hijo de Haybu.”

“Aquí yace Mohamed el Bojari, hijo de El Filali, hijo de Ahmed Moskel, hijo de Bari Kallah, hijo de Bazeid el Yajui, hijo de Jaffria el Maxumihé. ¡Que la bendición de Dios caiga sobre él!”

Este Jaffria el Maxumihé nos transporta, aproximadamente, a la primera mitad del siglo XVIII. Pero en realidad debe de ser mucho más antiguo,

pues los moros, en sus genealogías, se saltan de grado algunos escalones y sólo citan aquellos antepasados cuyo nombre es ilustre.

Estos cementerios moros se hallan situados siempre en los sitios más áridos y desolados. El de Yelua, con su inmenso horizonte de cascotes, nos recuerda, sin embargo, que existen hombres en estas regiones siniestras del Adrar Suttuf. Todas esas tumbas pertenecen a los Bari Kallah, tribu de marabuts que en otros tiempos fueron ricos propietarios de animales, y a quienes se debe la apertura de la mayor parte de los pozos del Tiris y del Zemul.

He notado entre las piedras que rodean los túmulos, postes de tiendas, mazos, objetos confiados a la custodia de los muertos, pues jamás robará un moro el objeto que se deje en un cementerio.

El 25 entré con mis compañeros en el Aguerguer, país liso de blancos guijarros, de arenas blancas, sembrado de cúpulas de brillantes arenas. Con gran trabajo hallaban nuestros camellos un poco de *nsid*, algo de *askaf* seco. “¡Oh, país de claridad —pensaba yo—, países hechos para gloria del sol, países creados para intención del sol, soledades turbadas de cuando en cuando por el paso de algunos meharas o la huída de un campamento!, ¿qué figura hacemos en medio de ti? No sin razón, el Islam teme la representación humana. La tierra, también...”

Llegué el 22, después de algunas búsquedas, al pozo de Bir Guetduze. Es muy difícil de encontrar. Los franceses que han pasado por allí antes que yo, es decir, Dufour, en 1910, y Schmitt, en 1911, se perdieron. Es menester un guía hábil para encontrar en la semejante uniformidad de esas lla-

nuras, una boca de pozo de un metro de diámetro.

En él vi las huellas de S., que databan de la antevíspera. No podía soñar con alcanzarle, y como mis hombres no tenían víveres, resolví llegar a Port-Etienne, etapa de 120 kilómetros.

Salvé esta distancia en día y medio. A medida que me acercaba al mar, sentía crecer mi excitación. Cantaba, reía, bromeaba con mis guerreros. Atravesaba un país que recordaba esos terrenos demolidos que se ven en los barrios extremos de las ciudades, tierras vagas, cargadas de blanco cascajo, assoladas de hoyos y excavaciones. Los moros le llaman el Korban. En los *rags* arenosos que bordean las conmociones calcáreas de esta región percibo a veces fugas de gacelas de elástico galope, que volvían la cabeza hacia nosotros, como en los cuadros de los primitivos.

Encontré algunos árboles en el meridiano. Pero me detuve sin experimentar un gran placer, y volví a partir, en cuanto comimos nuestro arroz. Caminaba entonces a través de grandes pasillos de dunas movedizas, sin vegetación, que me condujeron al borde de una inmensa Sebjra. Desplegaba hacia el Sur, hasta el extremo del horizonte, su tapiz liso y oscuro. Pero por el Oeste, estaba bordeada de altozanos apezonados que, en la noche clara y fría, adquirían formas extrañas. Me di cuenta entonces de que mi guía se había equivocado y se había apoyado demasiado en el Norte. Dile la orden de bordear los escarpados de la Sebjra; pero, a las ocho, la marcha se había hecho tan incierta y difícil que tuvimos que detenernos.

Al día siguiente, poco después de la partida, divisé en el horizonte de la Sebjra una oscura línea.

¡Era el mar! Marché al trote, exaltado por los olores que nos llegaban desde el fondo del golfo. Una hora después, dibujábanse los contornos vagos de una playa inmensa. En el fondo, brillaba el mar. Parecía extenderse en formas incomprensibles. La misma costa, mal dibujada, acababa de dar a este espectáculo un aspecto de confusión grandiosa. Pero en la bahía de la Estrella, a la que llegamos a las nueve, encontramos nuestro descanso. Los moros y yo estábamos encantados ante la precisión extremada de las líneas, por la armonía perfecta de esta ensenada que, como tránsito de las blandas tristezas de la laguna, nos llenaba el alma de paz y de felicidad. Unas olas chiquititas venían a morir en la arena finísima, y a poca distancia de la orilla veíanse saltar unas marsopas por encima del azulado mar, o inmensos cormoranes que se posaban delicadamente sobre las olas. Experimenté el entusiasmo de Chateaubriand, cuando escribe del Lido:

“Las olas que encontré han sido, en todas partes, mis fieles compañeras; como muchachas prendidas de la mano en un corro, me habían rodeado en mi nacimiento; saludé a esas acunadoras del mío. Me paseaba por el limbo de las olas, escuchando su doliente ruido, familiar y suave para mi oído. Me detenía a menudo para contemplar la inmensidad pelagiana; un mástil, una nube, eran lo bastante para despertar mis recuerdos.”

Port-Etienne, con su desorden y abandono, me ha producido la más triste de todas las impresiones. La tierra, de un tono sucio, incierto, ondula sin gra-

cia. Su rudeza no tiene majestad. Sin embargo, queda el mar, que pone una hermosa corona de un azul profundo a toda esta polvareda. J. me ha llevado a visitar las antiguas pesquerías Villemorin. Hemos atravesado terrenos baldíos, cruzados por los rieles de las vagonetas. Sobre el suelo, detritus, y cascos de botellas testimoniaban que había vuelto a encontrarme con la civilización.

En el camino nos hemos detenido un poco ante el aparato destilatorio. He reconocido que el ruido de la máquina de vapor producía una música bastante singular en este paisaje africano. Pero no son tales sensaciones encontradas las que yo he venido a buscar aquí. He preferido la prolongada estancia que hicimos en la estrecha playa donde llegamos después de media hora de marcha. Ante nosotros, las barcas se balanceaban blandamente, y más lejos, se veía una enorme carena abandonada.

Hemos encontrado en esta playa pescadores españoles que alaban sobre la arena, pesadas redes cargadas de pesca. Escuché sus gritos guturales: "¡Ala! ¡Ala! ¡Ala riva!" Grandes movimientos ordenados, bajo un sol tibio que suavizaba, aún más, la brisa de mar adentro.

En las pesquerías nos hemos hallado con un breton muy amable, el Sr. Lemée, único ocupante de los amplios locales que han conocido sólo una actividad efímera. Las pesquerías, lujosamente establecidas, han quebrado, y el Gobierno ha comprado, hará dos años, las instalaciones levantadas con grandes gastos sobre esta tierra inhóspita. Nada más triste que estos enormes hangares, estos secaderos, estas casas desmontables que nunca conocerán la belleza de las ruinas. Pero el Sr. Lemée allí

ponía toda su vida contándonos los grandes viajes que había realizado, en compañía del sabio Gruvel, a través de las costas de Angola y del sur de Africa...

Durante el regreso al puesto, veíamos lo más hermoso de Saint-Etienne: los cuatro enormes postes de telegrafía sin hilos, belleza moderna, científica, belleza metálica, delgada y fuerte al mismo tiempo, belleza hecha de precisión, que también sabe hacernos soñar.

Mientras el capitán M. "charlaba" con un paquebote que pasaba a los lejos, mostré a Sidia los rápidos chispazos cuyas detonaciones se mezclaban con el ronquido regular del motor.

—Ya ves —le decía yo— cuán tontos son los moros al querer resistir a gentes tan ricas y poderosas como son los franceses.

Sidia permanece un momento silencioso, y luego me contesta esta frase inusitada:

—Sí, ¡vosotros los franceses poseis el reino de la tierra; pero nosotros los moros tenemos el reino de los cielos!

Me parece que semejante frase proyecta una vivísima luz sobre toda una manera de sentir y de ver la vida. He encontrado entre las piedras del Tagant ascetas admirables que me hacían evocar con toda exactitud al monje Pafnucio. Pero jamás se me ha aparecido con más claridad que hoy el fondo de ensueño místico de la raza.

Con bastante tristeza he vuelto a mi pensamiento. ¡Ved la idea que los moros tienen de nosotros después de cinco años de ocupación! Quisiera de-

cirle a Sidia: "Te engañas: tú tienes tu Dios y yo tengo el mío. Tú tienes tu profeta, y yo el mío, que es hijo de Dios, que ha sido crucificado, y que hoy está sentado a la diestra de su Padre." Pero tengo la sensación de que le asombraría sin provecho alguno.

Algunos días después, pensando en Sidia, escribí al venerable Obispo de Senegambia, Monseñor Jalabert: "Desde hace seis años que he trabado conocimiento con los musulmanes de Africa, me he dado cuenta de la locura de algunos modernos, que quieren separar la raza francesa de la religión que logró hacerla lo que es y de donde dimana toda su grandeza. Junto a gentes tan inclinadas a la meditación metafísica como son los musulmanes del Sahara, ese error puede tener consecuencias funestas. Estoy convencido de esto; no apareceremos ante ellos como grandes hasta que no conozcan la grandeza de nuestra religión. No nos impondremos a ellos hasta tanto que el poderío de nuestra fe no se imponga a su consideración. Verdad es que no tenemos el alma de los Cruzados y un oficial nombrado para ir al Tchad o al Adrar, no se regocija con el pensamiento de que va allí para combatir al infiel. Y, sin embargo, he visto camaradas que en sus conversaciones con los moros se reían de las cosas divinas y hacían profesión de ateísmo. No se daban cuenta de todo lo que hacían retroceder nuestra causa, y cómo rebajaban su propia raza rebajando su religión. Pues para el moro, Francia y la Cristiandad son una misma cosa. ¿No nos llaman acaso "Nazarenos", de mejor gana que "franceses"? Es muy extraño que sean ellos los que vengán a ilustrarnos sobre este punto y darnos una



lección. Ignoro el número de los musulmanes que ha convertido el venerable e ilustre Padre de Foucauld en el Sahara septentrional. Pero puedo asegurar que ha hecho más por asentar nuestro dominio en este país que todos nuestros administradores civiles y militares. Sería un hermoso sueño desearles a todos los oficiales saharianos que tuviesen almas de misionero. Pero haremos política francesa el día en que, respetuosos con las creencias de nuestros bereberes, permanezcamos fervientemente fieles a las nuestras, el día, en fin, en que estos musulmanes vean en Saint-Louis y en Dakar, cuando allí acudan, la belleza de nuestros templos y el número de fieles que allí acuden."

Escribí a Monseñor Jalabert con verdadero sentimiento de exaltación. Pero, pasada la fiebre, me veo forzado a reconocerlo: estamos de tal manera hundidos en la más abyecta de las civilizaciones, que las crueles palabras de Sidia tenían una apariencia de verdad. ¿Soy capaz de prolongadas meditaciones que nos sacan violentamente de este mundo sensible, y junto a las cuales la realidad se convierte en polvo insípido e incoloro?

El sentimiento de la patria nos lleva fatalmente a desear la idea religiosa. ¿Cómo separar una de otra cuando fueron los dos móviles que se mezclaron íntimamente en las almas de nuestros padres?

La hija mayor de la Iglesia. Posible es que exista también la hija mayor del Islam. Nosotros somos la hija mayor de la Iglesia. Así lo quiere el orden francés. *Gesta Dei per Francos*. Puede uno

sentirlo, pero no se puede cambiar la ordenanza francesa.

No en vano la casa de Francia descende de un Santo y la filiación directa remota hasta un Santo. Nada podemos en eso; estamos comprometidos, dentro del camino. Francia consigue su salvación a pesar suyo. Al pie del árbol francés tenemos un Santo que intercede por toda la casa de Francia. ¿Y cómo separaremos la casa de Francia de la misma Francia, a ésta de aquellos que la han creado?

Pero, después de este reconocimiento, nos vemos obligados a detenernos. Yo mismo, que he sentido tan profundamente la ofensa de Sidia, ¿qué soy en el dominio de lo Espiritual? ¿Dónde está mi fe? ¿Dónde mis obras para merecerla? Hasta en ese particular dominio de lo Espiritual, ¿qué figura haré al lado de Sidia?

Me ha costado mucho trabajo volver a encontrar Bir Gueduze a mi regreso. Después de haber caminado todo el día, mi guía se declaró perdido y me detuve en una especie de depresión ancha, donde algunos árboles raquíticos retorcían sus descarnados brazos, a escasa altura del suelo. Estos pobres ramajes nos miran, sin embargo, un poco al abrigo del viento del Este, que barría sin piedad la tierra miserable. Al día siguiente, por la mañana, envié dos de mis hombres en busca del pozo donde, al irme, había dejado una parte del destacamento y mi equipaje. No teníamos ni una sola gota de agua, y la jornada nos pareció larga. Felizmente, por la tarde, aparecieron mis dos hombres. Después de

haber errado toda la jornada, habían acabado por descubrir el pozo: ¡se hallaba a una hora del lugar en donde nos encontrábamos! Llegamos allí una hora antes de medianoche y encontré de nuevo a mis hombres con sincero placer. Uno de ellos me contó la llegada del guía, después de su larga búsqueda. “Estaba tan cansado, tan alterado —me decía—, que yo mismo he tenido que bajarle de su camello.” Pero yo creo que su fatiga procedía, sobre todo, del miedo que había pasado de no encontrar agua.

Al partir de Bir Gueduze decidí quemar Yelua y dirigirme directamente a Bu Gufa. El primer día, el calor se hizo extrañamente pesado. El aire permanecía totalmente inmóvil. El éter se cargaba con un finísimo polvillo amarillento, lleno de brillante luz solar. Al día siguiente, el calor se hizo tan tórrido que mucho temí dejar en el camino a algunos de mis animales. Teníamos la sensación exacta de una losa de plomo que se hubiera abatido sobre nosotros. Traté de marchar solamente por la noche. Por desgracia, la luna y las estrellas se hallaban ocultas por la bruma, lo que hacía muy difícil la dirección.

El 8 de mayo, al alba, mandé parar a mis hombres para dejarles que hicieran la oración del “fedjer”. Caminábamos desde hacía ya dos horas. Callábase la llanura inmensa como si se hubiera suspendido toda la vida del mundo. Jamás había visto la tierra de los moros tan impregnada de solemnidad. Apenas el enorme disco fuliginoso del sol salió de las brumas del horizonte, cuando ya, al comienzo de su curso, derramaba sábanas inmensas de luz cobriza que fatigaban la mirada. Nos volvi-

mos a poner en marcha, y poco después, veíamos las primeras alturas del Adrar Suttuf, que se dibujaban muy cerca de nosotros. Atravesamos anchas ondulaciones pedregosas, mientras contemplábamos también, a nuestra derecha, las cúpulas arenosas del Aguerguer. Finalmente, a las diez, nos detuvimos en el pozo de Bu Gufa, donde, algunos días antes, había tenido tan lindo sueño.

Diríase que durante todo este viaje la Providencia me fué muy rigurosa. Aquella misma noche había partido para Matalla, donde esperaba encontrar a S. Pero, a eso de las diez, nos hallamos cogidos entre dos altas paredes rocosas, desmoronamientos de rocas, de los que éramos prisioneros. A veces, desgarrábamos nuestros albornoces en las espinas de un árbol agarrado a los costados de las peñas, como en un cuadro de Ruysdael. Nos hallábamos perdidos en las gargantas del Adrar Suttuf, allí donde no había duda de que ningún ser humano hubiese pasado todavía, entre las soledades salvajes que turban, solamente de cuando en cuando, el paso de algún carnero montaraz, solitario. Este pensamiento que me vino en tal momento, me embriagaba ligeramente, y, sin pensar en mi situación, me abandoné al influjo de tan trágico lugar. Sin embargo, menester era reflexionar, es decir, encontrar un sitio donde nuestros camellos pudiesen "abarracarse". Me puse a la cabeza de la columna y bajé una cuesta muy espinosa, pero felizmente enarenada. Al pie se hallaba el cauce de un *uad* estrechamente apretado entre rocas abruptas. Allí me detuve en espera de la aurora. Cuando me tumbaba sobre la arena, vi aparecer, tras las brumas del cielo, las cuatro estrellas de la cabeza de

Escorpión, que me permitían orientarme. Llamé a Sidia y le enseñé mi descubrimiento.

—Sí —me dijo con imperturbable calma—, hemos ido demasiado hacia el Sur, y creo que estamos en el Kudia el Ghenem...

Este rodeo me hizo llegar a Matalla al día siguiente, dos horas después del mediodía. Allí encontré un recado que me dejó S., en la boca del pozo. La nota, fecha de la antevíspera, decía que el grupo partía para Zug, a 110 kilómetros al Sur.

En Matalla pasé algunos días en extrema penuria. No tenía nada que comer, y hasta la provisión de arroz de mis hombres comenzaba a agotarse. Como refugio, no tenía más que aquel único árbol que levanta cerca del pozo su mezquino follaje. Nuestros únicos compañeros eran bandadas de cuervos que venían a posarse en círculo sobre el reborde del pozo. Sentados gravemente, como un consejo de ancianos, no se asustaban de nuestra proximidad... También veíamos a veces huir a un chacal, taimadamente, con su trote delgado y las orejas rectas.

A pesar de tan gran pobreza, no he conservado mal recuerdo de las horas que pasé en Matalla, esperando la llegada de mi equipaje, que dejé atrás. Fueron horas de dulce ensoñación, de vida apacible, por donde desfilaban perezosamente las mil bellezas que había entrevisto en mis viajes. Me daba cuenta de que en mí quedaba una especie de malestar, y sufría al no poder poner un poco de unidad en esta dispersión. Pero me decía:

“Ya vendrá el tiempo de disgustarme cuando

vuelva a encontrarme con la fría Europa. Ahora, dejemos obrar al silencio. Es un gran maestro de verdad."

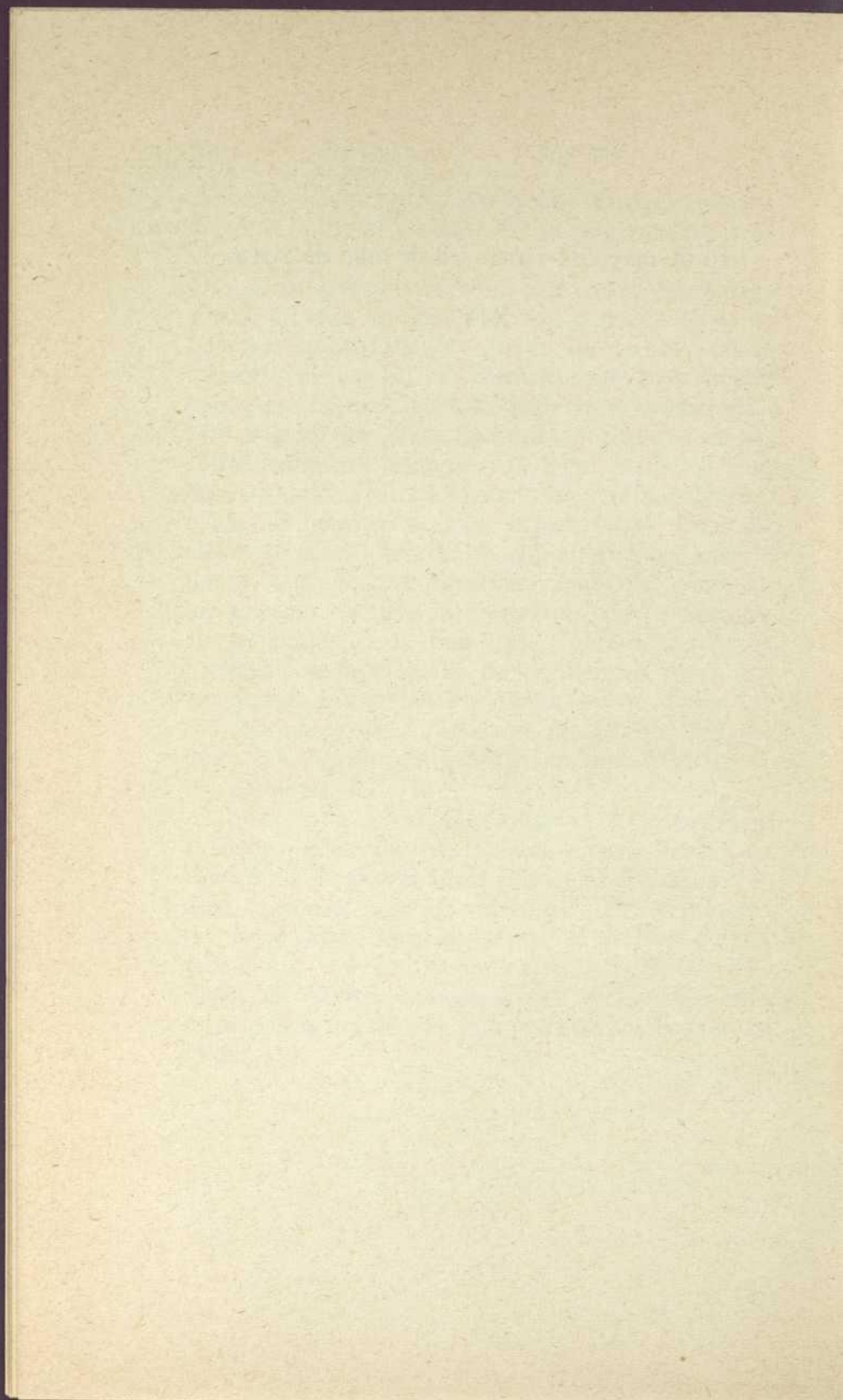
A estos grandes espacios silenciosos que atraviesan mi vida les debo todo lo que puede haber de bueno en mí. ¡Malhaya aquellos que no han podido conocer el silencio! ¡El silencio, que hace mucho bien y mucho mal, que hace bien con el mismo mal! ¡El silencio, que corre como un enorme río sin escollos, como un hermoso río, lleno hasta los bordes, e igual!... Muy a menudo ha venido hacia mí, como un maestro amado, y parecía un trozo de cielo que descendiera hasta el hombre para hacerle mejor. En sábanas inmensas, venía del cielo, de los grandes espacios interestelares, de los parajes, sin remolinos, de la fría luna. Venía de detrás de los espacios, de más allá de los tiempos, desde antes de que existieran los mundos y de donde los mundos no existen... Por eso, me detenía lleno de amor y de respeto. Pues el silencio también es maestro del amor.

La ausencia de ruidos es un gran descanso. Pero el silencio lo es aún más. Es una enorme llanura de Africa donde gira el agrio venteo, es el Océano Indico, la noche, bajo las estrellas... Era el silencio que escuchaba Pascal en las noches de Port Royal, y es el que, a veces, hemos encontrado en las soledades de Africa. Sabíamos que en aquellos momentos era, ¡ay de mí!, lo único que nos llegaba de Dios.

16 de mayo de 1912 - 18 de julio de 1912

XIV





EL campamento de S. es pintoresco y acogedor. Lo que me chocó al llegar es un desorden de refugios de paja, chiquitillos, de tiendas muy bajas y abigarradas y remendadas, donde parecía bullir una vida confusa. Cuando descendí del camello, una muchachuela, blanca casi y medio desnuda, me ha saludado con una linda sonrisa. Me ha señalado la tienda de S., que no es más alta ni más lujosa que la de estos soldados. He circulado entre estos pobres abrigos, evitando las cuerdas que se entrecruzaban casi a ras del suelo. Aquello parecía el bullicio de un arrabal. Al inclinarme, distinguí bajo la lana burda de las tiendas toda una vida doméstica y apacible: mujeres, chiquillos jugando sobre las esteras de grosera paja, escudillas de madera y humildes objetos familiares. Muchos de los tiradores y de los guerreros están casados. Y al tropel de mujeres y niños, hay que añadir todos los *boys* chiquitillos, a quienes les trae aquí la esperanza de comer algunos granos de arroz.

El campamento se halla apretujado sobre una diminuta colina de arena que apenas domina el in-

menso mar de bajas dunas, débilmente onduladas, ahogadas en luz blanca. Reconozco todos los puntos de referencia del horizonte: al Sur, la cúpula granítica de Ben Ameira y aquel, pequeñísimo, de Aixa; al Suroeste, el pico de Adekmar y el Gelb Azfar; al Norte, Yeneifissa; finalmente, al Oeste, la larga y delgada cadena del Zug, finamente almenada como un dibujo en sepia hecho sobre el mismo cielo. En la mitad de una ancha brecha de la cadena, se yergue, solo, un cono negro, cuya base se hunde en la blanca llanura. Parece uno de esos volcanes apagados que figuran en las estampas japonesas.

Y eso es todo. Aparte de estos pocos pedruscos aislados, nada que atraiga la mirada o que pueda distraerla. Ni formas ni colores. Blancos y grises sucios. Luz sin color. Pero está el cielo, que constituye aquí el motivo principal. Es inmenso, hemisferio de azur, donde se acecha la loca carrera de las nubes, que jamás traen agua. "Bajo la capota de los cielos", "bajo la bóveda del cielo", son expresiones corrientes que aquí adquieren todo su valor.

Necesario es, en verdad, que el ascetismo responda a determinadas necesidades espirituales, para que no lleguemos a cansarnos con un paisaje aparentemente tan feo.

Mis criados han montado mi tienda cerca del "almacén", amontonamiento de cajas de arroz, bizcochos, tonelillos destinados al aprovisionamiento de los 200 hombres del grupo. Más lejos, se hallan las tiendas de los moros...

Durante la siesta, en el gran silencio meridiano, oigo de repente el vagido de un niño y la voz de la madre que le calma. Aquel ruido parece despertar otros. Dos tiradores cambian algunas palabras roncadas. Se oye una llamada: "¡Ali! ¡Ali!" Luego todo vuelve a caer en el silencio, aún más pesado que antes. Pero aquellos ruidos humanos han removido mi corazón. Después de veinte días de marcha, en las soledades del Tiris y del Zemmul, con tres o cuatro compañeros, un poco de vida me acoge en este islote perdido. En esos escasos metros cuadrados existe el amor, el cariño, el deseo y el odio. Hay llantos y besos y risas. Y yo, que había olvidado todo esto, me parece como si realizara un descubrimiento.

El nuevo residente del Adrar, comandante D., ha llegado con M., que viene a tomar el mando del pelotón. Tan grueso es que no puede montar en camello sin la ayuda de un escabel y varios tiradores.

—¡Cómo! ¡Ni un solo árbol! —dice, echando pie a tierra y arrojando una mirada circular sobre el horizonte.

S. hállase de tal modo acostumbrado a este paisaje inclemente, que parece sorprendido de la exclamación del comandante.

Zug, a pesar de su aridez, es, sin embargo, un punto importante. En los mapas de información levantados hace muchos años por Coppolani, Zug figuraba ya con grandes letras. Debíó de ser en todo tiempo un lugar de reunión de las tribus. Cuando el capitán B. y S. llegaron allí por vez primera, a comienzos del 1911, encontraron reunidas nume-

rosas tiendas Regueibat y Yaggut. Hay fracciones que permanecen aquí durante todo el año y se puede valuar en varias decenas de miles el número de camellos que pastan permanentemente en las hierbas de Zug.

El pozo, del que nos encontramos a unos diez kilómetros, tiene un caudal extremadamente abundante. Encontraba su agua muy agradable al paladar; pero el Dr. M., que vino aquí poco después de la marcha del comandante, con el fin de cuidar una epidemia de beriberi, encuentra el agua ligeramente salada. Me he paseado con bastante frecuencia por el pozo. A cualquier hora me he encontrado siempre con rebaños que iban a abrevar, lo que confirma el número extraordinario de camellos que viven en la región, al mismo tiempo que la espléndida vena del pozo.

En el llano no se encuentra más que esa plantita picante de la que son tan golosos los camellos: el *hád*. Los mehares la comen todo el año. Es una hierba que no tiene estación. He visto brotecillos de *hád* verde surgir de la arena después de dos días de un viento Este abrasador, pues es un hecho que dicho viento, tan frecuente en estas regiones, favorece la salida del *hád*.

Un pozo de caudal seguro y *hád*; no es menester otra cosa para hacer del más pobre de los sitios una especie de oasis donde se refugian los campamentos.

Los días son monótonos, desocupados. Sin embargo, pasan pronto, y hay veces que se siente su brevedad. El tiempo se ha hecho caluroso. No hay

que pensar en ir de caza. Por eso, se queda uno en la tienda casi todo el día. Acuden los moros y se habla con ellos. O bien agótase en sueños que se enervan al no acudir. Pero, ¿no valen ellas mucho más que las lecciones más precisas que recibía en otros tiempos?

No se trata aquí, en esta vida tan sencilla, en medio de esta naturaleza tan simple, de "una vuelta a la sencillez". Pero tales paisajes no toleran la enseñanza. Con frecuencia se ven estas expresiones: "La vuelta a la simplicidad", "la sencillez de las primeras épocas".

¡Linda historia! ¿Acaso no son nuestros escritores de hoy, con sus tres o cuatro pobres ideas, nuestros falsos sabios, que, mediante la negación, han eludido los grandes problemas, nuestros maestros de escuela, nuestros artistas, no son todos estos bárbaros quienes verdaderamente parecen simples y sencillos? Habría que entenderse y saber cuál es el simple y el sencillo entre M. Durckheim o Santo Tomás.

Los moros también son bárbaros, bárbaros sencillos. Sin embargo, cuando se considera el punto de vista interior a que han llegado, se encuentra uno con que han sabido guardarse mejor que nosotros de la incultura y de la grosería.

Por lo que a mí respecta, no estimo que el país de Zug conduce a la simplicidad. El alma no recibe allí ningún apoyo de la naturaleza. Por el contrario, allí acuden a la lucha miles de hálitos religiosos y, como la armazón de la civilización no nos sostiene, no hay que pensar en eludir el combate. Estamos solos, abandonados a nosotros mismos, a nuestra miseria, desamparados en el viento de la

llanura, en los vientos que soplan desde los veinte pétalos de la rosa..., la rosa de los vientos. La soledad es un brevaje agrio que emborracha.

Nos damos perfecta cuenta de que es menester volver a algo, adentrarnos en el fondo de nosotros mismos. Pero no se trata de la sencillez. San Pablo, San Agustín no eran simples, y nada hay más contrario a la tradición francesa que la fe del carbonero. Una tentativa de renovación cristiana, como la de Tolstoy, es eminentemente contraria al genio francés. Lo que constituye el fondo de la tradición francesa es una fe sólida —la de la religión católica, apostólica y romana—, apoyada en una amplia cultura, o paralela a una extensa cultura intelectual. Fe y humanismo. Era natural que los enemigos de una se convirtieran en los enemigos de la otra —los mismos hombres—, y así lo hemos visto.

Cuando se considera la elevada misión de la raza francesa, de esta apariencia de elección que domina toda su historia, de esta señal divina y de ese saber hasta qué punto Francia es realmente la Hija mayor de la Iglesia, parece que no hay derecho a hablar de simplicidad. Es empequeñecer, es reducir a proporciones demasiado humanas el genio de Francia.

No hay la menor duda de que los moros poseen sus únicas virtudes por su fidelidad extraordinaria al genio propio de su raza, ni que su única belleza procede de un apego incommovible a su Dios, en la derrota, en la humillación, hasta en el abandono evidente en que este Dios del Islam suele dejar a

su raza. En la tenacidad de los moros en la creencia del triunfo final de su profeta y de sus libros hay algo comparable, belleza análoga a la esperanza, a la admirable confianza de los antiguos profetas de Israel. Y, sin embargo, no hay que buscar en ellos la sencillez, me refiero a la sencillez de espíritu; pero la sencillez de costumbres ¿no está en razón inversa de la sencillez de espíritu? Nosotros somos la prueba de ello.

La rosa de los vientos. Durante el día entero hemos permanecido abrumados por el calor. Se hubiera oído el vuelo de una mosca. Parecía como cuando en nuestro país se espera la tormenta. Una bruma clara, penetrada de claridad difusa, velaba el cielo. El horizonte estaba ahogado en vapores. Esponjábamos el Dr. M. y yo espiando la más pequeña brisa. A veces, un ligero soplo, que parecía venir desde muy lejos, formaba un torbellino y se alejaba como visitante apresurado... La noche también fué tranquila; pero al día siguiente por la mañana, bastante temprano, el esperado viento del Este comenzó su furiosa cabalgata.

Durante todo el día se precipitó al asalto de nuestras tiendas, llenándonos los ojos de arena, ardiente como el aire que sale del horno de los panaderos.

Trata uno de taponar los resquicios; pero es inútil. La arena se filtra por todos lados, se deflagra en rápidos chorros por todos los intersticios. El campamento se baña en una nube de arena. A diez pasos no se ve nada. Resignados, dejamos correr las horas lentamente. A veces, una tromba de arena viene a pegarse con más furia sobre la tela de

la tienda. Semeja un poco el ruido de los golpes de mar que chapotean en los costados de un navío, los días de tormenta.

—Amigo mío, no es tiempo de filosofar. Abandona tus quimeras —me dice el viento.

Pero a quienes admiro es a los moros. Allí están, con la *gandurah* echada sobre la cabeza, durmiendo con el sueño de los justos...

Por eso, cuando digo que prefiero Zug a las lecciones de los intelectuales, lo que digo *no* es un retorno a la naturaleza, a la sencillez, sino más bien a la inteligencia, que es, en un determinado sentido, si se quiere, la mayor de las simplicidades.

Desde que estoy en Zug, he hecho un conocimiento más amplio de los Yaggut. ¡Qué gentes tan curiosas son los tales Yaggut! Los otros moros los consideran, ordinariamente, como “Kufar”, y con gran facilidad los suprimirían del mundo musulmán. En este sentimiento entra un mucho de envidia, porque los Yaggut, como los Regueibat, son grandes propietarios de camellos. Mas es cierto que los Yaggut hacen rancho aparte en la sociedad mora. Tienen, por lo general, un tipo muy fino. Algunos presentan aspecto de verdaderos semitas. Las mujeres son casi blancas, lindas y algo salvajes y ariscas. Me encontré con una en el pozo de Zug, del que sacaba agua, en medio de los hombres de la tribu. Llevaba un pantalón y un *bubú* de hombre. No era una esclava, y, además, tenía un tipo finísimo y muy aristocrático. Durante un instante he experimentado un gran placer siguiendo con la

mirada el juego de sus gráciles músculos y el conjunto armonioso de sus movimientos.

Las mujeres moras son, por lo general, muy indolentes, no salen de la tienda, se aferran en no moverse y en beber leche. He aquí, entre los Yaggut, otro concepto de la feminidad, más próxima a la nuestra.

Los Yaggut han venido a nosotros muy depri-sa, y parece que con mayor sinceridad que los Regueibat. Aun cuando no los conocemos sino desde hace un año, muchos de ellos se han apuntado en el pelotón, donde sirven en calidad de pastores. Entre ellos se encuentra el propio sobrino del jefe, M'barek el Arbi.

El tal M'barek el Arbi es un viejo inteligente y avisado. Es uno de los jefes de la región con el que más se puede contar. Es el hijo mayor de Ahmed Billal, que llegó muy joven al Tiris, donde murió en 1911, y el nieto de El Billal, que pasó toda su vida en las regiones del sur de Marruecos y murió en El Ksabi hacia 1850. El hermano de El Billal, El Haimer, murió en Taffilalett. Eso es todo cuanto he podido recoger de la historia de los Yaggut. ¿Qué son? ¿De dónde vienen? Parece muy difícil poderlo precisar. Por lo que a mí se refiere, viviría de muy buena gana con este pueblo de bereberes puros. La *t* final de su nombre, sus costumbres, su carácter poco religioso, su tipo fino y blanco parecen atestiguarlo.

Los Yagut pretenden remontarse a un antepasado, Yagutti, que tuvo tres hijos: Ghahamna, Yasin y Hammad, padre de las tres grandes fracciones de etse pueblo. Los Ghahamna viven en el Gharb, y creo que nuestras tropas de Marruecos

han tenido que ver algo con ellos. Hammad tuvo por hijo a Seid, antepasado de los Ait Seid, fracción del actual jefe, M'barek el Arbi, a Taleb el Amzaui, antepasados de los Ait Taleb y de los Amzaui; Yassin tuvo por hijos a Labeidi, antepasado de los Leboidat; Iborck, antepasado de los Ait Iborck, y Hammu, padre de los Ait Hammu. Tales son las grandes divisiones actuales de los Yaggut. Si los Ghahamna están acantonados en el Gharb, los Ait Yassin y los Ait Hammad se hallan repartidos entre el sur de Marruecos (Seguiel el Hamra Uad Nun) y el Tiris; pero estos diferentes países forman sólo para ellos un único e inmenso territorio que poder recorrer.

Confieso que experimento menos simpatía por los Regueibat. Son los mayores propietarios de camellos de los países moros, y al mismo tiempo, los ganaderos más hábiles. En 1909, en el momento de la conquista, recibieron severísimas lecciones en Turine y en El Beieddh. Desgraciadamente, y a causa de esto, se adquirió la costumbre de considerárseles como gentes temibles, y después de haberlos vencido, pareció temérseles. Llegamos hasta hacerles la imprudente promesa de que jamás entraría un francés en sus campamentos. En 1910, mi camarada D., ferviente meharista, habiendo querido ver, en calidad de aficionado, los rebaños de los Regueibat, recibió de los jefes del campamento una amable negativa. Lo que no impidió que en 1911 se realizara el censo de sus camellos, operación necesaria, pues ellos forman la base de la remonta de los meharistas. A la cabeza de las innumerables fracciones Regueibat pusimos a un viejo muy inteligente, aunque iletrado, Mohammed

Ued Jalil, que gozaba de grande e incontestable autoridad. Mohammed Ued Jalil nos ha prestado algunos servicios. Sin embargo, no ha podido impedir los numerosos desplazamientos de tiendas hacia el Uad Nun y el Seguiel, que se produjeron en 1911 y 1912.

Los Regueibat, como los Yaggut, son un poco despreciados por los demás moros. Pero no tienen ni la finura ni la "raza" de los Yaggut. Como guerreros les estimo poco. Sin embargo, en sus incesantes luchas contra los Uled Bu Sba, han tenido algunos excelentes éxitos. En 1910, especialmente, Mohammed Ued Jalil, con solas sus fuerzas, ha inflingido una gran derrota a un *mexbur* de Uled Bu Sba, que bajó del Norte para procurarse camellos.

Lo que hay que admirar en su manera de guerrear es su servicio de exploración a gran distancia. Puede decirse que los jefes Regueibat tienen permanentemente numerosas patrullas que exploran los caminos alejados de los campamentos, en los alrededores de aquellos lugares de paso obligado en las rutas del Norte. Tales *chufs* son los que salvaron en 1910 a Mohamed Ued Jalil.

Pero pienso en una frase del coronel Gouraud, escrita en noviembre de 1909: "Convendría se les llevara para que aprendieran de nuevo su antiguo oficio de caravaneros y utilizarlos para los convoyes libres."

Sí, tienen aire de caravaneros, más que de guerreros.

Mis guerrilleros me traen con frecuencia unos diminutos sílex tallados en forma de flechas, hachas de granito o de cuarcita. Encuentro que no hay nada que haga soñar más que esos testigos de la edad de piedra. Muchos de esos sílex se encuentran tallados en los alrededores de los pozos del Tiris y del Zemmul, especialmente, en Bir Gueduze. Confirman que el país fué habitado desde la más remota antigüedad, y también, no existe duda, de que allí se encontraba mucha más agua por aquel entonces que ahora.

El *Greco* de Maurice Barrés me lleva hacia la lejana España, que fué mi primera estación hacia el Islam. ¿No estamos aquí en el país de los antiguos dueños de Toledo? Claro que muy decaído en su esplendor de otros tiempos. Y, sin embargo, cuando se ven los grandes místicos que viven aún sobre esta tierra tan dura, tan desnuda como Castilla, uno no puede menos de pensar en la figura que tendría El Greco en Toledo. Me parece que si los moros sintieran agrado por la figura humana, éste sería el pintor que les gustase y al que comprenderían. He encontrado en las gargantas del Tagant verdaderos ascetas, que hubieran causado la felicidad de El Greco, que casi tenían las formas alargadas y esqueléticas gratas al toledano. Y de hecho, El Greco los vió, si no a esos ascetas, por lo menos a sus padres o a las gentes que les tocaban de cerca.

Aquí, más que en otra parte, gracias a la rudeza del país, a la pobreza inusitada de los habitantes, a la ausencia de toda civilización y, sin duda, también a la primitiva sangre berebere, el carácter místico, espiritual de la raza, se ha conservado con una

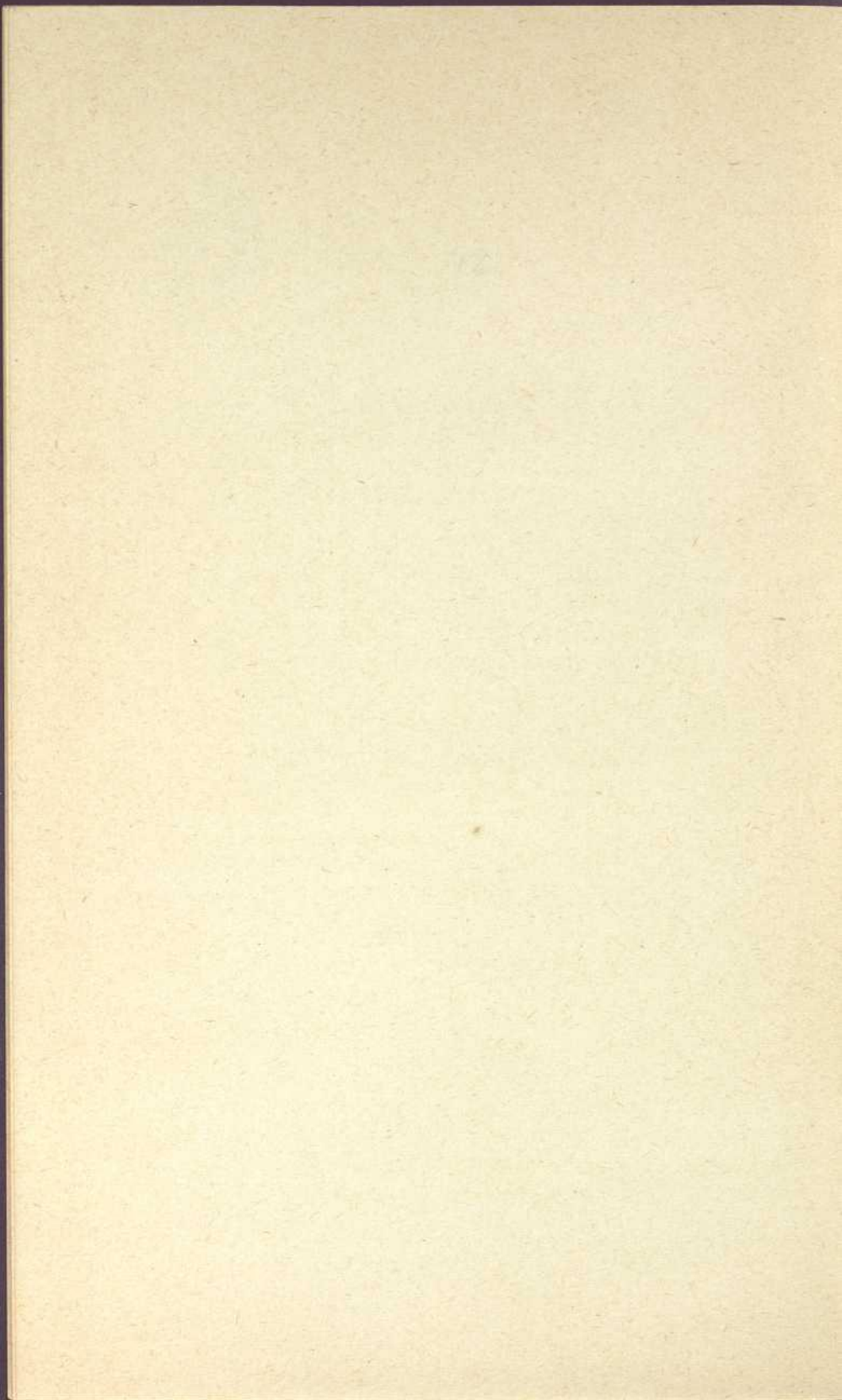
asombrosa pureza. Contrariamente a lo que se ve en Argel, el mayor de los jefes moros va vestido como el último de sus esclavos. En su país sin gracia, de grandes líneas desnudas, el moro es incapaz de toda manifestación artística. Y, sin embargo, sus Almoravides, conquistadores del Mogreb y de España, eran, según pienso, verdaderos moros. Pero Granada fué erigida por los príncipes reinantes, los Omeyas de Egipto, y no por ellos.

Todo cuanto se dice de El Greco puede aplicarse, con más o menos exactitud, al alma de los moros.

THE
JOURNAL
OF
THE
AMERICAN
MEDICAL
ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL.
1914

XV





EL reconocimiento que emprendí en julio tenía por objeto vigilar la región de Tagnedest, muy próxima al Oceano, y asegurar así la protección de un pesado convoy de víveres, que el Residente del Adrar había enviado a Port-Etienne, y, además, entablar una relación más amplia con una región que aun no había sido explorada, según creo, por el teniente S. Conmigo tenía a un suboficial francés, 40 tiradores, unos 20 guerreros moros y algunos pastores. Equipaje, poco o nada. Los hombres llevaban sus víveres con ellos, al lado de sus monturas. Tales víveres estaban reducidos al minimum más estricto. Para mi uso personal sólo tenía arroz y un poco de café sin azúcar. Pero, como se había anunciado un convoy de víveres desde Atar, se convino en que el guerrillero El Kunti nos traería a Bu Guffa el complemento de nuestra ración para un mes. Era el tiempo que se había previsto para el reconocimiento.

Cuando abandoné Zug, el calor era abrumador. Sin embargo, no pensaba en ello, y me abandoné a ese sentimiento de plena libertad que se experi-

menta cuando —llevando sobre uno mismo sus riquezas y dependiendo sólo de Dios— lánzase uno al desierto, como en un pacífico océano... Sí, verdaderamente, me encontraba como el capitán a bordo, sin contar para nada con los hombres y confiando en su estrella...

Primeramente hubimos de atravesar el Tiris. Era la segunda vez que cruzaba esta árida región, donde muchos años de sequía habían quemado las hierbas más pequeñas, ese verdadero mundo de penitencia sobre el cual parece pesar un castigo. Pronto divisamos las alturas del Adrar Suttuf, en el que había pasado horas tan agradables cuando mi viaje a Port-Etienne. Entramos en el macizo a pie enjuto, al salir de la desnuda llanura que marca el límite hacia Oriente. Este macizo no es más que una hinchazón de origen metamórfico; pero aparece sembrada de cadenas de cuarcita que la obstruían con su desorden y le dan el aspecto más salvaje del mundo. De Este a Oeste, la travesía de dicha región pedregosa constituye una etapa muy fuerte. Por el otro lado, llegas en seguida a los pozos de Bu Guffa, que ciñe una estrecha corona de hierbas grises y mezquina.

Al llegar allí, el 23 de julio, mi primer cuidado fué enviar una patrulla a los campamentos Bari Kalla de Tajanit. Supe al regreso de esta patrulla que un *razzi* de unos 30 Uled Delim había pasado, hacía siete días, por Tajanit, dirigiéndose hacia el Sur, con el fin de saquear los campamentos del Agneitir. Según mis cálculos, el *razzi* debía pasar el día 26 por el pozo de Togba, a 80 kilómetros al

norte del lugar en que nos encontrábamos. Pensé que tomaría agua o en este pozo de Togba o en el mismo Bu Guffa, y decidí enviar a Togba a mi suboficial, con la mitad del destacamento. Le di cita, en Tagnedest, cuando terminara la misión.

Estaba asombrado por no ver aparecer a Kunto con los víveres anunciados; pero pensaba que el convoy de Atar había debido sufrir un retraso. El 27, al no oír hablar del *razzi*, me puse en camino hacia Tagnedest, donde esperaba recibir el correo.

Entramos en una región nueva, el Zemul. Es una llanura arenosa, cubierta de guijos redondos y pulidos, de colores agradabilísimos. Anchas ondulaciones que van de Norte a Sur, cortan esta llanura. Hállanse coronadas, a veces, por algunos piquillos guijarrosos poco elevados. Comenzábamos a sentir la influencia del mar, y de cuando en cuando las brisas vivificantes nos traían su olor salino y agrio. Por la mañana, un rocío abundante, debido a la proximidad del océano, caía sobre el suelo y devolvía la vida a las plantas y a las hierbas de esta región, relativamente favorecida.

Apenas habíamos abandonado Bu Guffa cuando divisamos en la arena numerosas huellas de *mexburs*, comprobando que nos hallábamos en el camino corriente de los ladrones del Norte. En un instante advertí en el suelo las huellas de una numerosa tropa de camellos, y mis guerreros me afirmaron que eran las trazas del *razzi*, del que había tenido noticias en Bu Guffa y sobre el cual había lanzado a mi suboficial. Desgraciadamente, las señales no se dirigían hacia Togba, como yo esperaba, sino hacia un punto que no figuraba en mis mapas y que se llama los *oglats* Udei Sfi. Me dicen

que los Uled Delim pasaban a menudo por estos pozos, por creerlos ignorados de los franceses. Al momento me prometí hacer un reconocimiento en ellos cuando abandonásemos Tagnedest.

A mi llegada a este lugar, encontré a mi sargento, que, como es natural, no había visto nada en Togba. Nos hallamos en una hondonada llena de hierba, y para abreviar disponíamos de algunos pozos poco profundos, cuya vena era muy lenta. Se abrieron otros, durante aquel día y los siguientes.

En Tagnedest vi a dos Uled Delim, que me dieron datos muy interesantes sobre el *razzi*. Dicho *razzi*, compuesto de 18 hombres, había apresado 60 camellos a los Uled Delim, sometidos a nosotros. Estos habían partido en persecución suya, los habían alcanzado en Tijermet, les habían matado dos hombres y habían recuperado los camellos. Los desamparados disidentes se habían separado en dos: nueve habían ido a buscar asilo con los españoles, en Villa Cisneros, y los otros habían subido hacia el Uad Nun. Los dos hombres que habían venido a mi campamento llevaban a su hogar los camellos robados.

Lo que más me fastidiaba es que estaba siempre sin noticias del guerrero El Kunti. Comenzaba a sentir una acuciante necesidad por los víveres que debía traerme, y me preguntaba si no habría topado con algunos disidentes. Nos hallábamos entonces en la mayor miseria. No había encontrado en mi camino corderos que comprar; de modo, que me veía obligado a enviar a mis hombres todas las mañanas a cazar; pero a menudo volvían con las manos vacías. La harina comenzaba a agotarse, y la grasa faltaba por completo. Estábamos reduci-

dos al arroz cocido con agua y teníamos que prever que hasta el arroz nos llegaría a faltar un día.

Sin embargo, los Uled Delim que había visto en mi campamento, al confirmarme el paso del *mexbur* por los *oglots* Udei Sfi, resolví hacer el reconocimiento de este lugar, tanto más cuanto que estábamos ya a 5 de agosto y que debíamos pensar en el regreso. Dejaba el grueso del destacamento a las órdenes del sargento, y, acompañado de 15 hombres bien armados, me puse en camino en dirección Nordeste. Tenía como guía a un viejo Bari Kallah que había traído conmigo desde Bu Guffa; pero no conocía con exactitud el emplazamiento de los *oglots*. Me condujo bien hasta el *uad* poblado de árboles donde descansan, y allí, con ayuda de nuestros moros, me costó poco trabajo descubrirlos. Había necesitado quince horas de marcha desde Tag-nedest, para alcanzar el Uad Sfi, y había cubierto la distancia en día y medio.

Desde el Uad Sfi a Bu Guffa —donde debía encontrar a mi destacamento— la dirección es, constantemente, de Norte a Sur. Atraviésase de nuevo el Zemul, pero las ondulaciones de esta llanura se acentúan y comienzan a costearse rosarios de Sebras que bordean las áridas alturas. Toda esta región, salvo el Uad Sfi, no presenta ningún verdor.

En Bu Guffa me encontré con el resto de mi gente y supe que el destacamento, durante mi ausencia, había tomado contacto con algunos Uled Delim que marchaban disidentes. En el transcurso de la misión, tres de ellos fueron hechos prisioneros y conducidos por el suboficial a Bu Guffa, con un mozuelo que había sido llevado por los miserables y muchos camellos que también robaron. Esta ac-

cción constituía un honor para el sargento, el valiente P., el cual habría después de dejarse matar, a los dos meses de mi marcha del Adrar.

Una ventaja inesperada de este golpe de mano, fué la de mejorar algo nuestro diario pasar, pues las camellas de los Uled Delim tenían leche, y en el estado de privación en que nos encontrábamos, esa leche era extremadamente apreciable. Comencé a desesperar de volver a ver a El Kunti. Desde entonces tenía la convicción de que este desgraciado se había dejado atacar en su camino de regreso, y que en este momento descansaba para la eternidad, en algún rincón desconocido del desierto.

Sin embargo, había que tomar una resolución para el regreso. Consideraba que aseguraría con más eficacia la protección del convoy de Port-Etienne acercándome a él, que, por otra parte, yo podía en tal ocasión esperar para encontrarle y avituallarme en caso de hambre, y, finalmente, que la travesía de norte a sur del Adrar Suttuf, realizada ya por S., merecía hacerse otra vez.

Así, pues, el 11 abandoné Bu Guffa, picando hacia el Sur, todo derecho hacia las montañas, cuyas ondulaciones violetas veíamos desde nuestro campamento. Poco después de la partida, un argelino de mi escolta hallaba las huellas de una treintena de Uled Delim, que se dirigían hacia el Sur. Tal descubrimiento era bastante alarmante, porque era de temer que este nuevo *mexbur* no fuera a inquietar a nuestro convoy de Port-Etienne.

Parecía marchar justamente en esa dirección. En Jelua nos confirmaron la existencia de este *mexbur* y nos dijeron que había pasado el 6 por Erchamar, al sur nuestro. Era de creer que volvería a

pasar a la altura de Tichele, alrededor del 14, y como el convoy había de cruzar por tal lugar, resolví alcanzarle lo más pronto o, por lo menos, acercarme a su probable ruta, después de batir el lugar, con el fin de asegurar el paso. Sin embargo, calculé que el convoy de Port-Etienne podría pasar muy bien hacia el 13, por Erchamar, en el límite sur del Adrar Suttuf, y este lugar fué el que me fijé como meta.

En mi camino, me encontré también con un Bari Kalla que volvía de Zug, donde había visto a M. Me dijo que el teniente le había confiado una enorme cantidad de correo para mí, pero que en el camino habíase encontrado con el famoso *mexbur*, el cual se lo había llevado muy hacia el Sur, ¡después de quemar todas mis cartas! Esta noticia me produjo un gran dolor. Me sentía completamente aislado del mundo, como perdido en un planeta que no fuese la tierra.

Nuestra travesía del Adrar Suttuf fué muy dura. Tanto mis hombres como yo, comenzaban a sentir los efectos del hambre, pues hasta el arroz había llegado a agotarse, y sólo teníamos para alimentarnos las corzas que yo mandaba matar a mis guerrilleros.

Y, sin embargo, en esta época de miseria, la más dura seguramente que he vivido en Mauritania, es cuando tuve los pensamientos más dulces, referentes a los consuelos que, según sabía, me estaban reservados. Hoy lo veo: los pensamientos que entonces nacieron en mí no eran míos, sino de una fuerza más alta, a la que estaba sometido.

A pesar de mi miseria, púseme a vivir con una exaltación extraordinaria, o tal vez a causa de esa

miseria, pues la situación excepcional en que me encontraba, me parecía un estado privilegiado, al que debían unirse, es cierto, algunos grandes favores. Pronto me persuadí de que si Dios me reducía —contra mi gusto— a vivir como los ascetas del Alto Egipto, que habían vivido por su plena voluntad, es que El también esperaba concederme las recompensas que a ellos les había concedido.

La Gracia procede por llamamientos. Obra en el momento que quiere, y si quiere, no actúa, y estamos sometidos, como es natural, a sus fluctuaciones. Desde hacía mucho tiempo yo vivía en una perfecta sequedad de espíritu y sin amor ninguno hacia Aquel que muchas veces me había tendido, a pesar de ello, sus sangrientas manos. Y allí fué, entre Bu Guffa y Erchamar, en pleno Adrar Suttuf, donde, teniendo hambre, sentí verdaderamente el deseo de verme saciado.

La Gracia obra por llamadas. Un resplandor surge en la noche. La paloma desciende del cielo inmaculado. Y después vuelve a subir, en firme vuelo, junto al Padre, y deja al viajero con el deseo y el sentimiento. Se acabó todo. Llorase de tristeza y despecho. Pero pronto la vida—es decir, lo que es su horrible versión—pone su garra sobre nuestra alma y lo olvida. Y es que la carne es pesada, y el cuerpo es pesado, tan pesado, que desespera uno de poderse elevar de este barro original. Lejos de la vida sobrenatural, los pensamientos, por sublimes que sean, proceden del cuerpo o, si se quiere, de una parte de nuestra inteligencia, que es tan baja que, en algún modo, es corporal. Sea Epicteto o sea Marco Aurelio, aquel que ignora la unción de Jesucristo, es, podemos decirlo, del mundo de la

carne. Pero aun cuando sea el pecador más vil, aquel que vive de la unción de Jesucristo está realmente en el mundo del espíritu. Ahora bien; muy cierto es que el despego de los bienes de la tierra, aun cuando no sea voluntario, puede ayudar a entrar en el mundo del espíritu. Si no es voluntario, es una prueba que Dios envía a aquellos a quienes ha elegido.

“Sí, me decía, valgo más que aquellos que beben y comen, valgo más que los que son ricos, valgo más que los que son felices y están hartos.”

En mi desconcierto, algunas virtudes, en las que no había pensado todavía, se me aparecían como las más altas que pueden enriquecer a un alma. Pero todas ellas eran virtudes propiamente cristianas: el renunciamiento, la humildad, el despego del mundo, el espíritu de penitencia, el ascetismo, la castidad—no la del cuerpo, que es vulgar, sino la del espíritu—. Experimentaba un bienestar infinito que sentía por vez primera el grato olor de las virtudes cristianas.

No hay duda, me decía, que también entre los incrédulos existen grandes almas. Aunque muy raras. Hay en ellos desinterés, valor, bondad, hasta en los que viven más alejados de la Iglesia, según puede verse. Pero, ¡cuántas veces en el estado de depuración a que me conduce el Señor, se me aparecen, en definitiva, esas virtudes como groseras! ¡Cuántas me parecen insuficientes para una alma verdaderamente fina! Pensaba en los más hermosos ejemplos de virtudes que me había propuesto el mundo sin Dios en que había vivido. Las estimaba miserables al lado de lo que sabía de los Santos, y de su modelo, Jesucristo. Verdad es que ser un

buen padre de familia, ser una esposa virtuosa, cumplir con toda honradez su deber humano, ya es algo. Pero creo que es poco ante la mirada de Aquel que ha impuesto a las almas verdaderamente escogidas, exigencias mucho más pesadas que las de la moral humana.

Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. (LUC. XIV, 26.)

... Qui enim voluerit animam suam salvam, facere, perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. (MATT. XVI, 25.)

Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, Ipsum solum manet; si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. (JO. XII, 24-25.)

Vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. (JO. XVI, 20.)

Beati eritis cum vos oderint homines. (LUC. VI, 22.)

Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris. (LUC. XII, 35.)—*Perfecti estote.* (I. COR. XIV, 20.)

Estas órdenes terribles acudían a mi memoria, y me decía que era Jesús, sólo El, quien había dado tales órdenes. "Morid para vosotros, sed humildes, perdeos en mi amor." ¿Qué son los pobres mandamientos "laicos" al lado de esta abundancia espiritual, de esta fuerza soberana, de esta plenitud que se exhala de las más pequeñas palabras de Jesús? Y luego pensaba en aquellos que habían ejecutado fielmente estas órdenes, volvíame a los Santos y a los Bienaventurados, y no podía negar que mueran los más altos ejemplares de humanidad que hayan

aparecido en el mundo. Por eso, después de las miradas amorosas dirigidas al Paraíso, no podía pensar en que el deseo de las virtudes más suaves me fuera prohibido para siempre.

La religión que proclama tal moral, ¿puede ser falsa? Tal era la pregunta que había de plantearme; ése era el segundo paso que había de dar. Pues en mi sentir tenía tanto interés en que Jesús y su Iglesia tuvieran razón, que era necesario considerarlo por dos veces antes de proclamar su falsedad. No, la religión católica no era falsa. No hay duda que en ella existían dificultades, pero ninguna insuperable, y, por el contrario, si se las superaba, todo aparecía como perfectamente hermoso y armonioso, tanto en nuestro corazón como en nuestra alma.

Supongamos, me decía yo, resuelto ya el problema. Entonces tenemos un sistema del mundo, coherente y magníficamente ordenado; poseemos una moral que nada la iguala. Inmediatamente, una luz milagrosa se distribuye por los rincones y recovecos más oscuros de nuestra alma. Eso quiere decir que la solución es buena.

Al llegar a este punto, ¿qué podía hacer yo sino bendecir con todas las fuerzas de mi ser a Aquel que se había dignado enviarme tales advertencias? No solamente le bendecía yo, sino que bendecía también mi miseria, puesto que en medio de ella había descubierto los tesoros infinitos que encubren los Evangelios.

“Bienaventurados los que tenéis hambre, porque estoy solo y desnudo. Pero cuando tenga hambre y esté triste, y me encuentre solo *por vuestro amor*, entonces mi dicha me hará morir. Todo ese

hambre y esa tristeza no son más que una imagen de esa otra hambre, de esa tristeza mortal que me enviáis, Señor, pues me la prometéis en este mismo momento.

“Venid a mí todos los que sufris y estáis cargados con un enorme peso, que yo os sostendré.”

Dios mío, heme aquí, pues; estoy desnudo, me hallo sobre un horrible estercolero y, como Lázaro, antes de que le tocáseis, exhalo un olor fétido. ¡Oh, Dios de misericordia, aquí tenéis mi alma, que os entrego, con el fin de que no posea absolutamente nada, ni siquiera ella!

El 13, en Erchamar, nos encontramos con el convoy de víveres que volvía de Port-Etienne. Contenia provisiones de toda especie, por lo que divisamos con gran alegría a nuestros valientes Regueibat, en el mismo momento en que abandonaban el pozo. Saqué una buena cantidad de vituallas, comí hasta saciar mi hambre, y, naturalmente, olvidé las grandes lecciones que me habían dado las pruebas sufridas en el Adrar Suttuf. Pues así es nuestra alma miserable, que cuando no está socorrida por el mismo Jesucristo, trata de volar, pero vuelve a caer, impotente, y parte de nuevo, y cae otra vez, con las débiles alas replegadas. Sentíame gozoso con mi encuentro, tanto más cuanto que, si sufrí con mi ayuno, no lo había hecho menos al ver la penuria en que habían permanecido mis tiradores durante tanto tiempo, sin quejarse siquiera una sola vez.

Sin embargo, debíamos continuar nuestro camino. Tenía perdida la esperanza de atrapar al mex-

bur que había amenazado por un instante nuestro convoy, pero lo esencial para mí era que este convoy pasara sin obstáculos, y eso ya estaba asegurado. Sólo me atormentaba el enigma de mi pobre Kunti, enigma cuya terrible solución adivinaba.

El 15 llegamos a Tichelé, nuestra última etapa antes de Zug. Estábamos a 500 metros de la boca del pozo cuando me llegó a la nariz un olor fuerte a cadáver. Dirigí la vista a mi alrededor y descubrí a varios metros del sitio en que me encontraba una forma negra que me parecía de un hombre. Bajé del camello y me acerqué. ¡Lo que tenía ante mí era un cadáver, y en qué estado! La cara había sido desmenuzada por los chacales; la piel, negra y disecada, aparecía hinchada en algunos sitios; un pie reducido al estado de momia, yacía a algunos pasos de él, y todo exhalaba un olor insoportable. Al momento pensé en Kunti. El reconocimiento del cuerpo no era difícil de hacer, pues a Kunti una bala le había arrancado en otros tiempos el ojo izquierdo. Sin embargo, la cabeza estaba tan desconocida, que vacilé un momento. Al fin hube de rendirme: quien tenía delante de mí era, efectivamente, él. Después de un examen atento, reconocimos que había recibido dos heridas, una en la cabeza y otra en el costado derecho. Muy cerca del lugar en que descansaba, encontré ocho peines de cartuchos. Kunti era el mejor tirador que he conocido entre los moros; seguramente debió defender cara su vida. Mientras contemplaba este horrible despojo humano, mis guerreros descubrían en un hueco de las peñas otros dos cadáveres: eran los de dos Uled Delim, muertos por Kunti. Conociendo de tiempo atrás el valor de este moro y sus cualidades de tirador, no

dudé jamás de que no hubiese herido a otros Uled Delim, y, sobre todo, no dudé de la impresión que debió causar a sus asaltantes por su sangre fría y valor. "Así sabrán los disidentes, me decía a mí mismo, que los que vienen a nosotros no son los moros peores." Y este pensamiento me consolaba, en la pena vivísima que sentía.

Más tarde pude recoger algunos datos sobre aquella hermosa muerte: Kunti había disparado nueve cartuchos. De estos nueve, tan sólo se perdieron dos. Dos de los asaltantes quedaron muertos, dos heridos, y, finalmente, cayeron tres camellos. Por otra parte, el examen de las huellas me mostró que Kunti, en el momento en que recibió los primeros tiros, llegaba del Norte. Supuse, pues, que dejó el pozo de Tichelé, que luego se perdió y que al no poder encontrar de nuevo su camino, resolvió regresar al pozo. Y allí es donde le esperaban los miserables, en número, probablemente, muy numeroso.

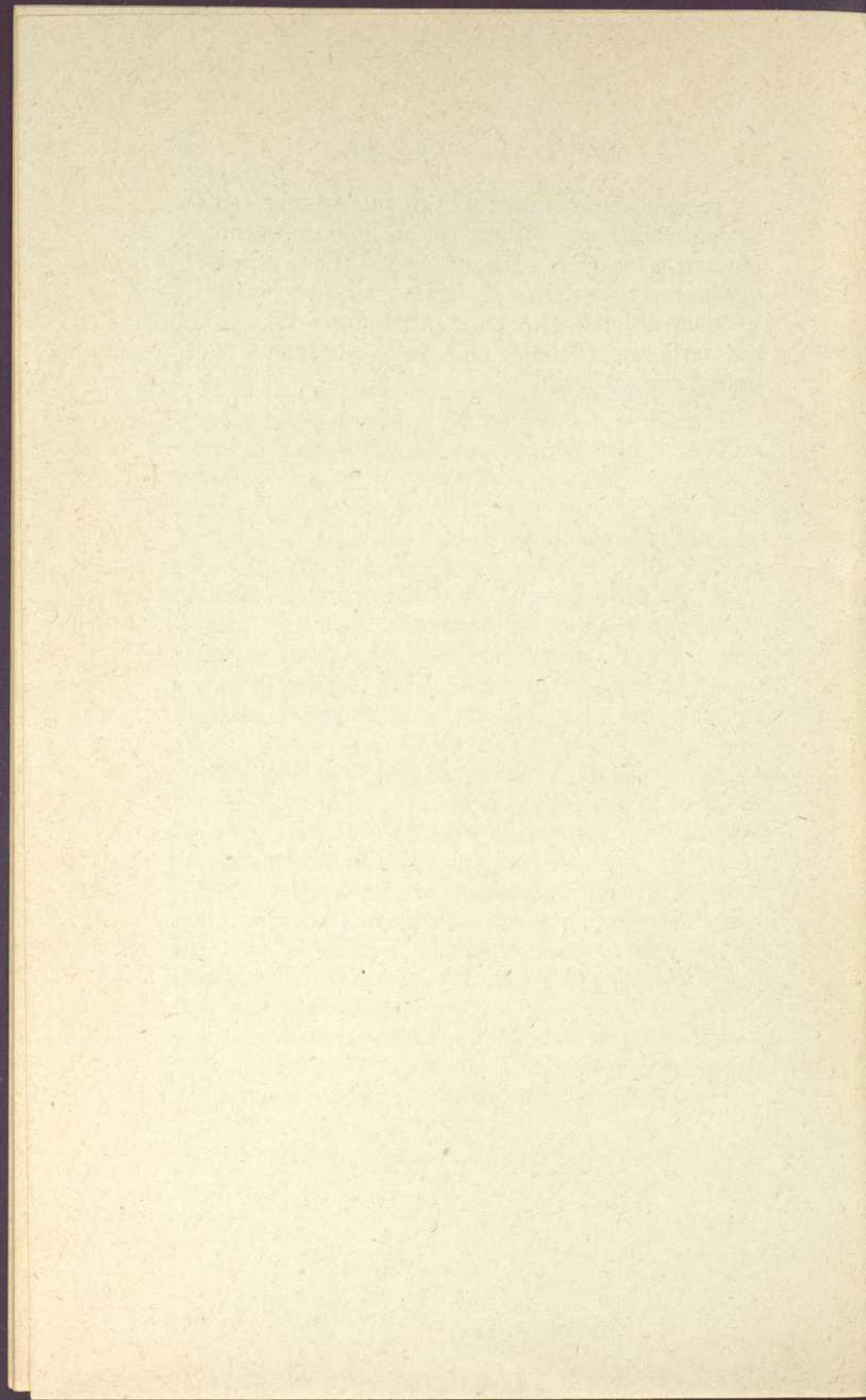
Hermosa raza ésta, capaz de grandes virtudes. En verdad que no serán condenados por la justicia de Dios, aunque sean herejes, los que mueren valerosamente en el combate.

Pero si la salud puede asegurarse con tan poco gasto, si ello es posible hasta en la herejía, ¿por qué atormentarnos? Permanezcamos fuera de la Iglesia, y Dios nos reconocerá a pesar de ello. Esto es lo que dicen los perezosos.

Y, sin embargo, no tenemos derecho a ser perezosos. Somos de una raza elegida entre todas, y, en verdad, que nos será exigido más, mucho más, que al pobre Kunti.

Me parece que somos comparables al siervo que

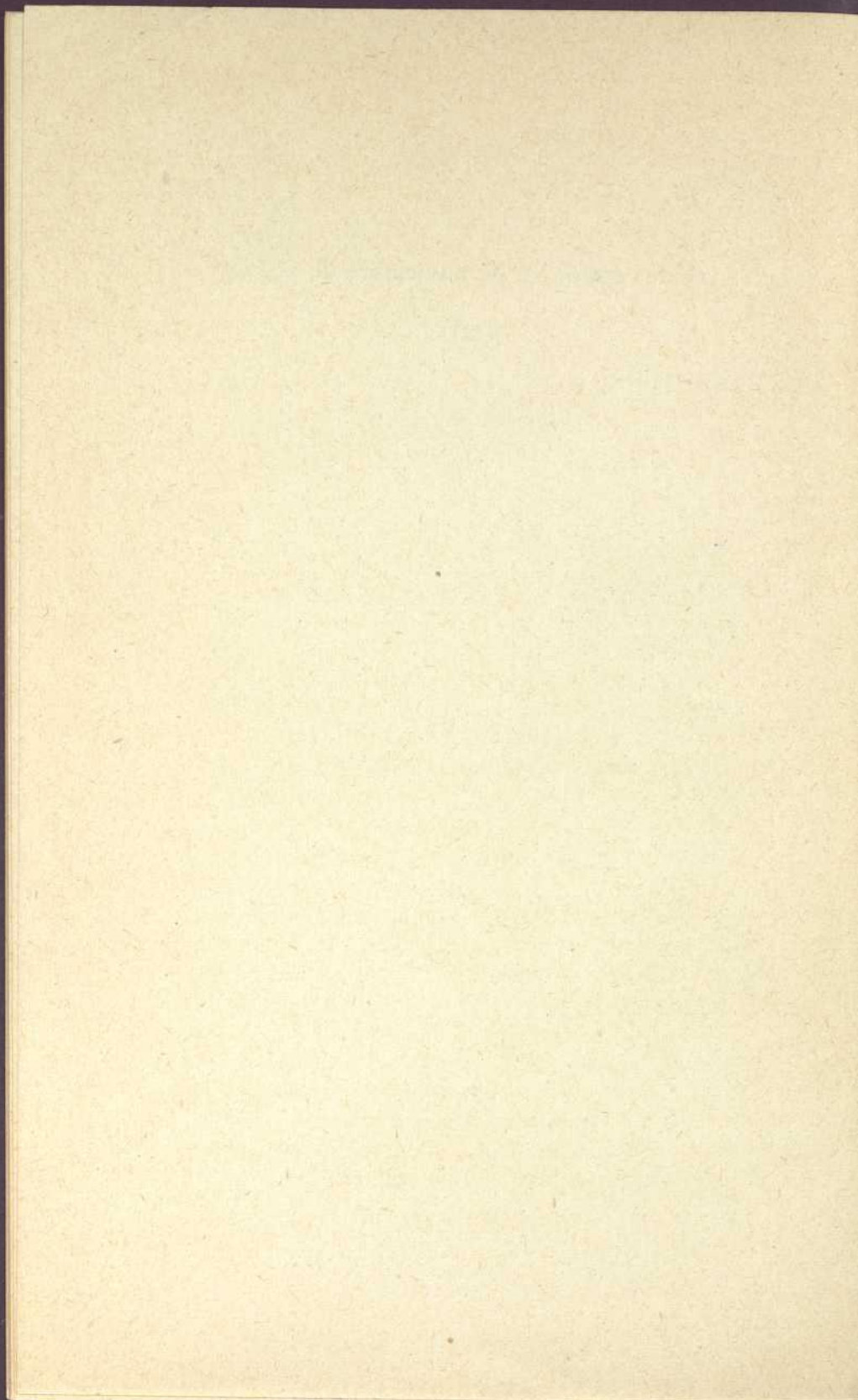
ha recibido cinco talentos. Los moros representan al que recibió uno. El que sólo recibió un talento lo enterró en la tierra. Es excusable. Pero el siervo que ha recibido cinco, *secundum propriam virtutem*, los hace fructificar y gana otros cinco. En verdad que sería imperdonable no hacerlo. ¿Seremos, pues, unos "siervos inútiles"?





18 de agosto - 16 de noviembre de 1912

XVI



AL regreso de este reconocimiento tan movido, encontré en mi campamento de Zug al teniente M., que venía a tomar el mando del pelotón de meharies. Durante dos meses continué con este encantador compañero mis melancólicos vagabundeos de pasto. Zug, Adekmar, Tintuadan, Agoatim, son los nombres sin gloria de nuestras estaciones. Pero entonces tenía prisa por regresar a Francia con el fin de comenzar allí una vida nueva y lavarme de todas mis miserias, que veintiocho años de impiedad habían amontonado sobre mí. Cuando íbamos de camino mirábamos con enfado nuestra *Smalah*, cuya confusión me divertía otras veces. Eran filas y más filas de camellos, masas chiquitas de meharistas agrupados en la llanura como en un tablero de ajedrez, mujeres por todos los lados, pastores, chicuelos, borriquillos, guerreros... ¿Qué nos faltaba? Y la marcha vermicular iba haciéndose con acampados y descampados alternativamente, extendiéndose o replegándose todos los grupos, lo mismo en anchura que en profundidad. ¡De qué manera me recordaba esta multitud la imagen de mi alma!

Había llovido, por lo que en el fondo de las dunas subsistían algunas charcas de agua, y no había nada más inesperado, más encantador que estas "dayas" cuando la puesta del sol las teñía de rosa. Señalaban nuestras etapas. Durante mucho tiempo tuvimos ante la vista la elevada montaña de Zug. Luego, nuestras correrías nos acercaron a la montaña de Adekmar, y ésta fué la que contemplamos a partir de entonces, en las múltiples incidencias de una marcha aparentemente desordenada. Luego, como final, el pico de Agoatim nos fué guiando, y erramos por los bordes de su horrible Sebjra.

A veces la magnífica visión del Sáhara nos sumía en un arrobamiento. Así fué cómo un día vimos un inmenso rebaño de camellos que seguían a un mozuelo solitario. Estos pastores siguen a los animales, al azar de su fantasía y sin que les guíen de ninguna manera. Pasan así meses y meses en plena maleza, alimentándose con la leche de las camellas y limitándose a obedecer sus errantes caprichos. Van vestidos con algunos girones de tela, y no tienen el más pequeño abrigo. Por eso están cocidos y recocidos por el sol y casi tan negros como los negros. ¡Terrible y magnífica vida!

Pero, al fin y a la postre, todas esas austeras bellezas del desierto no bastan. Me daba cuenta de que Dios me llamaba a otra parte.

Llegó el día en que hube de abandonar a M. y a mis valientes compañeros de armas, para alcanzar Atar, y desde allí, a través de cuatrocientos kilómetros por el desierto, la blanca Podor, de donde había salido justamente hacía tres años. La despedida fué más triste de lo que había creído. En el momento de abandonar a los que habían compartido con-

migo los peligros de mi existencia, vivido las mismas horas de destierro y experimentado idénticas fatigas, me di cuenta de qué modo estaba unido a ellos y con qué cariño tan profundo y verdadero! No hay vínculo tal vez que valga más que aquel que atan las mismas pruebas y los mismos trabajos. También M. me veía partir con tristeza. El país estaba bastante revuelto. La muerte de Kunti, la de Sueid, el levantamiento de nuestras patrullas, la marcha en disidencia de los Regueibat y de los Yaggut eran horas muy difíciles que le estaban reservadas al desdichado teniente, el cual, solo y en pleno desierto, tenía la responsabilidad de cerca de doscientas vidas humanas. Y en ese momento crítico era cuando yo tenía que abandonar a M. a su azarosa suerte. M. tenía pensamientos sombríos. Debían realizarse cruelmente, pues, dos meses después de mi marcha; ese valiente soldado se dejaba asesinar con toda su tropa en el pozo de Liboirat, a poca distancia del lugar donde yo le había dejado.

El 15 de octubre de 1912, cuando abandonaba el campamento de Agotim, sentí dentro de mí como un enorme desgarramiento. Todo un período de mi vida caía bruscamente en el pasado. Un enorme y sombrío hoyo se abría detrás de mí. Un pesado crepúsculo se desplomaba sobre mis años de miseria.

Pero también se levantaba un alba, un alba de juventud y pureza y una claridad celeste envolvía el horizonte que ante mí se abría. Esta vez sí sabía adónde iba. Iba hacia la Santa Iglesia, católica, apostólica y romana. Iba hacia la morada de paz y de bendición; iba hacia la alegría, hacia la santidad; iba, ¡ay de mí!, hacia mi curación. Y pensando entonces en esa verdadera madre que desde hace

años me esperaba allá lejos, a través de dos continentes y que desde lejos me tendía sus brazos que todo lo perdonan, lloraba de felicidad, de amor y de reconocimiento.

Sí, lo que me llamaba desde allí, desde mi dulce patria, era una verdad magnífica. Todo el orden cristiano se me aparecía en un cielo rejuvenecido; un templo inmenso y majestuoso, edificado sobre sólidas piedras; un templo de Razón y de Sabiduría divina se levantaba ante mí, y todas las líneas de este templo eran tan derechas, tan puras, tan lisas, que, ante él, no se podía desear más que vivir eternamente a su sombra, lejos de los prestigios y las vanidades del mundo.

I.—En el fondo del cielo veo a la beatísima Trinidad: El Padre, la primera Persona, no engendrada por nadie; el Hijo, la segunda Persona, a la que engendró el Padre antes de los siglos; el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Tres Personas y, sin embargo, una sola substancia. Tres personas que sólo se pueden distinguir por sus propiedades respectivas, pero cuya substancia es única, igual en gloria, eterna y omnipotente. Veo la adorable fecundidad del Padre que, al considerarse y conocerse a Sí mismo, engendra al Hijo, por una generación incomprensible, por una generación *fuera del tiempo*. Veo al Hijo, al Verbo increado, igual al Padre, coeterno y consubstancial. Veo su mutuo Amor, al Espíritu Santo, que une para siempre a Aquel que engendra con Aquel que es engendrado, igual a uno y al otro, procediendo del uno y del otro.

En mi alma veo tres cualidades: el ser, la voluntad, el conocimiento. Soy, quiero y conozco, tres cualidades distintas en una sola y única alma, hecha a imagen de Dios. El Ser produce el conocimiento y la voluntad. La voluntad procede del Ser y del conocimiento. El conocimiento no procede de la voluntad, pero es engendrado por el Ser. Si yo fuera una naturaleza en la que todo fuese substancial, sin que ningún accidente pueda sobrevenir a la substancia, yo sería tres personas subsistentes en una sola substancia; es decir, sería Dios. De donde se sigue que el temible misterio está primero en mi alma antes de estar en Dios. (Ver BOSSUET, *Elevations*. II.^a sem. VI.^a Elev. Edic. Guillaume. II. 184.)

Me veo obligado a confesar a la Santísima Trinidad, bajo pena de reconocer la impostura de los Evangelios y de toda la Sagrada Escritura, impostura tan grosera que sería imposible admitir que tan sólo diez personas pudieran creerla. En todo el Antiguo Testamento se halla anunciado el Hijo de Dios, y está mencionado el Espíritu Santo. ¿No se dice, desde las primeras líneas del Génesis: "El Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas"? En los Evangelios, Jesucristo se dice Hijo de Dios.

Patrem suum dicebat Deum, aequalem se faciens Deo. (JUAN, V. 18.)

Princeps sacerdotum ait illi: Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus, Filius Dei.—Dicit illi Jesús: Tu dixisti. (MAT. XXVI. 63-64.)

En otra parte, Jesucristo dice a los Apóstoles: *Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos*

in nomine Patris et Filli et Spiritus Sancti. (MAT. XXVIII, 19.)

II.—En el fondo del cielo también veo a Jesucristo, el dulce Señor de los Cristianos, mi Redentor. Allí es donde tiene su trono, con su cuerpo glorioso, que nada humano nos lo puede representar, puesto que ese cuerpo ha sido formado por el Espíritu Santo y con la sangre purísima de la Virgen Santísima, glorificado después, es decir, hecho perfectamente luminoso, incorruptible, dotado de ubicuidad, de transparencia, de ligereza absoluta y de inmortalidad. Ahora bien, si una fe se niega a adherirse a ese misterio, sé, por lo menos—por el testimonio de Lucas, especialmente—, que los once apóstoles contemplaron ese glorioso cuerpo en su regia ascensión.

Et, cum haec dixisset, videntibus illis, elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum. (ACT. AP. I. 19.)

También concibo la razón de este misterio, que nos la da San Pablo:

Non enim in manufacta sancta Jesus introivit, exemplaria verorum, sed in ipsum coelum, ut appareat nunc vultui Dei pro nobis. (HEBR. IX, 24.)

La gran misión de Jesús es nuestra redención, Es su amor por nosotros. A partir de entonces se presentará ante su Padre como abogado nuestro. “Al entrar en el Cielo, El nos ha abierto las puertas que estaban cerradas por el pecado de Adán. (Catec. del S. Concilio de Trento, ed. Desclée, pág. 91.) Y al entrar en el Cielo como hombre, hizo sentar a la naturaleza humana a la diestra de Dios, dando así la seguridad a todos los cristianos que son *sus miembros*, de volverla a encontrar un día y unirse a El

en la gloria celestial. Seguridad que no es indigna de lo que nosotros sentimos de infinitamente grande dentro de nosotros mismos.

III.—Ahora bien; este cuerpo glorioso que está *realmente* en el cielo, Jesús lo tenía de la Virgen María, en quien le plugo encarnar, lo que justifica el culto de hiperdulia debido a la Santísima Virgen en la religión católica. Es verdaderamente admisible que la Santísima Virgen fuera concebida según el orden absolutamente natural, pero también sin mancha original, con el fin, según dice la oración de la Iglesia, de que fuera preparada habitación digna para Jesucristo:

Deus, qui per immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum praeparasti.
(Oración de la misa en la fiesta del 8 de diciembre.)

Y eso es lo que ha proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción, en el que creen todos los cristianos, aun antes de que fuera proclamado oficialmente por Pío IX.

Concebimos el nacimiento del Salvador con ayuda de la comparación que propone el Concilio Tridentino:

“Igual... que los rayos del sol atraviesan el cristal sin romperle ni dañarlo, así, pero de un modo mucho más maravilloso, Jesucristo nació de su madre, que conserva el privilegio de la Virginidad.”
(Cat. del S. Conc. de Trento, pág. 53.)

María es uno de los polos de la Redención, como Eva es el otro:

Sumens illud Ave
Gabrielis ore,

*Funda nos in pace,
Mutans Hevae nomen.*

Pues por Eva somos hijos de la cólera, y por María, hijos de la Gracia. Y estamos infinitamente bajos por nuestra descendencia de Eva, e infinitamente altos por la trascendencia de Jesucristo, que nos fué dado por la Santísima Virgen. Reunimos aquí todas las observaciones psicológicas que hace Pascal respecto a la grandeza y bajeza de nuestra naturaleza.

El mismo día de la caída de Eva, Dios dejaba entretener la salud y anunciaba la Inmaculada:

Ipsa conteret caput tuum. (Gen., III, 15.) Le dijo a la serpiente: "Ella aplastará tu cabeza."

Este privilegio inaudito de la Virginidad, María lo tenía del Espíritu Santo, es decir, sencillamente de Dios. Pues es costumbre de los Sagrados Libros atribuir el Amor al Espíritu Santo, y la Encarnación de Nuestro Señor es la prueba más inmensa de su Amor a nosotros. Pero ya se sabe que las Tres Personas no obran una sin la otra, y que la Encarnación es una decisión de las Tres Personas de la Santísima Trinidad. (Cat. del S. Conc. de Trento, pág. 49.)

"Una Virgen concebirá y parirá un hijo", había anunciado Isaías. (Is., VII, 14.)

Y aun antes de las palabras de María, Santa Isabel había dicho: *Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me?* (Luc., I, 43.)

Ni que decir tiene que este misterio de la Encarnación es, como los otros, incomprensible y sobrepasa en absoluto nuestra inteligencia. Pero, por la luz de la razón, podemos acercarnos a él y ver que no hay obstáculo ninguno en creerlo.

No podemos saber tampoco lo que era el Cuerpo de Jesús, formado así por el Espíritu Santo y la sangre infinitamente pura de la Virgen María. Pero puede suponerse que tenía una delicadeza infinita, con el fin de que los sufrimientos de la Pasión fuesen allí infinitamente grandes y de este modo se realizase nuestra Redención. La Iglesia nos enseña que Jesús reunió en Sí la perfección de la naturaleza divina y la perfección de la naturaleza humana. Es perfecto Dios y perfecto hombre. Posee todas las propiedades de la naturaleza divina y todas las de la naturaleza humana; las primeras porque es Dios; las segundas porque son las condiciones de la Redención. Era menester que Dios sufriese *como hombre* para que nosotros fuésemos rescatados. Por eso tiene el cuidado de advertirnos que sufre real y físicamente por todas nuestras necesidades. *Sitio*, dice desde la Cruz; hasta sufre moralmente, con el fin de que la plenitud del sufrimiento sea para El: *Anima mea tristis usque ad mortem*. Y este sufrimiento es, justamente, inimaginable, primero, a causa de la naturaleza extremadamente delicada del Cuerpo de Jesucristo, y luego, porque Dios le negó por modo cierto los consuelos inefables que prodigó a sus Santos y a sus Mártires, y que Jesús, asumiendo toda la plenitud de la miseria humana, no podía recibir. Ni rescate, ni redención hubieran sido posible sin eso. Ahora bien, ¿de dónde procede la necesidad de la Redención?

IV. Creo en la caída, porque estoy obligado a reconocer la existencia del mal y del pecado, porque conozco mi miseria, miseria tan grande que ha sido menester nada menos que la Encarnación del mis-

mo Dios para remediarla. Todo en la naturaleza humana nos muestra un Dios perdido. "Pues si el hombre no hubiera estado corrompido, gozaría seguramente de su inocencia y de la verdad y la felicidad. Y si el hombre no hubiese estado más que corrompido, no tendría ninguna idea ni de la verdad ni de la beatitud... Poseemos una idea de la felicidad, y no podemos llegar a ella; sentimos una imagen de la verdad, y sólo poseemos la mentira." (Pascal, ed. E. Havet, VIII, 1, tom. I, pág. 115.)

Yo creo que el hombre antes de la caída era santo, porque reconozco en mí las huellas de esa antigua santidad, porque conozco mi grandeza, grandeza tan grande que el Salvador no se ha negado a tomar mi propia naturaleza, haciéndose, según dice San Pablo, el primogénito entre muchos hermanos. (Rom., VIII, 29.)

¿Cómo ha permitido Dios la caída? Porque ha creado al hombre a su imagen, y, por tanto, *libre*. Porque la libertad es el más hermoso de los dones que El ha creado. Si el hombre no hubiera sido libre de escoger entre el Bien y el Mal, hubiese sido bestia y no hombre.

Por otra parte, permitiendo la caída, Dios permitía la Redención. De ahí la *felix culpa* de la Iglesia. Así, pues, el hombre puede usar de su libertad contra Dios. Pero Dios —ser infinitamente bueno— todo lo vuelve para gloria suya y para utilidad nuestra. Así, pues, la Falta existe, pero Dios la torna en provecho suyo sirviéndose del mismo Mal para crear el Bien.

La transmisión del mal no es dificultosa. Al parir, Eva había de producir un cuerpo y un alma a imagen suya, como se ve en toda generación. Es-

tamos ante una ley instituída por Dios desde la eternidad y su efectos los vemos en todas partes. Si rechazamos esta transmisión, somos incomprensibles para nosotros mismos. "El hombre es más inconcebible sin este misterio que este misterio es inconcebible al hombre." (Pascal, VIII, 1; tom. I, página 115.)

Desprovistos de la luz de la fe, ¿cómo nos acercaríamos a dicho misterio? Sin embargo, puede admitirse que la ruina del hombre fué tan grande después de la caída que ningún Ser, sino el propio Hijo de Dios, podía remediarlo. "Sólo podía El, revisitiéndose de la enfermedad de nuestra carne, destruir la malicia infinita del pecado y *reconciliarnos con Dios en su sangre*." (Cat. del S. Conc. de Trento, ed. Declée, pág. 36.)

Concíbese bien que las dos naturalezas —la humana y la divina— debieran estar mezcladas en un solo ser para que la naturaleza humana se reconciliara con la divina.

¿Cómo se realizó en el tiempo esta Redención? Fué anunciada por Dios, desde la falta de Eva. Fué revelada a Abraham. Ha sido profetizada por David, por Isaías, por Daniel, por muchos profetas de la antigua Ley. Jesús llega, prueba su divinidad por indudables milagros, luego se entrega a la muerte, en la hora elegida. *Nemo tollit (animam meam) a me; sed ego pono eam a me ipso, et potestatem habeo ponendi eam, et potestatem habeo iterum sumendi eam: hoc mandatum accepi a Patre meo.* (Juan, X, 18.)

Hace decir a Herodes: *Ecce ejicio daemonia, et sanitates perficio hodie et cras, et tertia die consummor.* (Luc. XIII, 32.)

Finalmente, el día que ha señalado, avanza hacia sus enemigos, diciéndoles: "Yo soy" *Ego sum*. (Juan, XVIII, 5.)

Ahora bien, según San Pablo, convenía que el Hijo de Dios muriese: *ut per mortem destrueret eum qui habebat mortis imperium, id est, diabolum*. (Heb., II, 14.)

El mismo Jesús había dicho: "El príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera." (Juan, XII, 30.)

La Pasión de Nuestro Señor nos ha reconciliado con Dios, porque fué un verdadero *Sacrificio*.

San Pablo: *Et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis*. (Ef., V, 2.)

Seguro es que el consejo de la divina Providencia en este asunto de la Redención es asombroso. Pero, ¿quién sabe si la Providencia no ha obedecido a la gran Ley que ella misma había instituido, la Ley del Rescate y de la Reversibilidad? El mismo Dios no ha podido derogar esta Ley de equilibrio, en la que, ciertamente, se complace. De modo que, en su perfecta bondad, deseando nuestra salud, no podía asegurarla de otro modo, sino ofreciéndose a sí mismo, su propio Hijo. Pues, ¿cuál otra oblación hubiera sido suficiente para compensar la potencia del mal? ¿Y qué hubiese sido ofrecido a Dios sino el propio Dios? Porque el hombre estaba caído y su libertad no se ejercía sino para el mal. Y los Angeles, con todas las potencias celestes, no bastaban para rescatar a su hermano caído, por no ser, como él, sino simples criaturas. De modo que, desde este punto de vista, la Redención no es la obra de la voluntad particular de Dios —en

otros términos, un milagro—, sino, al contrario, la realización perfecta de una Ley divina instituída por toda la eternidad.

Un rey tiene un siervo fiel al que ama con gran cariño. El hijo de este siervo comete un crimen abominable. Pero el padre intercede cerca del rey, y sus méritos sirven al culpable. El rey, considerando las virtudes de su siervo, perdona la falta del hijo. He ahí un ejemplo de esa excelsa ley humana y divina de la Reversibilidad de la Inocencia sobre la Falta, ley a la que Dios, de ningún modo, ha podido substraerse, puesto que El mismo es quien, con su perfecta sabiduría, la ha establecido. (J. de Maistre.)

Esta gran idea del rescate nos da cuenta de la posibilidad del mal en la economía del plan divino. No se trata ya de maldecir, puesto que el mal existe, sino de bendecir, porque se encuentra siempre bien suficiente para rescatar el mal. Lo que importa es la balanza final y que todo mal queda pagado, no sólo por los méritos infinitos de Jesucristo, sino también por todas las buenas obras que podamos realizar. Dios no puede querer el mal, pero tampoco suprimir la posibilidad del mal en el hombre, sin arruinar nuestra libertad. Un único remedio: la Redención. La inocencia paga por el crimen, y es como si el crimen no existiera.

Por otra parte, la Redención, tal como se realiza sobre la Cruz, salvaguarda ese bien que nos ha sido dado por Dios: la libertad. Pues si Jesús ha muerto por todos —*Jesu, redemptor omnium*, dice la Iglesia— no es menos cierto que la Gracia de Jesucristo está reservada a las almas de buena voluntad que merecen recibirla. (*Himno de Vísperas*

de Navidad.) No era menester que la Pasión de Jesús asegurase nuestra Salud, sin ninguna intervención por nuestra parte, pues Dios desea reservar nuestra libertad. Pero era necesario que esa salud fuera posible para todos, y, de hecho, no podemos conocer, en manera alguna, aquellos a quienes les está reservada la Gloria celestial. En el último día Jesucristo convertirá a todo el mundo; pero dice magníficamente Pascal: "No es de ese modo como ha querido aparecer en su *advenimiento de dulzura*." (Ed. E. Havet. Art. XX, 1; tom. II, página 47.)

No ha querido aparecer de una manera demasiado manifiesta, para salvaguardar la libertad y para que en ello haya un mérito en seguirle; ni de un modo demasiado oculto, para que pudieran encontrarle las almas de buena voluntad.

¿Cómo procede una religión que no reconoce la Redención? Pues tropieza con esta contradicción: Dios es infinitamente bueno, y el mal existe, mientras que los cristianos dicen con Pascal: "Nuestros pecados jamás serán objeto de la misericordia, sino de la justicia de Dios, *si no son de Jesucristo*. El ha adoptado nuestros pecados y nos ha admitido en su alianza; porque las virtudes le son propias, y los pecados extraños; y las virtudes nos son extrañas y nuestros pecados nos son propios." (Pascal, XXV, 105; tomo II, pág. 173.)

En el orden humano creo, por ejemplo, que los crímenes políticos de Francia son rescatados y de una manera muy amplia, por la sangre que vertemos en las colonias. Es imagen de la Redención.

V. Ahora bien, siendo este dogma el más hermoso de la doctrina cristiana, da cuenta, si se ad-

mite, de otros varios puntos, como son: la Comunión de los Santos, la teoría de las indulgencias, la utilidad del ascetismo.

Los mayores excesos de éste se hallan justificados por el deseo; el crimen, por el dolor.

La teoría de las indulgencias muestra que "no sólo el hombre goza de sus propios méritos, sino que las satisfacciones extrañas le son imputadas por la justicia eterna", si se ha hecho digno de tal favor. (J. de Maistre: *Soirées*, II, pág. 198.)

La Redención, sigue diciendo J. de Maistre, no es más "que una gran indulgencia concedida al género humano por los méritos infinitos de la inocencia por excelencia, voluntariamente inmolada por él".

Aún más: estas satisfacciones que nos son imputadas son reversibles, a su vez, sobre la cabeza de los culpables. Así, pues, por una parte, la Iglesia nos aplica los méritos abundantísimos de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos, y por otra, nuestros mismos méritos pueden ser revertidos sobre otros, según la equitativa y misteriosa distribución que Dios hace de ellos.

Tal es el fundamento místico de la Iglesia. Según dicen los teólogos, es un Cuerpo cuya cabeza invisible es Jesucristo; el Papa, la visible, y todos los fieles sus miembros. Todas las gracias recibidas por los fieles, todas las buenas obras realizadas por ellos, se ponen en común y se reparten por la divina Providencia de tal modo que, por una manera absolutamente misteriosa, la salud sea al fin de cuentas, lo más fuerte. Pero los pecadores —hasta los herejes— pueden ser ayudados por los verdaderos fieles cristianos y recibir determinados fru-

tos de salud, si así lo quiere Dios, es decir, si eso importa para su gloria última y para establecimiento de su reinado. Se necesita y basta con que la balanza se incline hacia el bien. Pero estamos asegurados con ello, por sólo los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

VI. He ahí, pues, a la Santa Iglesia, católica, apostólica y romana. Es temporal y espiritual, y por eso, permite al hombre que no ha recibido la Gracia, pero que humildemente la desea, acercarse a la verdad. Y de hecho, ¿qué esplendor no se desprende de esa Iglesia? A aquel que hasta se encuentra fuera de ella se le aparece como un principio de orden, como un gran edificio de razón y de inteligencia, y al mismo tiempo como un edificio de amor y de cariño. En Ella todo es orden perfecto, todo es salud, todo sabiduría. En Ella todo aparece también como divino, todo lleva un testimonio de la divinidad. Y además, el modo de instaurarla. Los doce apóstoles. Pedro. La primacía de Pedro. En cuanto Pedro aparece, el Señor cambia su nombre de Simón por el de Cefas, es decir, Piedra. Pedro confiesa el primero la divinidad de Jesucristo: *Tu es Christus, filius Dei vivi*; y Jesús le responde: *Ego dico tibi quia tu es Petrus et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam*. Pedro recibe de Jesús el poder de las llaves: *Dixit Dominus Simoni Petro: Quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in coelis: et quodcumque solveris super terram erit solutum et in coelis*. Después de la Resurrección, Pedro es el primero que ve a Jesús en su Cuerpo glorioso, y entonces es cuando recibe la misión precisa que jamás fallará: *Petre, amas me? Pasces oves meas*. Pedro, primer Pontífice de la

Iglesia, establece su Sede en Roma, y serán sus sucesores, serán los Obispos de Roma, quienes recojan, después de su muerte, la herencia magnífica que le había dejado Jesús Nuestro Señor.

Pero, además, está la historia de la Iglesia. La promesa de Jesús a Pedro no ha dejado de realizarse. Sobre esa piedra romana ha sido edificada la Iglesia. Batida por todas las tempestades, desgarrada por las luchas, abrumada de tristezas, jamás ha dejado de mantener la integridad de la doctrina; jamás ha fallado en su papel de guardadora de la fe; y jamás, en fin de cuentas, se ha encontrado vencida, a pesar de los furiosos asaltos que ha sufrido. "Mil veces ha estado en vísperas de una destrucción universal; y todas las veces que se ha hallado en semejante situación, Dios la ha levantado mediante actos extraordinarios de su poder. Eso es lo asombroso y el que se haya mantenido sin doblegarse y plegarse a la voluntad de los tiranos." (Pascal, ed. E. Havet, XI, 5 bis, tomo I, pág. 72.)

La historia de nuestro tiempo confirma a maravilla esa visión de Pascal.

Nunca, ni aun en los momentos en que sus jefes eran indignos, la Iglesia ha perdido el ejercicio de sus derechos y de sus deberes. Y jamás el Papado, ni aun en los tiempos más funestos de su historia, ha dejado de asegurar la integridad y la unidad de la Iglesia, cuya custodia tenía.

El Papado conoce —siempre lo ha conocido— cuál es su misión sobrenatural. Conoce su eternidad, su primacía, que no es otra que la de Pedro, transmitida a través de veinte siglos de Historia.

"¡Cuántas veces se ha manifestado al asombrado mundo la resistencia de la Iglesia, en los mismos

momentos en que se pensaba que la Santa Sede no podía conservar su existencia sin mostrarse conciliadora! Precisamente entonces no se mostraba conciliadora; pero, llena de confianza en la ayuda de Dios, ha arriesgado su existencia..." (A. von Ruville: *Retour a la Sainte Eglise*. París, 1911, página 63.)

Durus est hic sermo, decían los judíos cuando Nuestro Señor les proponía que creyesen que su Cuerpo era verdaderamente un alimento y su Sangre verdaderamente una bebida. Si no hubiera sido verdad, ¿por qué les iba a haber planteado tal dificultad? ¿No le era más fácil no tener esta exigencia, esta intolerable exigencia? Si no hubiese sido verdad, Jesucristo alejaba de El, con alegre corazón, una enorme muchedumbre de hombres. Pero *era verdad*, y Jesús sabía que por su Gracia, los hombres también lo creerían. No podía sentir inquietud alguna, siendo como era la Omnipotencia.

El Papado ha seguido la tradición de Jesús. Muy a menudo, ante sus decisiones, el mundo ha estado tentado de decir: *Durus est hic sermo*. Y, sin embargo, el mundo se ha rendido a El. Porque constituye la verdad misma. Desde el punto de vista humano, la conducta del Papado es inexplicable —por ejemplo, en lo que concierne a la instauración de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Infalibilidad del Pontífice—. El establecimiento de estos dogmas, ¿no era absolutamente inoportuno? Pero el Papado jamás ha vacilado en enfrentarse con el mundo. Ello es así por ser, verdaderamente, de divina institución.

"Perecerían los Estados —dice también Pascal— si a menudo no se plegaran las leyes a la ne-

cesidad. Pero jamás la religión ha sufrido eso, y jamás ha usado de ello... El que esta religión se haya mantenido sempiterna e inflexible, eso sí es divino." (Ed. E. Havet, XI, 6; tomo I, pág. 174.)

El Papado es verdaderamente infalible por su institución, por su misión y por la realización secular de esa misión. Menester es que la piedra sobre la que tal Iglesia reposa sea infinitamente sólida. ¿Qué sería de la misión de la Iglesia si el Espíritu Santo no enviase a su Pastor luces especiales, cuando se trata de cumplir esa misión, es decir, salvaguardar la integridad de la fe? La infalibilidad es prenda del orden y el fundamento de la disciplina.

Ubi sunt duo vel tres congreganti in nomine meo, ibi sum in medio eorum. (Mat., XVIII, 20.)

VII. Ya hemos visto el primer advenimiento de Jesucristo, el que Pascal llama "de dulzura". ¿Cómo será, pues, la segunda venida? Será el día de la indignación del Señor y la consumación de toda justicia. Entonces, el Hijo del Hombre vendrá sobre las nubes del cielo, en medio de los ruidos y clamores de toda la tierra, y no humilde y oculto como en el Portal de Belén, sino que vendrá como Juez verdadero, y a unos les dirá: "¡Venid, benditos de mi Padre, *Venite benedicti Patris mei*", y a otros: "¡Apartaos de mí, malditos, *Discedite a me, maledicti*." (Mat., 34-41.)

Pues Dios ha dado a su Hijo el poder de juzgar: "Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo. Y le ha dado la potestad de juzgar en cuanto es Hijo del hombre." (Juan, V, 26.)

¿Cuál es la razón de esta última misión que to-

dos los Evangelistas reconocen en Jesucristo? Puede responderse que no nos será revelada sino hasta el último día. Adoptemos, por tanto, la hermosa explicación del Concilio de Trento: Nuestras acciones tienen una repercusión infinita; hasta después de nuestra muerte continúan ejerciendo una influencia buena o mala, y continuarán ejerciéndole hasta el último día del mundo. Será, pues, en ese momento cuando nuestras acciones podrán ser verdaderamente juzgadas; porque sus lejanas repercusiones pueden aumentar el castigo o la recompensa que le son debidos. (Cat. del Conc. de Trento, págs. 96 y 97.)

Las recompensas y los castigos serán discernidos a las almas como a los cuerpos, porque dice el Catecismo de Trento (pág. 97), "tanto en los buenos como en los malos, los cuerpos no son nunca extraños a los actos de esta vida. El bien y el mal pertenecen a nuestros cuerpos en cierto modo, puesto que nuestros cuerpos han sido el instrumento de uno y otro".

Los Evangelios nos enseñan que el Juicio será precedido de la conversión de toda la tierra: *Et praedicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus; et tunc veniet consummatio.* (Mat., XXIV, 14.)

Aquí nos sentimos presa de un verdadero sobrecogimiento. ¿Qué vemos en la predicación de Jesús? Palabras de victorias y palabras de derrotas: "Vosotros sois la sal de la tierra." (Mat., V, 13.) "Tened confianza, he vencido al mundo." Da a los Apóstoles la misión de extender el Evangelio por toda la tierra, *Predicate Evangelium omni creature.* (Mar., XVI, 15.) Y esta misión se realiza.

Pero al mismo tiempo es, como lo había anunciado San Juan Bautista, "signo de contradicción". Sabe que ha venido para "dividir este mundo", y proclama finalmente que la unión sólo se hará en el último día. De todos estos puntos, la marcha de la Historia ha mostrado la verdad de la doctrina evangélica.

Pero, en realidad, tal retraso es muy cruel. Dios podría alumbrar toda la tierra, y, en lugar de eso, priva a más de la mitad de los hombres de su Gracia y de su Salud. El fuego eterno, reservado a las tres cuartas partes de la especie humana, como la Iglesia nos propone que creamos.

—No, porque aquí entramos de lleno en un gran misterio, cual es la distinción del Cuerpo y del Alma de la Iglesia. Ahora bien, "cualquier alma que, *de buena fe*, ignore la obligación de adherirse al catolicismo, también puede formar parte del alma de la Iglesia". (Hugueny, *Critique et catholique*, página 208.) Pero en este mismo caso la fe católica es necesaria. Sí, mas si la fe es una, su desarrollo puede variar según las condiciones, las facultades y la vocación de cada creyente. Hasta puede reducirse a la "noción sencillísima de una autoridad soberana". (Hugueny, *ob. cit.*, pág. 209.) "Esta fe elemental... basta, lo mismo antes que después de la promulgación del Evangelio, para todos aquellos a quienes no ha alcanzado..." (*Id.*, pág. 211.) Ahora bien, todos los pueblos poseen la creencia en un mundo invisible y en un Ser supremo.

Todo ello procede de estas palabras de Nuestro Señor: *Omne peccatum et blasphemia remittetur hominibus; Spiritus autem blasphemia non remittetur.* (Mat., XII, 31.)

De ahí que todos los pecados del moro Sidia le podrán ser perdonados. Pero si, conociendo la excelencia de la religión católica, como yo la conozco, me niego, sin embargo, a adherirme a ella, este pecado no me será perdonado. Si yo no recibo el don de Dios, todo me puede ser perdonado. Pero si, recibéndole, le desprecio, caigo entonces en la maldición de Jesucristo.

Dejemos aparte esas blasfemias contra el Espíritu. ¿Qué vemos? Una infinidad de grados en la vida espiritual, una ascensión maravillosa que va desde las tinieblas, apenas traspasadas por un débil rayo divino, donde duerme el salvaje del Africa central, hasta la luz refulgente, donde se complacen y gozan los Santos más excelsos de la Humanidad. "La civilización —dice el Padre Hugueny— tiene sus hogares donde los pueblos reciben más o menos luz, según que participen más o menos de sus rayos... La misma economía regula el desarrollo de la vida sobrenatural y, en particular, el papel de la Iglesia católica en el mundo." (*Ob. cit.*, página 218.)

Los musulmanes no tienen esta idea. Por eso Sidia me cree firmemente condenado al fuego eterno. Condena al fuego eterno a todos los humanos, salvo al grupo escogido de los musulmanes. Creencia absurda. Pero yo no profeso la idea de que Sidia está forzosamente condenado porque no sea católico. Por el contrario, creo que obtendrá más fácilmente su salud que el católico que haya rechazado la Gracia. Creencia cierta. Y, finalmente, el mismo Sidia conocerá la Verdad el día del Juicio, con el fin de que la Omnipotencia de Dios sea conservada y su manifestación resplandeciente.

VIII. Nos queda la Eucaristía. Nos referimos aquí al misterio reservado entre todos, a aquel que es verdaderamente privilegio de las almas de fe. ¿Cómo podría creer en ello sin la Gracia de los Sacramentos? Sin embargo, la palabra de Jesús me acucia. Es precisa. Es imperiosa. Prohíbe la duda. Imposible escapar a su rigor. "Tomad y comed, este es mi Cuerpo." (*mysterium fidei*, dicen en la Misa, las mismas palabras de la Consagración.) "Este es mi Cuerpo", el Mío, pues estoy presente y vivo entre vosotros. "Hacedlo en memoria de Mí..." Mateo, Marcos, Lucas dan idéntico testimonio, y Juan, el Amado, aquel que, en esa hora única, apoyaba su cabeza sobre el Pecho del Maestro, precisa la Promesa divina:

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. (Juan, VI, 54.)

Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam. (Juan, VI, 55.) ...

Caro enim mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. (Juan, VI, 56.)

Así, pues, no está permitida ninguna vacilación, ningún sesgo, ninguna escapatoria, ninguna sutileza. Menester es rendirse. En todo caso, se necesita escoger. Hemos llegado al punto temible en que hemos de hacer recaer sobre Jesús un juicio extremo. Si la institución eucarística es mentira, las palabras de Jesús son una terrible extravagancia: Si es verdad, ¿a qué grado de amor no seremos conducidos? Si la promesa es falsa, Jesús no es el hombre genial que se nos propone, sino, al contrario, el hombre más digno de nuestro desprecio. Si ella es verdad, El es, verdaderamente, un Dios. La Euca-

ristía es una prueba decisiva, a favor o en contra. ¿Elegiremos el Amor o el desprecio?

“¡Tal milagro es imposible! He ahí el único argumento de los enemigos de Jesús. Y el argumento es débil por ser de sentido común.

¿Imposible? Y, sin embargo, los Apóstoles que están sentados a la mesa Pascual, no lo dudan. El legado que el Maestro les transmite, lo aceptan, y tan pronto como El ha ascendido a los cielos, realizan fielmente lo que les fué ordenado. Los primeros cristianos que debían conocer el pensamiento de Jesús, no dudan de que la Eucaristía sea un verdadero Sacramento, transmisible por la vía sacerdotal, hasta la consumación de los tiempos. Durante veinte siglos, la Carne de Jesús es devorada por todos aquellos que buscan en el mundo una ayuda que socorra su debilidad. Durante veinte siglos, es la fuerza del caminante, la consolación del afligido y el verdadero alimento del pobre.

“Es imposible que la Eucaristía sea verdadera”, dicen ellos. Y eso es una pena. ¡Tenemos tanta necesidad de un socorro que nos venga de Dios, para que podamos ir hasta El! Veamos, por tanto, si esta misma imposibilidad no es prenda de certeza.

Si no fuera verdadera, ¿por qué Jesús nos habría pedido que creyéramos en una cosa imposible? Admito que sea imposible. Pero entonces su imposibilidad debía suprimir, retraer millares de seres de la comunión de Jesús, y Jesús carecía de habilidad, imponiéndola gratuitamente. Mas, por el contrario, se ha encontrado con que ésta locura era hábil. ¿No es, pues, porque era verdadera?

Si el sacramento eucarístico es verdadero, sobre nosotros caerán las bendiciones más ricas y posee-

remos verdaderamente la plenitud de la vida sobrenatural. Si es falso, nos veremos privados de esta bendición y de esta plenitud. Hay, pues, que considerarlo dos veces.

La Eucaristía es la piedra de toque. Seguramente no se puede imaginar nada más difícil de aceptar por la débil razón humana. Jesús nos ha pedido ya mucho. Pero aquí sobrepasa los límites. "Todavía un esfuerzo", dice. También esto *hay* que creerlo. No espero menos de vosotros. ¿No sois mis hijos muy amados? Uno vacila, tiembla, y luego baja la cabeza: "Sí, lo haremos. Por muy duras que sean vuestras exigencias, Os seguiremos, Señor, porque sabemos que poseéis las palabras de la vida eterna." Y, como Pedro, colócase uno al lado de Jesús, el Maestro único.

Pero si se le contempla y se le da vueltas, puede verse que este misterio, el más alto de todos, se halla, sin embargo, al alcance de los más humildes. La Carne de Jesucristo es el alimento de los pobres de espíritu, el de los desgraciados y los desheredados, el de los huérfanos y el de los viajeros. ¡Misterio más elevado aún que los demás! Y el pecador más miserable, desde que entra en la iglesia que ilumina la Presencia Real, se siente verdaderamente consolado por este Jesús que descansa allí, en toda su realidad, en el fondo del tabernáculo.

Pero aquí es donde la locura de Jesús semeja sabiduría. Nosotros queremos, por el contrario, que se halle El corporalmente en el Santísimo Sacramento, porque nosotros somos cuerpo y alma y queremos una manifestación corporal de lo divino. La comunión espiritual, la posesión directa del Espíritu de Dios está reservada a la visión beatífica.

Pero en tanto en cuanto estemos en esta tierra, esa comunión es incompatible con nuestros medios humanos.

Con el Cuerpo de Nuestro Señor es como deben nutrirse nuestras almas, mientras estén unidas a nuestros cuerpos.

Nada de todo esto, prueba, en definitiva, la Eucaristía. Pero la Iglesia —como la razón— la proclama. “Nada puede darnos semejante creencia si no es la Gracia de Dios.” Toda la cuestión está en saber si se debe desearla. Pero si se desea, el deber más neto es acudir al Sacramento del altar, pues semejante deseo no puede venir más que del Espíritu Santo.

En este cuadro, donde faltan los rasgos más hermosos, me parece que bien puede complacerse un alma ávida de verdad. Y, sin embargo, ¿qué son todas las razones, en relación con la única “razón”, que es la Gracia de Dios? ¿Qué son estos débiles destellos, en relación con el Esplendor de la Gracia? Sabemos por los Santos, por los confesores y los mártires, por las Vírgenes y las Viudas, lo que puede ser la fe y lo que puede hacer. Esta fe ¿procede del hombre o de Dios? Y si viene de Dios, ¿no haremos todos los esfuerzos para merecerla?

El día en que el alma se siente ávida de eternidad, el día en que desea verdaderamente *una* verdad, ese día ha realizado la gestión más importante, la única que le es pedida. El resto pertenece sólo a Dios.

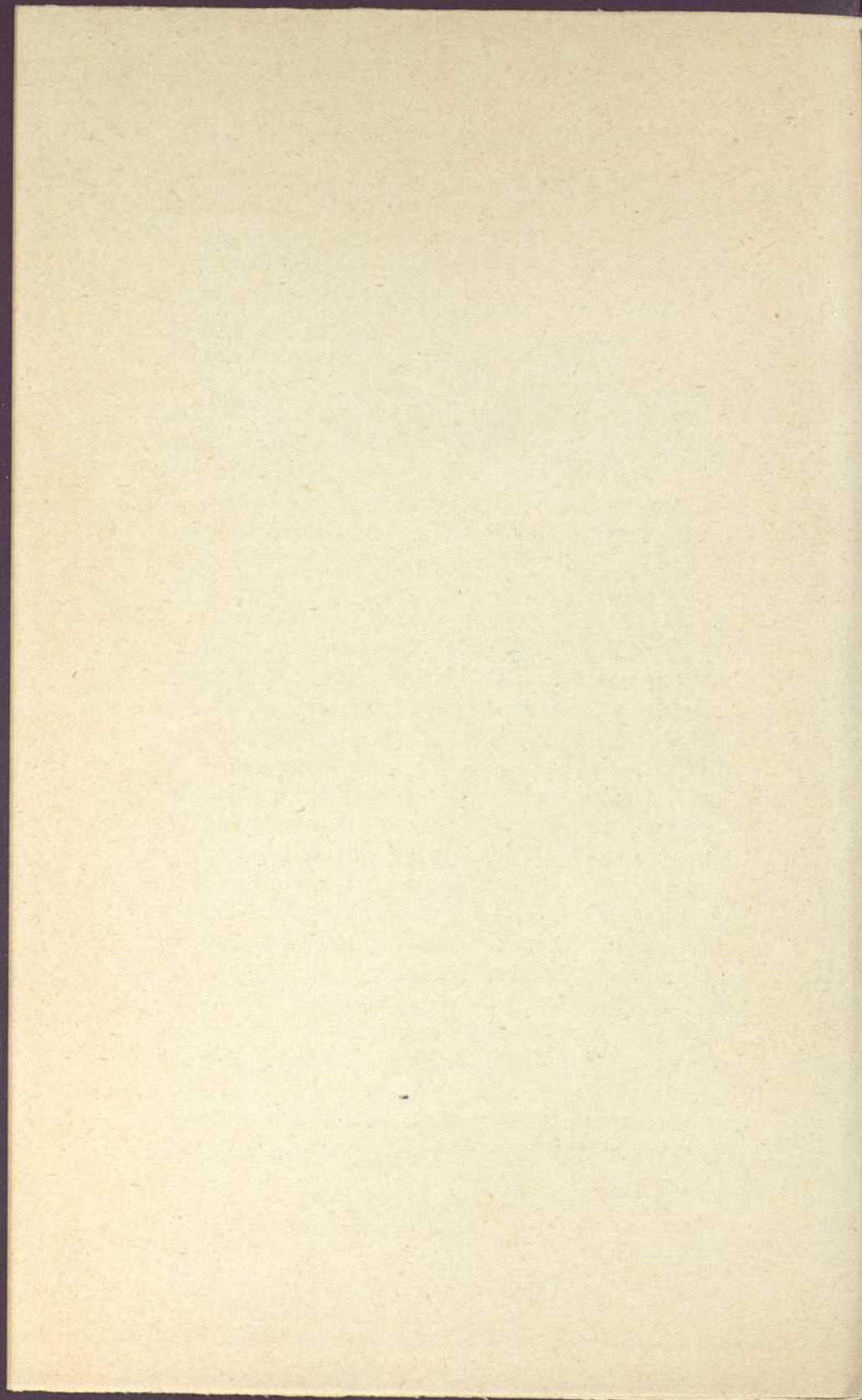
Quae tandem, dice San Agustín, *quae tandem mens avida aeternitatis, vitaeque praesentis brevi-*

tate permuta, contra hujus divinae auctoritatis lumen culmenque contendat?

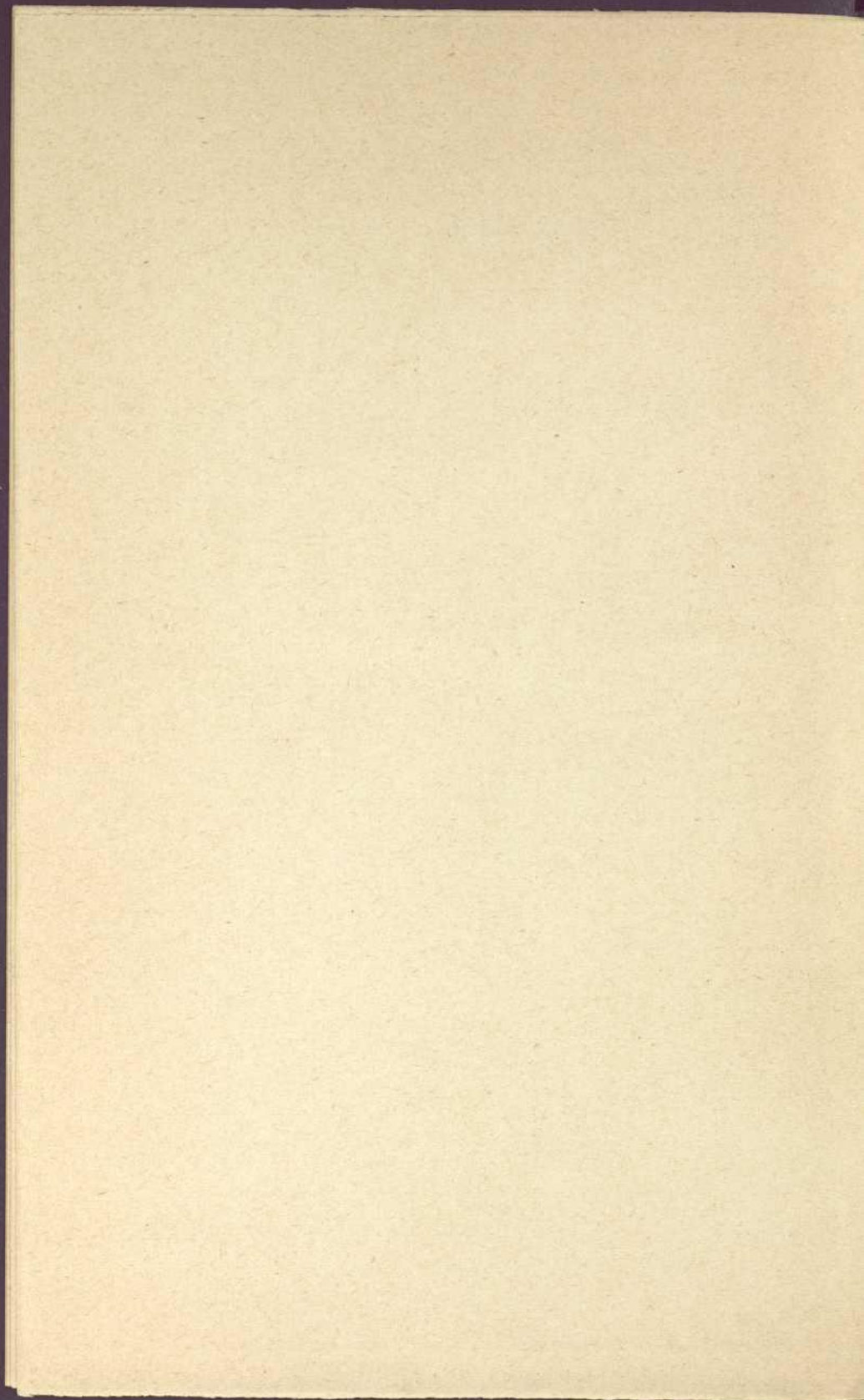
¿Qué argucia nos es posible, hoy que el deseo de Dios está en nosotros?

¡Ah! ¡No! Sobre los caminos del Trarza, yo no discutía con Dios; pero, confiando en El y descansando en El, después de tantos viajes y gestiones, esperaba, por el contrario, en paz y alegría, llegar a conocer hasta su magnífica plenitud la dulzura del nombre cristiano.

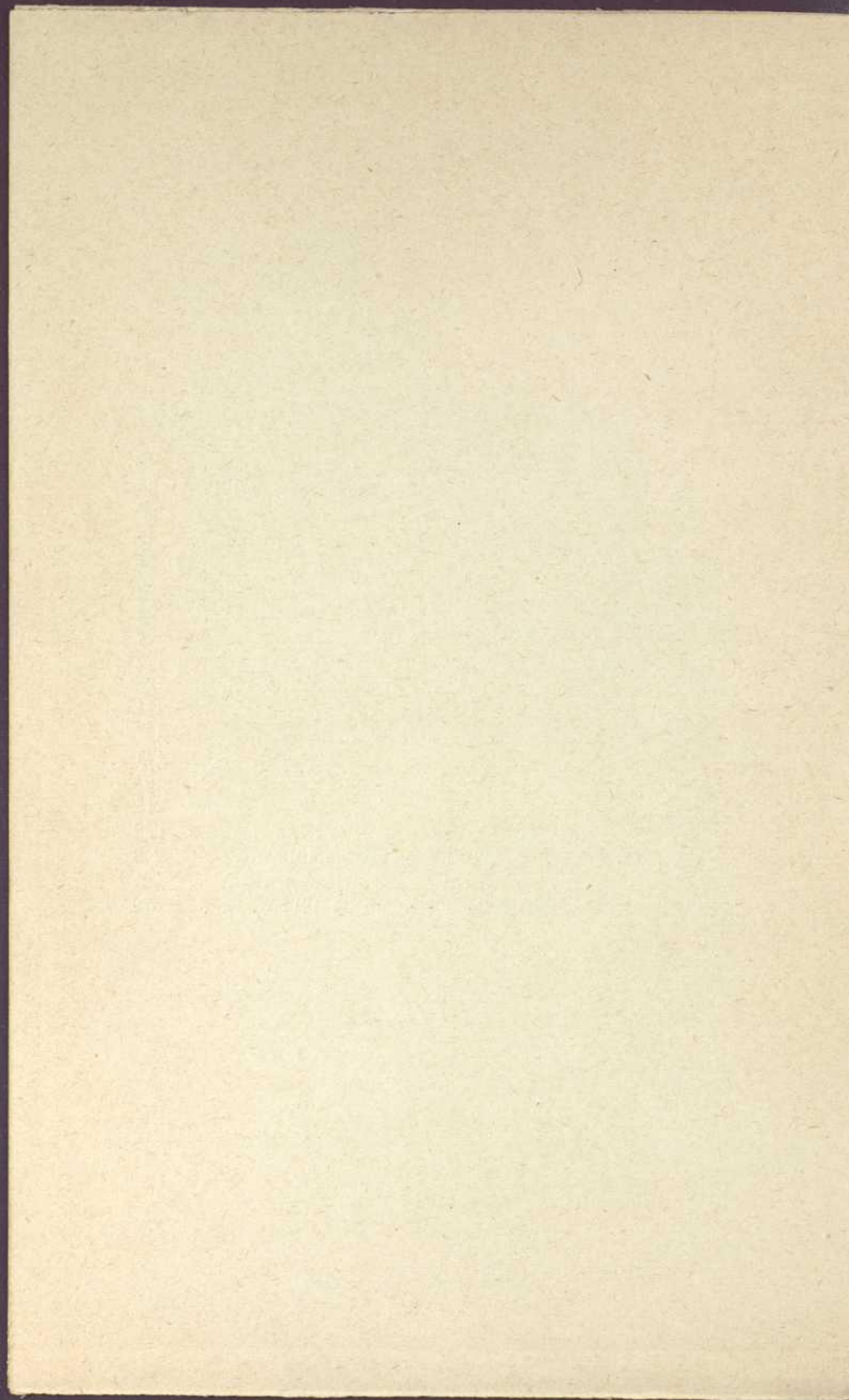
FIN



INDICE



	PAGS.
I. Brackna-Tagant-Gorgol	9
II. Muxeria. 12 de junio de 1910-16 de febrero de 1916.	25
III. Tagant. Adrar. Ruta del Oeste	43
1) El vestíbulo del Adrar	45
2)	51
3)	59
IV. Altar	65
V. Reconocimiento hacia Bir Igni	85
VI. Uadan	105
VII.	123
VIII.	141
IX.	157
X.	177
XI.	197
XII.	215
XIII.	229
XIV. 16 de mayo de 1912-18 de julio de 1912	245
XV.	261
XVI. 18 de agosto-16 de noviembre de 1912	279



COLECCION
SOL Y LUNA

PUBLICADOS

TEODORO HAECKER
VIRGILIO, PADRE DE OCCIDENTE

STANISLAS FUMET
EL PROCESO DEL ARTE
H. CLERISSAC
EL MISTERIO DE LA IGLESIA

LUIS GILLET
LA CATEDRAL VIVA
W. SOLOVIEV
RUSIA Y LA IGLESIA UNIVERSAL

ERNESTO PSICHARI
VOCES EN EL DESIERTO

EN PRENSA
A. WATKIN
ARTE CATOLICO Y CULTURA

JACQUES MARITAIN
TRES REFORMADORES
(Lutero-Descartes-Rousseau)

CARLOS PFLEGER
LUCHANDO POR CRISTO

P. BARGELLINI
ROSTROS DE PIEDRA

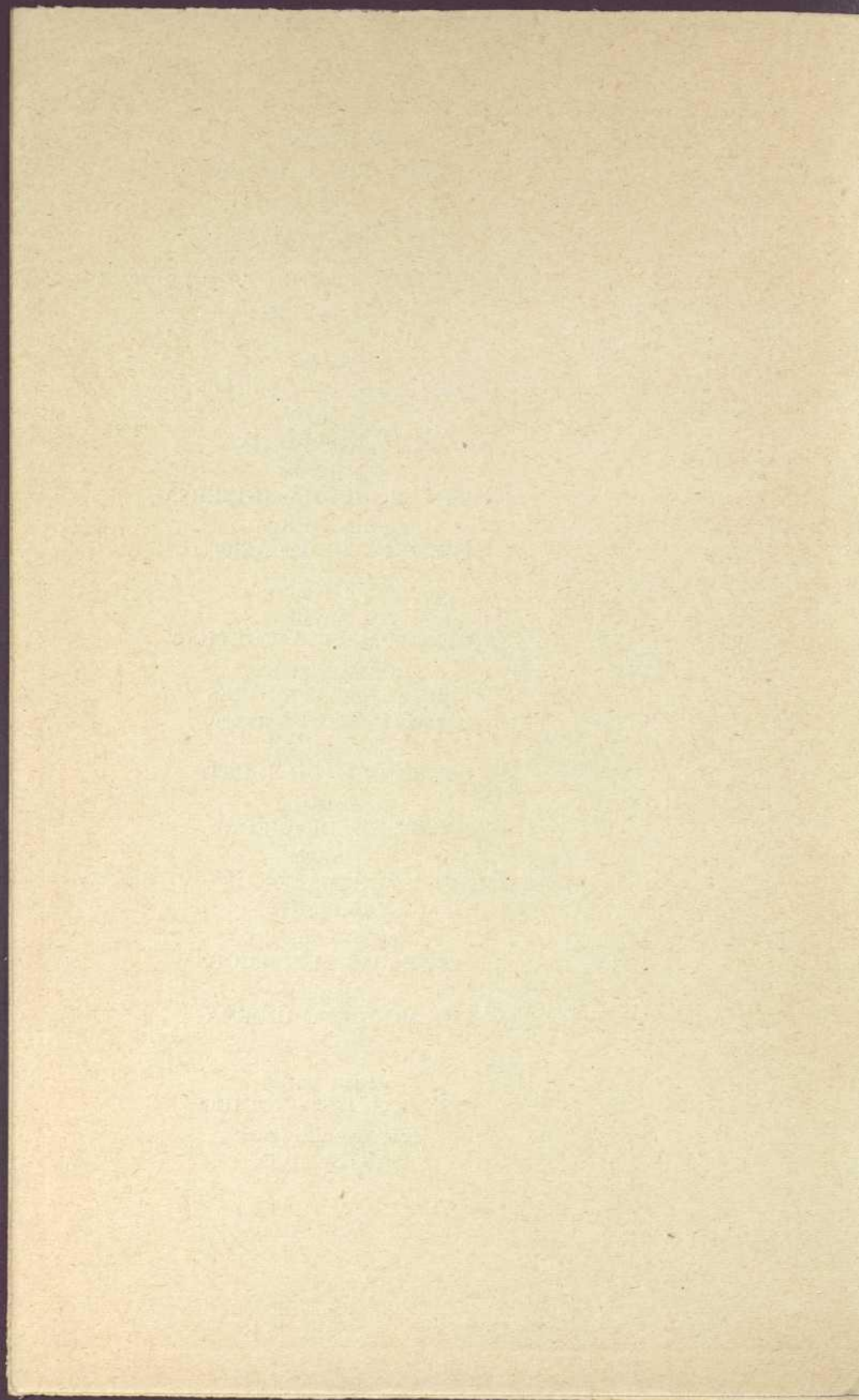
J. HESSEN
CORRIENTES ESPIRITUALES DEL MOMENTO
PRESENTE

GUSTAVO THIBON
LA ESCALA DE JACOB

C. DAWSON
EL MODERNO DILEMA

EN PREPARACION
ALFRED NOYES
EL DIOS DESCONOCIDO

ILDEFONSO HERWEGEN
SAN BENITO



ACABOSE

DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS TALLE-
RES GRAFICOS DE JUAN BENZAL, CALLE DE
HARTZENBUSCH NUM. 9, MADRID, EL DIA
12 DE DICIEMBRE DE 1946, FESTIVIDAD
DE LA SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

LAUS DEO



THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ZOOLOGY
OF THE
CITY OF LONDON



SS PTS.





FRANZESIO PSICHARI · VOCES EN EL DESIERTO

FA

4562

